

DRAMAS DEL TERROR

# DON JUAN MANUEL DE ROSAS

ESCRITO PARA "LA PATRIA ARGENTINA"

POR

EDUARDO GUTIERREZ

( SIN CORRECCION DEL AUTOR )

LIBRO IV.

BUENOS AIRES

IMPRESA DE «LA PATRIA ARGENTINA», CALLE BOLIVAR, N° 924

1882



# DON JUAN MANUEL DE ROSAS

## LIBRO CUARTO

### EL AÑO 40

#### Los deguellos y los degolladores

Era tremendo el aspecto de la gran ciudad, á fines del año 39 y principios de 1840!

La poblacion estaba entregada por completo al puñal de la mazorca, que recorria las calles afilando sus cuchillos en plena vereda y á la vista de todos.

El tipo exterior de la ciudad era original y curioso por mas de un motivo.

Todo en ella respiraba un tinte rojizo, que empezando en los pisos de las calles iba á terminar en la atmósfera misma.

Los que usaban el colorado como un medio de escapar á la matanza y el embargo, se contentaban con pintar el piso de sus casas de color punzó.

Los federales templados, pintaban el friso y el frente de colorado.

Para los mas exaltados, todo esto era poco.

Desde la puerta de calle hasta el fondo de la casa, todo era rojo.

Lo mismo el forro de los muebles que el entapizado de las habitaciones.

Los hombres, en la calle, parecian locos, por la cantidad de cintas y trapos colorados que llevaban encima.

Perseguida á muerte en las calles la gente decente, no se veía un solo levita en la ciudad.

Poco hubiera vivido el que lo llevara.

El traje que dominaba en la ciudad, era la gorra de pastel, la chaqueta y el poncho puesto é doblado sobre el hombro—chaleco colorado y

divisas por todas partes, que ostentaban los siguientes letreros:

¡Viva la Confederacion Argentina!

¡Mueran los salvajes unitarios!

En cuento caía la noche, la ciudad quedaba desierta.

Los unitarios ganaban sus casas, donde se cerraban con toda precaucion.

Y los que no eran bien conocidos como federales, no se hubieran atrevido á cruzar la calle.

A esa hora los gefes de la mazorca daban puerta franca á los degolladores.

Numerosos grupos de éstos malvados, con figura siniestra y daga en mano, salieron entonces á recorrer la ciudad al grito de ¡Mueran los salvajes unitarios! y á cumplir la consigna de degollar á tal persona ó azotar á tal familia.

No habia una sola autoridad que velara por la vida de los habitantes, entregada á la mazorca.

Estos degollaban por encargo de la federacion y por cuenta propia.

La pulperia era inevitablemente el punto de reunion, de donde salian en patrullas á recibir órdenes que eran de Salomon, que como hemos dicho ya, estas tenian lugar frente á la iglesia de San Miguel, en la casa que fué del desgraciado señor Borbon.

Rosas se retiraba á Palermo, donde se entregaba al desenfreno de su vida licenciosa é inícuca.

Allí se vivía en eterna fiesta, mientras la ciudad era teatro de escenas terribles.

D. Felipe Arana, gobernador delegado, era un monigote á quien Rosas no se dejaba comunicar otra cosa que los asuntos de trámite.

Así es que se metía en su casa y aunque la ciudad pereciera, no se atrevía á tomar la menor resolución.

Las órdenes de degüello no eran comunicadas al jefe de Policía, cuya misión á ese respecto era ver y callar.

Esas órdenes las insinuaba Rosas en Palermo, directamente á sus gefes de bando, como Cuitiño y Parra, encargados de ejecutarlas ó hacerlas ejecutar.

El jefe de Policía tenía conocimiento, muchas veces instantáneamente, de que en tal ó cual parte tenía lugar una escena de degüello.

Podía acudir á impedir la ó terciar en ella, pero no se atrevía.

Aquellas escenas debían ser ordenadas por Rosas cuando los asesinos se atrevían á venir á clavar las cabezas de los degollados en las rejillas de la pirámide de Mayo.

Era lo de Salomon el Congreso de sesiones de aquellos asesinos, cuyas saturnales hemos descrito en el libro anterior.

Allí continuaba la borrachera que había empezado en las pulperías, bajo la presidencia del cura Palacios, el cura Gaete, el cura Solís y el célebre padre Juan A. González, aquel que en sus sermones, aseguraba ser grato á Dios el estermio de los unitarios y sus inmundas crias.

Siempre había en aquel centro infernal, lincetas de vino que proveían los coroneles Cuitiño y Parra, y que los curas mencionados bendecían, asegurando que aquel vino, semejante á la sangre de Cristo, prestaría nuevo ardor á los hijos de la federación, para degollar á cuanto salvaje unitario naciera de vientre maldecido de mujer.

Las mujeres, borrachas como los hombres, bebían de una manera nauseabunda y bestial, la boca de los que más ferozmente se espresaban.

Y estos, blandiendo la cuchilla y enarbolando la mazorca, juraban sobre las limetas, hacerse bien dignos de la santa federación.

Así aquellas turbas feroces, enardecidas por el vino y la prédica de los curas, se lanzaban á la calle, frenéticas y tambaleantes, recordando el domicilio de algún sospechado, para saquear la casa y pasar á cuchillo sus habitantes.

El coronel Cuitiño no daba tampoco sus órdenes directas, á imitación de Rosas.

Cuando sus muchachos estaban reunidos y en buen punto alcohólico, se paseaba entre ellos diciendo:

—Me parece que á Fulano que vive en tal parte, le va a pasar un chasco porque anda jugando nuncio y me han dicho que está en correspondencia con los salvajes unitarios.

No será extraño que esta misma noche algún patriota le corte la cabeza.

Y han de tener después el atrevimiento de quejarse.

Seguro era que al concluir Cuitiño su discurso, un grupo se había desprendido de la reunión, é iba á ejecutar el pensamiento del gran federal como lo llamaban.

—Qué muchachos! exclamaba Rosas cuando iba Cuitiño á darle cuenta de estos hechos.

Son crueles con los unitarios, aunque estos bien lo merecen.

Digámeles que se sosieguen, comandante, que es bueno ser generoso algunas veces.

Y en su sonrisa de tigre se conocía la íntima satisfacción que experimentaba.

—Que quiere S. E., exclamaba Cuitiño, que le conocía el flaco.

Los mechachos son buenos, pero tratándose de defender la causa de la federación, ni el diablo los contiene!

Son capaces de desconocer al padre y la madre.

—Bueno coronel, felicítelos de mi parte, pero dígalos que no usen tanto rigor.

Ahí tiene eso para que los haga refrescar un poco porque los calores son apretadores.

Y alargaba á Cuitiño una cantidad de dinero, que este por especulación rechazaba.

—Tome no más, coronel, que como no es para usted, no tiene porque tener recato.

Cuitiño embolsicaba los pesos, y se retiraba, después de recibir una indicación como esta, por ejemplo:

Me parece que el doctor Zorrilla ha hecho causa común con los unitarios para asesinarme.

Averigüe que hay sobre esto, porque si lo saben los muchachos van á hacer con él una de las suyas, sin que yo pueda evitarlo.

Dos días después el doctor Zorrilla era cosido á puñaladas, en su estudio de la Plaza Victoria, de la manera que referiremos á su tiempo.

Porque Cuitiño interpretaba el pensamiento de Rosas y lo ponía en práctica sobre tablas, recibiendo la nueva suma destinada al refresco de los muchachos.

Delo de Salomon, pues, salían las turbas de asesinos blandiendo las dagas con ademán feroz.

Y puro compadres, se cubrían media cara con pañuelos de seda ó algodón, colorados siempre.

Y muchos llegaban á pintársela de rojo con pimentón ó agua de remolachas, para espresar mejor su pasión por la santa causa federal.

Así iban recorriendo las calles, golpeando las puertas con el cabo de las dagas y amenazando de muerte al incauto federal que hallaban al paso, si no los acompañaba unas cuadas, entregándose á las mismas escenas.

Repetía entonces la bromas de un borracho á

la indicacion de un pulpero amigo, para que la turba que la escuchaba procediese como por órden del mismo Rosas.

—Los que viven allí enfrente, habia dicho el borracho, deben ser unitarios.

Esta tarde he visto una moza muy de mí flor, con un trapo celeste en la cabeza.

No era necesario mas.

La turba que tal oia, se detenia delante de la puerta indicada, y empezaba á golpearla ferozmente, mandándole abrir en nombre de la federacion y á los gritos de mueran los salvajes unitarios!

Estos golpes y mueras eran siempre seguidos de llantos y gritos de desesperacion, lanzados por la familia amenazada, que presentia ya las escenas mas bárbaras.

Pero los gritos y llantos no conseguian otra cosa que enardecer la ferocidad de los mazorqueros, que ya no pensaban sinó en echar la puerta abajo.

Muchas veces la puerta resistia los primeros asaltos y los degolladores, distraidos con alguna otra escena de horror y de sangre, abandonaban el propósito.

Pero otras, la pistola de algun comedido se encargaba de hacer saltar la cerradura, y la mazorca penetraba en la casa, deseando empezar su faena.

El grupo se desparramaba por la casa, como indios en noche de malon, entregándose cada cual al quehacer que le caia á mano.

Los que encontraban un hombre, lo degollaban sin mas trámite y sin hacer la menor averiguacion.

Los que tropezaban con mujeres, las azotaban y les cortaban las trenzas, porque no tenian mono colorado.

El resto de la pandilla, aumentado con algunos curiosos federales y borrachos, se entregaba al saqueo y á la destruccion de todo lo que era loza y cristales, en medio de un estruendo infernal.

Los muebles, buscando alhajas ó dinero, eran despedazados á hacha ó simple daga, en medio de satánicas vociferaciones, cuando no hallaban cosas de valor.

De estos asaltos fueron ejemplos la casa de Rosa Régules, que ya hemos narrado y de la familia de Delgado, que referimos en nuestro romance "Juan Cuello".

Cuando las cabezas de los hombres habian sido cortadas y cuando las mujeres quedaban en el suelo tendidas por los golpes de verga, la mazorca se retiraba con el botin del saqueo y la cabeza de sus victimas, que era necesario exhibir en las rejas de la pirámide ó el puesto del tremendo don Ramon, en el mercado, adornadas de perejil y otras legumbres.

Entonces se podia ver algo de curioso y esplicable solo en el terror de aquellos momentos horribles.

Los mismos amigos de la familia inmolada, vecinos y aliados de causa, se asomaban á la azotea ó los balcones, á vivir á la federacion y al gran Restaurador de las leyes.

Es que éstas personas querian pasar por federales, á todo trance, para salvar, no sus vidas, que poco les importaba, sinó la vida de sus hijos, de sus mujeres ó de sus madres.

Estos gefes de familia adulaban al pulpero al compadron que en la esquina se estacionaba y al mismo sereno que rondaba la cuadra.

Porque era esa clase de gente la mejor garantia que un sospechado podia invocar.

Cuando un pulpero ó un borrachon de estos decia:

—Á esa familia no hay que tocarla porque es de los nuestros en cuerpo y alma, ya podia aquella dormir tranquila, aun con la puerta abierta.

El sereno se entraba hasta la cocina á tomar mate con la mulatilla de la casa, donde el patron le mandaba un frasco de caña para matar la noche.

Quien podia sospechar de semejante familia?

Muchos salvaron así sus hijos del rebenque de la mazorca, valiéndose de cuanto buen medio puede inspirar el amor á los hijos.

Cuando tenia lugar una de aquellas farsas que solia hacer Rosas, de que habia escapado á una tentativa de asesinato, farsas que no tenian otro objeto que incitar mas á la matanza, aquellos unitarios hacian cosas como la siguiente: que puso en práctica la familia de Saenz.

La mulatilla de la casa atravesaba al almacén de la esquina, con un billete de doscientos pesos, y el siguiente recado, dirigido á don Andrés.

—Dice la señora que aquí le manda estos doscientos pesos, para que invite á los amigos con un buen trago, en felicitacion de haber escapado el ilustre gobierno de esta nueva tentativa.

Otras veces el recado era alterado así en su última parte....para que beban una copa en este cumple-años del Restaurador, y en deseo de que Dios le conserve la vida para felicidad de la patria y de la federacion.

¿Qué degollador se hubiera atrevido á tocar el pelo de la ropa, á una familia que daba tan grandes y federales pruebas de patriotismo?

Don Andrés se habria puesto furioso y hubiera sido capaz de pelear al mismo Cuitiño.

Y como don Andrés era una gran influencia en el barrio, no habia mas remedio que acatar su fianza sagrada.

Porque las influencias de valer en aquellos tiempos, eran las de los almaceneros, que estaban mas al corriente del barrio y la de los pueteros del mercado que eran una potencia.

Las señoras que querian alejar todo peligro de la cabeza de sus hijos, compraban en el puesto de don Ramon, ó en el de don Nicolás, que eran los cabecillas de la mazorca de los corrales.

Y habia unitarios tan guapas en su noble mi-

sion de salvar sus hijos, que al acercarse á los referidos puestos, lanzaban sus sátiras contra las cabezas lívidas, que adornadas de verdura allí se exhibian.

Y al precio de esta suprema amargura, compraban la vida de sus hijos, con el título de buenos federales que les otorgaba don Ramón ó don Nicolás.

Otras damas, como lo soberbia y brava doña Josefa Lavalle, madre de los Cavo, nobles y gallardos espíritus, llevaban su valor patriótico y su entusiasmo bravo hasta la exajeracion.

Aquella intrépida dama hacia abrir con sus sirvientes la puerta y ventanas de su casa, diciendo:

—Aquí vive la hermana de Juan Lavalle! quiero que cuando me azoten por unitaria no tengan el trabajo de forzar mi puerta.

Y con aquel valor magnifico y brillante, se imponia á los gefes de los degolladores, que nunca se atrevieron á levantar sobre su noble y bella cabeza, ni el pincel de brea, ni el rebenque federal que tantos cuerpos mórvidos y gentiles habia mutilado.

Porque las damas de Buenos Aires tuvieron también su parte en el terror y la matanza de aquellos años!

Los grupos de degolladores, provistos de enormes baldes de alquitran y una buena cantidad de moños rojos, se estacionaban en los átrios de los templos, único paraje que las señoras se atrevian á frecuentar y de donde tambien fueron corridas por las escenas de que nos vamos ocupando.

Cuando la concurrencia salia del templo, la mazorca se acercaba á las señoras para revisarles la cabeza, á cuyo efecto les bajaban con impia mano el tapado que las cubria.

La que no llevaba un moño colorado bien visible, era unitaria y por consiguiente sometida al siguiente tratamiento:

Un degollador se le acercaba cuchillo en mano, y le cortaba los cabellos en medio de una algazara nauseabunda, mientras otro, con el gran pincel empapado en brea, pegaba sobre su cabeza el moño colorado de la federacion.

Aquello era conmovedor por mas de un motivo.

Muchas señoras se entregaban á la manifestacion del dolor mas desesperante, mientras la mazorca aplaudia de una manera frenética.

Otras, de organizacion y espíritu mas fuerte se defendian, apostrofando á aquellos cobardes miserables.

Pero entonces la verga se encargaba de llamarlas al silencio dejándolas desmayadas en media calle, con general aplauso.

Muchas veces algun hermano ó marido, presente á la cobarde infamia, se lanzó al cuello de los asesinos, sabiendo que esto no era mas que provocar la muerte.

Y el cuchillo mellado se encargó de separarle la cabeza, entre las mismas señoras que pretendia escudar con su cuerpo.

Porque entonces se usaban tres clases de degüellos.

El del cuchillo afilado, para la gente de poca monta, que no merecia los honores de un trabajo prolijo.

El del cuchillo mellado, que era destinado á los unitarios decentes, clasificados de *bota fuerte* y el de la sierra desafilada, que se aplicaba á la gente decente, y de primer rango social.

Este martirio verdaderamente infernal, se aplicaba al compás de la siguiente copla, que se atribuia á la maldad bestial de Mariano Maza, tipo cobarde y ruin:

El que con salvajes  
tenga relacion,  
la verga y degüello  
por esta traicion.

Que el santo sistema  
de Federacion  
le dá á los salvajes  
violin y violon.

Aquel martirio horrible se llamaba la *resbalosa*, y tenian una manera especial de practicarlo.

El grupo se apoderaba de la víctima, y uno ó dos de los degolladores les sujetaban los brazos á la espalda por medio de fajas fuertes que usaban al efecto.

En seguida, entre todos, le desnudaban la parte superior del cuerpo, con gran calma, puesto que se trataba de una diversion.

Hecho esto, uno de los degolladores, armado de una sierra de carnicero, cuyo filo habia sido mellado con una lima, se acercaba á la víctima, que dominada por el espanto mas íntimo concluia por entregarse, ya con la razon vacilante.

Entonces el grupo de mazorqueros formaba círculo al rededor de la víctima, verdugo y ayudantes, y mientras el de la sierra la pasaba por el cuello de la víctima, el círculo daba vuelta á alrededor, siguiendo los compases de aquella cancion estúpida y malvada, que era repartida con profusion entre el populacho.

Las turbas extraviadas por el vértigo del crimen, iban aumentando el círculo y las voces del canto, hasta que la operacion satánica terminaba, en medio de los aplausos mas frenéticos.

Esta era la *resbalosa*, de que todos habian oido hablar y que valió á un autor el apodo de *violin y violon*.

Y hay todavia quién defiende á Rosas y quienes pretenden seguir sus huellas!

¡Insensatos!

Solo demente, se puede disculpar á aquel miserable bandido!

F Rosas llevaba hasta el escarnio la despiadada persecucion que sus hordas hacian á las familias, hasta el estremo de mandarlas burlar en su propio nombre.

Presentamos el siguiente ejemplo, que es una prueba concluida de la perversidad de su espíritu cobarde y ruin.

En las matanzas horribles de la revolucion del Sur, el año 39, cayeron como buenos, el señor don Domingo Lastra y su hijo, los que fueron degollados y guardadas sus cabezas para salarse y remitirse despues á Palermo como trofeos de guerra.

Los jueces de Paz y autoridades de campaña, pasaban con frecuencia partes bombásticos de haber hecho degollar á Fulano ó Mengano, para que sus bienes fueran confiscados y tener ellos la mejor parte en el reparto.

Pero viendo que Fulano ó Mengano volvian á aparecer como Guayama, dejando con un palmo de narices á sus diferentes degolladores.

Rosas que tenia toda la astucia del gaucho, comprendió el tiro y para evitar que en adelante lo engañaran con falsos partes de degüello, tomó la siguiente resolucion que se comunicó á todas las autoridades y gefes militares en campaña.

“No se recibe ningun parte dando cuenta de la ejecucion de salvajes unitarios, sin que estos partes vengan acompañados de las cabezas ó por lo menos de las orejas de los referidos salvajes unitarios.”

Así la cabeza del doctor Lastra y su hijo, fueron saladas, para retardar la descomposicion, y remitidas á Palermo, con un parte en que se les hacia pasar por salvajes unitarios de la peor cria.

La muerte de estas des personas, pertenecientes á la primera sociedad y estimadas de todos, produjo en el partido unitario una honda pena, retemplando al mismo tiempo la fibra de los que batallaban contra tan monstruosa tirania,

El blanco de la mazorca entonces, fué la casa de la respetable señora doña Clara Muñoz de Lastra, madre de don Domingo Lastra y tia del coronel don José Ignacio Garmendia.

Era esta una señora por el estilo de la de Cobo, de quien hemos hecho referencia anteriormente.

Temple de alma soberbio, sintió como un golpe de muerte en el corazon, el degüello de su hijo y su nieto.

Pero pronto reaccionó, volviendo su dolor en odio, ódio que derramó sin recato sobre la tirania.

—Si la muerte de los hijos ha sido tan aplaudida, pensarón los cabecillas de la mazorca, mayormente lo será un susto en regla dado á la madre.

Y sin mas preámbulos empezaron á rondar la casa.

No era solamente el interés de quedar bien

con el Restaurador, lo que guiaba á aquellos bandidos.

Habia una razon mucho mas poderosa que todas las otras.

La señora de Lastra era muy rica y vivia con un gran lujo.

En su casa debian existir grandes valores y sumas de dinero importantes, pues era natural que un salvaje complicado en la revolucion del Sur, tuviese consigo cuanto poseia en dinero.

Este fué el móvil principal que llevó á la mazorca á casa de la noble dama.

La turba de degolladores penetró al zaguan, á los furiosos gritos de ¡muera los salvajes unitarios!

En aquellos momentos la noble dama lloraba la muerte de su hijo querido.

Al sentir los gritos de muerte y ruido de armas, se lanzó á la puerta á defender la entrada.

Pero qué resistencia podria oponer la pobre señora á treinta ó mas bandidos dispuestos á todo y garantidos por la autoridad, sorda á aquellas infamias?

Sin haer caso de la señora se desparramaron por la casa, invadiendo sus habitaciones donde creian hallar alhajas y dinero.

La señora los siguió sin dar la menor muestra de timidez.

El gran grupo de asesinos mandados por Parra, habia penetrado á los lujosos salones, mientras los grupos pequeños destrozaban muebles, entregándose á la rapiña.

Parecia increíble que una mujer conservara su entereza, ante un peligro que hubiera hecho vacilar al hombre mejor templado.

—Asesinos cobardes! les gritó levantando una mano amenazadora.

Si hubiera un solo hombre en la casa, pronto los haria salir por la azotea!

Cobardes ladrones! asesinos de mi hijo! salgan ustedes de mi casa, porque me siento con fuerzas para hacerlos salir á silletazos!

Parra, el coronel Parra, soltó una carcajada, ante aquella amenaza.

—Salvaje unitaria! le dijo, puedes estimarte feliz con que no te degollemos!

—¿Y qué hacen que no me degüellan? creen acaso que con la amenaza me van á asustar?

A la calle, cobardes! á la calle!

Y mientras Parra contenia á la señora, que pretendia hacer efectivas sus amenazas, la mazorca se entregaba á la destruccion mas completa.

Las espléndidas colgaduras celestes y las lujosas cortinas, eran destrozadas á puñaladas y arrancadas de sus galerias.

Los grandes espejos eran destrozados á golpes de verga, con un estrépito espantoso, mientras los muebles, que no podian romper por

solidez, eran tajeados en sus hermosos tapices y en sus bellas molduras.

—Mueran los salvajes unitarios con sus inmundas crias! aullaba la turba de asesinos.

La *refulosa!* la *refalosa!*

Y ya algunos tarareaban la infernal cancion, preliudio de aquel bárbaro tormento.

—Cobardes! cobardes! exclamaba la señora, debatiéndose con Parra.

Ya vendrá Lavallo y les dará resbalosa!

Calle la hija de mala madre! exclamó por fin Parra, fatigado de aquella lucha.

Calle si no quiere que se le corte la lengua!

—Y qué haces que no la cortas, valiente? preguntó la señora.

Y saltando sobre la injuria, se prendió del cuello de Parra, logrando darle una cachetada.

Aquello era repugnante y feroz.

El coronel Parra dió primero un golpe terrible en la cabeza de la señora, arrojándola por el suelo.

En seguida la golpeó con los piés y la arrastró de los cabellos entre los asesinos, que reian como si les hicieran cosquillas y consultaban á Parra con la mirada si debian ó no degollarla.

La señora se defendia como una leona, sin cesar en sus calificativos injuriosos hasta lo terrible.

—Cobardes malditos! ladrones! exclamaba.

No te dá vergüenza, coronel Parra, de estrepear así una señora?

El día que Lavallo polpee las puertas de Buenos Aires, has de ser el primero en huir como un conejo!

Parra se sintió dominado por tanto valor y tanta grandeza.

Dejó de golpear y se retiró de la señora.

Si esto fuera posible en semejantes séres, diriamos que se habia sentido avergonzado.

—Sigue, cobarde, sigue tu obra, exclamó sonriendo aquella mujer excepcional.

¿Acaso por retroceder ahora vás á ser menos cobarde y menos ladrón?

Estoy esperando que me degüelles tu mismo, porque serás el mas práctico.

Dominado el gefe de los asesinos, se retiró á las otras piezas, haciendo una seña á los que habian quedado.

La destruccion en las otras piezas, si esto es posible, presentaba un aspecto mas brutal que en el salon.

Los muebles habian sido hechos pedazos, y la ropa que contenian arrojada al suelo, en espantoso desórden, para buscar mejor el dinero y las alhajas.

Los espejos habian saltado en mil átomos, y hasta los papeles de la pared, gran lujo entonces, rotos á uña.

Las colgaduras y ropas de la cama, fueron cortadas á puñal en pequeños átomos.

Habia en ellas algunos moños colistes, de los cuales era preciso no dejar el mas pequeño rastro.

La señora de Lastra habia intentado incorporarse para siquiera seguir ultrajando á los asesinos.

Pero el dolor de los golpes no la dejaron mover en el primer momento.

El comedor era entre tanto el teatro del escándalo mas formidable.

En medio de palabras esencialmente federales y ternos de toda especie, los asesinos arrojaban al patio con infernal estruendo, todo lo que era porcelana y cristaleria.

Las filas de platos y fuentes, volaban de un extremo á otro, produciendo al caer, un ruido indescriptible, y del que solo puede tener idea el que haya visto desmoronarse un armazon de almacén en noche de incendio.

Las grandes piezas de cristal eran estrelladas contra los vidrios, mientras algunos que habian hallado en la cocina hachas y otras herramientas, empezaban á destruir los pesados muebles de caoba macisa, que era el gran lujo de aquellos tiempos.

El barrio entero, no ya la cuadra, estaba aterrado por el estruendo de aquella destruccion salvaje.

El que menos, pensaba que aquello terminaria con el degüello de la señora de Lastra y el incendio de la casa.

Varias familias unitarias que vivian en la cuadra, trancaban cautelosamente todas sus puertas, no dudando que sus casas serian tambien asaltadas.

Mientras, los hombres, armados á todo evento, subian á la azotea preparándose á vivir á la federacion cuando la mazorca saliera de la casa de Lastra.

No era esto que la fibra del valor civil se hubiese apagado en el pecho de los unitarios de la ciudad.

Es que este era un medio de salvar la familia. Y qué hombre vacila ante sus hijos é hijas amenazados de muerte y azotes?

Ademas que toda manifestacion hostil hubiera sido una imprudencia criminal, puesto que comprometia la existencia de séres inocentes y queridos que un hombre tiene el sagrado é ineludible deber de proteger y conservar.

Muerto el padre, quién tenderia su mano á aquellos inocentes, marcados con el San Benito de la federacion?

¿Quién los protegeria del puñal y del hambre? Asi pensaban los padres de familia, y dominando la indignacion y la ira que ardia en todos los corazones, se asomaban á la azotea á gritar viva la federacion!

Rosas habia logrado su objeto dominando por el terror, pues en su sistema de delaciones habia sembrado el temor, hasta el extremo de que

los hermanos desconfiaran entre sí y vacilaran para confiarse alguna idea, algun sentimiento contra la tiranía.

Es que el vértigo del crimen habia dominado de una manera espantosa entre el partido federal.

El hermano degollaba al hermano y el padre al hijo.

Y los que crean que exajeramos un átomo, ahí tienen ejemplo de los hermanos Vera, que es una muerte clásica del delirio de sangre que se habia apoderado de aquellas masas feroces.

Calisto Vera, era un comandante de la federacion, que con gruesas partidas recorría una parte de la campaña donde las partidas revolucionarias de salvajes unitarios, se apoderaban de todo género de elementos para seguir aquella santa guerra.

Mariano Vera, hermano de padre y madre del comandante Calisto Vera referido, andaba entre los unitarios, captaneando una partida volante de la revolucion.

Hombre bueno y puro, era estimado de todos sus compañeros de armas, que lo distinguían por el celo y actividad con que servía la causa de la libertad.

Un día los dos hermanos, al frente de sus respectivas fuerzas, se encontraron frente á frente, cuando menos lo esperaban.

Antes de separarse se tenían un verdadero cariño fraternal, que cultivaron, á pesar de la opinion política que los separaba.

Así es que cuando Mariano supo que la fuerza que tenía al frente era la que mandaba su hermano Calisto, huyó el combate por primera vez de su vida, y emprendió la retirada.

Calisto, por el contrario, al saber que su hermano Mariano huía, comenzó una persecucion tenaz.

Alcanzado, y picada su retaguardia vigorosamente, tuvo que aceptar el combate, aunque con marcada repugnancia.

Recien empezado el tiroteo, Mariano envió á Calisto un parlamento, indicándole que aquello era monstruoso, que él iba á retirarse y que no lo persiguiera obligándolo á un combate maldito.

Calisto Vera tomó al parlamento y por toda respuesta lo hizo degollar á la vista de Maria y sus soldados.

Era preciso entonces combatir, ó resignarse á correr la suerte del parlamento.

El combate empezó, pues, sangriento y enpeñado.

Calisto Vera se multiplicaba en todas partes, haciendo lo posible por alcanzar una victoria.

Mariano, por el contrario, parecia haber perdido todo su entusiasmo y hasta su proverbial valor en la pelea.

Es que aquel sacrilegio lo horrorizaba. Sus tropas se batieron con el denuedo de siem-

pre, pero sin que su jefe tomara la menor medida para alcanzar una victoria maldecida.

En estas condiciones el triunfo tenía que ser de Calisto, como sucedió.

A la media hora de combate, los soldados de Mariano Vera, acuchillados, se desbandaban y huían en todas direcciones.

Mariano, agoviado por el dolor de aquel combate y la vergüenza de la derrota, ni siquiera intentó seguir á los suyos y fué hecho prisionero, en compañía de su ayudante José Pino, que no quiso abandonarlo.

Acto continuo y por orden verbal de Calisto, Mariano Vera y Pino eran lanceados por sus tropas, y degollados despues.

Parece increíble que tan sacrilega infamia se llevara á cabo.

Pero el mismo comandante Vera se encargó de dejar la prueba indeleble de su infamia, en el parte que sobre aquella accion elevó á Rosas.

Tomamos el principio de aquel documento infernal, publicado en el número 5,010 de la *Gaceta Mercantil* y que nuestros lectores pueden confrontar en la Biblioteca de la Provincia.

Dice así, despues de los vivas y mueras de estilo.

El infrascrito tiene LA GRATA SATISFACCION de participar á V. E. AGITADO DE LAS GRANDES SENSACIONES, que el infame caudillo Mariano Vera, CUYO NOMBRE PASARA MALDECIDO de generacion en generacion, quedó muerto en el campo de batalla, cubierto de lanzadas, igualmente que su ayudante José Pino.

Felicito á V. E. y á toda esa benemérita Provincia, é igualmente á toda la confederacion Argentina por tan insigne triunfo, en que hemos recojido los laureles de la victoria tanto mas frondosos, cuanto que HAN SIDO EMPAPADOS EN LA SANGRE DE UN SACRILEGO UNITARIO.

.....

*Calisto Vera.*

Esto no podia ser ya sinó el delirio del crimen y de sangre, en su faz mas monstruosa y exajerada.

Qué extraño es entónces que en las calles de la ciudad, la mazorca se entregara á exenas como el salteo á la casa de la señora de Lastra?

Cuando todo lo hubieron despedazado, menos el servicio de plata, que se llevaron, los mazorqueros abandonaron la casa, siempre bajo las mas terribles injurias y maldiciones de la viril señora.

Todo se lo habian llevado, dinero, alhajas y lo que representaba valor.

Recien cuando la mazorca se hubo retirado, la señora de Lastra se entregó á todo el dolor de una situacion tan dramática y rompió á llorar amargamente.

Al fin la mujer predominaba! Al día siguiente de estos sucesos, el tremend

don Bernardo le mandó un recado con uno de sus ayudantes.

—El señor Gefe de Policía manda saludar á la señora de Lastra, dijo el enviado, para manifestarle el profundo pesar que ha tenido, al saber lo que ha pasado anoche en su casa.

Dice que bien quisiera haberlo evitado, pero que es imposible contener la santa indignacion del pueblo federal, exaltado justamente por los últimos desmanes que han cometido los salvajes unitarios.

El señor Victorica se pone á su disposicion y le ruega lo cuente en el número de sus mas leales amigos.

Ante aquel sarcasmo la señora de Lastra se puso de pié, mostrando la puerta al jóven, con ademan soberbio.

Aquella muda y elocuente respuesta mostraba la altura moral de la noble dama!

Sin embargo, los vejámenes no habian terminado para ella.

Esa misma noche, se presentaba en su casa un edecan del brigabier Rosas, llevándole el reloj de oro que tenia su hijo al ser degollado.

El edecan manifestó el supremo pesar que habia tenido S. E. al saber sus desgracias, añadiendo:

Dice el señor Gobernador que para que mitigue en algo su dolor, le manda el reloj que se halló en el bolsillo de su hijo cuando fué degollado.

La señora de Lastra que ni siquiera habia hecho sentir al coronel edecan de S. E., le contestó:

—Agradezco el recuerdo, pues será la única prenda que se ha arrancado á las uñas de la federacion.

Añada usted que los detesto con toda mi alma y los desprecio con todo mi corazon.

—Señora, yo no puedo decir eso!

—El que es capaz de insultar á una dama, por encargo, debe tener siquiera el valor de afrontar un puntapié de su amo.

Y le indicó que estaba despachado.

Esta era la situacion de Buenos Aires y toda la República al principiarse el memorable año de 1840!

Las exenas que vamos á seguir narando, mostrarán con toda verdad el horror que encierran aquellos doce meses.

No exageramos nada.

Las exenas que vamos á narrar están apoyadas en documentos y pruebas que iremos exhibiendo poco á poco.

Revolvamos un poco aquel horror!

## Doña Maria Josefa

Entre las sombras de la federacion y ocupando el puesto mas repugnante, se movia, semejante á un reptil horrible, aquel demonio de la perversidad que se llamó doña Maria Josefa Ezcurra.

Aquel ser maldito y repelente se habia erijido en gefe de una policia secreta terrible.

La policia secreta de la servidumbre que vijilaba las casas de sus amos sospechosos, para dilatar sus menores acciones y sus mas recatados pasos.

Doña Maria Josefa era la confidente de todos los gefes de la mazorca, y era en su casa donde se reunian Cuitiño, Troncoso, Parra, Salomon, el tremendo Salvador Moreno y otros muchos, á recibir las delaciones del día y proceder en consejo.

Era tal la perversidad de aquel espíritu infame, que Rosas mismo habia concluido por olvidar el odio que le profesó siempre, para aceptar su contingente de ferocidad é infamia.

Doña Maria Josefa habia llegado á hacerse tan temida como el mismo Rosas.

Los federales le temblaban porque temian su odio, y su venganza y las familias unitarias trataban de estar bien con ella, porque esto importaba alejar de ellas un peligro de muerte.

Unitarios y federales todos la regalaban, y los gefes de la mazorca partian con ella el saqueo hecho en las casas que delatara.

Su casa era un bazar donde se aglomeraban desde el genero mas rico hasta la alhaja mas preciosa.

Unas cosas regaladas para conquistar su benevolencia, y otras robadas en las casas asaltadas por la mazorca.

Con una figura ridicula hasta la insolencia y una cara siniestramente antipática, aquella mujer era una especie de tarántula, cuyo bello negruzco y repelente, parecia verse brotar de

entre su piel escarlata, á consecuencia de su vida desordenada.

La fealdad tenebrosa de aquella mujer malvada, estaba completada por dos ojillos de basilisco que giraban como en un círculo de sangre, con una espresion de ferocidad suprema.

Parecian aquellos ojos dos estiletos revolviéndose en los labios de una herida!

Doña Maria Josefa tenia organizado su inicuo servicio de policia secreta, de una manera diabólicamente admirable.

Para espiar de cerca á las familias y estar en sus secretos mas intimos, se valia de las negrillas y mulatas que constituan el servicio de las casas.

Para penetrar en el corazon de muchas de ellas, é imponerse de aquello que tenia que escapar á la vigilancia de los sirvientes, se valia de un elemento mas poderoso.

Este elemento eran los frailes, los franciscanos, sobre todo, que tenian hecha con ella una alianza ofensiva y defensiva.

Entre sus confidentes mas importantes se contaba el padre guardian de aquel convento, un tal, fray Aldazor, cuyos escándalos en aquella época fueron memorables.

Con semejantes elementos, el servicio organizado por aquel monstruo, tenia que dar los mas infernales resultados.

Esta era la causa que nadie podia esplicarse al principio, de que fueran sorprendidos en su punto de embarque, muchas de las personas que emigraban, y degollados por las partidas de Cuitiño, Parra ó Moreno, á quienes ella habia trasmitido las delaciones de las sirvientas.

Quando la sociedad perseguida se apercibió que estaba vendida por el servicio, era ya tarde para remediar el mal.

¿Quién se atrevia á despedir una sirvienta, aunque tuviera la seguridad que esta lo vendia?

Hubiera sido esponderse á dos peligros en vez de conjurar uno.

La venganza de la sirvienta despedida, que podia llegar hasta la calumnia y el despecho de doña Maria Josefa, que no toleraria así no mas que un agente suyo fuera arrojado á la calle.

Asi las familias tenian que vivir con un espia metido en el corazon del hogar, de quien no podrian ocultarse.

Y aquellas criadillas tan humildes antes, habian adquirido con su posicion de agentes secretos, una insolencia que habia que soportar á todo trance.

¿Cuál era la señora que se permitia reprender á sus sirvientes, aunque como sucedió á muchas, las vieran recibir á sus amigos en sus propios salones?

Una calumnia soplada á los oidos de doña Maria Josefa, hubiera sido el efecto inmediato de la reprehension.

Y no hubieran pasado muchas horas sin que

la mazorca golpeará con el cabo de sus puñales las puertas de la familia calumniada.

Así las familias se veian en verdaderas figurillas para ocultar al sirviente ciertas novedades significativas, como preparativos de viaje, etc.

Echar al sirviente de la pieza donde estos se hacian y á la que entraba cuando menos era esperado, equivalia á decirle:

—No quiero que doña Maria Josefa sepa lo que yo hago, y esto equivalia á echarse encima la vigilancia de toda la mazorca.

Rosas, asombrado del génio diabólico de su cuñada, se valia de ella para sus más ocultas pesquisas, y la complacia atendiendo todas sus indicaciones.

Quando alguno de sus adulones ó espías le llevaba alguna importante delacion, les decia:

—Hable con Maria Josefa y dígame que me comunique lo que haya al respecto.

Y doña Maria Josefa se manejaba de tal modo, que al dia siguiente á mas tardar, Rosas sabia mas de lo que necesitaba.

La casa de doña Maria Josefa era más concurrida que la misma casa de Gobierno.

Aquella harpia se levantaba muy temprano con su más brillante traje federal, para atender las delaciones que le llevaban sus agentes.

Era la hora de gran despacho, despacho que no podia eludirse bajo ningun pretexto.

A esa hora en que las sirvientas y cocineras van al mercado, las que tenian que hacer alguna reveiacion importante, hacian su escapada hasta lo de doña Maria Josefa, para aprovechar el tiempo de las compras, sin que los patrones pudieran desconfiar de la tardanza.

Hacerlo á otra hora hubiera sido poner á aquellos sobre aviso y perder un buen golpe!

Aquella mujer feroz recibia á las negrillas y mulatas en su propio salon y por turnos, para que la delacion de una no fuera escuchada por las otras.

Las hacia sentar á su lado, les hacia "hacer la mañana" porque no era concebible una buena federal que no supiera echar un trago, y les hacia soltar cuanto sabian y cuanto no sabian.

Porque aquellas infelices, dominado el espíritu por aquel sér perverso, por contentarla y merecer un elogio, aumentaban las noticias é inventaban frases sospechosas.

Quando la noticia valia la pena, la harpia la recompensaba con un billete de valor, segun la denuncia, y hacia toda clase de halagos á la delatora.

Así ese sér malvado hasta lo fantástico estaba en posesion de la vida íntima de las familias.

Sabia quienes visitaban las casas de los unitarios, á que hora se habian retirado y la conversacion que habian tenido.

De aquí ella deducia sus infernales conse-

cuencias y se ponía de acuerdo con los jefes de la mazorca para obrar.

Porque para los casos apurados, como Rosas estaba en Palermo, doña Maria Josefa gozaba de ciertos privilegios y autoridad que ninguno otro agente del tirano gozaba.

Porque doña Maria Josefa no podía cometer otro error que cargar un poco la mano y esto era conveniente para el sistema del terror.

El General Lavalle estaba en campaña: se temía se pusiese en combinacion con los unitarios de la ciudad, y todo exceso de crueldad era pálido al lado de lo que Rosas se proponía desplegar.

Por eso la mazorca no trepidaba en ejecutar las órdenes de doña Maria Josefa, en la seguridad que complacian al tirano, á la par que quedaban bien con ella.

Cuando terminaba el despacho, es decir, despues que habia oido todas las delaciones, doña Maria Josefa devoraba una enorme taza de chocolate con sus correspondientes tostadas y se acostaba á dormir la siesta, como todo Buenos Aires lo hacia, por hábito, por necesidad.

¿Quién era aquel que se atrevía á dormir de noche?

Los unitarios no lo hacian, temiendo que sus casas fueran asaltadas durante el sueño.

El pueblo federal, entregado á recorrer las pulperías y las calles, pasaba la noche de jarana.

La mazorca estaba entregada á su ocupacion favorita: el degüello y el saqueo.

La alta sociedad federal se entregaba á sus grandes bailes y grandes fiestas, en festejo de tal ó cual tiempo imaginario, mientras la federacion política pasaba sus noches en conciliábulos y alarmas, temiendo que de un momento á otro Lavalle se echase sobre la ciudad, secundado por los unitarios de adentro.

Las cárceles estaban llenas de presos, cuya mayor parte eran pasados por las armas durante la noche, para aterrar mas á la poblacion con las continuas descargas en medio del silencio de la noche.

Y la poblacion vivía en medio de un terror continuo, pues cada una de esas descargas anunciaba que un miembro de la sociedad porteña habia sido suprimido del número de los vivos.

Y todos temblaban ignorando cuales serian las víctimas, porque rara era la familia unitaria que no tuviera un miembro querido en la cárcel.

Todos fusilaban por su cuenta, sin siquiera tomarse el trabajo de apuntar el nombre de la víctima.

El jefe de policia fusilaba en los patios de Departamento; Cuitiño fusilaba en su cuartel; el comandante Maza en el suyo, y el jefe de los serenos degollaba en el suyo, para no alarmar al vecindario con descargas inútiles.

Así es que Buenos Aires dormía de dia por-

que era la hora en que los asesinos descansaban las fatigas de la noche y del vino.

A la madrugada, el espectáculo cambiaba, siendo más aterrador, si cabe en lo posible.

Los carros de la basura iban á la Policia y cuarteles, unos, á recojer los cadáveres de los fusilados, mientras los otros alzaban de las calles los degollados de la noche anterior.

Estos cadáveres, cuyas cabezas estaban separadas del tronco, eran llevados al cementerio á las voces de duraznos blancos y amarillos que daban los carreros, exhibiendo las cabezas humanas en medio de carcajadas feroces.

Muchas personas que engañadas al principio salian á comprar duraznos, daban vuelta, horrorizadas al contemplar las cabezas ensangrentadas y lívidas que se anunciaban de aquella manera.

Si hay alguien que dude de la verdad de lo que decimos, todavía hay miles de personas vivas, que pueden apoyar nuestras palabras, pues fueron testigos de aquellas escenas, que parecen inventadas por una imaginacion calenturienta y febril.

Doña Maria Josefa dormía pues, una siesta de cinco ó seis horas, de cuya siesta se levantaba á comer. Su mesa siempre era concurrida por amigos de ambos sexos, que iban á rendirle pleno homenaje.

Las célebres damas que hemos presentado ya en escena tirando del carro donde se paseaba en triunfo el retrato del tirano, concurrían á sus salones, recibiendo con ello un alto honor, y haciendo sociedad á los miembros de la mazorca, infaltables al cuartel general de las libaciones.

Allí se hablaba de política, se criticaba de una manera sangrienta y amenazadora á las damas que no visitaban á doña Maria Josefa, y los nombres mas respetables eran entregados á la difamacion.

Cuando aquel ser rídico y malvado concluía de comer, entraba al salon con todos los aires de una reina y seguida de las parejas que la habian acompañado á la mesa.

La reunion tomaba entonces otro aspecto.

Los corrillos se formaban en todos los ángulos de las salas, mientras un regimiento de negras y mulatillas servían el mate dulce y amargo.

Porque la harpia alojaba en su casa, mientras les encontraba acomodo, á todas las sirvientas que habian sido despedidas de sus amos.

Doña Maria Josefa se entregaba entonces á sus conciliábulos y confidencias con los jefes de la mazorca que habian concurrido.

Se cambiaban noticias y chismes, é indicaba ella las casas que se debían asaltar, para castigar las familias cuyos hermanos, padres ó hijos habian logrado emigrar á Montevideo.

A las once ó doce de la noche, la reunion volvía á tomar un nuevo aspecto.

Las damas copetudas se habian retirado entre nueve y diez de la noche, protegidas por sus enormes moños punzoes y largas divisas, ó acompañadas por algun federal de campanillas.

Quedaban solo las más calaveras, muchas de las que permanecian allí hasta la madrugada, y los federales que no tenian que hacer.

Los miembros de la mazorca se iban retirando á la hora del golpe preparado, para volver más mas tarde á dar cuenta de su cometido.

Y referian cuántos chicotazos habia recibido tal ó cual dama, qué nueva herejia habian hecho en aquella otra, y cómo habian cumplido ciertas órdenes especiales de doña Maria Josefa, órdenes que eran mas ó menos estas:

—A Fulana hay que castigarla hasta sacarle las brujas, porque ha tenido la insolencia de hablar de mi y del Restaurador.

A mengana hay que entregarla á los muchachos para que se diviertan con ella y le bajen el copete y ese aire de querer valer mas que uno.

Yo les he de enseñar á esas salvajonas á tener á menos á los federales!

Y eran estas las referencias que hacian los bandidos en medio de los aplausos de aquella sociedad espantosa.

El resto de la noche era empleado en cenar y en todo género de excesos.

Se habia hasta la embriaguez mas completa y se hablaba un lenguaje esencialmente federal.

Mientras en el comedor y los salones tenian lugar aquellas escenas, los patios eran teatro de otras mas pintorescas.

Los grupos de mazorqueros que habian ejecutado los actos cobardes que se referian en la sala, llenaban los patios á participar del festin y de la sociedad de las negrillas y mulatas que llenaban la casa.

Cumpliendo las órdenes de su patrona, estas les alcanzaban frascos de bebida y avios de tomar mate, pues era preciso recompensar los desvelos de aquellos leales servidores.

Esta era la razon por que aquellas aclamaban á doña Maria Josefa, mirándola como su jefe mas importante.

Con bebida y mate á discrecion y muchachas con quienes matar el rato, aquellos buenos mazorqueros se instalaban en la casa, de donde no se movian sino para cumplir alguna orden de la patrona.

Y como muchas veces se ofrecia alguna delacion á desahoras, ó algun viajero que atajar, siempre habia en los patios un buen grupo, dispuesto á bailar la *refalosa*.

Como todo entraba á la casa en grandes cantidades, sin que la Maria Josefa tuviese nunca que gastar ni un medio, se gastaba de una manera escandalosa.

Las mulatillas se trataban á cuerpo de rey, y los

miembros de la mazorca se retiraban al amanecer con su abundante provision de cuanto podian necesitar.

El escándalo de los patios y departamento de servicio era tal á veces, que el rumor de la orgía y el heberaje llegaba hasta los salones.

Y si alguno preguntaba alarmado que era lo que aquello significaba, respondia con su risa mas hedionda:

—Son los muchachos que se están divirtiendo un poco.

Demasiado trabajan y se desvelan los pobres, para que uno les niegue los pocos momentos de expansion que puedan gozar.

Y el heberaje y la chacota, seguia como en pleno cuartel.

La jarana duraba hasta una hora muy avanzada de la noche, en que la concurrencia de las salas y los patios empezaba á retirarse.

Solo quedaban algunos patriotas que se constituian en guardia de honor de la casa, y los muchos borrachones á quienes Baco habia agarrado de las piernasy no les permitia ni siquiera moverse.

Aquello parecia entonces un verdadero departamento del infierno.

Aquellas negras y mulatas envueltas en grandes rebozos de bayeta punzó y aquellos hombres de patibularias, de gran melena y cubiertos de trapos y divisas coloradas, borrachos sin poderse mover, parecian una lejion de diablos en noche de puerta franca.

Entonces era que doña Maria Josefa se acostaba á dormir hasta las seis ó siete de la mañana, hora en que empezaban á caer sus agentes y espías.

La organizacion que esta mujer perversa habia dado á su sistema de espionaje, no se limitaba á los sirvientes y frailes.

Ella tenia sus agentes de segundo orden á donde se dirijan los espías delatores que, ya por la distancia, ó porque no convenia los fueran á ver entrar á su casa, no podian concurrir á la hora de la audiencia.

Por ejemplo, á inmediaciones de donde es hoy el cementerio Inglés, vivia en un "sitio" bastante cómodo, la famosa tia Joaquina, conocida por el apodo de Federacion.

Tia Joaquina era una negra vieja, fabricante y vendedora de chicha, á la que estaban subordinadas numerosas negrillas y mulatas, la mayor parte de ellas hijas, sobrinas y nietas de la tia Federacion.

Este escuadron de negrillas estaba desparramado en varias casas unitarias, como espías de doña Maria Josefa.

Cuando en cualquiera de las casas ocurría alguna novedad de importancia, la negrilla venia á ver á tia Joaquina, y la ponía en autos de lo que sucedia.

Y la negra vieja corrijiendo y aumentando el suceso, lo iba á comunicar á doña Maria Josefa.

La negra Joaquina era una policia tal, que tenia entrada franca á cualquier hora, hasta donde la señora estaba, pues sabido es que nunca iba sino cuando tenia algo importante que comunicar.

Además de su mision de agente secundario, la negra Federacion tenia otro empleo importante.

Era el espia ambulante que tenia doña Maria Josefa.

Con el pretexto de vender chicha, se metia adentro de las casas unitarias, donde sorprendió mas de un secreto, que valió á la familia la desolacion y la ruina.

Al romper el dia, arrebozada en un pedazo de bayeta punzó, con un cachimbo á media boca y la vasija de chicha en la cabeza, con un equilibrio perfecto, la negra Federacion salia de su sitio, y husmeándolo todo y entrándose á las casas, llegaba hasta el centro al compás de sus ahucianas y amuletas canillas.

Si husmeaba algo de importancia, se iba hasta lo de la Maria Josefa, para comunicarlo.

Sinó, se venia hasta el mercado donde despachaba la chicha, y regresaba de vacio hasta su sitio.

La tia Federacion no era de mirarla así por sobre el hombre, pues tenia entrada á casa del Restaurador, que le solia regalar un cincuenta y hacerle un par de encargos.

Ademas de la tia Joaquina, doña Maria Josefa tenia otros agentes colocados en otro centro de accion.

Estos eran entre otros, don Ramon y don Lorenzo, puesteros del mercado y dos de los federales mas tremendos que se conocian.

Raro era el dia que, entre las tiras de asado que colgaban del puesto, no exhibieran algunas cabezas humanas, de personas degolladas la noche anterior ó aquella madrugada.

Estos dos pústeros eran una potencia tan terrible como la misma tia Joaquina.

Ellos observaban el traje y conducta de las señoras y sirvientas que iban á hacer sus compras.

Husmeaban si hacian sus compras á los puesteros más federales y si tenian asco á las cabezas puestas en exhibicion, para sacar sus conjeturas, y comunicarlas á doña Maria Josefa.

Si alguna criadita no les compraba á ellos, da-

ban por sentado que su patron se lo habia prohibido, porque era salvaje unitaria.

Ante semejante aserto, doña Maria Josefa hacia vijilar inmediatamente la casa, y pasaba aviso á sus confidentes favoritos, Salvador Moreno ó Ciriaco Cuitiño.

Estos eran los jefes de mazorca á quienes ella más distinguia, por su ferocidad proverbial, pues ninguno de ellos tenia inconveniente en bajarse del caballo y tocar el violin en plena calle, al primer salvaje unitario que les caia á mano.

Asi entre los pulperos, lecheros y todos esos proveedores que entran por la mañana á las casas de familia, la harpia federal tenia admirablemente organizado su sistema de espionaje.

Cuando se trataba de algo muy grave, subia en su carruaje é iba á Palermo á conferenciar con D. Juan Manuel, que se quedaba sorprendido de los secretos que poseia su cuñada.

Muchas veces salia corrida de Palermo, porque Rosas que no podia dominar su espíritu malvado, aunque la miraba como uno de sus agentes mas importantes, solia hacerla víctima de sus bromas groseras.

Mandaba á don Eusebio de la Santa Federacion por ejemplo, que le echara un piropo de grueso calibre ó le hiciera alguna otra travesura análoga.

Y la harpia se retiraba furiosa y sin poder contener la rabia, mientras don Juan Manuel quedaba riendo como si le hicieran cosquillas.

Cuando esto sucedia doña Maria Josefa, salia jurando no volver mas á poner los piés en Palermo.

Pero pocos dias despues su perversidad le hacia olvidar la ofensa, y volvia con algun plan infame, con alguna delacion, ó con algun pedido de orden de confiscacion.

Rosas entonces le hacia tirar piedras, quemándole la sangre con sus eternas bromas, pero no por esto la harpia se arredraba.

Esta es la harpia infernal que disponia de la policia secreta el año 40 y que hoy ponemos en escena.

Este mónstruo fué la antora de mil tragedias terribles que iremos narrando en el curso de este libro.

La siguiente es una de las mas sombrías.

## El drama de los Manterola

En la esquina de las calles de Cuyo y Maypú frente á la esquina de Caña, y en los altos conocidos por de Gutierrez, vivia la familia de Manterola.

Esta familia digna y honorable, era compuesta de doña Ana Berutti de Manterola, sus hijas Juana y Cármen, sus hijos Norberto y Tomás y dos

nietas huérfanas, de quienes la señora Ana se había hecho cargo.

La señora tenía dos hijos mas, don Lorenzo y don Luis Manterola.

El señor don Lorenzo Manterola se había casado y vivía con la familia que empezaba á formar.

Don Luis vivía en casa de don José Marzano, juez de paz de la Parroquia de San Nicolás, de cuyo juzgado era escribiente.

Veamos por qué coincidencias aquel hombre había descendido á tan humilde empleo.

Don Luis Manterola desde muy joven había abrazado la carrera de las armas.

Siempre constante en el servicio y ambicionando labrarse un porvenir, había ido ascendiendo siempre por hechos distinguidos, hasta el empleo de teniente coronel, que conquistó con su espada en la memorable jornada de Ituzaingó, donde tambien fué actor su hermano Lorenzo, aunque en grado militar mas inferior.

Inteligente y práctico en el arma de artillería, se había ganado el aprecio de los generales Lavalle y Paz, que lo miraban como una esperanza de la patria y del ejército, que carecía entonces de buenos jefes artilleros.

Hecha la paz con el Brasil, el teniente coronel Manterola regresó á Buenos Aires con el general Lavalle, y con él tomó parte activa en el motin militar del 1º de Diciembre, que terminó con la jornada del Puente de Márquez.

Caido en aquella accion el partido unitario por la traicion de Rosas que no quiso respetar el convenio de Abril, Manterola fué privado del mando activo y se le relegó á una plana mayor aunque con sueldo integro.

El militar pundonoroso y altivo no dijo una palabra ante aquel desconocimiento de sus méritos y servicios, conformándose con su suerte, que el creía pasajera, hasta 1835.

Manterola amaba entrañablemente á su señora madre y hermanas, á quienes ayudaba con el sueldo de su clase, y era esta razon la que había influido en él para no protestar contra aquel olvido intencional, separándolo del ejército en cuyas filas hizo su lucida carrera.

Rosas, que queria contraer méritos con los federales dorreguistas, no perdonaba ocasion de pasar por el vengador terrible del gobernador Dorrego.

Asi, invocando las cenizas de aquel hombre desgraciado, borró de la lista militar á todos los jefes que habían tomado parte en el movimiento del 1º de Diciembre, y que no se habían plegado al partido de la federacion rosista.

Entre ellos cayó el teniente coronel don Luis Manterola, á quien se le privaba asi de todos sus elementos de vida.

Aquel hombre fuerte y digno en la desgracia, devoró en silencio aquella desventura que le quitaba, al mismo tiempo que sus recursos de vida, el porvenir brillante que se había labrado.

No quiso pedir gracia á Rosas como lo hicieron unos pocos, y desoyó los consejos que en este sentido le dieron los amigos que conocían su situacion.

—Prefiero la miseria en medio de mi pureza como patriota, les dijo, á la posicion y riqueza que sea necesario envolver entre los girones de mi honor.

El trabajo no me acobarda añadió, y distraido en ganar lo necesario para mi y ayudar á los míos, podré esperar tiempos mejores.

Pobre Manterola!

Esperaba tiempos mejores, cuando la Federacion no había mostrado aún el malvado cerebro de Rosas!

Resignado á su suerte, don Luis Manterola empezó á buscar trabajo y comprender que aquello no era tan fácil como lo había pensado, tratándose de un salvaje unitario que había peleado contra Dorrego y que debía estar en correspondencia con Lavalle.

La familia de Manterola, desde doña Ana abajo era asi clasificada y señalada como tal por los federales exaltados.

Por fin, el benemérito teniente coronel de Ituzaingó, halló una puerta abierta, y por cierto lo que menos esperaba.

Esta puerta fué la del señor Marzano, federal en toda regla, á quien en prueba de la confianza que merecía al gobierno, había sido nombrado juez de paz de la parroquia de San Nicolás.

Don José Marzano con quien lo ligaban vínculos de cariño, le ofreció aquello de que podía disponer.

El puesto de escribiente en el juzgado y su casa de familia lealmente abierta.

Como en el Juzgado de Paz había mucho trabajo, el escribiente tendría que almorzar y comer en casa del juez, que vivir cerca y por consiguiente era mejor que viviese en ella, sin perjuicio de ir á pasar al lado de su familia todo el tiempo que le quedase libre.

Don Luis aceptó radiante aquella buena posicion que le deparaba el cielo.

Siendo escribiente de un Juzgado de Paz en aquellos tiempos, tenía garantida su vida y la tranquilidad de su familia.

No era admisible que el escribiente de don José Marzano, federal á todas luces, fuese un salvaje unitario.

El sueldo era una miseria para un hombre de su rango social, que no le alcanzaria para cubrir sus más urgentes necesidades.

Pero ya era un sueldo con que poder aliviar á su familia, marcada ya por la Federacion, y una garantia para aquellos seres queridos.

Inmediatamente ocupó su puesto y se trasladó á la casa de Marzano.

Trabajó con un ardor y un interés tal, que se granjeó por completo toda la amistad de aquel

hombre y el cariño de la familia á cuyo lado vivia.

Conocidos sus antecedentes y desgracias, el Sr. Marzano solia alentarle con un cambio de posicion, para lo cual él y otros amigos podrian hacer trabajos, no pudiendo decirse que era un enemigo de la federacion, puesto que estaba sirviendo al gobierno, aunque en un puesto humilde.

— Mejor es no hacer por ahora, decia Manterola, para ocultar su modo de pensar.

Los que hemos servido á órdenes de Lavalle somos antipáticos al gobiernos y yo temo perder hasta este puesto humilde.

Mas tarde, cuando las pasiones politicas hayan pasado un poco, veremos lo que se puede tentar.

Es que Manterola tenia sus compromisos con el partido unitario, que empezaba á trabajar sordamente.

El asesinato de los Reynafé y la terrible sentencia recaida contra el doctor Gamboa, habia sublevado el espíritu.

La emigracion á Montevideo empezó á aumentar de una manera prodigiosa, hasta que Rosas, alarmado, tomó terribles medidas de degüellos contra los que huian á engrosar las filas de sus enemigos en Montevideo.

Así lo pasó hasta principios del año 89, en que las escenas de matanza y mazorcadas vinieron á aterrar la poblacion que se creyó perdida.

Ya no eran solo los unitarios los perseguidos por el puñal y la verga.

Lo eran tambien los llamados lomo negro y los federales que no estaban bien definidos, es decir, que no pertenecian á la mazorca, ó al círculo de la feroz Maria Josefa Ezcurra.

Manterola, comprometido cómo muchos otros en la gran revolucion del Sud, esperaba tranquilamente el desenvolvimiento de los sucesos.

Su tiempo lo dividia entre el juzgado de paz, su buena madre y la familia de Marzano.

Todas las noches en cuanto se desocupaba, iba á visitar á doña Ana y á sus hermanas, á cuyo lado permanecia hasta las once de la noche, hora en que la familia del juez de paz, cerraba la puerta.

A esa hora se retiraba, y aunque era peligroso andar la calle, él iba garantido por su larga divisa y los papeles del Juzgado, que por precaucion se echaba siempre al bolsillo.

Tanto él como su hermano Lorenzo y doña Ana, corazon patriota y noble, estaban al cabo de los sucesos que se desarrollaban en Montevideo, pero con tal recato, que nadie tuvo nunca la menor sospecha.

Aunque la negrilla Luisa que los servia era sobrina de la terrible tia Federacion, jamás habia visto en la casa nada digno de ser transmitido al teniente de doña Maria Josefa.

Lo que prueba que los Manterola obraban con

gran recato y hablaban con suma cautela. Era en casa de doña Ana que se veian los hermanos Luis y Lorenzo, para comunicarse las noticias de que tenian conocimiento.

El temor á los unitarios llegó á punto, tal que el tirano se alarmó seriamente.

Quintuplicó la vigilancia en la costa para tomar y degollar á todos los que querian embarcarse, y puso á las familias unitarias bajo una activa vigilancia de observacion.

Sus agentes no tenian mas encargo que imponerse de lo que pasaba en las casas y transmitirlo sin pérdida de tiempo, cuando se trata de algo referente á los unitarios.

Doña Maria Josefa fué encargada absoluta de esta parte de las medidas del gobierno.

Ninguna más competente que ella para estrechar á las familias en sus propios hogares, por la fabulosa y diabólica organizacion de su policia secreta.

Doña Maria Josefa se puso sobre tablas á su infame tarea, llamando á sí todos los elementos que le estaban subordinados, para instruirlos bien en lo que tenian que observar en adelante.

La harpia tomó una larga lista que guardó en su precioso escritorio de coaba, regalo de Victorica, y la recorrió prolijamente, marcando con su lápiz varios nombres.

Bajo aquella marca terrible habia caido tambien el de doña Ana Berutti de Manterola.

Concluida esta prolija operacion, doña Maria Josefa tomó del mismo escritorio otra lista, donde tenia todos los datos sobre la reparticion de sus agentes, marcando tambien varios nombres.

Luisa, la sobrina ó hija de la negra Joaquina, fué tambien uno de los nombres señalados preferentemente en la segunda lista.

Maria Josefa contempló el prelude de su obra con ojos sombríos, y miró á Cuitiño y Moreno que estaban con ella, sonriendo llena de ferocidad.

Cualquiera que la hubiese visto la habria creido de una mujer bajo la influencia de una felicidad inesperada.

Es que toda la felicidad de aquel sér monstruo so se reducía á hacer mal, pero un mal terrible que dejara rastros de sangre.

Se le proporcionaba la ocasion de hacer un mal tremendo, de hacer caer muchas victimas bajo el puñal de la mazorca, y se sentia en la cúspide de la felicidad suprema.

Aquel corazon de reptil estaba en su elemento, agitado por la fruicion del crimen.

— Me parece dijo á sus confidentes, que la Sociedad Popular Restauradora, va á entrar á su época de labor mas fecunda.

Los inmundos salvajes unitarios se revuelven entre el fango de sus crímenes é intentaban otros nuevos.

Es necesario aplastarlos antes que alzen la

cabeza y un nuevo crimen venga á enlutar la Confederacion Argentina.

Estos infames no se contentan con Dorrego, y el ilustre general Quiroga, y quieren aún mas sangre.

La tendrán, voto al infierno, pero esta vez será sangre de salvajes unitarios.

Mueran las sabandijas y sus inmundas crias! concluyó con frenético entusiasmo.

Aquí, y golpeó las dos listas de que hemos hablado, tengo preparado ya un cementerio.

—La labor no nos asusta, dijo Cuitiño.

Nos multiplicaremos, si es necesario, para librar á la santa causa de la federacion de los peligros que la amenazan.

—Ya sabe el Restaurador y usted misma, agregó Moreno que no tienen mas que mostrarme ó indicarme con la palabra mas leve donde es necesario golpear.

Caerán cuantos se me indiquen.

El exterminio de los salvajes y sus crias, no es para mi ningun trabajo, es un placer, una religion que todo pecho federal debe alentar hasta la muerte.

—Lo sé, lo sé mis leales amigos, contesto la harpia tendiéndoles su mano innoble y grasosa.

Esta mañana mismo se lo decia al Restaurador.

Con hombres como ustedes, los salvajes unitarios no podrian ni siquiera intentar luchar con ventaja.

Pasen ahora á la sala, que yo voy á tomar unas pequeñas disposiciones para el mejor servicio.

Dentro de un momento estaré con ustedes.

Cuando la harpia quedó sola, llamó y mandó buscar un soldado de los muchos que en su casa pasaban la noche.

En el acto que este se presentó, lo envió á casa de la tía Joaquina, con órden de traerla en aucas, pues se le necesitaba para un trabajo urgentísimo.

La familia de Mantero, pensó en cuanto hubo salido el soldado, es toda de salvajes unitarios de la peor especie, pues hay en ella hasta reincidentes.

La tal Ana es de aquellas intrépidas que creen que con llamarse patriotas, han conquistado la gloria eterna.

Luis fué borrado de la lista militar porque tomó parte en la revolucion contra Dorrego, revolucion en que tambien andaba mezclado Lorenzo.

Hace tiempo que no vigilo á esta chusma y es preciso saber lo que hace y lo que piensa.

Me parece que de esta hecha ellos no escapan de una buena refalosa, y ellas de una azotaina en toda regla.

Es imposible que no anden mezclados en las trampas de los unitarios, sobre todo ese Luis, que deseará vengarse de Juan Manuel, por la borrada de la lista.

Como me he descuidado yo con esta gente! Quiera Dios que no se hayan ido ya á Montevideo, porque este seria un golpe de descrédito para mi policia.

Y mientras llegaba el teniente que habia mandado buscar, pasó á la sala donde estaba reunida ya la flor de la mazorca y los unitarios que habian logrado pasar por tales, para servir á la causa y á sus amigos, trasmitiéndoles los peligros que los amenazaban.

Muchos unitarios habian logrado engañar el feroz olfato de aquel demonio é introducirse en su confianza.

Asi pudieron prestar muchas veces inestimables servicios á la amistad, imponiéndose de las tramas y órdenes de doña Maria Josefa.

—Me parece, dijo la harpia, tomando asiento en medio de la reunion, y dirijiéndose á Moreno, que dentro de dos ó tres dias voy á darle una comision que se la envidiarán muchos.

Va á ser un golpe de burla para los unitarios, que se lo esperan.

Se trata de....pero no, ya conocerán el golpe despues de darlo.

Moreno agradeció servilmente aquella prueba de distincion y dijo que esperaba el dia fijado, deseando que volaran las horas.

En seguida se ocupó la reunion, como siempre, en echar pestes contra los unitarios que tenian trastornado el pais con sus bravatas y deseando que el gran partido federal concluyese de una vez con aquella sabandija.

—Si el mulato Rivera no hubiera sido un trompeta traidor, hace mucho tiempo que el pais estaria libre de enemigos, aulló la harpia.

Pero él se ha propuesto ser tan trompeta como mulato, dando refugio á los unitarios, y es necesario que el gran Oribe le dé una vuelta de azotes.

Pronto se acabarán las compadradas de ese mulato insolente!

La reunion aplaudió frenética aquel estupido desahogo contra el noble caudillo oriental, manifestando su deseo de verlo morir como los hermanos Reynafé.

En este momento entró al patio el soldado que traia enancada á la negra Federacion, y doña Maria Josefa abandonó á sus tertulianos, pretestando un quehacer ineludible y de imperiosa necesidad.

En su aposento mismo, para hacer mas sigilosa la entrevista, la esperaba la negra, envuelta en su eterno rebozo de bayeta y con su cachimbo á medio encender entre las encias, pues ya la tía Federacion apenas tenia muelas y unos tres colmillos.

—Siéntese tía, dijo el basilisco federal, que la he mandado buscar para algo grave.

La negra jurgunéo el cachimbo con la punta del dedo indice y despues de dos pitadas que apestaron el cuarto, tomó asiento y repuso:

—Aquí me tiene su merced el ama para lo que guste mandar.

Necesito saber si tu sobrina Luisa está siempre en casa de Manterola.

—Allá está, mi ama.

Hace dias que no la veo, pero si hubiera salido habria venido á casa.

—Superior—yo necesito que mañana bien temprano me traigas á tu sobrina.

Puedes ir á la casa al amanecer y así en cuanto abra la puerta la hablas y me la traes.

Pero cuidado, mucho cuidado, porque es preciso que nadie se aperciba de esto.

—Pierda cuidado su merced, mañana en cuanto abra la puerta se vendrá conmigo.

—Bueno, por ahora no necesito nada mas.

Sabe usted algo sobre los patrones de Luisa?

—Nada, mi ama, parece que son muy buenos y que la tratan bien.

—Bueno, ahora váyase adentro á tomar un mate para estar lista á cumplir la comision.

La negra se fué á la cocina, echó en el cachimbo una brasa de fuego á dedo pelado, y se le durmió á un frasco de ginebra que por encargo del ama le alcanzó una mulatilla.

En seguida se puso á echar panes, entre mate y mate, que le alcanzaban las criadas, que la trataban con el mayor respeto, en primer lugar, por la banca que tenia con el ama, y en segundo porque la negra Joaquina era capaz de dormirse á garrotazos á la mas pintada, con la misma flemma que se le dormia á una media azumbre de caña.

Doña Maria Josefa despidió á sus visitas y se recogió.

Quería estar descansada para los perversos trabajos del dia siguiente.

En cuanto empezó á amanecer, la negra Joaquina se embozó en su andrajo de bayeta, y se largó para la esquina de Caña, donde se puso en observacion.

Al poco tiempo de estar allí se abrió la puerta de lode Manterola, y apareció la negrilla Luisa muy emperifollada, y con su tipa al brazo para ir á hacer sus compras.

Grande fué la sorpresa que tuvo al encontrarse á aquella hora con que su tia hacia centinela en la esquina.

La negra vieja se acercó entonces á la jóven y le dijo:

—Vamos á prisa, que te necesito y no quiero que nos vean.

La negrilla entornó la puerta y siguió á la tia, que enfiló la calle á trote gatuno.

—Qué sucede? preguntó cuando la hubo alcanzado.

—No sé, el ama grande, así llamaba á doña Maria Josefa, me ha mandado llamar para que te lleve á su casa.

Algun pandero habrá con tus patrones.

La negrilla habia oído en esos dias que doña

Ana trataba con sus hijos algun asunto muy reservado.

Varias veces habia sentido pronunciar el nombre del general Lavalle en aquellas conversaciones misteriosas, pero no se habia atrevido á decir nada á su tia.

Tenia mucho cariño por su señora, y las niñas que la trataban con suma bondad, y le habia repugnado profundamente la idea de delatarlas.

—Cristo padre! pensó la negrilla.

Si habrán oído algo y me irán á armar la gorda porque he callado!

Pues con decir que nada he oído, estamos del otro lado!

Así se preparaba la buena negrilla á salvarse ya que no podia salvar á sus amos.

Las dos negras se entraron á lo de doña Maria Josefa y se hicieron anunciar.

La harpia las recibió en la cama, pues deseaba ardientemente sorprender los secretos de los Manterola, é inaugurar su nuevo servicio con algo ruidoso que le hiciera crecer su prestigio á los ojos de su digno cuñado.

Las dos negras tomaron asiento porque así se lo mandó el ama grande, que empezó en seguida un minucioso interrogatorio.

—¿Quiénes viven con tu ama?

—Las niñas doña Cármen y doña Juana, el niño Tomás, el niño Norberto y las nietas del ama.

—¿Y don Lorenzo y don Luis no viven allí?

—No señora; D. Lorenzo vive aparte desde que se casó.

—D. Luis vive en casa del Sr. Marzano.

—¿D. José Marzano?

—Del Sr. D. José.

—¡Olá! del juez de paz de San Nicolás, exclamó sorprendida la Maria Josefa.

—¿Y no sabes por qué vive allí?

—Creo que porque es empleado del juez de paz y como hay mucho que trabajar, vive con él.

—¿Con que Marzano es protector de unitarios? pensó en alta voz la infame jefe de espías.

Es preciso averiguar cómo anda jugando esa tal don José....

Y decime, ¿qué dias vá Luis á visitar á la madre, ó está mal con ella?

—No señora, don Luis vá todas las noches, á ver al ama y tomar mate con ella.

—¿Y Lorenzo?

Tambien vá de noche, pero como él es casado suele faltar algunas.

—Bueno, ahora me vas á decir detenidamente lo que hablan cuando están juntos.

—Hablan de lo mal de dinero que andan....

—No, de Lavalle y del Restaurador.

—Yo nunca les he oído nada señora.

—¿Cómo nó? y ¿quién les alcanza el mate?

—Yo, señora.

—Y ¿cómo te atreves á decir que no has oi-

de nada? aulló doña Maria Josefa sentándose sobre la cama como movida por un resorte y mirando á la negrilla de una manera terrible.

La negrilla se echó á temblor, comprendiendo que no le quedaba otro recurso que vender á su ama, ó esponerse á las iras terribles de doña Maria Josefa.

—No ocultes nada, no seas tonta que si el ama grande se disgusta, puede costarte muy caro.

Además que si yo sé que has sabido y no lo has dicho, te corto la lengua y te mato á garrotazos.

La negrilla tenia un "terror pánico" á doña Maria Josefa, pero era aún mayor el que sentia por la negra Federacion, que la conocia y sabia era muy capaz de cumplir aquella amenaza.

Confundida la negrilla ante la mirada espantosa de aquel sér deforme, sin darse cuenta de lo que hacia, vendió el secreto que importaba la cabeza de sus amos.

—Ola, ola! exclamó la harpía triunfante.

Parece que se te vá desatando la lengua!

Esto es lo que te conviene, que yo sabré recompensártelo.

De otro modo ya sabes que en mi mano hay poderosos medios de castigo contra las que tratan de engañarme.

—¿Con que hablaban mucho de Lavalle? agregó, y por supuesto, se preparan á recibirlo cuando venga?

—Así es señora, replicó la negrilla aturdida y sin saber lo que decia.

—No me parece mal.

Y don Luis y don Lorenzo hablan de irse á Montevideo cuando la aprete?

—Si señora, replicó la negrilla, sin calcular el mal enorme que con aquellas respuestas estaba causando.

—¿Y quiénes más visitan la casa? preguntó la harpía.

—El administrador del Hospital de Mujeres, y el yerno de la señora don Alejandro Romero.

Tambien va don Pepe Gomez, pero este con menos frecuencia.

—Oh! con que don Juan Rosales abandona el hospital para visitar unitarios.

Ne me parece mal! ya veremos eso.

—¿Nadie mas vá?

—Nadie mas, al menos de gente que yo conozca.

—Bueno, ahora es el momento de estar alerta y andar viva, porque si te duermes te va á llevar el diablo!

Es necesario que te fijes en todo lo que dicen y lo que hacen, para que me lo vengas á contar en el acto.

Ahora, si oyes algo de que alguno de ellos se va á ir ó de que Lavalle viene pronto, tienes que andar como un viento.

Para nó perder tiempo, te vas al almacen de

don Salvador Moreno, que te queda mas cerca, y le dicés cuanto sepas, que yo hablaré con él para que no pierda tiempo.

Yo te pagaré á peso de oro cada noticia de importancia que me traigas.

Pero cuida mucho de no engañarme! no te digo mas.

La harpía regaló un billete de doscientos pesos á la negrilla, suma fabulosa en aquellos tiempos, y un cincuenta á la tia vieja, haciéndoles de nuevo mil recomendaciones y las despidió.

En cuanto salieron á la calle, la negra vieja quitó á la sobrina los doscientos pesos, y como por vía de preámbulos le pegó dos pescozones.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, bribona, le dijo.

En la primer ocasion buena, te largas á lo de Moreno, que yo te prometo no quitarte el otro regalo que te hagan.

Y cuidado con que tus amos vayan á maliciar que los espías, porque entonces soy yo y no el ama grande quien va á hacer picadillo con tus entrañas.

La negrilla, sin haber podido dominar su aturdimiento, hizo sus compras en el mercado y se fué á su conchavo.

La tia Joaquina se metió á una pulperia donde se chupó una buena azumbre de caña y se costeó sola á su sitio, con su eterno cachimbo á medio encender y su rebozo contemporáneo.

Doña Maria Josefa, en cuanto las negras se salieron se levantó, se engulló su enorme taza de chocolate y saboreando el placer del crimen que meditaba se fué á casa de Rosas, casa hoy de Rocha.

—Como cuando la llevaba algo urgente, entró á las piezas de Rosas.

—Qué milagro, tan temprano, dijo don Juan Manuel que adivinó en la mirada de su digna cuñada, que le llevaba algun proyecto infernal.

—Nunca es temprano para la santa causa de la federacion, exclamó doña Maria, fingiendo gran fatiga para encarecer la premura con que habia andado.

He descubierto un nido de vívoras unitarias que trabajan en combinacion con el asesino Juan Lavalle.

Delante de Rosas ninguno se atrevia á nombrar á Lavalle por su titulo de general.

—Pues no hay mas que aplastarlas, repuso Rosas empezando á ponerse sério.

Y aplastarlas de una vez porque los tiempos no dan espera.

Vamos á ver, ¿de quién se trata?

—Se trata de la familia de Manterola, unitaria toda, que sé de buena tinta, anda en manejos con los espías del asesino Lavalle.

Luis Manterola, que fué borrado de la lista militar, por unitario, va á emigrar con su herma-

no Lorenzo, llevando correspondencia para el asesino Lavallo.

—Pues los haremos prender ahora mismo.

—Mejor es cuando se vayan para tomarles la correspondencia.

Yo los tengo vijilados muy de cerca y respondo que el aviso será dado en oportunidad.

—Entonces se puede esperar todavia.

—En la casa tienen divisas celestes, la porcelana tiene pintas celestes y me dicen que el dormitorio de la vieja todo es de ese color.

Se le dan estos datos al coronel Cuitiño, que él arreglará el asunto.

—Bueno, hasta mañana ó pasado, que ya tendré todos los hilos.

—Sí pero que no se cometa una torpeza, porque entonces los hago arder á todos.

—No hay cuidado—mis desvelos por la causa son mi mejor garantía.

Rosas sonrió y estrechó la mano de su digna cuñada, que se alejó mas inflada que velas de barco en noche de viento.

Rosas, en el fondo, odiaba á muerte á su cuñada, como la habia odiado desde sus amores con doña Encarnacion, pero aquel basilisco se multiplicaba en servicio del crimen, y Rosas no solo la toleraba, sino que la agasajaba, salvo alguna broma que le hacia dar con el mulato Vigná ó el loco Eusebio.

Aquellos dos seres malditos se separaron, y entre su apretón de manos quedó sellado el esterminio de la familia de Manterola, que no iba á tardar en conocer todo lo horrible de su desventura.

Dos días despues de lo que hemos narrado, todos los intimos de doña Maria Josefa, sabian que se trataba de dar una mazorcada en casa de la señora de Manterola, y degollar á don Luis y don Lorenzo.

Estos, inocentes de lo que sucedia, seguian el sistema de vida que hasta entonces habian llevado.

Don Luis trabajaba en el juzgado sin descanso para ser útil á su protector y amigo.

A la noche, venia como siempre á casa de su buena madre, donde se veia con su hermano Lorenzo y se comunicaban las noticias que cada uno de ellos sabia.

Así es que fué grande el espanto de Manterola cuando recibió en el juzgado de Paz, con el mayor sigilo y muy temprano, la inesperada visita de su mejor amigo y correligionario, don Santiago Gomez.

—Querido compañero, le dijo al oido, en cuanto se hubo cerciorado que estaban solos.

Estamos vigilados y amenazados de degüello.

Es preciso que no te descuides ni vayas á comprometer á tu familia.

A mí, sé de buena tinta que mañana ó pasado piensan darme el golpe, por lo que he resuelto salir esta misma noche para Montevideo.

Un italiano lancharo, á quien he contratado ya, me espera luego á las nueve frente al bajo del Retiro.

Conmigo, añadió, viene otro amigo político.

Si quieres correr nuestra suerte, puedes ir á esa hora en el paraje indicado, á la izquierda de la barranca.

Allí te esperaremos basta las nueve y dos minutos

—Y cómo abandono yo á mi madre en esta emergencia? preguntó Manterola palideciendo.

Sevengarian con ella.

—No lo creas.

Quedándote empeoras tu situacion y la de ella, pues marcado como estas, te degollarian en sus propios brazos lo que es peor.

—Me voy, concluyó, porque si nos ven juntos nos perdemos.

En caso que te resuelvas, ya sabes la hora y las señas.

No olvides tus pistolas.

Y Gomez se alejó precipitadamente.

Don Luis Manterola quedó aterrado.

Muerto él y perseguidos sus hermanos, ¿quién velaria por su familia?

Era preciso huir—y además en aquella época, junio del 39, el partido unitario, esperaba el rápido triunfo del general Lavallo, ya en campaña.

Don Luis Manterola resolvió correr la suerte de sus amigos y se decidió á fugar.

A las 7 de la noche entraba á casa de doña Ana, quien se sorprendió al ver la agitacion de aquel semblante tan sereno siempre.

La negrilla olió algo y disimulando cuanto pudo se puso en acecho.

—¿Qué es eso hijo mio, por qué vienes tan sobresaltado?

—No es casi nada mamá, es que me voy á Montevideo, porque dicen que me van á fusilar.

Me lo ha prevenido un amigo con quien me voy.

¿Hijo de mi alma!

¡Dios te proteja! exclamó sollozando la pobre señora.

La negrilla que oyó llanto, pegó la oreja á la puerta.

Ya habia andado mucho para retroceder.

—¿Y cuándo te vas?

—Esta noche, madre mia, si á usted le parece bien.

—¡Qué si me parece! pronto hijo mio, pronto, ya sabes, que si te matan, muero yo en seguida.

—Todavía tengo tiempo de estar á tu lado.

La separacion no será muy larga, madre mia.

Pronto entraremos otra vez, pero será al lado de Lavalle que habrá derrocado esta tirania infame.

La negrilla deseaba que don Luis se fuera cuanto antes para volar á casa de Moreno.

Estaba por irse sin esperar la partida del jóven pero temia ser reprendida por no haber oido la conversacion hasta el fin.

—Lorenzo vendrá más tarde, avisele de lo que se trata, porque yo no tengo tiempo y aconséjale que se vaya tambien.

Ahí es probable que Marzano, viendo que no voy, mande preguntar por mí.

Díganle que no me ven desde ayer.

La negrilla devorada por el deseo de salir, no esperaba mas que don Luis dijera la hora y el sitio por donde debia embarcarse.

Y como si la casualidad tratara de ayudarla, en ese momento preguntó doña Ana.

—Y es seguro el sitio del embarque?

—Por dónde se ván?

—Por el bajo del Retiro—Gomez lo ha elegido y debe ser bueno.

—Dios los ayude y premie la accion de tu buen amigo.

Don Luis Manterola permaneció al lado de doña Ana, hasta las 8 1/2.

Habia tenido la precaucion de arreglar su reloj por el de su amigo y estaba seguro del tiempo.

La casualidad quiso que ni doña Ana le preguntara, ni él dijera la hora á que debia partir.

Cuando don Luis hubo salido, despues de examinar prolijosamente sus pistolas, la negrilla, medio confusa por ignorar la hora, se dirigió al almacén de Salvador Moreno.

La suerte esta vez protejia á Manterola.

El mazorquero no estaba y los dependientes del almacén le dijeron que dentro de un rato volveria.

La negrilla esperó hasta que la señora le mandara cerrar la puerta y recojerse, operacion que, no estando don Luis, se hacia infaliblemente á las diez de la noche.

Así fué efectivamente.

A esa hora más ó menos, doña Ana mandó cerrar la puerta y dijo á Luisa que podia acostarse.

La negrilla apretó apenas la puerta, y en un segundo estuvo en el almacén de Moreno.

Pero este no habia vuelto.

La negrilla se resolvió á ir hasta lo de doña Maria Josefa, pues estaba aterrada de que fueran á cumplirse las amenazas que le habian hecho, tanto doña Maria Josefa, como su tia Federacion.

En cuanto entró á la casa se hizo anunciar y doña Maria Josefa, que esperaba noticias de un momento á otro, la hizo entrar á su aposento.

—¿Qué es lo que hay? habla pronto.

—Lo que hay es que el niño don Luis se va á Montevideo.

—(Cuándo? aulló la harpía.

—Esta noche.

—¿A qué hora?

—No lo sé.

Y refirió en seguida todo lo que habia oido, explicando, para evitar un golpe que adivinaba en la mirada furiosa de la Josefa, que no habia avisado antes, por no haber hallado en el almacén á don Salvador.

—¿Y cuánto tiempo hace que ha salido de su casa don Luis? preguntó oprimiendo el brazo de la negrilla hasta hacerla llorar.

—Un momentito señora, el tiempo necesario para ir á lo de don Salvador y venir aquí.

—Entonces nada hay perdido.

Vete ligero, y si sucede algo nuevo ó va alguno te vienes en seguida.

Si saben tu salida, dices que te corrió de la puerta un grupo de la sociedad Popular.

La negrilla toda temblorosa y asustada, regresó á casa de su ama, que no se habia apercebido de su salida.

Doña Maria Josefa se asomó á la sala, é hizo una seña á Salvador Moreno y á Parra que estaban allí.

—El unitario Manterola se va esta noche por el bajo del Retiro.

No hay que perder tiempo porque no sé la hora.

Moreno puede ir á atajarlo al bajo, mientras usted hace vijilar la esquina de Caña y la casa de don Pepe Marzano, donde vive Manterola.

Es necesario tomarlo á toda costa, porque lleva pliegos importantes para Lavalle.

Moreno y Parra salieron inmediatamente, montando en el caballo que tenían á la puerta.

El primero se fué á lo de Salomon en busca de un buen grupo, mientras el segundo se hizo seguir de algunos soldados que habia en el patio de la casa.

Moreno se dirigió á gran galope al bajo del Retiro, por el paraje que se habia indicado.

Pero en vano recorrió de un lado á otro, no halló el menor rastro de sabandija.

—Decididamente no han llegado aún, pero no han de tardar, pues son ya las diez y media,

Y Moreno que queria quedar bien con la harpía por muchos motivos de que hablaremos más

adelante, se emboscó entre los sauces y se puso en la más atenta observación.

Su partida permanecía con el caballo de la rienda, pronta para moverse á la primera indicación.

Pero no aparecía persona alguna.

Moreno escuchó atentamente si algun ruido le indicaba la proximidad de alguna embarcación, pero inútilmente.

No se veía mas rumor que el que producian las ramas de los sauces, agitadas por las brisas húmedas del río.

El impávido degollador empezaba á perder la paciencia.

Un planton á la orilla del río en aquel paraje, y en pleno mes de junio, era como para hacer perder la paciencia al más constante federal.

A eso de las dos de la mañana y cuando Salvador Moreno empezaba á tiritar de frío y á echar pestes contra doña Maria Josefa, se sintió un leve rumor de pasos.

Todos estuvieron atentos y un par de minutos mas tarde se aproximó un bulto que cayó en la emboscada.

Al sentir el grupo y verlo después entre la escasa claridad de la noche, el bulto aquel se echó atrás y dejó oír el ruido incomprensible de sus pistolas al montarse.

Indudablemente era aquel un hombre que iba á embarcarse y que estaba dispuesto á defender el pellejo.

—A él y que no se escape! gritó Moreno.

Firme muchachos que es un cabecilla unitario.

Y al mismo tiempo que sonaba la doble detonación de las pistolas, el grupo, armado de sables unos y de puñales otros, cargaba furioso capitaneado por Moreno.

El desventurado decargadas sus pistolas, huyó entre los árboles, para confundirse con ellos, pero pronto fué alcanzado.

—Ríndase don Luis, le gritó Moreno, que no le vamos á hacer mal.

Solo queremos sus papeles y nada más.

El individuo, comprendiendo que aquella gente estaba engañada y que podía aún salvarse, exclamó:

—Yo no me llamo Luis ni llevo papeles.

Ustedes están sin duda equivocados.

—Usted es Luis Manterola y lleva correspondencia para Lavalle! insistió Moreno.

—Aseguro que no.

—Pues dése preso entonces.

—No porque me van á matar!

—Pues á él muchachos y duro, concluyó Moreno.

Y fué el primero en cargar, pues sabian que aquel hombre habia disparado sus pistolas.

La lucha fué terrible y encarnizada.

Aquel infeliz sabia que combatia por la vida y

luchó desesperadamente, con un pequeño puñal, única arma que le quedaba.

Pero no tardó en caer á los golpes de sus numerosos enemigos.

Y sucumbió con el cráneo despedazado por los sables y el pecho destrozado por el puñal de la mazorca.

Moreno, dando por compensado el planton y el frío de la noche, puesto que quedaba bien con doña Maria Josefa, hizo cargar aquel cuerpo mutilado en ancas de uno de los suyos y entró á la ciudad por las calles mas escusadas.

Todavía el degüello y la matanza se hacia de una manera oculta hasta cierto punto, sin adquirir el terrible carácter que asumió despues del asesinato de Maza, ocurrido poco despues.

Moreno entró triunfante á casa de su confidente.

Su chusma quedaba á corta distancia.

—¿Y qué tal? preguntó la diabólica mujer—cómo ha ido eso?

—Muy bien, ahí lo traigo.

—¿Vivo?

—No, muerto.

Fué preciso matarlo, porque el maldito se defendia como un tigre.

Nos disparó sus pistolas y se nos vino encima como un desesperado, armado de un puñal.

—¿Y los papeles?

—No se le han tocado—voy á hacerlo registrar.

Moreno salió á registrar el cadáver y doña Maria Josefa se entregó á saborear su infame triunfo con terrible fruición.

Poco tiempo habia de durar su alegría.

Salvador Moreno no habia hallado sobre el cadáver mas papel que algunos billetes de Banco.

—Es imposible! aulló doña Josefa.

Los tendrá cosidos en la ropa.

Pero en vano se buscó por todo, no se halló el menor vestigio de correspondencia.

De pronto doña Maria Josefa quedó helada, y Salvador Moreno se puso mas lívido que aquel cadáver.

Uno de los de la reunion que fué á curiosar el registro, volvió con este cruel desengaño.

—Ese cadáver, dijo, no es el de Luis Manterola.

No conozco quien sea, pero aseguro con mi pescuezo que no es Manterola, á quien conozco como á mis manos.

La harpía miró á Moreno de una manera sombría, y el degollador dominado se quedó atonito.

—¿Y qué cuento estúpido es el que se me viene haciendo?

Han dejado escapar á Manterola mientras se han entretenido en algun imbécil.

—Es el único hombre que ha ido á embarcarse por ese punto esta noche, balbuceó el degollador.

Si no es Manterola, aseguro con mi cabeza que ese no se ha embarcado esta noche por aquel punto.

Doña Maria Josefa estaba trasfigurada por la ira.

Sus ojos rodaban entre un círculo de sangre y su boca contraída por el despecho, daba á su fisonomía feroz un tinte fuertemente repugnante.

Miraba á Moreno de arriba á abajo y parecía quererlo aplastar con su ódio.

—Veremos que dice Parra cuando vuelva!

Si Manterola se ha ido esta noche, mal parado queda don Salvador.

Este estaba anonadada, comprendía lo grave que era echarse encima el ódio de aquella mujer terrible, é insistió aunque débilmente, en su primera disculpa.

—Si Manterola se ha ido, ó ha sido por otra parte, ó lo ha hecho mucho antes de llegar nosotros.

Esta disculpa sirvió para hacer alimentar alguna esperanza á la harpía Josefa.

Parra nos sacará de dudas, dijo, pero ¡ay! del bruto que lo haya dejado ir.

Parra volvió á la madrugada, hora en que ya nadie se hubiera atrevido á embarcarse, pues hubiera sido descubierto en el acto.

—Ni en lo de Marzano, dijo, ni en lo de Manterola se ha movido una paja.

Si el pájaro no ha volado antes de ir nosotros, aún debe estar en la ciudad, y esta noche será el viaje.

—Hoy lo sabremos, rugió la terrible mazorca.

Doña Maria Josefa quedó sola, pensando un plan de venganza terrible si había sido burlada.

—Lo que es don Pepe Marzano se va á ver en figurillas si se le ha ido el escribiente.

Así aprenderá á proteger unitarios.

¿Qué había sido entre tanto de don Luis Manterola?

Al salir de casa de doña Ana, se dirigió rápidamente y ocultándose en las aceras.

Bajó por la barranca de la calle de Artes, y una vez en el bajo, empezó á caminar en dirección á la barranca del Retiro.

Era esta la mejor manura de dar con sus amigos.

A la cuadra de camino, mas ó menos, sintió el ruido de varias pistolas que se montaban, y se detuvo conteniendo hasta la respiración.

Militar bravo hasta el esceso, no sintió el menor temor, pero montó también sus pistolas, dispuesto á sacar la mejor ventaja posible.

Aquellos podían ser, por otra parte, sus amigos que lo esperaban, y que al sentirlo, por un esceso de precaución preparaban sus armas.

Manterola quedó en observación.

De pronto sintió el sonido de una voz tan leve, que dudó un momento entre si aquella voz había

pronunciado su nombre, ó si seria el ruido de la helada brisa.

Reflexionó un momento, y despues de haber pronunciado el nombre de Santiago, tan levemente como pudo, avanzó de una manera resuelta.

Pocos pasos mas y bajaba sonriendo sus pistolas.

Acababa de reconocer entre las sombras á su amigo Gomez.

—Te resolviste, por fin! exclamó este tendiéndole una mano cariñosa.

Cuánto me alegro, por tí y por tu familia.

Ahora no hay un momento que perder, porque un segundo puede ser la muerte.

A la lancha pues, que allí tendremos tiempo de hablar.

Los tres jóvenes, con increíble rapidez se quitaron el calzado y se arremangaron la ropa.

Enseguida, y siempre con las pistolas amartilladas, empezaron á caminar en el agua, guiados por Perez, con una serenidad que indicaba conocía el camino.

Cuando el agua empezaba á mojarles la ropa, Perez se detuvo y silbó cuatro veces de una manera tan sigilosa como había nombrado á Manterola.

Al momento se sintió un silbido corto y enérgico á poca distancia de ellos.

Segundos despues oían claramente el rumor de los remos al moverse sobre la borda.

Por el lado de la ciudad no se apercibía nin; gun sonido que les indicara que hubieran sido sentidos.

Minutos mas y estamos á salvo.

¡Cuántas emociones experimentaron aquellos tres hombres en tan corto tiempo!

Recien cuando estuvieron sobre la lancha y en marcha, respiraron con libertad y se estrecharon con un fuerte abrazo.

—Ya no tenemos nada que temer! dijo Manterola á Juarez.

Mi cabeza, gracias á usted, no será de la mazorca, de quien pronto tomaremos revancha.

No olvido que esto se lo debo á usted, amigo mio.

Gracias en mi nombre y en el de mi buena madre!

—No se hable mas de eso, contestó Juarez.

Ahora solo pensemos en dedicar á la causa de la libertad, la vida que hemos salvado.

Muera el tirano Rosas!

Y aquel muera Rosas, á que mereció la voz protesta del noble italiano, flotó sobre las ondas y vino á morir sobre las playas de Buenos Aires.

Dos dias despues los tres amigos engrosaban las entusiastas filas del ejército libertador.

Manterola ora buscado entretanto por Buenos Aires, con un empeño febril.

No podian convencerse que hubiera huido aquella noche.

D. Pepe Marzano se alarmó tambien con la ausencia del jóven, y dió parte á la policia de su desaparicion, para salvar toda responsabilidad.

Con este motivo, tuvo un fuerte altercado con doña Maria Josefa.

—Usted tiene la culpa, le habia dicho esta, usted que alberga y encubre á esos inmundos unitarios!

—Manterola era un mozo tranquilo, que servia al gobierno con toda dedicacion, replicó el juez de paz.

Lo que hay es que ustedes se habian metido á perseguirlo, no habia faltado quien le avisara y el mozo ha tratado de huir, no para conspirar, sino para salvar su cabeza.

—¿Quiere decir que yo soy una bandida!

—Yo no clasifico á nadie, pero no tolero que se me clasifique á mi tampoco.

—Yo estoy bien definida!

—Tambien lo estoy yo, y la prueba es el empleo que tengo.

—¡Cuidado con no perderlo!

—Dificil me parece, pero si usted quiere puede hacer la prueba.

Seguro y bien seguro debia estar Marzano, cuando así provocaba las iras de aquella feroz harpia.

El se retiró á su juzgado, mientras ella quedaba meditando la mejor manera de perderlo.

La policia, convencida de que toda pesquisa era inútil, renunció á buscarlo mas.

Se habia ido hasta entrar á la casa de don Lorenzo, creyendo que allí estaria escondido, pero con gran desesperacion, supo la harpia que el mismo don Lorenzo habia logrado fugar.

La única esperanza que les quedaba es que ambos estuvieran escondidos en casa de doña Ana.

Pero esta misma esperanza era muy vaga, aunque la negrilla Luisa, por recuperar la benevolencia de la harpia, decia que tal vez allí estuviera escondido don Luis, pues de don Lorenzo nada sabia.

Para averiguarlo, no habia mas remedio que dar un golpe de mazorca y registrar la casa de doña Ana con toda proligidad.

Doña Maria Josefa, que no se detenia ante nada, en cuanto pensó aquella infamia, trató de ponerla en ejecucion.

Le sobran elementos, pues el mismo Salvador Moreno, por componer el barro hecho, se encargaria de consumir la nueva iniquidad.

Bien meditado su plan, llamó una noche apar

te al terrible degollador, y se le insinuó de la manera siguiente:

—Tengo una buena oportunidad para que se desquite del chasco de la otra noche, amigo Moreno.

—Se lo agradeceré con el alma!

Usted sabe lo mortificado que estoy desde aquella noche, y no deseo otra cosa que demostrarle todo mi celo por la santa causa y todo lo que por ella me siento capaz de hacer.

—Yo deseo que usted contraiga nuevos meritos para que aquello se olvide, pues Juan Manuel se ha disgustado mucho y ha dicho que usted no sirve para nada.

Yo que lo conozco, sé que lo que le ha pasado no es mas que una desgracia, pero quiero poner en sus manos los medios de remediarla para que se acredite de nuevo.

—Dios le bendiga señora! exclamó el degollador.

Usted si que es el alma de la federacion!

Digame lo que hay que hacer y esta vez no quedo mal, ni aunque el diablo me salga á la cruzada!

—¡Asi me gusta verlo! decidido siempre y animoso.

Este es el modo de hacerse ver y de que luzca el trabajo.

Vamos á ver pues, que es preciso que haga, preguntó Moreno verdaderamente entusiasmado.

—Tengo sospechas que importan casi una seguridad, de que Monterola está escondido en Buenos Aires por no haber podido salir.

—Vé usted como no me la habian pegado! exclamó gozoso Moreno.

Tengo solo sospechas de que está escondido, dijo la harpia.

Ahora á usted toca averiguarlo, para lo cual yo le proporcionaré los medios.

No tiene usted mas que hablar, y me encargo de probar al Restaurador, que todavia sirvo para algo, y que lo demas son cuentos de chividosos.

Diga, diga que hay que hacer, y verá si me tardó un segundo!

—Pues hé aqui una cosa, dijo doña Maria Josefa, revistiéndose de toda su ferocidad.

Segun mis datos, don Luis no ha salido de casa de su madre, donde está escondido.

La conversacion que yo les hice sorprender, debe haber sido preparada para ocultar la verdadera intencion.

Asi lo cree el mismo Parra, que como usted sabe, vigiló las cosas aquella misma noche.

Entonces no hay mas que registrar la casa y todo queda concluido.

—Pero eso no se puede hacer sin asaltar la casa!

—Pero se entiende que hay que asaltarla!

En el aposento de doña Ana, hay colgaduras y otros trofeos celestes.

En el comedor hay tambien porcelana pintada de celeste, lo que les servirá de pretexto para una visita de la Sociedad Popular Restauradora.

—Ahora mismo me pongo en campaña, de acuerdo con Salomon, dijo Moreno levantándose, y verá usted si encuentro á don Luis, esté oculto donde esté.

—Mucha cautela, amigo mio.

Mire que si llega á saberse esto, cuando usted vaya, los pájaros habrán volado.

—Entonces juro á Dios, que me la pagan los que estén en la casa, sean quienes fueren.

—Eso es lo que es preciso! desquitarse si quiera con la familia, por los trabajos y malos ratos que le han dado.

—Eso corre de mi cuenta! corre de mi cuenta! gritó el degollador, saliendo de la casa de doña Maria Josefa, en direccion al cuartel general de la mazorca.

Pero no habia á aquella hora mas que unas cuantas mujeres, ocupadas en tomarse los últimos vestigios de vino, y otros tantos curas de los que no faltaban, en lamentable y completo estado de embriaguez.

—¿No hay aquí ningun muchacho? preguntó con impaciencia.

—Ninguno replicó la más serena de las odalisas.

Andan en campaña, dando músicas no sé á quienes.

—¿Y Salomon?

—Salió temprano con el coronel.

Ya volverán ya, esperálos.

Salvador Moreno se dió vuelta ofendido por la confianza con que la bebedora lo trataba y se retiró en direccion á su casa.

—No será extraño, pensó, que allí se estén mamando unos ocho ó diez de esos perdidos, con los que tendré suficiente para el golpe.

Don Luis se defenderá duro, porque dicen que es guapo y firme, así es que mientras más vamos sera mejor, para que mientras lo atendemos á él, haya quien entretenga á las mujeres que vendrán en su defensa.

Don Salvador Moreno llegó á su almacen, donde apenas halló unos cuantos bandidos, pero tan borrachos, que á pesar de sus fachas infernales, no se atrevió á hacerles la menor indicacion.

No tuvo mas remedio que resolverse á esperar hasta el siguiente dia, en que juntaria la gente de que se habia de servir á la noche.

En todo el dia no se movió del almacen, sino para ir á lo de la tia Federacion, que debia decirle de qué manera estaban distribuidas las habitaciones.

Cuanto miembro de accion de la Sociedad Popular Restauradora cayó á beber á su boliche,

lo apalabró para una asonada que debian dar á unos unitarios, sin decirles el nombre.

—¿Y qué tal casa? preguntaron estos, que solo el interés los movia.

—Gran casa y mucha riqueza, respondió Moreno.

Será uno de los mejores golpes.

Pero prevengo que hay que portarse en toda regla, porque el encargue viene de doña Maria Josefa.

—Pues que nos echen la copa, que no faltaremos.

—¿A qué hora?

—De ocho á nueve, aquí en mi casa, de donde saldremos juntos.

—Vamos á quedar como gobierno con mi amiga doña Maria Josefa.

Salvador Moreno, aunque era conocido como un desalmado, no tenia gran prestigio entre los mazorqueros, que tenían sus jefes en toda regla.

Así es que para arrastrar grupos de mazorqueros en sus escursiones, tenia que valerse de todos aquellos recursos y mostrarse intimo amigo de doña Maria Josefa, que tenia verdadero prestigio entre aquella canalla.

Cuando Moreno tuvo apalabrados unos veinte de aquellos bandidos, recién se consideró seguro.

Así se puso á esperar tranquilamente las nueve de la noche, hora que él les habia señalado.

¿Si sospecharia la pobre señora de Manterola el golpe tremendo que le estaba reservado?

Por ella, poco le suponía toda la mazorca junta, pero temblaba á la idea de que sus niñas cayeran algun dia en sus manos!

Desde que don Luis y don Lorenzo salieron de Buenos Aires, la pobre señora no habia vuelto á saber de ellos, lo que la tenia en una ansiedad desesperante.

¿Se habian salvado sus hijos?

¿Habrian caido en poder de la mazorca que vijilaba la costa?

Terrible situacion para el corazon de una madre amorosa como aquella.

Hubiera hecho cualquier sacrificio por salir de aquella ansiedad fatal, aunque despues pensaba que era mejor la incertidumbre, por cruel que fuera, á la certeza de una desgracia horrible.

Pronto iba á salir de dudas, pero de qué manera!

¿Cuán cara iba á pagar la seguridad de saber que sus hijos habian escapado ilesos!

A eso de la oracion, Salvador Moreno envió á una criada que tenia, para que, con cualquier pretexto, hablara á la negrilla de doña Ana y le dijera de parte de doña Maria Josefa.

—Si la señora doña Ana manda cerrar la puerta antes de las nueve, la tierra en falso, de manera que pueda entrar Moreno sin ser sentido.

Si no, esperas en la cocina, que va á entrar él

sigilosamente para observar lo que pasa en el interior de la familia.

La negrilla contestó que cumpliría al pie de la letra la orden recibida, creyendo realmente que venia del amo grande.

Así dispuesto todo, Salvador Moreno salió de su almacén, seguido de unos veinte bandidos, armados de cuchillo y de la histórica verga.

Un grupo de la Sociedad Popular Restauradora, era cosa respetable en aquella época.

Los hombres mas animosos saludaban sonriendo á sus jefes agitando las divisas, para librarse de cualquier atropello.

Los más tímidos ó sospechados se iban metiendo en los zaguanes de las casas, cuyas puertas cerraban hasta que el grupo habia pasado.

Las pocas mujeres que á esa hora andaban por las calles, disparaban en todos direcciones, llorosas y aterradas.

Solo los compañeros de infamia cruzaban por entre ellos, respondiendo con grandes carcajadas á sus gritos de vivas y mueras.

El grupo capitaneado por Moreno se detuvo unas tres cuadras antes de llegar á la esquina de Caña.

—Es preciso suspender los gritos, dijo el jefe, porque si nos sienten de lejos van á trancar las puertas y quién sabe si los podremos forzar sin hacer un gran escándalo.

Ademas, se trata de pescar dos unitarios que estan allí ocultos y presentándonos de sorpresa no es difícil que los agarremos fuera del escondite.

El grupo guardó silencio en vista de estas consideraciones, y siguió avanzando por la calle de Cuyo.

Como ya dijimos, la familia vivia en casa de altos, lo que hacia que el grupo podia entrar sin ser notado hasta el interior de la casa.

La puerta de calle estaba apenas apretada, lo que probaba que la señora la habia mandado cerrar y que la familia se habia acostado ya, ó se estaba acostando.

Moreno y los suyos subieron lo más levemente que les fué posible, despues de haber cerrado la puerta y quedado allí-dos de ellos, para el caso que don Luis lograra escapar y pretendiese salir á la calle.

Los mazorqueros no habian sido sentidos.

La familia estaba recogándose.

De pronto un grito terrible hizo estremecer las galerias, llevando el terror mas desesperante al corazón de aquellos seres desdichados.

—¡Mueran los salvajes unitarios y sus inmundas crias!

¡Muera el asesino salvaje y unitario Laval! repitieron aquellos energúmenos empezando á sacudir las puertas de las habitaciones.

Doña Ana, á pesar de todo su valor, se sintió morir de espanto.

¡Qué iba á ser de sus hijas y sus nietas?

Dominando el miedo cuanto le fué posible y á medio vestir, corrió á las piezas de las niñas, sobre cuyas puertas empezó á arrojar toda clase de esterbos.

Los vidrios saltaban hechos pedazos, y en las galerias resonaba siempre, con un acento de re-concentrada ira, el grito de ¡mueran los salvajes unitarios!

Las niñas parecian estatuas de mármol, pues el terror habia interrumpido la circulacion de la sangre.

Unas en la cama ya, miraban á doña Ana con la mirada dilatada y cargada de lágrimas.

Otras, á medio vestir, habian quedado en la misma posicion que las sorprendió el primer grito y no atinaban con lo que debian hacer.

Aquel era un cuadro de lo mas patético, de lo mas trágico que pueda ofrecer una familia.

—Pronto, pronto por Dios! exclamaba la animosa señora, ayudando á sus hijas á vestirse.

Pronto que los momentos vuelan!

Dios nos tendrá de su mano.

Y el rumor del llanto y del rezo desesperado, llegó hasta los bandidos.

Las desventuradas mujeres solo de Dios esperaban la salvacion.

Sin un hombre en la casa, pues Tomás y Norberto eran muy jóvenes y ni armas tenian, ¿qué podrian esperar?

Todas se agruparon en un rincón del aposento, y la animosa señora abrió los brazos cubriendo aquel grupo que encerraba toda su felicidad en la vida.

En aquel momento las puertas de la sala y del aposento de la señora cedian á los repetidos golpes, y la mazorca se desbordaba por las habitaciones, siempre al grito terrible de ¡mueran los salvajes unitarios!

La vista de las colgaduras celestes los irritó desde el primer momento, empezando á destrozarlas á tajos y puñaladas.

Las mujeres se pusieron entonces á rezar á gritos y de una manera desesperante.

Era aquella la única defensa que podian oponer al cuchillo de los asesinos.

¡Pobre doña Ana! qué tormenta horrible cruzaria por su corazón de madre, en aquel momento escepcional!

¿Cómo escapar sus hijas, no ya á los golpes, sino á las profanaciones de la mazorca?

Al ver el grupo, el malvado Salvador Moreno avanzó hasta él, y mirando fijamente á doña Ana le preguntó:

—¿Dónde están don Luis y don Lorenzo sus hijos?

Un rayo de luz consoladora hirió el espíritu de la pobre mujer, en medio de su desventura.

En el primer momento habia pensado que, degollados Luis y Lorenzo, venian á consumir la obra.

Ahora veia que solo se trataba de buscar á sus

hijos, lo que queria decir claramente para su razon de madre, que sus hijos habian realizado la fuga.

Asi es que su primer palabra fué para agradecer al cielo el inmenso beneficio.

—Gracias Dios mio! exclamó—están salvos.

—Dejará usted de comedias, repitió Moreno, ferozmente, empezando á temer que la fuga fuera un hecho.

Diga usted donde están sus hijos, porque si no vamos á revolver la casa y ¡ay! de ustedes si los hallamos!

—Registren no mas, registren no mas, exclamó la señora animándose, puesto que el peligro parecia alejarse de sobre sus hijas.

—Yo les juro que mis hijos no están aquí y que si no los han hallado en Buenos Aires, es porque no están en la ciudad.

Entre tanto la destruccion de la casa seguia, siempre al grito terrible de ¡mueran los salvajes unitarios!

—No estando mis hijos aquí, dijo la señora á Moreno—¿por qué me destruyen así lo poco que tenemos?

—¿Por qué aterran á mis niñas inútilmente, ellas que ninguna culpaticien de lo que pasa?

Yo le ruego á usted señor que haga retirar esa gente y registre si quiere toda la casa entera.

—¿Retirarnos? exclamó Moreno.

Ah grandisima bribona! nos vas á decir donde están tus hijos, ó á todas ustedes les voy á sacar el cuero á azotes!

Ante aquella amenaza, doña Ana se irguió como una leona, y retrocedió á cubrir el grupo de sus hijas.

Sin embargo, todavia pudo dominarse y pedir misericordia á aquel miserable.

—Pero señor, ¿qué va usted á sacar con maltratarnos? le decia.

Un hombre noble y bueno como usted tendrá compasion de estas pobres é inocentes niñas.

Tenga lástima de nosotras que estamos sin apoyo en el mundo:

Mis hijos no están en mi casa y hace ya muchos dias que no los veo!

Las pobres niñas unieron sus ruegos á los de la madre y se arrojaron á los piés del miserable.

—¡Mienten! mienten las salvajonas! gritó el degollador.

Digan donde están esos inmundos unitarios, si no las voy á desollar vivas.

¡Pero señor! exclamó doña Ana echando mano de su último recurso.

Todos saben que el comandante Manterola es un valiente.

¿Cómo cree usted que si estuviesen aquí no hubiera ya venido en socorro de su madre y sus hermanos?

Tal vez Moreno por sí hubiera cedido, despues de registrar la casa y destrozarlo todo.

Pero la silueta terrible de doña Maria Josefa cruzaba por su espíritu apagando en él toda buena inspiracion.

—Ea, ea, exclamó, que no hemos venido aquí ni á perder tiempo ni á oír lloriqueos.

O nos dicen donde estan escondidos los que buscamos, ó la pagan ustedes por ellos.

Pronto, he dicho! aulló aquel maldito, á quien á la sazón rodeaban seis ú ocho foragidos.

—No están aquí, lo juro sobre sus vidas! exclamó doña Ana.

—Pues si no quieren cantar á buenas, cantarán á vergazos, gritó Moreno

Doña Ana recibió el primer golpe.

—Ah! miserable! gritó.

Ahora si siento que Luis y Lorenzo no estén aquí, para hacerte pagar tu cobardía.

Pero estoy yo madre mia! gritó Tomás y se lanzó sobre Moreno.

Pobre jóven, un golpe de verga en la cabeza, lo volteó sin sentido.

—Atento, atento á ese pegote que ya llevará su merecido, gritó Moreno, forcejeando con doña Ana que trataba de clavarle las uñas en los ojos.

Bajo los golpes cobardes y brutales, las pobres niñas corrian en todas direcciones lanzando gritos de dolor inmenso.

Y sus cuerpos mutilados y sus caras ensangrentadas no movian á compasion á los verdugos!

Así fueron llevadas á golpes hasta el comedor, donde el resto de los mazorqueros despedazaba muebles, lozas y cristales.

Allí la excena tomó un tinte indescriptible.

Cansados de correr de aquí para allá castigando siempre, los bandidos cesaron de golpear.

Entonces fué que Moreno tuvo una idea infernal.

Como si doña Maria Josefa Ezcurra hubiera hablado en su espíritu, quiso profanar el cuerpo lacerado de sus víctimas.

Estas, reuniendo todas las fuerzas que podian quedarles, se armaron de pedazos de loza, de cuchillo de mesa y de cuanto podia causar una herida.

Y con la resolucion mas sagrada pintada en el rostro ensangrentado, se prepararon á la defensa.

Parecian leonas batiéndose en su último atrincheramiento.

Habia algo de magnifico y grandioso en aquellas fisonomias heróicas y juveniles, desfiguradas por las heridas y golpes.

El primero que llegó á ellas, retrocedió llevando al rostro una mano, al mismo tiempo que lanzaba una blasfemia.

La señora doña Ana, armada de medio plato, le habia inferido un tajo que le dividió el carrillo.

Los bandidos, cobardes siempre, retrocedieron ante aquella actitud y aquel hecho.

Las pobres mujeres se habian salvado, cuando empezaban á desfallecer, á consecuencia de aquel último esfuerzo moral.

Los degolladores, á la voz de Salvador Moreno, recorrieron toda la casa, haciendo pedazos todo y creyendo encontrar á los hermanos Luis y Lorenzo.

Solo cuando se convencieron de que no estaban en la casa, trataron de retirarse, llevando, como siempre, las alhajas, el dinero y todo aquello que representaba valor.

Además, llevaban un trofeo vivo, en quien podian desquitarse con usura.

Este trofeo era el jóven Tomás Manterola, de cuya cabeza dividida por el golpe que lo postró, brotaba la sangre en abundancia.

La señora doña Ana vió cuando le llevaban á su hijo.

Hizo un esfuerzo sobrehumano y se lanzó á disputarlo.

Pero á los dos ó tres pasos lanzó un grito de dolor terrible, y ródó nuevamente por el suelo, postrada por los golpes y el cansancio.

Los asesinos descendieron la escalera en tropel, gritando siempre ¡mueran los salvajes unitarios!

Y mientras se dirigian á las pulperias amigas, á convertir en dinero lo que habian robado, Salvador Moreno se dirigió rápidamente á lo de doña Maria Josefa, seguido por los mazorqueros que llevaban el cuerpo de Tomás.

El miserable ardía en deseos de referir su hazaña y entregar á la harpía dos estuches de alhajas, parte del botin.

—¿Y cómo les ha ido? preguntó esta en cuan-

to le vió entrar y recibiendo con una mirada cariñosa los estuches.

—Bien y mal, respondió Moreno frotándose las manos.

Mal, porque los salvajes unitarios que buscamos no están en la casa; y bien, porque los que estaban en la casa han recibido una como no se ha dado hasta hoy.

—A ver, á ver, chilló aquel basilisco, cuente como ha sido eso.

Ya sabe lo que me gustan estas cosas, así es que no le quite nada.

Salvador Moreno refirió toda la mazorcada, hasta la escena final.

Doña Maria Josefa, despues de hacerle una burla federal por no haber consumado la obra por miedo á un pedazo de plato, preguntó quién era aquel que habian traído entre dos.

—Es el hermano de Luis y Lorenzo.—Tomás Manterola, respondió Moreno tragando saliva y corrido por la burla de la harpía.

—Que lo entreguen en la policia, gritó la infame, hasta ver que dispone Juan Manuel.

Y el jóven, que con el fresco de la noche habia recobrado el sentido, fué conducido hasta la Policia, donde se entregó con este terrible calificativo.

—“Por salvaje unitario“ lo que equivalia á decir: para ser fusilado.

Salvador Moreno se retiró mortificadisimó, bajo las sátiras y burlas de la feróz Josefa, que no le perdonaba el no haber consumado la obra diabólica.

Pocos dias despues, el jóven Tomás Manterola era destinado al batallon de Maza, como soldado vago.

Aún falta el último toque á esta tragedia.

El teniente coronel Manterola, como todos los emigrados argentinos, habia engrosado las filas del ejército libertador que organizó el héroe Juan Lavalle, para dar en tierra con aquella tiranía ignominiosa.

Prescindimos de narrar aquí aquella campaña histórica, porque ella tendrá sus capitulos especiales en esta obra.

Uno de los episodios mas dramáticos de aquella campaña, fué el combate del Quebrado, en el que el feroz Oribe se mostró á la altura de Rosas.

Despues de combatir como un héroe, don Luis Manterola fué rodeado por tropas del batallon “Libertad“ que mandaba el coronel Mariano Maza.

Manterola hizo un esfuerzo heróico, se incorporó sobre su brazo derecho y empuñando la es-

pada se preparó á vender de una manera airosa el resto de vida que le quedaba.

Se habia batido como un leon durante toda la batalla y habia caído cubierto de heridas.

—Rindase el salvaje! gritó el oficial que mandaba la tropa, en cuya espada á usanza de dragona, se veía una divisa federal.

—No soy tan tonto, respondió sonriendo Manterola.

Para cortarme la cabeza hay que concluir conmigo, amiguito: antes no.

La tengo mucho cariño para dejar que me la corten sin defenderla.

Viéndolo postrado en el suelo y convencido que no podia oponer gran resistencia, el oficial avanzó, amenazador y decidido.

Ambos levantaron la espada, esperando Man-

terola, sin poder levantarse, el ataque del oficial.

En este momento llegó un jefe y se interpuso entre el vencedor y el vencido, desviando un golpe de muerte que dirigía aquel.

—Ese prisionero es mio, señor oficial, dijo, vaya usted á las filas.

Y tendió una mano al herido.

Aquel jefe no era otro que el coronel Mariano Maza, amigo de Manterola desde hacia de más veinte años.

Maza era un espírita mezquino, educado en el servilismo y la maldad.

No podía abrigar entonces el menor sentimiento leal y noble, aún tratándose de su amigo mas querido.

—Yo no quiero entregarme como prisionero, repuso Manterola á su amigo Maza.

Prefero morir aquí, que al fin poco me falta, á entregarme para que me fusilen en Buenos Aires y me cuelguen de una horca como á los Reynafé.

Deje, amigo mio, que concluyan de una vez— me hacen un servicio, pues me evitan el dolor de esta derrota.

—Comandante Manterola, contestó el coronel Maza, al parecer conmovido.

Yo te garanto con mi palabra de honor y mi antigua amistad, que su vida será respetada.

Entrégume su espada y será usted, no mi prisionero, sino mi amigo de otro tiempo.

—Creo en su palabra, necesito creerla para no renegar de la humanidad, pero usted no puede garantirme sino de su proceder únicamente.

Oribe no dirá lo mismo y Rosas ordenará todo lo contrario.

Concluyamos de una vez y no hablemos de imposibles.

—Comandante Manterola, así como le prometo que no será mi prisionero sino mi amigo, le garanto bajo mi palabra que tendrá usted un indulto del general Rosas.

—Es mucho prometer, amigo mio.

—Mucho ó poco, cuando lo hago es porque lo puedo.

Si le prometo un indulto, esté seguro de tenerlo.

—Estoy resuelto á morir, coronel.

Aún con el indulto de Rosas en el bolsillo, no dormiría tranquilo.

Calcule por ahí la fé que le tendré!

Concluyamos de una vez, que le aseguro que muero agradeciendo sus buenas intenciones.

El coronel Maza tenia un gran interés en salvar á Manterola no se sabe por qué.

Viendo que era difícil rendirlo, recurrió á un golpe bien calculado, por el efecto visible que produjo en el vencido.

—Si usted no quiere salvarse por sí, dijo, hágalo por su buena madre.

Calcule el golpe terrible que puede causarle su muerte.

—Sea entonces por mi buena madre, todo por ella á quien todo lo debo, replicó Manterola con acento agonizante.

Coronel Maza! recuerde usted sus promesas y que tengo su palabra de honor!

Que no tenga que invocar yo mas tarde el santo nombre de mi madre, que ha rendido mis armas.

Soy pues, su prisionero.

Y sin fuerzas para entregarla, dejó escapar la espada de las manos.

Maza le tendió los brazos y le ayudó á levantarse.

Cuando terminaron los últimos quehaceres de la batalla, y los cuerpos se dirigieron á los campamentos á reparar los destrozos causados por los soldados de Lavalle, el comandante Manterola fué conducido al alojamiento de Maza, que lo trató con paternal cariño, llenándolo de consideraciones.

—Ya las persecuciones no tienen objeto, decía Maza, porque ustedes no se reorganizan ni en diez años.

Por eso es que obtener un indulto del gobierno, no es tan difícil como usted cree.

Yo se lo proporcionaré dentro de poco, por mas que dude y usted podrá pasar á Montevideo y regresar al seno de su familia.

Entre tanto usted estará aqui conmigo como mi propio hermano.

Así fué en efecto.

En el alojamiento de Maza vivian los dos gefes como dos hermanos.

—Un nuevo servicio, amigo, tengo que pedirle, dijo un dia Manterola, único que, si es posible, vale tanto como los que me ha hecho hasta hoy.

—Ya sabe que soy su amigo, y que pudiendo no hay inconveniente.

—Se trata de algo íntimo para mí.

Desde el dia que sali de Buenos Aires ignoro lo que habrá sido de mi familia.

Usted que sabe cuanto quiero á mi madre, comprenderá mi ansiedad.

¿No puede valerse de algun medio para obtener alguna noticia?

—Cómo no! Si no es mas que eso, en el acto voy á mandar un asistente á Buenos Aires.

En el batallon de Maza estaba el soldado Tomas Manterola, a quien, gracias al gefe, se habia permitido siempre acercarse á su hermano Luis.

Los dos hermanos habian conversado siempre, pero Tomás no le habia querido referir lo sucedido á su madre y hermanos para ahorrarle un dolor inútil.

—Me destinaron ya que no pudieron tomarte á tí, dijo.

Pero en casa todos quedaron buenos y olvidados, puesto que al fin en mi habian encon-

trado una víctima, que era lo que buscaban. Así es que cuando Luis le dijo que pronto tendría noticias de la familia, el pobre Tomás tembló todo, pero aun tuvo la fuerza de callar.

Cenaban alegremente una noche Maza y los dos Manterola, pues aquel hacía extensiva su amistad hasta el soldado Tomás, cuando se anunció un chasque de Buenos Aires.

—Tal vez le traiga noticias de su familia, dijo el coronel, recibiendo los pliegos que le alcanzaban.

Los hermanos dejaron el cubierto, Luis lleno de ansiedad porque al fin iba á tener noticias de los suyos, y Tomás sobrecogido de espanto al pensar el efecto que podría hacer en su hermano la verdad, que él tan cuidadosamente había ocultado.

Observaba atentamente la mirada de Maza, pues abría y leía los pliegos, para hacerle una señal de inteligencia, cuando lo vió palidecer de pronto y estremecerse de piés á cabeza.

Tomás creyó que doña Ana había muerto á consecuencia de los golpes recibidos y bajó la cabeza para ocultar una lágrima.

Luis, que observaba desde un principio la fisonomía de Maza, se puso de pié en un movimiento violento, y preguntó.

—¿Qué es eso? Ha sucedido algo á mi madre? ¿Han muerto á Lorenzo?

—Tranquílcese á ese respecto, replicó Maza con voz conmovida; se trata de otra cosa.

—Entonces poco me importa.

¿Se refiere á mi acaso ese pliego?

—Sí, desgraciadamente.

—¿Desgraciadamente? entonces no puede ser otra cosa que una orden de fusilarme.

¿Qué le dije yo á usted?

Sin embargo poco me supone: ahora, como el día de la batalla, estoy dispuesto á morir.

Maza, sin valor para pronunciar una palabra, tendió á Manterola la nota que tan mal efecto le había producido.

Y el valiente patriota, con una voz perfectamente serena, leyó el siguiente párrafo:

“En el acto de recibir la presente, pondrá usted en capilla al salvaje unitario Luis Manterola, á quien debe usted fusilar á las veinte y cuatro horas.

“El gobierno ha visto con profundo disgusto las gestiones que usted hace en favor de aquel reo reincidente, y le notifica no vaya á proceder de tal y sospechosa manera en adelante.

“Le hace á usted directamente responsable del cumplimiento de esta orden.

Juan M. Rosas.”

—No hay inconveniente—estoy dispuesto, dijo Manterola, devolviendo la nota con toda tranquilidad.

Pero aseguro que esto no me quita el apetito.

¿Qué le decía yo?

¿No hubiera sido mejor dejarme morir peleando?

Maza bajó la cabeza.

No tenía qué responder.

Tomás, conteniendo á duras penas sus sollozos, se levantó de la mesa y se retiró.

Necesitaba desahogar su corazón, oprimido tan violentamente por aquella noticia inesperada.

Luis, comprendiendo su dolor, lo dejó salir sin decirle una palabra.

Maza había quedado aterrado.

Ya de una manera calculada, ya porque realmente había tomado cariño á su prisionero, se mostró desalentado.

—Es horrible, dijo, y quién contradice á este hombre!

—No se preocupe de ello, amigo mio, y dé cumplimiento á la orden.

Ningun reproche tengo que hacerle, pues veo la pureza de sus intenciones.

Concluyamos de comer, pues supongo que no estará muy apurado.

Don Luis quiso seguir comiendo, pero el bocado se le atravesó en la garganta.

Pensaba en su querida madre, en el dolor que esta tendría al tener noticias de su muerte, y esto le quitaba parte del valor que le era tan necesario.

El momento no podía ser mas amargo!

El coronel Maza se puso á pasear de una manera agitada, saliendo poco despues de su alojamiento, donde quedó solo el sentenciado á muerte.

Cuanto pensamiento doloroso cruzaría por aquella cabeza juvenil y noble!

Cuando no se deja nada de trás de sí, la muerte se recibe con la resignacion del que comprende aquel trance inevitable de la vida.

Nacemos para morir, mas tarde, mas temprano, pero el hecho se produce inevitablemente.

Esto, y el cariño leal de la madre, son las dos solas verdades de la vida!

Pero cuando se dejan en el mundo seres queridos, á quienes no se puede ver por última vez, bajo la sombra de cuya mirada no se puede recoger el espíritu entristecido, la noticia de la muerte suena al oído como una maldición.

No hay conformidad para sobrellevarla, mas cuando uno la ve venir paso á paso, y acercarse minuto por minuto!

Oh! la muerte así, debe ser el tormento mayor á que pueda sujetarse el espíritu humano!

El cráneo estalla, la razon vacila y el corazón se pára en el pecho produciendo el frío de la muerte.

No se puede apreciar en toda su horrible verdad una situación así, sino estando en ella, pa-

sando por uno solo de los segundos de aquella inmensa agonía!

Manterola se levantó á su vez de la mesa y se paseó por la pieza con aquella vaguedad del que no está en el goce de su razón.

Miró los cubiertos de la mesa como acariciando la idea del suicidio.

Pero su espíritu elevado debió rechazarla bien pronto, pues se le vió salir á la puerta y absorber una gran cantidad de aire.

Acercó en seguida una silla y se sentó esperando que fueran á buscarlo.

Poco despues una compañía, al mando de un capitán, venia en su busca y le pedia la siguiera de orden del coronel.

Manterola demostró desde el primer momento su entera conformidad.

Tomó entre los soldados la posición que se le designó y siguió hasta el cuerpo de guardia, donde fué puesto en capilla.

El coronel Maza no volvió ni siquiera á saludarlo.

¿Era esto efecto del sentimiento, ó acaso el instrumento de Rosas no habia hecho otra cosa que representar una comedia infame?

Difícil sino imposible era averiguar la verdad de ello.

Desconfiando que Manterola pudiera escaparse ó intentar quitarse la vida, se le dejó bajo la vigilancia de cuatro centinelas de vista.

En este mismo acto se habia hecho alarde de a mayor crueldad.

No se sabe si por orden de Maza ó del capitán que mandaba el piquete, uno de aquellos cuatro centinelas era el soldado Tomás Manterola.

Mudo y reconcentrado, insensible á todo por la fuerza del dolor, el jóven estaba de pié, apoyado en su fusil para no caer.

Luis, comprendiendo aquel dolor, para no aumentarlo, habia dado vuelta la espalda y permanecía embargado en sus tristes pensamientos.

Cuando el primer cuarto fué relevado, Tomás pidió al capitán le permitiera hablar al coronel para hacerle una revelación de suma importancia.

Conducido a la presencia de Maza, el jóven Manterola se empeñó para ser relevado en su odioso servicio.

—Por lo que mas ame usted en el mundo, le dijo, hágame relevar de esta tortura.

Prefero un sitio al lado del baquillo de mi hermano, que ser un centinela de vista!

Maza, ignorando el hecho, ó fingiendo ignorarlo, dió orden para que el jóven Manterola fuera reemplazado por otro en el servicio.

—No basta esto, señor, exclamó el soldado, yo quiero que no se me obligue a formar el día de mañana, ¡seria mil veces peor que condenarme a muerte!

El coronel Maza concedió aquella nueva gracia, añadiendo:

—Pida usted ahora todo lo quiera, porque no quiero se me hable mas de esto.

Por desesperado que usted esté jóven, no está mas desesperado que yo mismo.

—Gracias, señor, es cuanto tenia que pedir.

Y el jóven se retiró á la cuadra, donde se le escuchó gemir de una manera sofocante todo el resto de la noche.

Esta fué terrible para el pobre don Luis, á quien sus centinelas no le oyeron pronunciar la menor palabra ni le sorprendieron el menor movimiento.

Toda la noche la pasó sentado en un banquito, con la frente abatida entre las manos.

Varias veces el oficial de guardia se le acercó á preguntarle si queria alguna cosa, pero no pudo obtener la menor respuesta.

Alarmado con aquella inmovilidad, tan semejante á la muerte, el oficial se le acercó á la madrugada y lo sacudió levemente.

Entonces Manterola alzó su semblante altivo, donde estaba pintado todo el dolor que sentia, y con voz suave y perfectamente firme, dijo:

—Creo que tengo el derecho de no ser molestado en el último instante de mi vida.

El respeto á este derecho es lo único que pido á ustedes.

Y conservó la misma actitud hasta que llegó la hora fatal, señada para la lista de tarde.

Frente al cuartel se habia formado un gran cuadro, compuesto del batallón Libertad y cuatro escuadrones de caballeria.

Manterola fué sacado del cuerpo de guardia y escoltado hasta el centro del cuadro, donde llegó tranquilo y sereno.

—Ha llegado el momento, comandante, dijo irónicamente el oficial que mandaba los tiradores.

Permita que le haga vender los ojos.

—Es inútil, amigo mio, respondió mas irónicamente aún.

Los unitarios gozamos con la muerte cuando la recibimos luchando por la patria y por la libertad.

Hoy me toca a mí y mañana le tocará á ustedes.

Es ley ineludible.

—Entonces puede usted arrodillarse.

—Un momento, dijo Manterola, y agregó con voz potente, dirigiéndose á los que formaban el cuadro:

Oficiales y soldados! si alguno de ustedes llega á ver algun día á mi madre, dígame que mi último pensamiento y mi última bendición han sido para ella.

¡Viva la causa de la libertad!

Y cayó de rodillas, cruzando los brazos sobre su pecho y alzando su noble mirada hácia el espacio infinito.

Una descarga compacta puso fin á aquella noble

existencia, que se habia consagrado á la patria y á la familia.

Pocos momentos despues y conducido en un cuero el teniente coronel Manterola, fué sepultado en un pozo que se habia mandado cavar, desde por la mañana, á muy corta distancia.

Ninguno se tomó el trabajo de poner una cruz sobre aquel montoncito de tierra que guardaba tan nobles despojos.

Como á la hora de haberse tocado silencio se vió salir un soldado de la cuadra donde todos dormian y dirigirse fuera del campamento.

El soldado iba sin armas, y por su manera de marchar se conocia su gran interés por no ser sentido.

En su mano derecha se veian dos palos planos, cuyo objeto era difícil prever.

—Ese no puede ser sino un soldado que deserta, pensó el oficial de servicio, que le habia visto.

Y se puse en su seguimiento recatadamente y con una pistola amartillada, dispuesto á hacer fuego en cuanto adquiriese la certeza de que era realmente un desertor.

¿A qué podia salir del campamento, á aquella hora, un soldado solo, sin armas y con dos pedazos de palo en la mano?

Al salir, el oficial hizo una seña al cabo de cuarto, que marchó en su proteccion acompañado de otro soldado.

El soldado salió del campamento y se dirigió rápidamente a un punto dado.

El oficial apretó el paso disponiéndose á dar la voz de alto y hacer fuego si no era obedecido.

El soldado se detuvo en un sitio de todos bien conocido.

Era el monton de tierra que cubria el cuerpo de don Luis Manterola.

—Este debe venir a pilchar el cadaver, pensó el oficial.

Lindo chasco se lleva, pues a estas horas no tendra ya ni una hebra de ropa.

El soldado aquel debia estar muy preocupado, ó muy seguro de no haber sido visto, pues ni siquiera se tomó el trabajo de dar vuelta a ver si era seguido.

Tomó los dos palos que llevaba y los ligó en forma de cruz, con alguna soga ó guasca que llevaba esprofeso, y cuando la humilde cruz estuvo concluida, la clavó sobre la tierra que besó con religioso cariño.

En seguida el soldado se descubrió, cayó de rodillas y se le sintió orar con voz entrecortada por los sollozos.

Ante aquel acto que hubiera respetado el ser mas impio, el oficial sintió hervir su mas federal indignacion, y desnudando su espada se acercó al soldado que oraba.

Era tal el dolor de aquel desventurado, que no sintió la presencia del oficial, que levantando la espada la dejó caer sobre su cabeza en un golpe formidable, al mismo tiempo que decia:

—Miserable! sobre la tumba de un salvaje unitario no se reza.

Y mientras le descargaba un segundo golpe, hizo rodar de una patada la miserable cruz.

El soldado se incorporó, levantado, mas por la indignacion que por el dolor de los golpes, y se lanzó al cuello del oficial.

Aquel soldado era Tomás Manterola, que habia ido á llevar una cruz y una lágrima sobre la tumba de su desventurado hermano.

Cara hubiera costado al oficial aquella impiedad á no haber sido la presencia del cabo y el soldado que iban en su auxilio.

Estos se lanzaron sobre el pobre jóven y lo condujeron preso al campamento sin perjuicio de los golpes que le aplicaron.

Cuando el oficial llevó al coronel Maza el parte de lo sucedido, como si se tratara de una hazaña, este no tuvo coraje de aprobar tal conducta, á pesar de su conocida dureza de corazon.

—Usted se ha metido á lo que no debe, dijo.

Ponga usted en libertad á ese soldado y cuidado con castigarlo ni faltarle al respeto!

Manterola era un salvaje unitario, pero no hay que olvidar que este es su hermano y que es natural llorar su muerte.

Este fué el final de aquella tragedia, la mas terrible y conmovedora de todas las que se desenvolvieron en los años 1839 y 1840.

Su recuerdo ha quedado tan vivo entre los contemporáneos, que con todos esos preciosos de talles nos ha sido referida por alguien que fue actor en ella, socorriendo y consolando á la familia de Manterola.

Y ella es debida casi en su totalidad á aquel demonio de infernal ferocidad que se llamó doña Maria Josefa Ezcurra.

¡No le reservó el cielo mejor suerte que á sus víctimas!

Ella, como el fraile Aldao y otros tantos tigres de la tirania, saborearon en la copa de amargo veneno los últimos momentos de su perversa vida.

Son muertes tremendas que iremos narrando á su debido tiempo.

Ellas son una leccion formidable!

## El sereno Moreira

Entre los asesinos de segundo orden que servían á Rosas, el sereno Moreira sobresalía por su ferocidad excepcional y los hechos con se hizo conocer.

Este tipo del degollador mas sombrío merece un capítulo especial en nuestra obra, por el crimen cobarde con que hizo méritos á los ojos del tirano.

Era Moreira un hombre corpulento y de talla elevada, padre del noble paisano Juan Moreira, tan conocido ya de nuestro público.

Con todos los vicios posibles, Moreira no tenía las nobles condiciones del gaucho ni uno solo de los rasgos de nuestro compatriota.

Vestia sin embargo el traje del gaucho y habia tomado todas las apariencias del compadre.

En el cuerpo de serenos, Moreira habia adquirido fama de malo, merced á un par de puñaladas que dió á un pulpero, y á una muerte alevosa, que á la sombra de su empleo llevó á cabo en la persona de un español que se ocupaba en vender pescado.

Su fama de malo estaba encerrada en el cuartel de serenos, lo que lo mortificaba mucho, pues el aspiraba á ser persona tan notable como el coronel Cuitiño ó Parra, que revistaban en la Policía como comisarios y con el morrudo sueldo de cuatrocientos pesos, fuertes, se entiende.

Moreira fué enviado por el jefe de serenos Marín á cuidar la manzana de la casa de Rosas, donde hoy está el gobierno de la Provincia.

Allí debia recibir órdenes directas de Rosas, á quien previno que le mandaba el hombre mas guapo de Buenos Aires.

Rosas estaba ocupado entonces en forjar planes de asesinato contra su persona, para tener el pretexto de fusilar y aterrar así á los que realmente fuesen á tener la idea de matarlo.

Era el año de 1839, antes de la muerte de los dos Maza, á quienes Rosas pagó con el puñal y el plomo los iníquos servicios que le habian prestado.

La consigna que recibió el sereno Moreira al hacerse cargo de su puesto, fué la de tener una severa vigilancia y prender á cualquier persona que pasase dos veces por la casa, en una misma noche, ó rondase la manzana.

Aunque fuese la hora mas avanzada de la noche, Moreira debia dar cuenta al edecan de servicio, y si este no estaba, esperar al dia siguiente para dar cuenta al mismo Rosas.

Moreira desde aquella noche anduvo sin sombra por poder encontrar una víctima con que quedar bien.

Si llegaba á aprehender un individuo sospechado de querer asesinar á Rosas ¡cuál no seria su celebridad y recompensa!

Era preciso encontrar un rondador, á toda costa!

Ya el hecho de pasar su parte sin novedad, todas las mañanas, se le hacia insoportable.

Quería por fin presentar un preso!

El diablo vino al cabo en su ayuda, inspirándole el crimen mas inícuo y cobarde.

Para aparentar mas el temor de ser asesinado, Rosas no tenía un punto fijo para dormir.

Ninguna persona sabia dónde habia dormido; pues unas veces le hacia en su casa, otras en el Fuerte, otras en Palermo y otras donde nadie podia sospecharlo.

Su hija Manuela era la única que lo sabia pues era ella quien le velaba el sueño.

Sus mismos servidores, que lo creían durmiendo en su casa, por ejemplo, eran llamados al otro dia á Palermo, donde S. E. habia pasado la noche.

Como desconfiando que lo envenenaran, no permitía que le cebara el mate otra persona que el mulato Miguel Rosas, sargento de su escolta.

Su cocinero era Pedro Gallegos, titulado sargento de la escolta de la niña; pues no probaba bocado que fuese hecho por otras manos.

Ultimamente llevó la farsa del temor al asesinato, al extremo que se hacia cebar el mate por la misma Manuela y no tomaba mas alimento que huevos que esta misma le cocía.

Sus enemigos eran muchos, decía, y quería estar prevenido contra un envenenamiento.

Vengamos ahora á Moreira.

En aquellas noches en que Moreira fué colocado para cuidar la manzana de la casa de Rosas, este observó que un hombre daba vuelta por la calle de Moreno y Perú y caminaba por esta última, se detenía antes de llegar á Belgrano y pasaba un par de horas pegado á una reja.

Moreira se puso en acecho. espíó al nocturno visitante, y agazapado en un portal pudo sorprender una noche toda la conversacion.

Moreira se retiró de su escondite, plenamente satisfecho.

Aquel hombre, de lo que menos podia ocupars-

era de asesinar á Rosas, pues harta preocupacion tenia con los amores que allí lo llevaban.

Se trataba solamente de un amante desgraciado.

¿Quién era aquel jóven así clasificado por el sereno Moreira?

Aquel no era otro que Manuel Cienfuegos, brillante oficial del ejército, borrado de la lista militar y clasificado de salvaje unitario, como Manterola, el año 35, por el crimen de haber servido bajo las órdenes del noble Juan Lavalle.

Manuel Cienfuegos tenía sus amores en el punto que hemos indicado ya.

Quería contraer matrimonio con una jóven que lo amaba inmensamente, pero cuyos padres se oponían tenazmente á aquella union.

¿Qué padre podía dar la mano de su hija á un hombre clasificado de salvaje unitario?

Era lo mismo que prepararla á la viudedad, esponiendo á una desgracia á ella y toda su familia.

Así el padre de la jóven concluyó por rogar á Cienfuegos que no volviera mas á la casa.

Desesperados los jóvenes, pronto ingeniarón el medio de verse para prodigarse sus mas tiernas caricias y combinar para el porvenir sus mas bellos proyectos de felicidad.

Todas las noches, despues de la una, la jóven abría la ventana de la sala, y con una pequeña endija, esperaba la llegada de Cienfuegos, que ya esperaba su presencia para acercarse.

Y allí pasaban una ó dos horas embebidos en sus amores, y narrándose las mil contrariedades que tocaban para lograr un par de horas de aquella felicidad suprema.

Al retirarse Cienfuegos solía encontrar al sereno Moreira que miraba como á un amigo.

Siempre el enamorado profesa un cariño íntimo á todo aquello que está cerca ó rodea á la mujer querida.

Le parece que tiene algo de su perfume.

Tan convencido estaba Moreira de lo que se trataba, que jamás se le ocurrió detener al jóven para interrogarlo.

Una noche, y cuando el sereno estaba mas dado á los diablos por no encontrar un sospechado que prender, la jóven no había abierto la ventana, sin embargo de haber pasado la hora habitual.

¿Estaria enferma? ¿habria sido sorprendida por su padre?

Solo una causa muy grave podía haberle impedido concurrir á la cita.

Entristecido con estas dudas y creyendo que por momentos se abriría la ventana, el jóven se paró en la esquina de Perú y Moreno.

Desde allí miraba la casa de su amada, como si quisiera penetrar, á través de las paredes, la causa de aquella ausencia inmotivada.

Fué entonces que por quinta vez cruzó la imaginacion de Moreira una idea infernal.

El demonio de la perversidad acababa de despertar en él la necesidad de un crimen horrible.

Se acercó resueltamente al jóven, como si temiera que este huyese, y golpeándole en el hombro le dijo:

—¿Qué hace aquí, amigo, tan tarde?

Cienfuegos que se había habituado á mirar á aquel sereno como á un amigo, porque todas las noches lo veía hablar con su novia, respondió sonriendo:

—Espero que me abran la ventana para conversar un momento.

Ya sabe usted lo que son estas cosas, amigo, y no hay por qué tener el menor recelo.

—Si, pero perdone la pregunta, añadió Moreira, ¿qué diablos viene á hacer usted á aquella ventana?

Se lo pregunto porque yo tengo mis órdenes que cumplir.

—No serán referentes á mí, pero sin embargo, voy á desvanecer cualquier sospecha que pudiera haberle inspirado.

Y en seguida el jóven narró, hasta donde solo permitió su discrecion, la historia de sus desgraciados amores.

—Me gusta el hombre por gaúcho, respondió el sereno sonriendo al jóven, y por eso voy á hacerle una prevencion al mismo tiempo que un servicio.

—Diga no mas, amigo, sin el menor recelo.

—Es el caso que yo tengo orden de no permitir que se páre nadie por aquí, y en cumplimiento de ella, hago retirar á cuantos se detienen.

—Es una broma, porque precisamente esta noche desearia estar aquí mucho tiempo.

—Para ver si abren la ventana ¿no es eso?

—Lo adiviné—y si me echa usted de aquí, no voy á poder saber cuándo esto suceda.

—No se aflija, amigo, por tan poco.

Le he tomado cariño de verlo no mas tan buen gaúcho, y lo voy á servir, pero no dejándolo aquí parado, porque me espondría á que hicieran alguna heregía.

Véngase conmigo, que yo lo voy á poner donde pueda esperarme y le avisaré al momento que abran la ventana, para que pueda pelar su pava.

Cienfuegos no tenía por qué dudar de la buena fe con que el sereno procedía, y lo siguió, prometiéndose en su interior recompensar al dia siguiente aquel señaladísimo favor.

Moreira lo llevó hasta el patio de la casa de Rosas, donde le dijo que esperara.

—Pero esta es la casa del gobernador! exclamó Cienfuegos sorprendido, y si me toman aquí puede no parecerles bien mi visita.

—No tenga usted cuidado, que yo estoy de servicio dentro y fuera de la casa, contestó Moreira, y nadie mas que yo inspecciona la gente que entra ó sale.

Como no habia por allí ningun edecan ni persona que le inspirara desconfianza, el jóven armó un cigarrillo y se agazapó en un rincon del patio.

Habia una razon, ó mejor dicho una necesidad poderosa, que le hubiera hecho desafiar cualquier peligro.

La necesidad dever á su novia y saber si le habia sucedido alguna desgracia.

Moreira se retiró á rondar la manzana y observar si abria ó no la novia, segun dijo.

Pero en realidad se retiró á meditar un momento el diabólico plan que acababa de poner en práctica.

Cienfuegos pasaria allí el resto de la noche, y cuando á la madrugada quisiera salir, él se lo impediria entonces por la fuerza.

Si acaso el gobernador habia dormido allí, por la mañana le entregaria el preso con un parte tremendo.

Si Rosas no habia dormido allí, lo entregaria al Jefe de Policia, en calidad de preso, mientras él iba á llevar su parte, pues queria darlo personalmente.

Como á la hora de andar rondando de un lado á otro, para estar prevenido en caso que Cienfuegos quisiera salir, volvió á hablar con el jóven.

Este estaba ya impaciente y decidido á salir si el sereno no volvia en un momento más.

—Y preguntó lleno de ansiedad—ha abierto ya la ventana?

—Todavia no, pero se siente ruido adentro y tengo esperanzas que venga pronto.

—Entonces yo voy, tal vez por las voces pueda sacar en limpio lo que sucede.

—Eso es imposible, aunque yo desearia servirlo.

Ya sabe que tengo órden de no dejar que nadie se páre en la manzana, y con el gobernador no se puede jugar.

Si usted sale y se pára, ya se lo he dicho, no voy á tener mas remedio que prenderlo y dar cuenta.

Tenga paciencia, qué diablo—ella ha de abrir y yo se lo avisaré en el acto.

—Pero si abre me dejará hablar con ella?

—Nada le pide el cuerpo! no le he dicho la orden que tengo?

Lo único que puedo hacer por usted, y esto, porque lo veo tan apichonado, es llevarle á la moza el recado ó el papel que usted quiera y traerle la respuesta.

Pero cuidado que lo sepa nadie, porque entonces se acabó la bolada.

Cienfuegos sonrió ante lo que él llamó la sencillez de aquel buen hombre y se puso á preparar un billeteito para el caso en que su novia abriese la ventana.

No tuvo la menor sospecha de traicion, y aunque la hubiera tenido, jóven y bravo, se creia á cubierto de todo peligro con una pistola que lle-

vaba en la cintura y un cuchillo de hoja corta y dura que tenia en el bolsillo y que era el fiel compañero de sus campaneas y de sus paranditas.

¿Qué sucedia entre tanto en la casa de la novia de Cienfuegos?

Elena no habia podido concurrir á la cita aquella noche, á consecuencia de una enfermedad repentina que habia acometido á la madre.

Cuando el ataque pasó y la familia pudo retirarse á dormir, Elena tuvo aún que esperar un largo rato para dar tiempo á que los demás durmieran.

Cuando el silencio profundo de la casa le indicó que todos estaban entregados al reposo, vino á la sala y abrió sigilosamente la ventana.

No se veia un alma en la calle.

Moreira sintió el ruido leve que produjeran las hojas al abrirse, y se acercó presuroso.

—Es inútil que espere, jóven, le dijo respetuosamente, porque el niño no viene hoy.

Ha esperado aquí hasta hace poco, y al irse me ha encargado si usted abria la ventana, le dijera que no habia podido esperarla mas por que tenia un quehacer grave; que mañana á la hora de siempre estará aquí.

La jóven suspiró melancólicamente y exclamó:

—Pobre! tiene razon, pero no ha sido culpa mia.

Mire, sereno, agregó, si usted lo vé mañana antes que yo, dígame que he venido y que siento el contratiempo que me ha privado de verlo.

Y suspirando de nuevo, cerró la ventana, dando á Moreira un suave "buenas noches".

—Buenas noches niña, respondió este, y se alejó al compás de su grotesco canto:

"Viva la federacion!

¡Mueran los salvajes unitarios!

Las cuatro han dado y lloviendo".

Se acababa de desencadenar un temporal de todos los diablos

Moreira regresó á casa de Rosas y dijo á Cienfuegos:

—El ayudante me acaba de decir que cierre la puerta.

No salga usted porque vá á verlo y esto no me conviene.

Yo ya vuelvo.

En casa de Rosas habia muchos soldados, que dormian desparramados en los patios y zaguanes.

La enorme huerta de la casa era un verdadero cuartel.

Algunos notaron que un desconocido estaba en el zaguan, pero como vieron que el sereno hablaba con él, se limitaron á una simple observacion.

Moreira habia hecho además una significativa seña al sargento, que equivalia á decirle que no lo dejara salir porque era un preso.

La lluvia seguía arreciando y ya Cienfuegos empezaba á entrar en cuidado.

—En cuanto vuelva este diablo, pensó, me mando mudar, porque hoy es inútil esperar á Elena.

Sabe Dios lo que le habrá sucedido á la pobre!

Pero el tiempo pasaba y el protector sereno no volvía.

El día empezó á esparcir su luz vacilante y tenue, cuando Cienfuegos decidió no esperar mas.

—Se habrá dormido este diablo, dijo, ó se habrá olvidado y á mí no me conviene que me encuentren aquí.

Y conforme lo habia pensado se dirigió á la puerta de la calle con el ánimo de abrirla.

Pero no bien habia andado dos pasos cuando el sargento estuvo encima de él.

—Eh! amiguito! ¿con qué permiso sale?

—Con el mio! vamos, y á quién tengo que pedirlo?

—Pues me gusta!—á mí!

Cómo está usted aquí?

—Porque el sereno de la manzana me lo ha permitido en razon de algo que él conoce.

—Pues hasta que no vuelva el sereno no sale usted.

Quién me asegúra que usted no está preso?

—¿Yo preso? hombre, sería curioso!

Déjeme salir, amigo, que tengo que hacer.

—No hay tu tia—hasta que no venga el sereno no sale.

Cienfuegos empezó recien á tener un vago temor.

¿Por qué no volvía el sereno?

Temiendo mayores consecuencias quiso salir violentamente, pero el sargento llamó en su auxilio y entre unos veinte hombres, soldados todos, que Cienfuegos no se dió cuenta de dónde salían, lo tomaron, lo voltearon, y en un momento lo registraron prolijamente, quitándole la pistola y el puñal.

El jóven temía de la manera mas seria las consecuencias de aquel escándalo sucedido nada menos que en casa de don Juan Manuel.

—Pues si este maldito no viene y cuenta el por qué de estar yo aquí, son capaces de tomarme por un asesino!

No bien concluía de decir estas palabras, cuando entró Moreira muy peinado y muy compuesto.

—Caramba! exclamó Cienfuegos, entre risueño y enojado.

Dios le bendiga la memoria, amigo! venga, sáqueme del apuro en que su tardanza me ha puesto!

Ya se habian levantado algunos edecanes y otra gente que allí dormía, quienes impuestos de lo sucedido miraban al jóven con mortificante curiosidad.

—Vamos á ver pues, amigo, si explica á estos

hombres lo que sucede para que me dejen ir de una vez!

—Primero tengo que esplicarlo á S. E., exclamó Moreira con un acento feroz que hizo temblar al jóven.

Acababa de desenmascararse.

—¿Pero qué tiene que ver el gobernador con mi presencia aquí?

—Eso lo sabrá usted á su tiempo.

No va á tardar en venir, porque él es madrugador.

Rosas, en efecto, se levantaba tempranísimo á tomar mate.

Aquella noche, por casualidad, habia dormido en su casa, de modo que, junto con el primer mate le llevaron la noticia de lo que sucedía.

—Y todavia no ha dicho nada Moreira? preguntó.

—Nada, dice que no quiere decir nada antes que S. E. lo sepa.

—Algo grave debe ser—algun asesino sin duda, exclamó Rosas haciendo brillar en un resplámpago siniestro sus hermosos y azules ojos.

A ver, llámeme á Moreira!

El sereno vino inmediatamente.

—Vamos á ver qué sucede? ¿por qué está ese hombre allí?

—S. E., dijo el bandido, fingiendo gran humildad, anoche, desde la media noche, ese hombre rondaba la casa de su S. E. con mucha insistencia.

Se paraba delante de la puerta y miraba al interior, como si quisiera reconocer la situacion de las piezas.

Yo que no me chupo el dedo, le pregunté qué andaba buscando y me salió con un cuento de amores mas viejo que el andar á pié.

—Si me permites que entre á esperar al zaguán del gobernador, me dijo, yo te pagaré bien: así nadie me verá.

Yo consentí y el hombre imbécil no tardó en confesarme que á lo que él venia era á asesinar á V. E., con palabras que no se pueden repetir.

—Hola, conque esas tenemos?

—Si, señor.

Yo hice entonces una seña al sargento para que lo vigilase y me fui á la calle.

No sería difícil que el hombre tuviera algun cómplice que lo esperara por aquí, pero no vi en la calle á ninguna persona sobre quien se pudiera abrigar la menor sospecha.

La fisonomía de Rosas adquirió entonces esa expresion tremenda que le era habitual cuando meditaba alguno de sus crímenes.

—Ya han registrado á ese pillo, no?

—Si, V. E.

—¿Y con qué armas pretendía asesinarme?

—Con este puñal y esta pistola, dijeron mostrándole las dos cosas.

—Llévenlo al patio, que allá voy yo.

Rosas, seguido de la turba de adulones y ban

didos que lo rodeaban, salió al patio y mandó que se le acercara el que ya clasificó de asesino.

—¿Cómo se llama? preguntó secamente.

—Manuel Cienfuegos, contestó el joven, sin poderse explicar lo que pasaba y la amenaza que veía pintada en todas las fisonomías que lo rodeaban.

—Ah! ya comprendo! exclamó Rosas de pronto—¿usted lo borró yo de la lista militar?

—Es cierto, señor.

—Por salvaje unitario, no?

—Ignoro los motivos, porque yo no di ninguno y menos contra el gobierno.

—Y es por esto que esta noche quería usted asesinarme? ó acaso trabaja usted por cuenta ajena!

—¿Yo asesinar á V. E! exclamó temblando el joven—y quién puede decir semejante infamia?

—¿Quién ha de ser sinó yo? exclamó Moreira, con un cinismo tremendo.

Para qué me confió usted su golpe?

Yo no puedo callar nada, y todo lo he contado ya.

Conque es inútil negar ahora, y al avío!

Cienfuegos creyó al principio que aquello no sería sino una de las tantas farsas de Rosas, pero bien pronto se convenció de que no era mas que una infamia brutal y cínica del sereno Moreira.

Comprendió el gran peligro que corría si aquella calumnia no era pronto destruida, y en el acto narró con todos sus detalles, lo que había pasado la noche anterior entre él y el sereno Moreira.

—No está mal preparado, no está mal preparado! dijo el tirano.

Y diga usted, amigo, con puñal y pistola hace usted el amor?

—No, señor, pero están sucediendo tantas cosas, que toda precaución es poca para andar á deshoras de la noche.

—Por lo menos hay que confesar que usted tiene talento, añadió Rosas, pero me parece que Moreira es mas vivo que usted.

—Señor, dijo el joven, empezando á desesperarse por el giro que tomaba la aventura.

Juro por lo mas sagrado que hay en el mundo, que lo que he dicho es la verdad.

Puede muy fácilmente averiguarse, por los hechos que he citado y la familia que menciono.

Tal vez Rosas desde el primer momento comprendió que aquella no era otra cosa que una infamia que Moreira cometía para contraer méritos.

Pero necesitaba pasar por víctima de los salvajes unitarios y autorizar por este medio, las medidas de terror que iba á adoptar mas tarde.

—Mala mano tenés para asesino, [porque te falta corazón, le dijo.

No sé en qué piensan estos imbéciles de salva-

jes unitarios, que ni siquiera saben elegir un hombre capaz de matarme sin asustarse.

Estoy seguro que si hubieras podido llegar á mí, antes de herirme se te hubiera caído el puñal de las manos!

El joven perdió toda esperanza al oír aquellas palabras.

La calumnia había sido creída.

El desgraciado pensó en su novia, en su buena madre, y sintió el corazón ahogado en llanto.

Hizo esfuerzos sobrehumanos para demostrar que aquello era una infame calumnia, pero todo fué inútil.

Rosas necesitaba una víctima que sacrificar y no hubiera soltado, por nada de este mundo, la que había caído entre sus manos.

—Anda, cobarde! exclamó, golpeándolo furiosamente, con las manos primero, hasta que lo volteó, y en seguida con los pies sobre el noble rostro.

Llévenlo á la Policía—que lo pongan incomunicado hasta que yo avise lo que ha de hacerse con él.

El sereno Moreira había crecido media vara ante los ojos de los adulones.

El desgraciado Cienfuegos fué conducido á la Policía y al sereno se le mandó regalar doscientos patacones, por el señalado servicio que había hecho á la patria, librando al gran Rosas del puñal de los inmundos asquerosos salvajes unitarios.

Dos horas despues se celebraba en la Catedral un gran te-deum en acción de gracias al Todopoderoso por haber librado al Restaurador de las leyes del puñal alevé.

Las campanas fueron echadas á vuelo en todas las iglesias en señal de popular regocijo, y todos los curas que hemos nombrado, y otros mas, invitaban al pueblo á diferentes novenas y rosarios, siempre en acción de gracias al Todopoderoso.

No quedó pueblejo de la campaña cuyo cura no convocara á igual función.

Hombres y mujeres se apresuraban á concurrir á las iglesias para hacer notar su ardor federal uno, y para pasar por tales, otros, por temor de ser clasificados de salvajes unitarios.

El cuerpo diplomático se presentó, de los primeros, en casa del ilustre Restaurador para felicitarlo por la escapada que acababa de hacer.

Y Rosas, autor de la farsa, recibía aquellas felicitaciones dándose todos los humos del caso y asegurando que despues se habían de quejar los unitarios si tomaba justas represalias.

Todo aquel día fué de regocijo y júbilo para el pueblo federal.

La canalla llenó las pulperías, de donde salió á mazorquear las familias, las músicas concurren á casa del héroe y doña Maria Josefa, la terrible doña Maria Josefa Ezcurra, dió un baile en

conmemoracion de aquel acontecimiento providencial.

El sereno Moreira fué ascendido á la categoria de ayudante de serenitos, quedando de servicio permanente en la manzana de Rosas.

Durante una semana fué el niño mimado de los adulones de la época, que lo miraban como el salvador de la ilustre vida del gran Rosas.

Ensoberbecido Moreira con el ascendiente que acababa de adquirir, procedia ya por su sola cuenta y mataba á quien mejor se le ocurria.

Prescindiendo completamente de su jefe, él recibia directamente órdenes del Restaurador.

Así es que cuando degollaba á alguna persona y paseaba su cabeza atada á la cola de su caballo, sus superiores no se atrevian á decir la menor palabra.

Iguoraban si aquello habia sido hecho por orden del gobernador, ó de cuenta y riesgo de aquel bandido.

Esto le dió una gran superioridad sobre sus subalternos, que lo veian hablar con el mismo Rosas, y á quienes á su vez dictaba sus órdenes, sin que nadie se atreviera á desobedecerlo ó contradecirlo.

Así aquel bandido daba sus órdenes de degüello, que eran ejecutadas al pié de la letra por sus subordinados.

La farsa de las músicas, paseos del retrato de Rosas y novenas, duró algunos dias, siendo interrumpida por la tragedia que debia representarse con el desgraciado Cienfuegos.

Este habia sido encerrado en un calabozo de la Policia, en rigurosa incomunicacion y con una barra de grillos á los piés.

Se le trataba á palos y se le alimentaba arrojándole la comida de los presos, por un agujero que, con el pomposo titulo de ventanilla, habia en su calabozo, sobre la maciza puerta.

Así permaneció tres dias, sin que nadie fuera á tomarle declaracion, ni atinar cuál seria su suerte.

Rosas lo habia mandado poner preso, en calidad de privarle toda comunicacion, y haber hablado con él para levantar el sumario, sin orden del gobernador, hubiera sido esponerse á perder el empleo y la cabeza.

A los tres dias de estar preso sintió que muy de madrugada abrian la puerta de su calabozo.

El desgraciado se acurrucó en un rincon, creyendo que serian los que con tanta precaucion iban á apalearlo.

Pero grande fué su asombro al oír que le mandaban salir.

En la confianza de su inocencia, Cienfuegos creyó que se trataba de ponerlo en libertad, pues ya se habria averiguado lo sucedido.

Levantó su barra de grillos para andar mas liviano, y siguió á los que habian ido á buscarlo.

Pronto iba el pobre á convencerse del triste fin que lo esperaba.

Como no se le habia levantado sumario ni tomado declaracion siquiera, jamás pudo figurarse que marchaba á la muerte.

Cienfuegos fué conducido al patio de la Policia, donde encontró un aparato que no pudo menos de sorprenderlo.

Diez soldados, al mando de un oficial, se hallaban formados en el centro de aquel patio lúgubre, detrás de los que se apiñaba una multitud de presos, de todos pelajes.

En las ventanillas y puertas de los demás calabozos se veian los ojos ávidos de los presos, que miraban como si algun espectáculo extraordinario fuera á desarrollarse allí.

Cienfuegos se estremeció de tal manera, que os grillos sonaron en sus piés, como si hubiera obececido al impulso de una sacudida violenta.

Los dramas de la Policia eran demasiado conocidos para que un preso no temblase ante semejante aparato.

Sin embargo como no vió banquillo ni ningun otro accesorio de ejecucion, se tranquilizó un momento, interrogando con su tímida mirada á los que lo rodeaban.

Los agentes que lo habian sacado del calabozo, le dieron orden de pararse contra la pared, o que algo lo sobresaltó.

Obedeció la orden, estrañando que nada mas se le dijera, y temiendo mas que nunca que fueran á cometer con él algun crimen.

Iba ya á preguntar qué era lo que pretendian hacer, cuando vió que, á una señal del oficial, los soldados se le collocaban al frente y preparaban sus armas.

—Qué es eso? qué es lo que van a hacer? preguntó perdiendo ya todo su aplomo.

Si tratan de fusilarme, al menos díganme cuál es la causa y mándenme buscar un sacerdote, porque yo no quiero morir como un perro.

Una sonrisa de burla se dibujó sobre los labios de aquel oficial habituado á su oficio.

—Quiero un sacerdote! quiero un sacerdote! gritó entonces Cienfuegos, pues vió que los soldados se echaban el fusil á la cara.

Fueron estas las últimas palabras que pudo pronunciar.

Los soldados hicieron fuego, y el desventurado rodó por el suelo, quejándose de una manera terrible.

Entonces empezó una escena estupenda.

Los soldados, para no perder tiempo en cargar sus lentos fusiles de aquella época, empezaron á ultimarlo á golpes.

Quién con la culata del fusil, quién con el cuchillo, y quién hasta con el taco de la bota, concluyeron de dar muerte al jóven, de la misma manera que se podia haber muerto á perro rabioso.

Cienfuegos habia sido muerto por una orden que mandó Rosas, verbalmente con uno de sus edecanes.

Media hora despues su cadáver hecho pedazos, era arrojado al carro de la basura, que lo condujo al cementerio.

Este fué el sangriento fin del horrible asesinato inventado por Moreira y puesto en práctica por Rosas.

Se enviaron circulares á todas las provincias, cuyos gobernadores echaron á vuela las campanas y se desgajaron en notas de felicitacion á Rosas y á la Patria, que lo conservaria al frente de sus destinos.

En su nueva posicion de ayudante de serenos, el asesino Moreira habia echado unos humos de todos los diablos.

¿Quién se atrevia á decir la menor palabra descortés al individuo que habia salvado la vida del Restaurador de las leyes?

¿Quién era el guapo que pisaría el poncho al ayudante de serenos que tenia á su solo cuidado la manzana de la casa de Rosas?

Los federales mismos tenian sus sospechas de que el fusilamiento de Cienfuegos no habia sido mas que una farsa.

Pero tenian muy buen cuidado de aparentar todo lo contrario y hacer grandes felicitaciones en público, sobre el feliz y providencial acontecimiento.

Asi es que estos mismos miraban con gran respeto al sereno Moreira, que habia venido á ser una verdadera autoridad nocturna.

Moreira, pues, empezó á apuñalear por su cuenta y á robar á los que *despachaba* al otro mundo, el dinero y alhajas que llevaban consigo.

Con esta industria estableció una pulperia en la esquina de Venezuela y Chacabuco, donde hoy se está levantando un espléndido edificio.

En esta pulperia se reunian todos los dias y todas las noches "lo mas distinguido" del batallon de serenos.

Si aquello no era una reunion de "high life" como se dice hoy dia, era por lo menos una reunion de *blood life*.

Se jugaba al truco y al punto de la vasca, y se bebía mientras habia dinero en los bolsillos.

Porque Moreira no fiaba "ni por un queso".

Vendia al contado, y previo pago, lo que prueba la confianza que tenia en sus mismos compañeros.

Cuando la ginebra y la caña se habian trepado en la cabeza de tales parroquianos, la pulperia de Moreira solia ser el teatro de escenas terribles.

Los borrachos salian á la puerta y empezaban

á insultar á cuanta persona pasaba, con aspecto de salvaje.

El que podía y tenia motivos, se hacia conocer al momento como legítimo federal, temiendo una equivocacion funesta de aquella gente perdida.

Ya el vecindario conocia el terrible huésped que le habia caido en suerte, y trataba de evitar toda cuestion.

El que no tenia consigo elementos para hacerse conocer como tal federal, seguia silenciosamente su camino, soportando aquella lluvia de injurias y palabradas, y considerándose muy feliz de que las cosas quedaran ahí no mas.

Algunas veces Moreira que estaba trás del mostrador, señalaba á algunos de los que habian pasado, con estas ó semejantes palabras:

—Ese hijo de mala madre no es federal.

Yo ya le he echado la vista encima, y á la primera mala pisada que haga, le corto el gañote de un solo tajo.

El así señalado era entonces agredido por los borrachos de la puerta, que lo el traban dentro de la pulperia, á fuerza de golpes é insultos para obligarlo á tomar una copa á la salud del gran Rosas.

Ninguno se resistia á invitacion semejante! bebían la copa y trataban de retirarse, agradeciendo aún el trato comedido.

Algunas veces la persona así introducida á la pulperia llevaba consigo alguna buena alhaja ó tenia aspecto de llevar dinero.

Entonces la escena cambiaba por completo.

—Háganlo pasar al despacho reservado, para que no esté entre tanto perdido, decia Moreira.

Y á empujones y á golpes, el infeliz era conducido á la pieza que habia indicado Moreira.

Este despacho reservado, no era otra cosa que un pequeño altillo que habia en el fondo del almacén.

Aquel era nada menos que el sitio bautizado por aquella canalla de *despacho*, donde aquellos bandidos desalmados degollaban por la simple orden de Moreira.

Al dia siguiente el cadáver era sacado de la pulperia y conducido á un terreno cercado que existia en la calle de Chacabuco, un poco más adelante.

En aquel terreno habia un pozo de balde, al lado

de cuyo brocal se levantaba una higuera corpulenta al extremo de parecer un ombú.

Aquel pozo era el cementerio donde Moreira enterraba á las personas que hacia degollar en su altillo.

No hace mucho tiempo que se estrajo de alli una cantidad de huesos humanos, que la Policia no pudo nunca saber cómo estaban en aquel sitio.

Recordamos que, segun las noticias de Policia que publican los diarios, la Policia habia constatado esta particularidad.

Se habian estraído huesos y parte de esqueletos que se conocia eran de personas que habian caido de pié, que acusaban la presencia de mas de seis cuerpos humanos.

Pero por mas que se buscó y se limpió el pozo no se pudo hallar mas que un solo cráneo.

¿Qué misterio era este?

¿Por qué faltaban aquellas cabezas?

La Policia no pudo nunca explicarse las causas de aquel lúgubre misterio, y no se ocupó mas de ello, dándose por satisfecha con haber hecho enterrar los huesos, y la única cabeza que se halló.

La explicacion de aquel misterio la damos nosotros.

Moreira, como lo hemos narrado en otra parte, tenia el hábito de pasear atadas á la cola de su flete las cabezas de los que degollaba, y cuando no habia degollado él, paseaba cualquiera de las que hallaba en el mercado, en el puesto de don Ramon ú otro cualquiera.

Este era el lujo sangriento que usaba aquel miserable.

Las personas clasificadas de salvajes unitarios, que vivian por aquel barrio, si tenian fortuna, eran cuidadosamente vigiladas por el sereno Moreira.

Y si alguna de ellas tenia la desgracia de pasar por la pulperia, era metida adentro á tirones y golpes, subida hasta el altillo, donde Moreira, solo ó acompañado, procedia á degollarla, despues de haberle dado de puñaladas.

Despojado el cadáver de todos los valores que llevaba encima, era conducido, sin cabeza, al pozo de la higuera, donde se enterraba.

La cabeza quedaba en el altillo, para que el bandido se diera un corte feroz, atándola á la cola de su caballo.

Esto sucedió entre otros con un señor Quesada que desapareció una noche sin que nadie supiera hasta despues de la caída de Rosas lo que habia sido de él.

Un tal Ortega, español, preso despues de la caída del tirano, hacia entre otras la siguiente terrible declaracion:

Que una noche, despues de oracion, habia llegado Moreira á su pulperia, situada en la Boca. Moreira entró con un atado en la mano, atado que colocó sobre el mostrador, pidiendo un vaso de caña.

Una vez que esta le fué servida, pidió otro vaso, sin habertocado el primero.

—Y para qué diablos pide dos vasos? le preguntó Ortega.

—Es que traigo aquí un amigo, respondió Moreira, que no le gusta la caña y quiero ver qué cara pone cuando le haga tomar este vaso á la fuerza.

Y diciendo esto desató el nudo del atado y dejó descubierta una cabeza humana, hermosa y distinguida, á pesar de esa espresion descompuesta y conmovedora que acusaba un largo sufrimiento en la victima.

Moreira la puso sobre el mostrador, y tomándola de los cabellos, introdújole en la boca el borde del vaso de caña, pretendiendo hacérsela tomar.

—No toma el hijo de mala madre! exclamó, volcándole encima la caña.

Pues en el infierno no vá á encontrar bebida igual!

Algunos cachafaces que estaban en la pulperia de Ortega, festejaron aquello con grandes carcajadas y felicitaciones á la ferocidad del asesino.

Este, entusiasmado, dijo que aquella era la cabeza del salvaje Quesada, que habia cortado la noche anterior porque era un pillo que no se le podia aguantar.

Y despues de tomar su caña ató la cabeza por el cabello á la cola de su caballo, y se alejó diciendo que la llevaba para mostrarla á algunos otros amigos, que tendrian sumo placer en verla haciéndole ascos á la caña.

Con estos hechos Moreira adquirió una fama terrible, que concluyó de conquistarle el aprecio del Restaurador y de los buenos federales.

El gran bandido necesitaba victimas diarias para saciar su ferocidad.

Y llegó tiempo en que no se metia á averiguar si eran ó no federales ó salvajes unitarios.

Cuando no se presentaba un salvaje, degollaba á un federal, pues lo que él buscaba era victimas.

Si alguien lo veia cometer el asesinato, decia que era por haber oido decir que Lavalle era el libertador de Buenos Aires.

Pero buen cuidado tenia él de que nadie lo viera, cuando el degollado era un federal.

Habia entonces en la aduana un tal Martinez, carretillero, que era uno de los mas tremendos federales de la época.

Martinez trabajaba con su tropa de carrillos, de dia, siendo á la noche capitán de un grupo de mazorqueros que recorria y aterraba el barrio de la Aduana.

Varios crímenes cometidos por el grupo de mazorqueros que Martinez capitaneaba, hicieron célebre á este, que fué recomendado á la consideracion del supremo gobierno por el capitán del puerto, don Pedro Gimeno.

Martinez y Moreira se tenian muy mala voluntad, desde un dia en que el segundo arrebató al primero la dama de sus pensamientos—uua hermosa parda que habia sido criada por la familia del referido señor Gimeno.

Los dos rivales se habian tenido ganas durante mucho tiempo.

Pero separados por sus diversas ocupaciones no habian tenido ocasion de encontrarse despues.

Este odio se habia aumentado de un modo poderoso, á consecuencia de un degüello que habia hecho Moreira en la persona de un primo de Martinez.

Como buen federal, reconocido y probado, Martinez podia haberse quejado al gobierno, reclamando que el ayudante de serenos fuera castigado, pero entonces la cosa tenia un sério peligro y es que su primo era conocido como salvaje unitario reincidente y amonestado por el señor coronel Cuitiño.

—Puede este reclamo sentar mal al gobierno, pensó, que concluiría por dar la razon á mi enemigo.

Martinez guardó entonces su venganza para mejor oportunidad.

Una noche, ante un numeroso grupo de mazorqueros, se encontraron los dos rivales, en una pulperia del bajo.

Martinez, en el acto, habia empezado á chócar á Moreira groseramente, para provocar un lance.

Los mazorqueros estaban absortos de ver lo aguantador que estaba Moreira aquella noche.

—Es que Martinez es muñeca! exclamó uno.

Cuando el hombre se calla, él sabrá por qué lo hace.

—No hay nadie tan amargo como el compañero Moreira, replicó otro; y me parece que si el otro sigue aullando, le van á planchar los lomos.

—Será él quien salga planchado! añadió el primero.

Usted no sabe quién es Martinez.

—Pero sí quién es Moreira, y esto me basta.

Entre tanto, los dos rivales seguian prodigándose cada galanteria que metia miedo.

—Ya me han dicho, exclamó Moreira, que anda jugando súcio á la federacion y relacionándose con salvajes unitarios.

Que lo vuelva á saber yo, caramba! porque pongo sus huesos á contribucion de golpes!

—¿A mí? no sea tonto contestó Martinez, sonriendo con desprecio, y en prueba de ello, aqui me tiene—¿por qué no se sirve ellos?

No sea zonzo, que conmigo la lleva perdida.

—Perdida ó ganada, lo haré como lo digo, y no me caliente los cascós porque lo dejo seco de una puñalada.

—Es muy poca cosa y muy maula para hacer esa hombrada!

¿Que hace que no se sirve?

Y al decir esto sacó de la cintura un cuchillo largo y filoso.

Moreira no pudo contenerse mas.

Sacó á su vez el cuchillo de la cintura y acometió á Martinez.

Martinez era bravo y lejos de temer un encuentro con Moreira, lo habia provocado en la seguridad de salir airoso.

La lucha fué corta y dura, como tenia que serlo entre combatientes de aquel temple y animados de iguales deseos.

No se cambiaron mas que media docena de tiros que el mas debil de los cuales hubiera causado la muerte del que lo recibiera.

Al fin Martinez dejó caer el cuchillo y dando un gran grito fué á caer de costado azotando la cabeza contra el mostrador.

La puñalada de Moreira le habia dividido el corazon.

Moreira se le fué al humo y con una facilidad que demostraba su larga práctica le separó la cabeza del cuerpo.

—Esto le sucede, exclamó, á todo el que se mete á compadre, sin saber si el cuero le dá para tanto.

—Quiere alguno tomar la bolada?

Ninguno de los amigos de Martinez dijo la menor palabra.

Moreira se les habia revelado muy superior á Martinez y los habia dominado.

Moreira se llevó la cabeza de su rival á la policia, recojió su cuerpo de la calle á donde fué sacado por el pulpero sin averiguar á quién pertenecia.

Un cadáver en plena calle y con la cabeza cortada, era la cosa mas natural de aquellos tiempos.

¿Quien iba á tomarse el trabajo de constatar á quién pertenecia el cuerpo?

Lo arrojaban al carro de la basura y negocio concluido.

Don Pedro Gimeno, que era el protector de Martinez, en cuanto supo su muerte, con todos los detalles, pasó á Palermo á ver al Restaurador, á quien le dió la queja de lo sucedido.

—Se ha asesinado á un federal puro, dijo, por el gusto de matar no mas.

El carretillero Martinez era un leal servidor de V. E.

Rosas, que trataba á Gimeno, como á todos sus empleados, con gran desprecio y haciéndolos juguete de sus locos, no hizo gran caso de lo que le decia Gimeno.

Sin embargo, mandó llamar á Moreira y le echó una peluca de primer orden.

—Al primero que me mate un federal, le digo, lo hago yo fusilar sobre tablas.

Las armas y la muerte deben guardarse para los salvajes unitarios enemigos de Dios y de los hombres.

—No crea S. E. que ese carretillero era tan federal como se dice.

Era un pillo que jugaba á dos caras y nada mas.

Y contó en seguida cómo había sido provocado ofreciendo el testimo de todos los buenos federales presentes.

—No será extraño que haya exajeracion en lo que se me ha contado, dijo Rosas, cuyas tendencias en proteger á la chusma eran bien conocidas, mucho mas, cuando esta chusma se hacia notable como degolladora.

Pero no quiero que se maten los federales entre sí: que no tenga que decirlo dos veces.

Moreira se retiró jurando entre sí que había de degollar á todo el mundo, fueran ó no federales.

Temiendo la amenaza de Rosas, por algun tiempo anduvo tranquilo, es decir, degollando unitarios solamente.

Se lo pasaba siempre en su pulperia, ocupado en las faenas de su altillo y en las del pozo de la higuera.

Había en aquellos tiempos un barbero sangrador, muy estimado de la gente federal.

El barbero este era un federalazo [de los mas formidables.

No degollaba por su mano porque era tan cobarde como federal, y tenía miedo de las armas, aun esgrimidas por él.

Pero era un delatador famoso, causante de degüellos, que habían sido consecuencia de sus delaciones.

Este barbero prestaba sus servicios de sangrador y aún de comadron de los hospitales de la ciudad.

Sus servicios aplicados á gente federal no los cobraba nunca, ni al gobierno, por los que prestaba en los hospitales ni á los particulares que lo llamaban.

Pero cuando se trataba de servir á un unitario, ya la cosa cambiaba de especie.

No solamente cobraba un desatino que era preciso pagarle por temor á una delacion, sino que les sacaba cuanta sangre podia, con la intencion de despacharlos asi al otro mundo.

En el cuerpo de serenos gozaba de un gran prestigio.

El famoso Marin lo hacia comer á su mesa y todos los miembros del batallon lo miraban como un padre.

Porque el sangrador, no solo atendia gratis, sino que daba dinero á sus enfermos mas necesitados.

Este mismo cariño que se dispensaba al sangrador habia fastidiado enormemente al bandido Moreira, que no queria hubiera mas influencia que la suya.

Cuando se encontraba con el sangrador, lo hablabla con dureza, tratando de mortificarlo en cuanto podia.

Sus bromas hirientes llegaron al extremo que

Marin reprendió duramente á Moreira, notificándole que cesara en sus impertinencias contra el sangrador.

Con esto solo se consiguió que aumentara el odio de Moreira y jurara vengarse de él, por lo mismo que por él lo habían reprendido.

Una tarde que Moreira se dirijia á la Boca, segundo teatro de sus iniquidades, se encontró con el sangrador, en la calle de Bolivar, donde hoy es el mercado de comercio.

El sangrador venia de prestar sus servicios en el hospital, donde había sido llamado.

En cuanto lo vió, Moreira se dejó caer del caballo y le cerró el paso.

—Amigo barbero, le dijo, me viene usted como queso á los tallarines, porque tenía que pedirle un favor.

El sangrador, poco complacido de aquel encuentro, se metió bajo el brazo su paquete de ventosas y le tendió una mano.

Moreira se la estrechó hasta hacerle crugir los huesos.

—En qué puedo servirle, amigo, dijo,—ya sabe que con los buenos federales soy franco y leal.

—Superior entonces—queria verlo hoy porque ando en un apuro de unos mil pesos y nadie mejor que usted puede sacarme del pantano.

—No sé si tendré tanto en casa, pero lo que tenga está á sus órdenes.

—A mí poco me importa que tenga ó no tenga.

Yo necesito los mil pesos y es preciso que me los dé.

La calle estaba sola, y como convidando para cometer una herejia.

—Pero como quiere que se los dé si no los tengo, exclamó el sangrador temblando de miedo ante la espresion feroz del sereno.

Le daré cuanto tenga ahora y el resto mañana ó pasado.

—Ahora mismo, rugió Moreira pelando su enorme daga.

Ante semejante instrumento de sangrias, el barbero se asustó, y en vez de prometer á Moreira lo que pedía, echó á correr con una velocidad de liebre, en direccion al hospital, arrojando tarros, ventosas y cuanto llevaba.

Moreira saltó sobre su caballo y disparó detrás de él.

Lo atropelló con el pingo pisoteándolo, y echándose al suelo en seguida, lo dejó "seco" de una puñalada, degollándolo acto continuo.

Como la escena pasó cerca ya del hospital, los gritos del sangrador fueron sentidos, acudiendo algunos empleados y soldados.

—No es nada! gritó Moreira para evitar que llegaran.

Es un salvaje á quien estoy dando un susto. Pero ya los que acudian se habían apercebido

de qué el *asustado* no era otro que el barbero sangrador y el asustador el terrible Moreira.

El cadáver del sangrador fué recogido y llevado al hospital, mientras el bandido, limpiando su daga, se alejaba al tranco de su caballo.

Dado el cariño y gran estima de que el sangrador gozaba entre la gente federal, su asesinato produjo una gran indignación en el hospital, primero, y en el cuerpo de serenos, mas tarde, á cuyo jefe se mandó dar cuenta de lo sucedido.

Este, deseando verse libre de Moreira, y no atreviéndose á castigarlo por su sola cuenta, mandó un oficio al gobernador refiriéndole el asesinato y agregando que el ayudante de serenos Moreira era ya intolerable.

Era ya el tercer ó cuarto federal que asesinaba, y á ese paso, concluiría por atentar á la vida de su mismo jefe.

Ya hasta se cree que Moreira puede obrar de acuerdo con los salvajes unitarios.

A Rosas se lo llevó el diablo cuando leyó esta comunicacion.

El mismo conocia al sangrador y comprendia que perdonar aquel hecho seria dar alas á Moreira, que era capaz de todo.

Además hacia ya tiempo que Rosas sentia la necesidad de verse libre del sereno.

No dudando que lo de Cienfuegos habia sido una farsa que él aceptó porque le convenia, temia que algun dia Moreira fuese á descubrirle y ya varias veces habia tratado de suprimir aquel testigo importuno.

Ninguna coyuntura podia ser mejor que la que se le ofrecia.

Así es que al pié de la misma nota escribió la sentencia de muerte del bandido.

"El jefe del cuerpo de serenos, decia, procederá á arrestar al ayudante Moreira, remitiéndole al cuartel del Retiro, donde será ejecutado á fusil, tan pronto como llegue.

En seguida redactó otra orden para que la sentencia fuera cumplida tan pronto como llegase el reo al patio del cuartel.

Moreira fué preso así que se presentó al cuartel de los serenos, sin manifestársele el motivo de su prision.

—Ha de ser para asustarme con posturas, dijo pero para mí no vale un pito.

Y efectivamente Moreira creia que se prendia para darle un susto, pues jamás se sospechó que Rosas fuera capaz de mandarlo fusilar.

Muy fresco se presentó en el cuartel del Retiro, saludando en el cuerpo de guardia con cierto aire de proteccion é importancia.

Pero apenas hubo llegado al patio un peloton que se hallaba formado frente á la puerta de entrada, apuntó é hizo hizo fuego, sin que Moreira, tomado de sorpresa, pudiera hacer el menor movimiento.

El bandido rodó por el suelo, buscando su daga en la cintura, como si pretendiera defenderse.

Pero allí, en el suelo, fué ultimado de la misma manera bárbara que su victima Cienfuegos.

La federacion quedó aterrada con el fusilamiento del bandido Moreira, pues se vió que, ni aun siendo federal, se tenia segura la vida.

Cuando Rosas habia hecho fusilar al sereno Moreira, el salvador de su vida, qué no haria con aquellos que ninguna consideracion le merecian?

La turba de bandidos se moderó entonces un poco, teniendo buen cuidado de examinar á sus victimas que tenian algun punto de contacto con la federacion.

No querian esponerse por un degüello mas ó menos, á correr la suerte de Moreira, á quien todos suponian un gran amigo del gobernador, desde que le salvó la vida, y entregó á la justicia al asesino Cienfuegos.

Los crímenes cometidos por Rosas para aterrar á sus enemigos políticos y evitar así que turvieran el coraje de pensar en movimientos contra su gobierno, empezó á darle malos resultados.

Los hombres de corazon empezaron á sentir levantar su espíritu y comprendieron que era preciso hacer algun esfuerzo para derrocar aquella tirania sangrienta.

A ninguno se le escapaba que el menor descuido podia costarles la vida.

Pero con una fé resplandeciente en el corazon, empezaron á conspirar de una manera decidida, á mediados del año 1839.

La empresa era tremenda, pero no imposible para aquellos corazones esforzados que lo sacrificaron todo en honor de la patria.

Veamos cómo se perdió aquel movimiento grandioso.

## Los dos Maza

No es nuestra mente comenzar aquí la historia de la revolución del Sur, ya narrada por el distinguido literato señor Lamas. Carranza y otros.

La tomamos como punto de partida para la muerte de los dos Maza, y narraremos de ella solamente algunos episodios desconocidos hasta ahora, como algunos crímenes que aquellos historiadores no han mencionado.

La revolución del Sur está ya escrita, y ella no pertenece al dominio de nuestro libro, que aunque es la historia de Rosas, no abarca la historia de toda la aquella época, tan llena de sangre, de mártires y verdugos!

Sigamos entonces con lo que hemos llamado *dramas del terror*, tomando de la revolución del Sur, solamente aquellos que se desarrollaron en su vasto teatro.

El joven teniente coronel don Ramon Maza, hijo del célebre doctor don Manuel Vicente Maza, presidente de la Sala de Representantes, era en la ciudad el alma de aquella conspiración formidable.

Maza contaba con elementos de primer orden.

No solo estaba en combinación con algunos gefes del ejército, como el coronel Granada, sino que los principales caudillos de la campaña Norte se habían comprometido á secundar en toda ella el movimiento que estallara en la ciudad.

Entre las filas federales mismas, había enemigos irreconciliables de Rosas, que no titubearon un momento ante la invitación de Maza.

Entre los hacendados del Sur, la revolución á Rosas era un deber ineludible.

Allí, donde Rosas había levantado el inmenso prestigio y el ejército que lo trajo al poder, echaba sus cimientos la revolución que esperaba concluir con su poder íncuo.

Los gefes de aquella histórica cruzada, los iniciadores de aquel movimiento que se juzgaba imposible, porque el Sur era la cuna del poder de Rosas, fueron tan solo las siguientes personas, vivas aun muchas de ellas.

Don Marcelino Martínez Castro, el noble coronel don Matías Ramos Mejía, don Francisco y don Exequiel Ramos Mejía, el señor Madero y don Pedro Castelli, gefe de la revolución, don Apolinario Barragan, José Ferrari y Leonardo de la Gándara, que fueron visto por los primeros, como Rico y tanto otro patriota.

Estos ciudadanos, todos hacendados en el Sur y vecinos de los parajes donde mas prestigio había tenido don Juan Manuel, empezaron

á trabajar con todo el ardor del entusiasmo mas abnegado.

Don Marcelino Martínez había venido á la ciudad á conversar con Maza, á nombre de todos sus compañeros, no solo para combinar los dos movimientos, sino para hacerse una manifestación de los elementos con que cada cual contaba.

Don Marcelino Martínez vuelve al Sur entusiasmado, á poner en conocimiento de sus amigos, que todo el poder de Rosas no bastaría á sofocar la revolución que se preparaba, por los poderosos elementos de que disponía.

El gauchaje de las estancias, abandonado por Rosas á su suerte desde hacia mucho tiempo, se levantaba alegremente al llamado de sus patronos que nombramos mas arriba.

El paisano, consumido por el servicio de las armas y el azote del Juez de Paz, había abandonado á su primitivo caudillo, y ardiendo en entusiasmo se alistaba en las filas de la revolución que preparaba con todo recato, aunque sin el menor temor.

Los mismos pueblos por donde Rosas se había paseado como un ídolo, como Dolores, Azul, etc., eran hoy revolucionarios, desde el mismo Juez de Paz hasta el último paisano.

Los gauchos, siempre valientes y denodados, hablaban de la revolución como de cosa hecha, en las pulperías y en sus reuniones, siendo necesario que sus gefes les recomendaran la mayor prudencia y reserva, por el gran riesgo que podían correr ellos y la revolución, si la trama llegaba á descubrirse antes de estallar.

Ya contaban con elementos de un poder incontrarrestable.

No tenían que temer otro peligro que el que representaba una división de línea, que al mando del coronel Nicolás Granada se hallaba en Tapalqué.

Pero Ramon Maza había asegurado que el coronel Granada estaba con él, y aunque este defecionara, no sucedería lo mismo con sus gefes subalternos, en quienes tenía confianza y que debían plegarse á la revolución desde un principio.

Por consiguiente este peligro mismo había desaparecido, siendo reemplazado por una esperanza mas.

La revolución, siguiendo el camino que pisaba, hubiera ido coronada por el éxito mas brillante.

Pero no faltó el júdas que debía vender al no-

ble joven Ramon Maza, matando en él al gran nervio del movimiento é inutilizando todos los trabajos hechos en la ciudad.

Ramon Maza era el tipo opuesto á su primo el feroz Mariano Maza.

Corazon noble y abnegado, patriota por instinto, odiaba á muerte la tirania, que ensangrentaba el suelo de la patria.

Por eso lo vemos poniendo al servicio de la causa de la libertad, su inteligencia, su corazon y todos los poderosos medios de que disponia su persona simpática y querida.

La célebre conjuracion que le costó la vida, nació en su propio cerebro, descubriéndola á algunos amigos, cuando sus trabajos estaban en buen pié de organizacion.

Nos detenemos en estos detalles, porque ademas de su interés dramático, no se han dado todavía á la publicidad.

Solo los conocen los hombres que vivieron en aquella época, y que se mezclaron á los acontecimientos de la revolucion.

Su amigo de confianza y su secretario, era el joven Jacinto Peña, con quien consultaba todos sus pasos y medidas.

Ambos sabian concurrir á lo de don Avelino Balcarce, patriota á toda prueba, á quien referian lo avanzado de la grande obra y de quien recibian tambien uno que otro consejo saludable.

Este patriota tenia un verdadero cariño fraternal por Ramon Maza, cuyo valor y prudencia lo tenian admirado.

—No olvides, solia decirle, que en esta partida juegas tu cabeza y la de tus amigos.

Es necesario mucho ojo, porque todo exceso de prudencia seria poco.

Las precauciones de Maza eran tales, que de quien primero se habia guardado como su mayor peligro, era de su propio padre, el doctor don Manuel Vicente.

—Mi padre está entregado á Rosas en cuerpo y alma, decia.

Le pertenece como la sombra al cuerpo, al estremo de que, entre el tirano y yo, sabe Dios con cuál se quedaria.

Prefiero pegarme un tiro á hablar con mi padre una sola palabra de la conjuracion.

Creo que cometeria en ello un delito de traicion á la patria.

La conjuracion estaba, pues, preparada con suma astucia y meditacion.

Todos los jefes de la ciudad estaban comprometidos de una manera seria, de modo que Maza podia contar con ellos como consigo mismo.

Respecto á la campaña, tenia tanta seguridad como en la ciudad misma.

No contaba con el coronel del Valle ni con el coronel Granada, pero el primero estaba vencido por el prestigio de Maza, á quien seguiria toda la division, y el coronel Granada tendria que seguir el movimiento revolucionario, impulsado por sus jefes subalternos.

Granada era una insignificancia militar, sin valor y sin prestigio.

Era un elemento que, por su nulidad, convenia mas bien hacerlo á un lado en el momento de obrar.

Arregladas así las cosas y en combinacion con los patriotas del Sur, Maza escribió á Lavalle, con quien estaba en correspondencia, señalando al movimiento un dia fijo, dia en que el general debia encontrarse en Buenos Aires á toda costa.

Una sola dificultad faltaba á Maza que vencer, dificultad que, si bien no era un obstáculo á la revolucion, allanada, podria completar el movimiento, haciéndolo mas grandioso y brillante.

Se trataba de apoderarse del batallon de marina, que mandaba el bandido Mariano Maza, primo hermano de Ramon, y con quien no era posible contar, ni este se atreveria á abordar, temiendo una traicion.

Pero si Mariano Maza no era abordable, no sucedia lo mismo con su segundo gefe el sargento mayor Martinez Fontes, quien disponia verdaderamente de la oficialidad y de la tropa.

Martinez Fontes era tan querido como odiado Maza entre la tropa y oficialidad, de modo que, en caso de órdenes diversas, era seguro que el batallon obedeceria las de su segundo gefe.

El secreto estaba entonces en tocar al sargento mayor Martinez Fontes, por una persona de los conjurados que pudiera garantir su silencio en caso de no aceptar.

A este difícil trabajo dedicó entonces Ramon Maza toda su poderosa actividad.

El punto valia la pena de consultarse para no partir de ligero y cometer alguna imprudencia fatal que echara á perder la labor de tanto tiempo.

Despues de consultarse largamente entre Peña

y Maza, fueron á ver á su amigo Avelino Balcarce —Tenemos el hombre! exclamó este, despues de oir á los conjurados.

Para tocar al mayor Martinez Fontes, nadie puede ser mas á propósito que su propio padre.

—Pero es que el viejo no está con nosotros, replicó Maza, y para ver nuevos afiliados hay que andarse con pies de plomo.

—El viejo no está con ustedes, contestó Balcarce, porque no lo han visto.

En efecto, el viejo Martínez Fontes iba todas las noches al escritorio de Balcarce.

Allí se reunían varios patriotas á desahogarse contra la marcha infamante y criminal del gobierno.

Y era Martínez Fontes el que mas indignado se mostraba y el que mas predicaba la idea de un movimiento revolucionario que tumbase aquella tiranía.

¿Cómo no creer que se afiliara á los conjurados y se prestara á trabajar el espíritu de su hijo, para traerlo al camino de la gloria?

Martínez Fontes no había cometido jamás acto por el cual pudiera tachársele de verdadero federal.

Lo era, como todos, lo suficiente para salvar el pescuezo y nada mas.

No había entonces motivos para desconfiar de él, ni mucho menos para creerlo capaz de cometer una traición infame.

Estos fueron los antecedentes que dió Balcarce del viejo Martínez Fontes, antecedentes por los cuales los conjurados decidieron abortarlo.

—Me parece prudente, dijo entonces el precavido Maza, que lo tantee usted primero, para ver cómo se halla dispuesto á la revolución.

Dado el caso de que la acepte de una manera decidida, entonces podrá verse conmigo y arreglar el asunto.

Ante todo, ruego á usted la mayor reserva, no por mí, sino por los amigos que juegan la cabeza.

Yo solo debo aparecer por ahora, pues es lo que conviene.

Hecho este arreglo, Maza y Peña se retiraron, quedando en verse la noche siguiente.

Esa misma noche, como todas las anteriores, cayó Martínez Fontes al escritorio de Balcarce.

Provocado por este, empezó á echar pestes contra la tiranía, en términos que no dejaron duda de sus sentimientos patrióticos.

Balcarce lo abordó entonces, aunque con cierta reserva.

—Me han visto, le dijo, para entrar en un movimiento contra Rosas, movimiento de rápidos y seguros resultados.

A mí no me gusta mezclarme en estas cosas, pero antes de contestar definitivamente he querido hablar con usted, á ver qué le parece.

—De mil amores! exclamó Martínez dando á Balcarce un fuerte abrazo.

Conteste por usted y por mí, pues yo me ofrezco desde ya en lo poco que valgo y con toda la efusión de mi alma.

—Usted vale mas de lo que se figura, respon-

dió Balcarce, animado con aquella respuesta.

Olvida usted que su hijo dispone de un batallón?

—Que me he de olvidar!

Con hijo ó sin hijo, pertenezco desde ahora mismo á la revolución.

El trabajo no podía haber dado resultados mas brillantes.

Alegre Balcarce con la buena noticia que iba á dar á sus amigos, despidió á Martínez Fontes con estas palabras:

—Mañana á las siete han de volver á verme, para que les dé mi contestación categórica.

Véngase usted á esa misma hora y yo lo pondré en contacto con la persona que me ha visto, porque yo, francamente, no estoy bien decidido.

Tengo miedo!

—Déjese de esas cosas, amigo mío.

Si el movimiento es serio y seguro, metámonos hasta el cogote, que la patria necesita el esfuerzo de todos.

Martínez Fontes se retiró y Balcarce, despues que cerró su escritorio, se fué á casa de Maza.

Tenia prisa en llevarle la buena noticia, que tal vez importaba la conquista del batallón de marina.

Y con este cuerpo, todas las tropas que había en la ciudad, sin escepcion de un solo soldado, pertenecían á la conjuración.

Este era el bello ideal de Ramon Maza, pues la revolución no costaría una sola gota de sangre patriota, no habiendo quien hiciera fuego sobre ellos.

Ramon Maza vivía con su señora en la calle de Maipú, ocupando un solo departamento de la casa, que constaba de cuatro piezas.

En el otro departamento vivía el imbécil de Juan Rosas, casado también, con la hermana de la mujer de Maza.

La vecindad de aquel cretino mortificaba á Maza de una manera terrible, porque lo obligaba á obrar con extremo sigilo.

Pero no había querido cambiar de domicilio, para aparecer mas ligado aún á la familia de Rosas y á la causa de la federación.

Recibía sus visitas en la pieza que tenía puerta al zaguán, usando de las mayores precauciones.

Su asistente, viejo veterano que le tenía una idolatría ciega, era el encargado de cuidar disimuladamente que nadie fuera á escuchar lo que pasaba en la habitación.

Tenían una señal convenida para ser prevenidos, de manera que el espía no pudiera apercibirse que había sido sentido.

Era en aquella piezita donde Maza se reunía noche á noche con Peña, y donde recibía á los conjurados de quienes nada podía temerse respecto á sigilo.

Los demás elementos los manejaba él por me-

dio de cartas indescifrables para aquel que no estuviera en los secretos de aquel vasto y bien preparado movimiento.

Allí fué Balcarce, radiante de gozo, á dar cuenta de su mision.

—Contamos con el hombre en cuerpo y alma, dijo.

\* Y refirió en seguida el diálogo que habia tenido con Martínez Fontes.

—Su prudencia ha sido esquisita, dijo Maza estrechando fuertemente la mano de su amigo.

Con el batallón de marina nuestro, agregó, radiante de entusiasmo, la revolucion no costará una sola gota de sangre patriota.

Ya sabe usted que mi plan es atar á Rosas en su propio despacho, no haciéndole mal alguno.

Que juzguen y castiguen sus delitos los tribunales que deban hacerlo, porque nuestra mision es salvar á la patria sin matar, solo que no se la pueda salvar sino matando.

No sé por qué tengo fé en la realizacion de mi plan, tal cual lo he trazado.

Hay algo misterioso que así lo dice á mi corazon.

Sin el batallón de marina la revolucion será siempre un hecho triunfante, pero entonces será preciso someterlo por las armas y la muerte de muchos inocentes tendria que producirse de una manera fatal.

Después de conversar un largo rato y repasar todos los poderosos elementos con que se contaba, Balcarce se retiró, conviniendo en que á la noche siguiente volveria con el viejo Martínez Fontes.

Era este un original cuyo traje llamaba fuertemente la atencion, haciéndose conocer desde largas distancias.

Padre de un gefe de toda la confianza de Rosas é íntimo amigo de Mariano Maza, especie de verdugo de la tirania, el viejo Martínez Fontes pasaba por un federal cumplido y en toda regla, de los que mas tarde habian de llamarse *federales netos y adirinos*.

En aquellos tiempos en que todos los habitantes de la ciudad, sin distincion de posicion y fortuna, andaban de poncho, porque era el traje federal, Martínez Fontes se permitia usar una capa ridicula por su forma y su largo, que apenas llegaba á taparle la rabadilla.

Con aquella capita y su aire rechoncho y desconfiado, el buen vejete tenia todo el aspecto de un judío cordobés.

Este traje era completado con la chaqueta obligatoria y el chaleco punzó, el sombrero alto, que no todos usaban, y la correspondiente exajerada coleccion de divisas de todos tamaños y de todas formas.

Con semejante uniforme de federal intransigente, el viejo Fontes tenia todo el aspecto de aquellos rosistas furiosos de los que aun han quedado algunos ejemplares esquisitos.

A la noche siguiente de la entrevista que he-

mos narrado, se presentó á la hora exacta en casa de Balcarce, el viejo cuyo perfil original hemos trazado.

—No ha venido, dijo Balcarce en cuanto lo vió, pero me ha mandado decir que me espera.

Conforme á lo que usted me dijo anoche, he respondido que iria con un amigo mas, por lo que en vez de decir me espera, he debido decir: nos espera.

—Pues andando, amigo, concluyó Fontes, y dando un cuarto de revuelo á su ridicula capa, salió con Balcarce en direccion á lo de Maza.

Este los esperaba con su inseparable Peña, el que fingió que se despedia y salió, para dejarlos en mayor libertad.

Balcarce, después de estar un cuarto de hora hablando de la conveniencia de la revolucion, se retiró tambien, manifestando que lo hacia por tener que atender á su negocio.

—De todos modos, dijo al salir, ya sabe que quedo de acuerdo y acepto cuanto se haga.

Mañana me darán noticias.

Quedaron solos Ramon Maza y Martínez Fontes.

—Desde que usted está aquí traído por Balcarce, dijo el primero, sabe de lo que se trata y acepta en ello una parte.

—Ya lo creo! y de corazon, contestó el viejo.

Mi amigo Balcarce dirá á usted cómo pienso á este respecto.

—Superior.

—Se trata entonces de una revolucion, preparada ya con poderosos elementos, en la que usted puede ser un elemento de primera fuerza

—Poco valgo, pero ese poco estará al servicio de ustedes.

—No diga ustedes, pues por ahora soy yo el único gefe y cabeza, lo que no quiere decir que mañana no sean mas.

El noble Maza, receloso todavia, hacia recaer sobre si únicamente toda la culpa, en prevision de que pudiera ser traicionado.

—Usted, añadió, puede prestar á la gran causa bajo cuya bandera se alista, un servicio de primera importancia.

—Escuche á usted con verdadera ansiedad.

—La revolucion necesita la cooperacion del Batallon de Marina.

Creo que mi primo estará siempre á favor de Rosas, por lo que conceptúo que es inútil verlo.

Pero tengo la seguridad de que el Mayor Martínez Fontes dispone del cuerpo mas que mi primo mismo.

Es necesario tocarlo, y nadie mas que usted, porque podrá decidirlo á aceptar, y si no acepta, él nunca delataria un movimiento en que está complicado su padre, y nada se habria perdido así.

—Mañana mismo veré á mi hijo y desde ya puedo anticiparle que aceptará.

Me precío de conocer su corazon y los sentimientos de su espíritu.

Ahora, agregó, podré saber cuáles son los elementos con que contamos?

—Me es imposible decirlo á usted antes de saber si contamos, ó mejor dicho, si cuento con su hijo.

Decir mas de lo dicho ya, seria una imprudencia que me desconceptuaria ante sus propios ojos.

—Tiene usted razon, y ahora veo que se puede jugar francamente la cabeza, con un gefe de tal prudencia.

Mañana mismo hablo con mi hijo y á la noche traeré la contestacion aquí mismo—á qué hora?

—A las nueve lo esperaré.

Martínez Fontes se despidió, asegurando que era aquella la noche de mas íntima alegría que habia pasado hasta entonces y estrechando efusivamente la mano leal de Maza.

Este no habia quedado enteramente satisfecho.

Sin poder esplicar la causa, aquel hombre le inspiraba una desconfianza invencible.

Su catadura, á mitad cubierta por aquella capita, y su fisonomia poco abierta, le hacian temer vagamente una traicion.

Pero ya no era posible retroceder.

Así lo manifestó á Peña y Balcarce, quienes combatieron sus temores infundados.

—Es un patriota decidido, dijo el último, y mañana tendrás la prueba.

—Quiera Dios que me equivoque, aunque con él, solo yo seré el comprometido.

Sigamos nosotros á Martínez Fontes.

Cuando salió de lo de Maza, se detuvo un momento en la esquina para observar si era seguido.

Viendo que nadie mas salia de la casa, siguió adelante, dobló la calle de Belgrano y dando un rodeo se entró á casa del Coronel Corvalán, edecan de toda confianza de Rosas.

Corvalán estaba solo en aquel momento, así es que pudo recibirlo en el acto.

—A qué debo el placer de verlo aquí á hora tan avanzada? preguntó el militar fijando en el vejete su penetrante mirada.

—Vengo nada menos que á salvar la vida del ilustre Restaurador y la de usted mismo, respondió el vejete con aire agitado.

Hay una gran conspiracion encabezada por Ramon Maza, que debe estallar de un momento á otro.

Cuantan con poderosos elementos para dar el golpe y yo vengo á cumplir con el deber de dar el hilo de esta inicua trama.

—Demonios, exclamó Corvalán — está usted seguro, hombre, de lo que dice?

—Vaya si lo estoy! como que acabo de ser visto para formar parte en ella!

Corvalán, agitado, pidió á Fontes que le refiriera detalladamente lo que sabia.

Este entonces, dándose una importancia des-

comunal, refirió hasta en su menor incidente la conversacion que acababa de tener con el patriota Ramon Maza, á quien empezó por llamar el miserable salvaje unitario.

Para dar mayor importancia á la delacion, Fontes agregaba que la revolucion debia estallar de un momento á otro, pues lo único que se esperaba era la respuesta que él debia llevarles de su hijo.

—Es preciso avisar inmediatamente al Gobierno, exclamó Corvalán sumamente agitado.

Espéreme usted aquí, que tal vez quiera hablar con usted el señor Gobernador.

Corvalán tomó su kepi y salió á paso de trote en direccion á la casa de Rosas.

Ahora bien, qué se habia propuesto aquel hombre al hacer aquella delacion cobarde é inesplicable?

El no era federal ni siquiera amigo particular de Rosas.

Lo hacia por obtener alguna recompensa ó era simplemente el deseo de hacer mal?

Esto es por ahora un misterio.

Se conoce la traicion cobarde de aquel hombre, pero no los móviles que lo impulsaron á cometerla.

Corvalán llegó hasta donde estaba Rosas, rodeado de aduiones serviles, y le dijo al oido dos palabras.

En seguida el gobernador y un edecan salieron del salon encerrándose en el despacho.

Allí Corvalán, agitado, refirió cuanto acababa de decirle Martínez Fontes.

—Si V. E. quiere verlo á él mismo é interrogarle, lo iré á buscar pues me espera en casa.

El tirano se puso lívido y permaneció largo rato como embargado por su meditacion.

Rosas, aunque sumamente violento, era un hombre muy sagaz y muy hábil para la ejecucion de sus planes.

—Nada hago, exclamó de pronto, con la cabeza del traidor Ramon Maza y la de su padre, que será su cómplice.

Quiero las cabezas de todos y las tendré.

Y al decir esto dió un puñetazo sobre el escritorio y soltó una criollada que hizo estremecer á su edecan.

—Nada hacemos con un hilo, prosiguió, yo quiero el ovillo, todo entero, sin faltarme una sola hebra!

—Qué debo decir al señor Martínez Fontes? preguntó el edecan timidamente, al ver el creciente furor que iba dominando á Rosas.

Este hizo girar ferozmente en la órbita su azulada pupila y repuso:

—Dirá usted á ese traidor que conteste que sí—que su hijo se compromete y que pide dinero.

Dígale que es preciso que me averigüe los nombres de todos, porque yo no quiero delaciones á

medias y que se maneje de modo á desempeñar bien su papel, teniéndolo al corriente de lo que vaya averiguando.

En el desprecio con que lo trató el dictador, tuvo Fontes su primera recompensa.

Su accion habia dado asco al mismo á quien beneficiaba.

Corvalán volvió con aquella respuesta que dejó helado al traidor, mientras Rosas quedaba meditando un plan para apoderarse de todos los conjurados.

Astuta hasta la exageracion, no tomó ninguna medida ni precaucion, que pudiera alarmar á los revolucionarios, haciéndoles ver que poseia su secreto.

—No me créese porque tiene sin duda mucha fé en Maza, dijo al oír la respuesta que le daba Corvalán.

Tendrá que creerlo á su pesar, concluyó, porque yo le daré las pruebas indudables.

Y se retiró quedando en volver á la siguiente noche, despues de haber hablado con Maza y sacándole cuanto pudiese.

—Que lo moverá á este hombre á cometer esta traicion tan infame? pensó Corvalán al ver salir al viejo embozado á medias en su célebre capa.

Veremos en qué pára todo esto!

Pobre Maza! verdad ó mentira, esta delacion le vá á costar la cabeza!

Martinez Fontes se retiró á su casa, de donde no salió hasta la noche siguiente, á la hora indicada por Maza.

En lo que menos habia pensado, por supuesto, habia sido en ver á su hijo.

Ramon Maza lo esperaba solo, como la noche anterior.

El viejo traidor le estrechó la mano con la mayor efusion que le fué posible.

—Tengo las mejores noticias que darle, dijo apenas hubo concluido de saludarlo.

Por eso vengo medio trastornado de alegria.

Maza lo hizo sentar, y con toda cortesia y miramiento le rogó le refiriera aquellas buenas noticias.

—Mi hijo, dijo Fontes, acepta la idea con entusiasmo estremo.

Me ha encargado diga á usted que puede contar hasta con su última gota de sangre.

Fuera de la persona del gefe, responde del batallon hasta el último soldado.

Mas, hay un pero, que, me dijo, usted como hombre práctico comprenderá bien.

Dice que necesita dinero para concluir de decidir á los que anden remolones, dinero que él supliria si lo tuviera en el momento.

—Diga usted al mayor Martinez Fontes, contestó el noble jóven, que á la revolucion le sobra dinero, como le sobran hombres.

Que mande decir tan pronto como le sea posible la suma que necesita, para remitírsela.

—Entonces no hay ningun obstáculo que se oponga á su deseo.

Puedo asegurar desde ya, que el batallon de marina pertenece á la revolucion.

Maza, que no habia perdido su desconfianza, no dejó de estrañar que el hijo se hubiese entregado tan pronto, sin preguntar nada.

Y llamó tambien su atencion aquel pedido, porque conocia la delicadeza del jóven mayor, que, disponiendo del batallon á su antojo, no necesitaba para decidirlo de un solo peso.

Y mayor fué aun su desconfianza cuando Martinez Fontes, despues de pintar exageradamente el entusiasmo de su hijo, hizo esta pregunta:

—¿Y cuáles son los gefes que dirigirán el movimiento en la campaña?

No me supongo que la cosa sea aquí solamente en la ciudad.

—Yo, y siempre yo, replicó el noble jóven.

Si yo tengo el derecho de jugar con mi cabeza, no tengo el mismo derecho con la de mis amigos.

Si por casualidad la traicion llegara á vendernos, añadió fijando en el viejo su mirada hidalga y serena, será mi cabeza la única que rueda.

A los demás, si los hay, no podrá tocárseles un cabello.

Esto lo juro yo por el nombre que llevo.

No tengo miedo por ahora de que nadie me traicione—pero si sucede, caiga la traicion sobre mi sola cabeza!

Martinez Fontes quedó medio descompuesto ante esta respuesta, pero no abandonó el puesto.

Era preciso llevar á Rosas nuevos datos y nuevos nombres, pensaba el pérfido, y no encuentro cómo salir del paso ni del atolladero en que me hallo, porque aquei bárbaro por lo menos es capaz de mandarme azotar y destinarme á un cuerpo de línea.

—No creo que haya en nuestras filas quien nos traicione, contestó, y supongo que caro le habia de costar al que lo hiciera.

—Caro ó barato, no se remediaria el mal.

Prefiero entonces quedarme en mi habitual reserva y no esponer á ningun mal una causa que no es mia sinó de la patria.

—Por lo menos, insistió Fontes, mi hijo quiere conocer qué gefes mas toman parte con sus cuerpos en la revolucion.

Esto es natural.

El no lo exige, pero creo que seria bueno ponerse de acuerdo con todos ellos.

—Los gefes que toman parte, respondió Maza observando la atencion con que lo escuchaba su interlocutor, hasta en el menor movimiento, son, yo y nadie mas que yo.

Ya he dicho á usted que no quiero esponer mas cabeza que la mia.

Ahora, el dia que vaya á estallar la revolucion, cada afiliado conocerá todos los demás compañeros.

Con aquella pregunta, Maza se afirmó mas en la desconfianza que tenia sin saber por qué.

—Es original, pensaba, pero ya tengo algo ahí, en el corazón, que me hace desconfiar de este hombre, hasta creerlo un traidor.

Y siesto, por desgracia, resulta cierto, la revolución queda perdida por el momento.

Fontes tuvo que retirarse aquella noche, sin haber obtenido nada de lo que se proponía.

—Se desconfía de mí, pensó.

Es preciso entonces cambiar de táctica, porque ahora no tengo mas remedio que cumplir con aquellos.

Es preciso entonces borrar la desconfianza que he inspirado.

Martínez Fontes salió de lo de Maza y, como la noche anterior, se detuvo en la esquina para observar si era seguido, pero como la noche anterior, nadie salió en su observación.

El pérfido viejo dobló la calle de Rivadavia para dar un rodeo, y tomando la calle de Chacabuco, se metió á casa del coronel Corvalán.

Pero fué menos afortunado que la noche anterior.

El edecán estaba de servicio en casa del gobernador, segun se lo manifestó el asistente, añadiendo que iría á buscarlo.

El coronel Corvalán tenia un hijo estudiante,

doctor hoy, que, como toda la juventud de aquel tiempo, era implacable enemigo de la tiranía.

Aunque en silencio, conspiraba como conspiraban todos los jóvenes.

Corvalán estaba ligado con Ramon Maza, á cuya conjuración pertenecía.

Cuando Martínez Fontes entró á la casa, el joven Corvalán estaba estudiando en su pieza, que tenia dos ventanas cuadrando al patio, una de las cuales venia á quedar frente con el zaguán.

Al ver un tipo que entraba al zaguán precipitadamente y hablaba al asistente de su padre con cierta agitación, quiso por lo menos filiar el tipo, por si acaso era necesario estar sobre aviso.

Con este fin apagó su vela, y se puso á observar aquel tipo, cuya capa y catadura llamaron su atención desde el primer momento.

Un momento despues vino el asistente á avisarle que la casa quedaba sola pues él iba á llamar al coronel.

Este llamado tan urgente y fuera de horas, puso mas en cuidado al joven, que quedó en su punto de acecho, puesto que el tipo no se movió del patio, evitando siempre ser visto de la calle.

Poco despues llegaba el coronel Corvalán mostrando en su agitación que habia andado de prisa.

En cuanto entró Corvalán, se metió con el viejo á su escritorio, cerrando la puerta con pasador, cosa que nunca habia sucedido con nadie.

—Aquí hay perro, pensó el joven: observemos.

Este viejo tan mal entrazado se me ha clavado en el corazón.

El joven Corvalán tenia mucho respeto por su padre y pudiendo hacerlo con facilidad, no quiso espiar lo que hablaban.

No tenia mas que una sospecha infundada y esto no era suficiente para autorizarlo á violar los secretos de una conversacion tenida con su señor padre.

Decidió, pues, esperar y estar á la pesca de lo que la casualidad pudiera hacerle conocer.

El viejo traidor tenia tanto, muy mohino y compuesto; decia al edecán de Rosas:

—Me parece que me han sentido.

Ese diablo de Maza es mas desconfiado que un zorro y no ha querido comunicarme nada de nuevo.

—Usted no habrá andado con prudencia.

—Con toda la que me ha sido posible, pero antes de decirme quiénes son los demás, quiere ver comprometido á mi hijo.

—Es preciso entonces comprometerlo.

Dígame que él no vá por no hacerse notable pero que acepta el movimiento.

En fin, mi amigo, usted es demasiado vivo para saber cómo debe manejarse.

No olvide que usted está ya comprometido y que es preciso que averigüe algo mas, por lo menos el nombre de los cabecillas.

Martínez Fontes empezaba á arrepentirse de su acción, no por lo miserable de ella ni por las consecuencias que podia tener, sino porque tropezaba con dificultades que no sospechó al delatar la conspiración.

—Mañana volveré á tantear al hombre, dijo, y volveré á informarlo del resultado.

El coronel Corvalán abrió la puerta y acompañó al traidor hasta el zaguán, sin sospecharse que su hijo estaba en el patio.

Eran ya las dos de la mañana.

—Conque, dijo Corvalán despidiéndolo, haga lo posible por descubrir aunque solo sea los principales.

—No omitiré esfuerzo—hasta mañana.

—Hasta mañana.

El joven Corvalán, que escuchó este último diálogo, no tuvo duda ya de que se trataba de una delación.

—Tal vez sea contra Maza, pensó, y es preciso no perder tiempo en referirle lo que ha pasado.

Fué á su cuarto, tomó el sombrero, y salió de la casa con gran sigilo.

El asistente, que dormía en el zaguan, lo vió pasar, y sonrió bondadosamente ante estas palabras del jóven:

—Que nadie sepa que he salido, Gregorio, que ando en unos amores de patente.

Después te contaré lo que hay porque estoy apurado.

Causa de ese maldito viejo, que ha entretenido á mi padre, me estoy haciendo esperar hace ya una hora.

—Vaya no mas tranquilo, mi general—dijo el leal soldado, y dió media vuelta sobre su colchon.

¿Cuál es el asistente que no mira como cosa suya á los hijos de su gefe?

El jóven Corvalan en dos minutos estuvo á la puerta de Maza, que encontró cerrada.

Peró llamó sigilosamente á la ventana de aquella salita donde hemos visto entrar dos veces á Fontes, y no tardaron en responderle.

Ramon Maza trabajaba aún con su amigo Peña.

Cuando Corvalán se hizo conocer, el mismo Maza salió á abrirle, haciéndolo entrar rápidamente.

—Qué milagro á estas horas! preguntó—qué te sucede?

—A mi nada, pero creo que á usted sí.

Vengo á imponerle de una cosa que he visto esta noche, y que me parece le toca muy de cerca.

—Vamos á ver qué es ello.

—Esta noche ha estado en casa un hombre que ha permanecido mas de dos horas encerrado con mi padre.

Yo no sé por qué, pero se me ha puesto que la visita de aquel hombre se relaciona con usted.

Al despedirse han dicho esto, y el jóven refirió el corto diálogo que habia oído y yo me he decidido á venir, porque entonces mi sospecha se ha convertido en certeza.

—Y quién es el tipo? preguntó Maza algo alarmado.

—No lo sé, pues es la primer vez que lo veo.

—Qué señas tenia ese hombre, puedè ser que por ellas lo saquemos.

El jóven Corvalan hizo una exacta descripción del hombre que ya conocemos.

Por estas señas y por la capa, sobre todo, no podia ser otro que Martinez Fontes.

—¿Y á qué hora fué á tu casa?

—Serian las once, ó tal vez las once y media.

Mi padre no habia venido, pero lo fueron á buscar.

—Martinez Fontes! exclamó Maza golpeándose la frente con desesperacion.

Esa esmas ó menos la hora á que salió de aquí.

Bien dije yo que ese hombre nos iba á vender, pues su cara acusaba al traidor, desde el primer momento.

Felizmente nada se le ha dicho y solo sabe que yo encabezé la conspiracion.

Acabas de prestarme un servicio que me importa mas que lá vida, dijo Maza al jóven Corvalan estrechándole la mano.

Gracias con toda mi alma.

Ahora, si es posible avisarme cada vez que vuelva allí, lo agradeceré doblemente.

El noble jóven se retiró con las mismas precauciones que habia tomado.

—Miserable traidor! exclamó Maza cuando el jóven hubo salido.

Es preciso apresurar el golpe, para darlo antes que se nos echen encima.

Felizmente solo yo soy el comprometido, y está todo tan bien arreglado, que cualquiera puede ponerse á la cabeza del movimiento, en caso que me inutilicen.

Razon tenia yo para desconfiar de aquel viejo. No sé por qué su mirada vacilante y movible siempre, me habia hecho precaver desde un principio contra aquel hombre.

Ah, miserable! ni con la cabeza paga el crimen que comete.

Maza comprendió que era preciso parar el golpe.

Y para pararlo no encontró otro remedio que precipitar el movimiento.

Aquella misma noche escribió una carta al general Lavalle, que le fué remitida al siguiente dia.

En ella Maza le prevenia que estaban descubiertos, y que en consecuencia no habia tiempo que perder:

Para hacer la revolucion y triunfar, sobran aquí elementos.

Garanto que no se necesita un solo hombre mas.

Es preciso que usted venga inmediatamente aunque solo sea acompañado de dos ó tres oficiales.

Venga cuanto antes, para ponerse al frente de la gran revolucion.

En cuanto usted llegue, yo doy el grito y me apodero de la ciudad; no tenga duda, general.

Venga, pues, ganando horas, porque descubierta, si la revolucion no se anticipa, habré caído en poder del que hoy tanto me aborrece.

En cuanto el general Lavalle recibió la carta de Maza y se hubo impuesto de su contenido, la pasó al patriota don Valentín Alsina, que la leyó llorando de entusiasmo.

—Siempre sostuve yo que ese jóven seria una gran cosa, dijo.

Ya lo verán mas adelante.

Aquella carta debia ser fatal para Maza—de

peores consecuencias, aún, que la misma delación de Martínez Fontes.

La esposa de don Valentín Alsina era una señora tan patriota como su marido, aunque más entusiasta, si es posible.

En cuanto don Valentín le impuso de la carta refiriéndole su contenido, la señora doña María Antonia tomó su tapado y se fué á casa de sus amigas unitarias.

En el acto les dijo que pronto caería Rosas, debido á la conjuración de Ramon Maza.

Y en seguida dió el detalle de lo que decía la carta, añadiendo que, en cuanto Lavalle pisara á Buenos Aires, la revolución sería un hecho consumado y un triunfo seguro, dados los elementos con que contaba Maza.

Siendo Montevideo el foco de las tramas contra su gobierno, pues hasta un Comité unitario había, Rosas tenía allí dos ó tres espías de su mayor confianza, que lo imponían de cuanto sucedía.

Gente bien colocada, se metía en todas partes imponiéndose de cuanta conversación podía relacionarse con la tiranía.

De unitaria en unitaria, el contenido de la carta de Ramon Maza corrió con la celeridad del rayo.

Ya en Montevideo no era un misterio la caída de Rosas, debido á la conjuración Maza.

El general Lavalle preparó su expedición anunciando al patriota su próximo desembarque.

Los agentes de la tiranía conocieron el texto de la carta, se metieron entre las filas unitarias que, radiantes de entusiasmo, se preparaban al combate, y obtuvieron cuanto dato les era necesario.

Al día siguiente Rosas recibía una copia de la carta de Maza y todos los detalles de la conjuración.

Ya no era posible esperar más.

Era preciso prender á Maza sobre tablas, puesto que el movimiento podía estallar de un momento á otro.

Se preparó entonces la trampa donde se le debía hacer caer.

Maza era un hombre precavido y sagaz—no era posible entonces que tuviese en su casa ó consigo papeles que lo comprometieran.

Era necesario ponérselos, y Juancito Rosas, el imbécil, fué el encargado de esta maldad.

El Grito Argentino era el diario que los unitarios publicaban en Montevideo, diario que se enviaba á Buenos Aires con gran profusión.

Un atado de estos diarios fué colocado á la puerta de la salita de Maza, durante la noche, por el mismo Juancito.

A la madrugada, cuando su asistente fué á llevarle el mate, vió al paquete y lo llevó á su jefe.

—Este paquetito, señor, estaba á la puerta del cuarto,

—Gritos! exclamó el astuto Maza—ya sé lo que es.

Y empezó á levantarse á prisa, pues era precisamente el día que había fijado para ponerse en campaña.

Mandó con el asistente un caballo á casa de Peña, y le ordenó que llevase el otro á Flores y lo esperara allí donde pensaba llegar á medio día.

El asistente salió á cumplir la orden, y Maza, vestido ya, salió con el atado de Gritos bajo el brazo.

Cuando estuvo en la calle notó que dos vigilantes y un sereno se ponían en su seguimiento.

—Es necesario despistar á estos, pensó, y la mejor manera de hacerlo es meterse al foco enemigo.

Tomó la calle de Chacabuco, que dobló á la altura de Potosí, y se metió á casa de doña María Josefa, la terrible doña María Josefa, de sangrienta memoria.

Allí estuvo un largo rato hablando de las infamias que cometían los salvajes unitarios contra el paternal gobierno de Rosas.

—¿No tiene nada que encargarme? preguntó.

Yo me voy esta tarde á Flores, para regresar mañana temprano.

Doña María Josefa hizo algunos encargos y Maza se despidió.

Cuando salió á la calle, observó con sumo cuidado en todas direcciones.

Los vigilantes que lo seguían no estaban ya allí.

O los había despistado ó habían ido á dar cuenta.

Tomó apresuradamente el camino de la casa de Peña, siempre con el atado de Gritos bajo el brazo.

—Todavía aquí? preguntó Peña—ah! Ramon! tú estás jugando con tu cabeza.

El joven refirió entonces al encuentro de los diarios y la vigilancia de que había sido objeto, por cuya causa tuvo que entrarse á lo de doña María Josefa.

—Pronto á caballo, le dijo Peña, no te quedes un minuto mas aquí, porque un segundo mas, tal vez, puede costarte la vida.

—Me voy ahora mismo, repuso, pero antes tengo que ir á la Policía á llevar estos Gritos.

—No seas loco, te van á poner preso.

—Que esperanza! no sabes lo bruta que es esta gente!

Con la entrega de los diarios, borro cualquier desconfianza que puedan tener y me voy en el acto.

Peña hizo todo lo posible por disuadir á Maza, pero todo fué inútil.

El joven creía que con aquel paso iba á desconcertar todas las sospechas que contra él se abrigan, las que no debían ser muy vehementes cuando no habían tratado de prenderle ya.

Maza se dirigió á la Policia y fué introducido á los altos, donde es hoy la Municipalidad, y donde se hallaba el Gefe de Policia, quien tenia instrucciones al respecto, pues ellos esperaban que Maza se presentaria á entregar los *Gritos*, como todo buen federal.

—Adelante, Ramoncito, le dijo el Gefe así que lo vió—qué novedad te trae por aquí?

Maza se sentó y espuso el objeto de su visita, entregando el paquete de diarios.

El Gefe de Policia habia hecho ya una señal convenida, cuando entró Maza, y dos empleados habian venido poco despues.

—Siento mucho decírtelo, Ramoncito, exclamó el Gefe, pero tengo que cumplir una orden contra tí.

—Y esa orden, preguntó Maza, arrepentido ya de su visita, la puedo conocer?

—En el acto, puesto que hay que cumplirla.

A ver, añadió, que entre ese.

En el acto se presentó un herrero, que sin duda esperaba en la pieza al lado, armado de una enorme barra de grillos y acompañado de cuatro vijilantes.

No habia resistencia posible, y así lo comprendió Maza, conformándose con su fatal destino.

Media hora despues se hallaba en un calabozo de la cárcel.

—Y no se ha tocado la campaña Sur? preguntó Rosas con visible temor cuando se le llevó esa noticia.

—No debe haberse tocado porque lo sabria yo, respondió Corvalán refiriéndose á los informes de Fontes.

—Ah, mis leales del Sur me habrian avisado! exclamó.

Allí es donde está el verdadero partido, los hombres que me quieren y que me son adictos hasta el mayor sacrificio.

Si hubieran hecho trabajos por allí, no seria usted indudablemente quien me diera el primer aviso!

Y el doctor Maza, qué parte tiene en el movimiento?

¿Cuáles es la razon que alega para querer hacerme caer del poder y entregarme inermes á la saña feroz de los salvajes imitarios?

—El doctor Maza, replicó Corvalán, refiriéndose siempre á la delacion de Martinez Fontes, ignora todo lo que ha hecho y lo que proyecta Ramon.

Este ha tenido miedo de la lealtad de su padre y se lo ha ocultado todo.

—Imposible es que el hijo esté mezclado en un crimen semejante sin que lo sepa el padre.

Ah! viboras! no llegareis á morderme el corazon.

—Puedo asegurar á V. E. que el doctor Maza está completamente ageno á esta traicion.

Ramon ha sabido ocultárselo todo.

Yo he venido aquí á poner en conocimiento

del gobierno, me dijo Martinez Fontes, el crimen que se trata de ejecutar, sin la idea de salvar uno solo de los cómplices.

Ellos son reos de un crimen horroroso; pues que reciban el castigo que han merecido!

—Está bien, dijo Rosas.

Tenga usted entendido que seré inexorable si me engañan.

Fuó recien entonces que Rosas se enfureció de una manera terrible.

Dió de patadas á sus escribientes de secretaria, que tenia ocupados en ese momento, y desmayó de un puñetazo al padre Viguá, que al verlo furioso habia venido á hacerle una bufonada.

El tirano recorria á grandes pasos la habitacion, despidiendo fuego por aquellos ojos celestes, que en ese momento daban á su hermosa fisonomía una espresion de fiera hambrienta.

—Los Maza! exclamaba arrojando su gorra de pastel.

Los Maza! que me lo deben todo y en cuya lealtad cometa la estupidez de creer!

Ah! pero el castigo va á ser tal, que no creo que nadie se atreva á conspirar en adelante.

Entre tanto, la prision de Ramon Maza habia levantado una verdadera tormenta.

Los federales no sabian qué pensar y comentaban el suceso sin podérselo explicar, mientras los cómplices del movimiento buscaban su salvacion saliendo á la campaña para buscar la incorporacion de los conjurados allí, los unos, y embarcándose los que podian hacerlo.

Era seguro para ellos que, desde que Maza estaba preso, era porque todo estaba descubierto, siendo lógico suponer que ellos no tardarian en serlo, pues Rosas debia estar al corriente de todo el plan.

Era preciso entonces ganar tiempo para salvar la cabeza.

Si el tirano no se hubiera dejado engeguacer por la ira, probablemente ninguno de ellos escapa.

Pero mientras él meditaba su venganza, les dió mas tiempo del necesario para ponerse en salvo.

Pasados los primeros momentos de ira, Rosas envió á buscar al padre de Maza, para ponerlo al corriente de lo que sucedia y tratar de sorprender en su casa el secreto de si era ó no ajeno á la conspiracion.

El doctor Maza acudió instantáneamente, como acostumbraba, sin tener la idea mas remota de lo que sucedia.

Cuando Rosas se lo hubo revelado todo, Maza se puso de pié y protestó con toda energia.

—Conozco á mi hijo, señor, y sé que no es capaz de semejante crimen.

Esta es una calumnia como otras muchas por el estilo, y me duelo que se tome á Ramon como victima para inventar una tentativa de asesinato.

—Desgraciadamente todo es cierto, replicó Rosas de una manera terrible.

Tengo en mi mano pruebas irrecusables, ante las que he tenido que convencerme á mi pesar, porque yo ni podia ni queria creer lo que me decian.

—Si mi hijo es culpable, yo no intercederé por él, pero espero no se procederá sino con mucha calma y sin atropello.

Aunque á mi me lo juren por lo mas sagrado, declaro que no creo en la culpabilidad de mi hijo.

—Tambien si ella no fuera cierta, hubiera hecho con los delatores un escarmiento terrible.

Pero desgraciadamente es cierta y voy á tener que proceder con igual energia, si no quiero que mañana se limpien en mi las manos los salvajes unitarios.

Maza se retiró completamente desconcertado, y temiendo una terrible desgracia.

Conocia á fondo á Rosas y sabia que nunca volvía atrás en sus resoluciones.

—Si tiene la idea de matarlo, lo matará no mas, sea ó no sea culpable.

Y los Reynafé, de quienes él mismo habia sido Juez, acudieron á su memoria haciéndolo estremecer de piés á cabeza.

Tal vez aquello no era mas que un castigo del cielo.

Si Rosas habia sacrificado ya á otros para fraguar un asesinato y encontrar pretexto para matar enemigos políticos, quién le impediría ahora hacer lo mismo?

En una situacion de espíritu terrible, el doctor Maza se dirigió á la Cámara de que era Presidente y desde allí le escribió una carta, pidiéndole hablar con Ramon.

Pero aquello era enteramente imposible.

Para evitar peticiones y empeños enojosos y para aterrar bien pronto y eficazmente á los que estuvieran metidos en la revolucion, Rosas habia mandado orden á la Policia para que, sin pérdida de tiempo, fuera pasado por las armas el pérfido traidor y asesino Ramon Maza.

La noticia oficial del descubrimiento de la conjuracion y el fusilamiento del cabecilla Maza, cayó como una bomba en la poblacion.

Por el número de personas que habian fugado, se veía que aquello no era una farsa como las anteriores.

Los federales se asustaron, temiendo que Rosas, por pura desconfianza, hiciera alguna atrocidad con los que creyera complicados.

Los unitarios sintieron el golpe en el corazon.

La revolucion mas completa y de mas positivos resultados, venia á fracasar por completo con la muerte de su joven jefe.

Los jefes comprometidos se echarian atrás, aterrorizados, y la revolucion quedaria concretada á la campaña y obligada á batirse con las fuerzas de Rosas.

Con la ayuda del general Lavalle, que se mo-

via ya del Estado Oriental, podia esperarse mucho.

Pero estaba de Dios que la suerte de las armas protejera al tirano, por la clase de caudillos que mandaban sus divisiones y por alguno que otro error cometido por el noble Juan Lavalle.

Los amigos de la ciudad habian enviado chasques para prevenir á don Marcelino Martinez y á don Matias Ramos Mejia de la gran desgracia sucedida.

—Es necesario abandonar la empresa por ahora, les decian, hasta que se combine algo seguro.

Rosas debe tener todos los datos del movimiento y ustedes van á ser perseguidos y degollados donde los tomen.

Y como único medio de salvacion, les aconsejaban embarcarse inmediatamente por el Tuyú ó sus inmediateciones y emigrar hasta mejores tiempos.

Aquellos hombres, lejos de intimidarse con las noticias que les daban, sintieron, por el contrario, mas brío y decision que nunca.

El Sur entero nos pertenece, dijeron, y la ciudad se levantará con nosotros en cuanto se aproxime el General Lavalle.

Así, el fusilamiento de Maza, lejos de aplazar la revolucion del Sur, precipitó su poderoso estallido.

Aquellos patriotas se lanzaron á la labor con mas pasion que nunca.

El Coronel don Martin Ramos Mejia y don Marcelino Martinez, nervios vitales de todos los trabajos, se multiplicaron.

Ellos vieron á don Pedro Castelli, ellos trabajaron á Rico y ellos en fin pudieron ver realizada la grande obra, bajo el comando de Pedro Castelli.

Rosas recibía continuos avisos de lo que pasaba en el Sur, pero é no queria ó no se atrevia á creerlo.

Conocia que los Ramos Mejia, viejos patriotas, harian lo posible por levantar un ejército.

Conocia la actividad eléctrica de don Marcellino Martinez.

No dudaba que Castelli y Rico podian hacerle un mal enorme.

Pero se resistía á creer que el paisanaje del Sur viniera en su contra.

Allí se habia criado, como saben nuestros lectores, allí habia hecho todas sus proezas, y allí habia dejado un recuerdo de cariño que el gaucho no podia olvidar.

Es que el tirano olvidaba que, despues de subir al gobierno por segunda vez, solo se habia acordado de esquilmar al gaucho en el servicio de las fronteras y en el numeroso ejército que tenia sobre las armas.

Olivadaba que el paisano habia sido abandonado á la arbitrariedad del Juez de Paz y al sable del comandante militar y que no podia abrigar para su gobierno sino un odio profundo.

Todavía hablaba de sus leales del Sur, creyendo que eran los tiempos del año 20 y 28, en que sus colorados eran el orgullo de aquellos paisanos nobles y sencillos.

Pero los tiempos habían cambiado completamente.

El corazón noble de aquellos paisanos que habían dado en otro tiempo toda su sangre por Rosas, se había estremecido ante la palabra viril y patriótica de Castelli y sus compañeros.

Había comprendido lo tremendo de aquella tiranía monstruosa, y al grito de ¡viva la patria! se habían agrupado al rededor de sus patrones, jurando morir por la causa de la libertad.

En la cocina de todas aquellas grandes estancias se reunían las peonadas á la noche, y el patron les leía los diarios que se habían recibido de Montevideo, donde se narraban todas las iniquidades cometidas en Buenos Aires por la mazorca.

Y los paisanos se conmovían hasta las lágrimas, y juraban no desmayar en la penosa empresa.

Toda la campaña Sur fué levantada así en masa por aquella santa y bien dirigida propaganda.

Esto era lo que Rosas no podía creer, por mas que se trataran de demostrárselo de una manera indudable.

En el pueblo de Dolores, sobre todo, era donde mas entusiasmo había levantado la cruzada libertadora.

Allí la propaganda se hacía en alta voz y el paisanaje se reunía en las pulperías, donde sin temor alguno hablaban de la revolución y de los crímenes cometidos por la mazorca.

El Juez de Paz del partido veía todo esto y callaba, con gran escándalo de los pocos rosistas que aún quedaban y que lo eran porque, caído Rosas, concluirían los robos de hacienda y otros negocios que estaban haciendo descaradamente.

Fueron estos los que mandaron prevenir al gobierno, de lo que sucedía en Dolores, y advirtiéndolo que era preciso acudir prontamente en sostén de la federación, porque la revolución del Sur era un hecho incuestionable, siendo el pueblo de Dolores su cuartel general, puesto que hasta el Juez de Paz estaba mezclado en ella y traicionaba al gobierno.

Fuó en vista de estas denuncias que Rosas se decidió á proceder de una manera enérgica, aunque sin salirse de su sistema del terror, que creía era el que mejores resultados daba.

El Juez de Paz de Dolores, don Manuel Sanchez, recibió cuando menos lo esperaba una nota que lo hizo temblar de piés á cabeza.

El coronel Corvalán, invocando el nombre del Restaurador, y hablando por *comision*, le prevenía que el gobierno tenía conocimiento de que en Dolores se conspiraba contra el ilustre

Restaurador, hasta el estremo de arrojar contra su persona pasquines injuriosos.

“El gobernador ordena á usted que proceda en el acto á remitir á esta cárcel, los cuatro vecinos mas conocidos como salvajes unitarios bajo segura custodia.

“Dado el caso de que se resistan ó dén trabajo, los hará usted fusilar dando cuenta inmediatamente.”

Asustado el Juez de Paz, mandó llamar á los cabecillas de todo aquello, para consultar lo que debía hacer.

Estos conferenciaron largamente mandando llamar á Rico y á Castelli, porque la situación era apurada.

Como lo principal era ganar tiempo, se decidió que el Juez de Paz diera una respuesta que fuese necesario una orden nueva.

—Creo, decía en su nota al coronel Corvalán, que de allí sería mejor nombraran los cuatro individuos que debía remitir, porque en Dolores no había salvajes unitarios ni gente que conspirara.

La respuesta no se hizo esperar mucho tiempo.

El gobierno mandaba prevenir al Juez de Paz diara cumplimiento en el acto á lo ordenado en la nota anterior.

Y agregaba que, cada vez que apareciese un nuevo pasquin, remitiese otros cuatro hasta concluir con las inmundas sabandijas de salvajes unitarios.

Esta orden era mas peluda para el Juez de Paz que se plegó de hecho á la revolución, aunque disimuladamente por el momento.

La respuesta de Rico no se hizo esperar mucho.

—Es necesario, decía, que si el Juez de Paz no tiene suficiente carácter para resistir la orden de Rosas, ustedes se opongan, aún á riesgo de comprometer una lucha, á que salga de Dolores una sola víctima.

Yo estaré allí pronto, pues salgo con buen caballo y no parará un minuto.

Rico llegó á Dolores al día siguiente de estos sucesos y cuando ya el comandante había encapillado cuatro de los mas respetables vecinos para mandarlos á Buenos Aires, pues según parece había recibido una orden igual á la que se mandó al Juez de Paz.

En cuanto llegó Rico, la población adquirió un aspecto que jamás había tenido.

Dos tambores recorrieron el pueblo cuando generala y media hora despues se reunía en la plaza un crecido número de paisanos y puebleros armados como mejor habían podido.

Fuó entonces que Rico penetró á la plaza y les echó su histórica proclama, cuyo texto era mas o menos el siguiente:

“Compañeros:

Estamos aqui reunidos, un nuevo Comandante

Militar y un nuevo Juez de Paz, que apoyan el levantamiento de la campaña Sur contra Juan Manuel Rosas que nos afronta y provoca con sus crímenes, de todos modos.

Para qué queremos, paisanos, un gobierno absoluto que nos pegará mañana cuatro tiros, porque así se le ocurra?

Este pueblo heroico, cansado de humillaciones y amenazado en su vida y la de sus hijos, se pone hoy en armas.

Juremos todos no dejarlas hasta no haber dado en tierra con el amo y el último de sus es clavos.

Patriotas del Sur!

¡Viva la libertad!

¡Abajo el tirano Rosas!

Los vivos mas entusiastas atronaron los aires. De allí se desprendió una comision que fué a lo del comisario, de donde se sacaron 70 lanzas, únicas que habia, para armar a los que no tenian mas que su cuchillo y sus boleadoras.

Otra comision, compuesta de don Severo Pizarro y cuatro ciudadanos, fué al Juzgado de Paz. de donde sacó el retrato de Rosas, que fué traído al centro de la plaza.

Era este un magnifico retrato al óleo, de mas de un par de varas de alto, representando al Restaurador de gran uniforme.

Aquel retrato fué conducido hasta donde estaba Rico, en medio de tremendas maldiciones y gritos de indignacion.

—Ya que por el momento no podemos destruir aquella fiera maldecida, exclamó Rico, destruyamos por lo menos su retrato, mientras llega el día de hacer lo mismo con él.

Y arrojando al suelo el lujoso cuadro, lo despedazó entre las espuelas de sus botas.

Esta fué la señal de la bataola.

Todos se lanzaron sobre el lienzo, cubriéndolo de golpes, cortándolo con el cuchillo é insultando el retrato de todos modos.

Media hora despues, el pedazo mas grande que quedaba del retrato, no alcanzaba al tamaño de un papel de cigarrillo.

Concluida aquella operación, y á iniciativa de

Rico, cada cual se arrancó el luto que llevaba por el fallecimiento de don Leon Ortiz de Rozas, padre del tirano, luto público que Rosas habia impuesto á los habitantes de la Provincia, y la divisa federal.

Estas prendas federales fueron pateadas y rotas en pequeños pedazos que fueron arrojados en todas direcciones.

Igual cosa se hizo con todo lo colorado que habia en el pueblo, color que se veia en todas partes, pero mas abundantemente en todo lo público.

La fiebre de destruir todo lo colorado llegó al extremo de que hubo paisano que se quedó en cueros por destruir su chiripá colorado.

Era necesario embanderar al pueblo, pero no habia en todo él un solo pedazo de género celeste.

Ya saben nuestros lectores que este color, como el verde, era perseguido á muerte.

Pero bien pronto las damas patriotas se encargaron de subsanar la falta, tiñendo el bramate con azul de la ropa y fabricando así banderas de la patria, de un celeste clarísimo.

Con ellas amaneció la ciudad al día siguiente alegremente embanderada.

El pueblo procedió á nombrar Juez de Paz á don Tiburcio Leus, y comandante general de sus milicias al mismo Rico.

Este salio inmediatamente fuera del pueblo, acompañado de los Civicos al mando del capitán Ortiz, y algunas tropas improvisadas.

Rico fijó su cuartel general por las inmediaciones del cementerio, en un gran descampado que podia servir como campo de maniobras y de instruccion á sus tropas bisoñas.

Desde allí se puso en comunicacion con Castelli, los Ramos Mejía, Martinez y demás autores de aquella revolucion tan grandiosa y tan desgraciada desde antes de su estallido.

Vengamos al efecto que este inesperado movimiento produjo en la ciudad, entregada todavía á festejar el nuevo asesinato á que milagrosamente habia escapado el ilustre Restaurador de las leyes.

## Ojo por ojo

Nunca la federacion habia hecho fiestas mas solemnes que las que se celebraron con motivo de aquel acontecimiento.

Por decreto del mismo Rosas se habia mandado colocar luminarias en todas las casas, decre-

to que todo el mundo se apresuró á cumplir, porque en ello le iba la cabeza.

No habia casa federal, de copete, que no hubiera dado un gran baile en celebracion de haberse descubierto el plan inicuo.

El cuerpo diplomático se había apresurado á concurrir, como siempre, á casa del ilustre bandido, á darle también su más cumplida y expresiva felicitación.

La ilustre mazorca había tenido diez días de orgía perpétua y de beberaje, de donde salió á cometer todo género de crímenes y atentados que consternaron á la población nacional y extranjera, pues el extranjero clasificado de salvaje unitario, era tratado con todo el rigor de la *resbalosa*.

Las prisiones de ciudadanos se efectuaban á cada momento, al extremo de que ya los presos no cabían materialmente en los cuarteles, cárcel, Policía y Cuna, que fué habilitada como prisión.

Estos ciudadanos eran condenados á rescatar su libertad por medio de personeros, desde uno, hasta el número que quería imponérsele, según el más ó menos color unitario con que se le había clasificado.

Hubo ciudadano que tuvo que aflojar cuarenta personeros y darse por muy bien servido con salir en libertad con su pescuezo intacto.

En esta volteada cayeron también al señor Mones Ruiz y su hijo Mamerto, asesinado más tarde el primero, de cuyo crimen nos ocuparemos con más detención á su debido tiempo.

Este fué uno de los tantos medios de que se valió Rosas para remontar su ejército á la exajerada cifra que llegó á tener.

La casa de la tremenda doña Maria Josefa, era un baile y bochín perpetuo, en festejo también de la escapada de su cuñado.

Mientras el *blood life* concurría á los salones á rendir pleno homenaje á aquel demonio, para tenerla á su favor, la chusma mazorquera, en unión del regimiento de negrillas y mulatas que formaban la policía secreta de la arpa, destripaba en los patios, alegremente y con federal regocijo, los barriles de vino y frascos de ginebra llevados exprófeso.

El cadáver del desgraciado Ramon Maza había sido paseado por las calles, en medio de los más groseros insultos de la chusma, y lleno de trapos y cintas celestes, en señal de la más horrible degradación.

Sus orejas fueron cortadas y saladas por Badia, según se dijo, y remitidas por Cuitiño al ilustre Restaurador, para que las exhibiera en sus salones como muda prevención á todos los traidores.

Toda la federación estaba de fiesta, menos el más malvado de todos los federales de alto copete.

El doctor Manuel Vicente Maza, que estaba ocupado, según decía, en llorar la muerte de su hijo desgraciado, en cuya culpabilidad no creía aún.

Había pedido permiso para hablarlo, y no solo no se le había contestado, sino que lo había he-

cho fusilar Rosas sin permitirle recoger su última palabra.

Y como si esto no bastara, se mandaba exhibir su cadáver como símbolo de vergüenza, entre las injurias de la plebe.

Ah! la maldición de Reynafé empezaba á cumplirse de una manera terrible.

—Quién sabe, pensaba, si á pesar de mi posición y mi lealtad tengo la cabeza segura sobre los hombros!

Y como cualquier hijo de vecino, había tenido que poner luminarias en su casa, para no provocar la cólera del tirano.

Fué en medio de estas fiestas y regocijos que recibió Rosas la noticia de los terribles sucesos de Dolores.

Un violento golpe de ira fué la primera manifestación de aquel hombre soberbio.

Inmediatamente se apoderó de él un gran pánico que trató de ocultar todo lo que le fué posible.

Ya no podía dudar que sus leales del Sur se le habían dado vuelta, porque una insurrección como aquella, en el pueblo de Dolores, tenía forzosamente que responder á un movimiento general en la campaña.

Rosas se aterró más por la clase de personas que encabezaban aquel movimiento, y en su pánico no atinó más que á tomar medidas de terror en la ciudad.

Fué el doctor Maza, presidente de la Sala de Representantes, la primera víctima que señaló su dedo fatídico al puñal de la mazorca que cruzaba las calles, ébria de sangre y de vino.

El doctor Maza había concluido por ser un verdadero estorbo para el tirano.

Aquel hombre, dueño del secreto del asesinato de los Reynafé, era un testigo importuno que lo mortificaba, y una amenaza para su vida, si la suerte llegaba á darle la espalda.

Maza debía tener en su poder una carta que con aquel motivo le había escrita y se hacía ahora más que nunca necesaria la supresión de persona tan peligrosa.

Qué oportunidad mejor que la que le ofrecían los acontecimientos?

¿Silado el hijo por traidor, quién dudaría que el padre estaba afiliado al movimiento revolucionario?

Era necesario no dejar escapar la coyuntura.

Rosas decidió entonces suprimirlo, mientras preparaba sus elementos para contrarrestar al movimiento del Sur y vencer la revolución.

Maza, por su parte, comprendió que todo su prestigio había concluido, desde el fusilamiento de su hijo y paseo de su cadáver por las calles de la ciudad.

Rosas lo suprimiría en el primer momento oportuno, como había suprimido á su hijo.

El doctor Maza, sin atreverse á afrontar la

situacion, se resignó á su suerte, aceptándola como una expiacion á sus muchos delitos.

La sombra de los Reynafé lo perseguia sin dejarle un momento de reposo.

En vez de abordar á Rosas, convencerlo de su lealtad y de que aún le era necesario, Maza se retiró y se asiló en su casa ó la sala de Representantes, que habia sido el primero en ultrajar, prestando su palabra y su voto á cuanta infamia quiso Rosas convertir en ley.

Uno de aquellos dias en que el desborde de la mazorca habia subido de punto, pudo comprender Maza que su suerte estaba echada y que no tardaria mucho en caer bajo un puñal despiadado.

Salia de su casa, cuando halló al paso un grupo de mazorqueros capitaneado por el pulpero Salvador Moreno, á quien hemos hecho conocer ya de nuestros lectores.

Moreno, como todos los miembros de la mazorca, conocia perfectamente al doctor Maza y lo respetaba por la espectable posicion que ocupaba y por saberlo el primer consejero del gobernador.

Siempre que se habia encontrado en situacion análoga, la mazorca se habia apresurado á darle la vereda, saludándolo con el respeto debido.

Aquel dia no sucedió lo mismo.

Al ver á Maza, la mazorca prorumpió en gritos terribles de ¡mueran los salvajes unitarios! y Salvador Moreno le quitó la vereda al mismo tiempo que le gritaba al oido:

¡Mueran los traidores asesinos!

¡Mueran los vendidos á los salvajes unitarios!

¿Qué mas esperaba Maza para comprender que estaba perdido?

Temió ser asesinado allí mismo y bajando la cabeza y disimulando el miedo que lo dominaba, siguió su camino adelante en direccion á la Sala de Representantes.

Allí estaba trabajando el oficial mayor de la Cámara, don Domingo Cabello.

Maza le refirió lo que acababa de sucederle, añadiendo que tenia serios temores de ser asesinado, tal vez aquel dia mismo.

El oficial Cabello trató de calmarlo con mil reflexiones atendibles.

—Tenga usted presente, le observaba, que la mazorca ha llegado ya al colmo del desborde y la insolencia.

Esos hombres irian borrachos y no lo han conocido.

Por eso le han faltado al respeto y han profirido á su lado gritos de muerte.

Si se tratara de asesinarlo, ya lo hubieran hecho, pues no es seguramente Salvador Moreno quien se detiene un momento para cumplir tales encargos.

—Estos son los primeros truenos de la tormenta, contestó Maza.

Si no se tratara de matarme, ni Salvador Moreno ni ninguno de los bandidos que capitanean la mazorca se habria atrevido á un atentado semejante.

Me han tratado como á cualquier salvaje unitario, porque se me ha querido significar que estoy fuera de la ley federal.

Ahora mismo voy á escribir mi renuncia de Presidente y miembro de esta Sala y en seguida haré lo posible por ponerme fuera de tiro, si es que aún es tiempo.

Y tomando papel y la pluma con que trabajaba Cabello, se puso á escribir su renuncia, con mano temblorosa.

Maza no se habia equivocado al pensar que la mazorcada de aquel dia era precursora de su muerte.

Rosas lo habia mostrado á sus asesinos favoritos y un grupo de estos, capitaneados por el célebre y feroz Gaetan, acechaba sus pasos desde por la mañana, para asesinarlo en cumplimiento de la orden recibida.

Gaetan lo vió entrar á la Sala y se emboscó en la esquina donde estuvo despues la confiteria del Gallo.

Segun las instrucciones recibidas, debian esperar la noche para que el asesinato fuese menos visible, y pudiese pasar como una venganza personal, ó un nuevo atentado de los salvajes unitarios.

Pero el tal Gaetan era hombre de poca paciencia y creia que con dar muerte á Maza habia cumplido su comision.

Si Maza estaba solo en la Cámara, le daba muerte sin que nadie lo viera, como se le habia encargado y si habia alguien con él, con dar muerte á ese alguien, se suprimian testigos importantes.

Gaetan entró con su grupo á la Sala de Representantes, con el mayor sigilo.

Maza y Cabello estaban en la oficina de la derecha—el primero dando la espalda á la puerta y el segundo engolfado en los mas fúnebres pensamientos.

En aquel momento el doctor Maza soltaba la pluma y leia á Cabello la renuncia que acababa de escribir.

Como si el asesino Gaetan hubiera querido dejar concluir la lectura, apenas Maza leyó las frases "Dios guarde á usted muchos años, etc.", el asesino se acercó con cautela, le echó hácia atrás la cabeza con la mano izquierda, y con la derecha le sepultó en el pecho hasta la S su larga daga.

Maza se echó mas atrás aún, y mirando á la cara de Gaetan, le dijo:

—Basta—creo que este golpe es todo lo que se necesita: no me atormenten mas.

Pero Gaetan le arrancó la daga de la herida, por donde brotó un largo chorro de sangre y la clavó mas á la izquierda, buscando el corazon.

Cabello habia quedado atónito en el primer momento sin saber qué partido tomar.

Cuando vió que la tarea con Maza iba á terminar, comprendió que con él harian lo mismo y fué entonces que trató de salvarse.

Amargo y apurado trance!

Al ver Gaetan que Cabello fugaba, abandono á Maza á medio degollar y corrió á detenerlo.

Pero el miedo y la conciencia del peligro habian dado á este alas, y corria con una lijereza asombrosa.

Cabello, en su afan de salvar la vida, logró saltar la pared, cuando ya sentia á la espalda la daga de Gaetan.

—No tardarás en caer en mis manos! gritó el asesino—que te aprovechen las horas que te quedan de vida.

Pero Cabello no escuchaba nada.

Aterrado con el asesinato de Maza, pasaba de casa en casa, saltando las paredes, hasta que salió a la calle.

Allí disimuló un poco la prisa que llevaba, y se dirijió á la barraca Bosch, de quien era amigo, donde se escondió, reficiendo lo que acababa de ver.

Maza, entre tanto, era degollado y apuñaleado de una manera brutal.

Su cabeza, entregada á las fúrias de la mazorca, fué arrastrada aquella noche, como una de tantas otras, sin que los mismos que con ella jugaban supiesen a quién pertenecia.

Cabello seguia escondido en la barra de Bosch mientras sus amigos averiguaban qué especie de órdenes ó disposiciones se habian dictado contra él.

En realidad, el gobierno no habia mandado adoptar ninguna medida contra el oficial de la Cámara, pues hasta ignoraba que hubiera presenciado la muerte de Maza.

El único verdaderamente empeñado en suprimirlo, era Gaetan, porque le habia visto cometer el crimen y queria librarse de un testigo terrible.

Ya no podria decirse que el crimen habia sido cometido por [los] salvajes unitarios, puesto que el asesino habia sido visto cometiéndolo.

Los amigos de Cabello, viendo que nada se decia contra este, le aconsejaron saliera y se mostrara para evitar asi cualquier sospecha peligrosa.

—Si te escondes, le dijeron, pueden creerte reo de algun delito y hacerte perseguir entonces.

El gobierno está hoy desconfiando de todo el mundo, y procediendo de una manera terrible, como te lo prueba la muerte del doctor Maza.

Conque á la calle entonces y guárdate de Gaetan, que es el único que puede tener interés en suprimirte por la cuenta que le tiene.

Cabello aceptó el consejo y aquel mismo dia se presentó en la Sala, asegurando que habia esta-

do tan enfermo, que tuvo que faltar aquellos tres dias.

Como nadie sospechaba nada de él, su disculpa pasó como la cosa mas natural de este mundo.

Preocupados todos además con la muerte trágica del doctor Maza, poca atencion podian prestar á las faltas del oficial Cabello.

Solo Gaetan espiaba sus pasos, pues necesitaba deshacerse de él á toda costa.

A los pocos dias de andar en la calle, hallóse con Gaetan á inmediaciones del mercado, pero huyó el bulto y se volvió á la Cámara, en momentos que este se le venia encima.

El asesino estaba ya sobre la pista y no habia que descuidarse.

Pocas noches despues Cabello salia de su casa en direccion á la Sala.

Desde el asesinato de Maza no salia nunca despues de oscurecer, pero aquella noche habia trabajo extraordinario y era imposible faltar.

Apenas habia llegado á la esquina de la Patria, que así llamaban á la de Tacuarí y Belgrano, cuando fué detenido por cuatro emponchados, entre los que reconoció, sin gran trabajo, á Gaetan, asesino de Maza.

Cabello se consideró perdido.

A aquellas horas y en poder de semejante gente, no era difícil suponer lo debia sucederle.

Los cuatro emponchados lo empujaron por la calle de Belgrano, en direccion á la plaza de Monserrat, direccion terrible, pues allí estaba el callejon del Pecado, que aun existe, teatro de las mas sombrías iniquidades.

Cabello se resistió, comprendiendo que lo llevaban á degollar.

No llevaba armas ningunas, y aunque las hubiera llevado poco podia haber hecho contra cuatro bandidos semejantes.

No encontrando otra salvacion por el momento, se desprendió de las manos de Gaetan, que lo sujetaba fuertemente, y se metió en la esquina de la Patria, creyendo encontrar algun refugio, como federal y oficial de la Sala de Representantes.

La esquina de la Patria estaba llena de emponchados, que bebian alegremente, preparándose sin duda á las mazorcadas de aquella noche.

Uno de ellos, que vió que Cabello entraba huyendo de Gaetan y sus tres compañeros, lo detuvo fuertemente diciéndole:

—Parece que el salvaje anda con miedo.

Venga no mas que por mas que le hagan no ha de ser tanto como merece.

—Yo no soy salvaje, gritó Cabello tratando de desprenderse de aquel hombre.

Soy un federal bastante conocido, por lo cual se me ha dado el empleo, hace años, de oficial de la Sala de Representantes.

—Lindo pasaporte! exclamó Gaetan, cuando

el mismo presidente de la tal Sala se había metido á salvaje unitario!

Si así era el presidente, cómo serán los oficiales!

Una estrepitosa carcajada acojió aquella federal salida.

Cabello estaba perdido, pues el mismo título que él invocaba como una salvacion, se convertía en un motivo de desprestigio.

—Que tome la copa y marche! gritó el que lo había detenido, alargándole su vaso de caña.

¿A dónde lo llevas, Gaetan?

—A la calle del Pecado! respondió el bandido sonriendo de una manera feroz.

Aquello no significaba otra cosa que "á degollarlo".

—Entonces que tome la copa y marche, agregó el bandido, metiéndole en la boca el borde del vaso y haciéndole tragar por fuerza una buena parte del contenido.

Bien vale la pena de echar un trago cuando uno va á divertirse.

Todos los presentes, que estaban en el secreto de lo que quería decir llevar á un hombre á la calle del Pecado, soltaron una estruendosa carcajada

—Que beba! que beba! gritaron todos, para que pueda divertirse mas y esté mas alegre.

—Conque amigo, marchando! exclamó Gaetan, y le dió un empujón que lo hizo salir á la calle.

Los tres empujados lo rodearon al momento, haciéndole seguir para la plaza de Monserrat.

—Memorias á Maza! gritaron los concurrentes, despidiendo á Cabello.

Este, aturdido con lo terrible de su situación, caminó unos pasos como una máquina.

Vuelto en sí y convencido del peligro que corría, intentó resistirse nuevamente.

Pero entonces Gaetan sacó su cuchillo y pinchando con él á Cabello, le intimó que siguiera.

—No se te va á hacer nada, le dijo, sino una simple prevención referente al negocio que sabes.

Pero si te resistes, si te pones á dar gritos, te corto el gañote aquí mismo.

Ya sabes de lo que yo soy capaz y que no admito resistencias en lo que quiero hacer.

Cabello comprendió que querían degollarlo en un paraje mas escusado y decidió defenderse allí, pues tal vez á sus gritos, si querían matarlo, acudiese algun socorro.

Pero en aquel momento supremo acudió á su memoria un recuerdo salvador.

Para llegar á la plaza de Monserrat, por la acera que caminaban, tenían que pasar forzosamente por el Juzgado de Paz, del que solo distaban media cuadra.

El Juez de Paz, Casal, era íntimo amigo de Cabello, á quien apreciaba y tenía gran cariño.

Además Casal sabía que él no se metía en política, ni tenía con los unitarios ningun género de afinidades.

Con tales antecedentes, era indudable que Casal lo salvaría.

Solo le quedaba la duda de que estuviera en el Juzgado.

—Está bien, dijo entonces á Gaetan, aparentando la mayor conformidad.

Ya que no es para hacerme mal, vamos á donde ustedes gusten.

Y siguió tranquilamente el camino que le indicaban.

¿Cómo latiría de ansiedad el corazón de aquel pobre mozo, cuya vida pendía de la casualidad de hallarse ó no el Juez de Paz en su despacho!

Viendo los asesinos que caminaba voluntariamente, lo dejaron ir adelante, tomándole Gaetan, por exceso de precaucion, el lado de la calle.

No podían imaginarse que en casa de la autoridad encontrara refugio una victima acusada de unitaria y perseguida por él, Gaetan conocido como mazorquero y federal á toda prueba.

Por esto es que solo trató de ganarle el lado de la calle, temiendo que intentara fugar y produjese escándalo.

Porque al fin y al cabo aquella muerte la hacia por su cuenta y solo para ocultar al gobernador que fué visto cuando asesinó a Maza.

La situación de Cabello era lo mas desesperante.

Si Casal estaba en el Juzgado, no dudaba que este impediría lo matasen.

Pero si Casal se hallaba ausente, su muerte era segura.

Los mismos empleados del Juzgado prestarían su auxilio para consumarla, á Gaetan y los suyos.

Al llegar a la puerta del Juzgado la ansiedad de Cabello fué tal, que sintió faltarle la seguridad en las piernas, como si estuviera ébrio, y casi cayó sobre la vereda.

Hizo un esfuerzo sobre sí mismo, el instinto de la propia conservacion le prestó el valor que necesitaba, y como flecha se metió al Juzgado.

Tal fué la sorpresa de Gaetan, que quedó en la puerta un momento sin intentar perseguirlo.

—Ah! hijo de mala madre! exclamó por fin metiéndose al Juzgado—Ya verás lo que te espera!

Y se dirigió rápido al despacho del Juez de Paz.

Allí estaba Cabello narrando al Juez lo que le pasaba.

Al ver que su amigo estaba allí y que no corría ya peligro alguno, el pobre jóven se había desvanecido, al extremo que Casal no le entendió lo que le decía.

Trataba de hacérselo explicar con mayor claridad, cuando entró Gaetan á la pieza y tomó á

Cabello de un brazo, sin siquiera dar las buenas noches.

—¿Qué modo de entrar aquí es ese? preguntó Casal poniéndose de pié.

—¿Qué es lo que á usted se le ofrece?

—Sacar á este salvaje unitario que se ha metido aquí, respondió el degollador con insolencia.

Si no le gusta el modo de sacarlo, entreguémelo, ¿que será lo mismo.

—¿Y para qué lo quiere usted llevar?

—Porque es un salvaje unitario, de los de la conjunción, lo llevo preso para entregarlo á la Policía.

—No es cierto, balbuceó Cabello, pálido como un cadáver.

Me llevan a la plaza para matarme.

—Pues si es para llevarlo preso, no se moleste el amigo, añadió Casal, porque yo mismo lo llevaré mas tarde—este hombre queda aquí bajo mi responsabilidad.

—Últimamente, lo llevo para matarlo, gritó Gaetan porque tengo orden para ello y usted no puede impedirme que la cumpla, porque quien me lo ha mandado puede mas que usted y que todos.

—Pues yo quiero ver esa orden, terminó Casal: si no este hombre no sale de aquí.

Es un federal de los buenos á quien yo conozca y de quien me constituyo en garantía.

—Es que la orden no se la puedo mostrar porque usted no tiene derecho á pedírmela.

Si usted no me lo entrega, añadió enfureciéndose, yo voy á dar cuenta y veremos cómo se las compone.

—Pues si no me muestra la orden no saca de aquí á este hombre, repuso terminantemente Casal.

Mándese mudar no mas, y dé todas las cuentas que quiera, que ya sabe el gobierno quién soy yo.

—Lo que no sabe, dijo Gaetan haciendo brillar sus ojillos de víbora, es que usted es un salvaje unitario, tapadera de los de la revolución.

Pero yo lo voy á hacer conocer para que le ajusten las cuentas.

—Fuera de aquí el degollador cobarde! exclamó Casal, perdiendo ya toda prudencia—fuera de aquí antes que lo haga sacar á palos por venir á faltar al respeto á la autoridad.

Gaetan salió prorumpiendo en un rosario de amenazas tremendas.

—Llama degolladores á los agentes del gobierno! veremos cómo se las compone cuando yo hable con quien debo!

Y ganó la calle como un verdadero energúmeno.

—De todos modos, gritó en el zaguán, si no es hoy será mañana, y al fin y á la postre ese salvaje ha de morir á mis manos.

Cuando salió Gaetan, Cabello se echó en los

brazos de Casal, prorumpiendo en las mas expresivas palabras de agradecimiento.

—Ya sabia yo que estando usted aquí, decia, mi vida no corria peligro.

—¿Pero qué diablo ha podido usted hacer para que lo persigan con tanto encono?

Cabello refirió el incidente del asesinato de Maza.

—Me han asegurado que ninguna orden hay contra mí, y no solo he salido á la calle sino que he asistido á mi oficina.

Supongo que el único motivo que tiene ese hombre para quererme matar, es el haberlo yo visto herir al doctor Maza.

—No hay duda ninguna, contestó Casal—y la prueba es que no ha podido mostrarme la supuesta orden que ha invocado.

Sin embargo, ahora mismo voy yo á averiguar lo que haya, para saber lo que tenemos que hacer.

Gaetan obra por su cuenta y es preciso impedir que el dia menos pensado lo halle á su paso y entonces no se pueda evitar un crimen.

Casal se preparó á salir, pero Cabello lo detuvo, recelando justamente un nuevo atentado.

—¿Y mientras usted está ausente, preguntó, no volverá ese bandido á hacer una nueva tentativa?

—No tenga el menor cuidado.

Su vida, mientras esté aquí, queda tan segura como la mia propia.

Ahora verá usted.

Casal llamó á su segundo y demas empleados del Juzgado.

—Ustedes me responden con su cabeza, les dijo no ya de la vida, sino hasta de la tranquilidad de este caballero.

El es un leal servidor del gobierno, perseguido por la venganza de un cobarde que no debe ser federal, cuando así persigue á los hombres conocidos como tales.

—Yo voy á la Policía á dar cuenta de lo que sucede, y vuelvo.

Si en mi ausencia vuelve Gaetan ó cualquier otro, que me espere en la calle, y si persiste en entrar, que se le eche á empujones, por orden mia.

El señor Casal era un hombre respetado y temido, como que poseia la confianza del gobierno.

Cuando él obraba de aquella manera sus razones debia tener, y bastante poderosas.

—Puede usted ir tan tranquilo como si usted mismo estuviera aquí, respondieron todos los empleados.

Este caballero no será molestado por nadie bajo ningun pretexto.

Casal salió á la calle inmediatamente, y no descansó hasta no hablar con Cuitiño, Parra, Salomon y Marin, y demas gefes de degolladores.

A todos ellos habia preguntado si tenían al-

guna orden contra Domingo Cabello, oficial de la Sala de Representantes, y todos habian dado la misma respuesta con diferentes palabras:

—No sé que se persiga, ni siquiera que sospeche nada del oficial de la Sala, á quien conozco como un buen federal.

Sumamente alegre con estas noticias que confirmaban sus sospechas de que Gaetan obraba por cuenta propia, Casal se dirigió á la Policia á hacer la misma averiguacion.

Ninguna orden se habia recibido en el Departamento, ni la habia recibido privada el gefe.

Casal regresó al Juzgado, donde pudo dar á su amigo la plena seguridad de que nada existia en contra, no ya de su vida, pero ni aún de su libertad.

—Sin embargo, le dijo, es preciso precaverse mucho y andar concien ojos.

Gaetan es tal vez el mas malo y cobarde de toda esa gente.

El dia menos pensado lo encuentra por la calle, y sin que nadie lo vea, lo deja seco de una puñalada.

Usted mismo ha visto lo que ha sucedido al doctor Maza.

Quién habria dicho que Rosas habia de hacerlo matar!

La autoridad se habia empeñado en convencer al pueblo que el asesinato del Presidente de la Cámara era obra de los unitarios.

Pero demasiado sabia el pueblo á qué atenerse!

Y la prueba de esta falsa inculpacion, es que ninguna medida se tomó para perseguir á los asesinos, siendo la víctima persona tan allegada al tirano y de tanta utilidad para él, como que era tal vez su único hombre de consejo.

—Yo pienso irme del país, dijo Cabello, porque

quedándome aquí no podria vivir tranquilo, como que no tendria seguridad de vida.

—Es que una tentativa de fuga es difícil y mas peligrosa que la persecucion de Gaetan.

Ya sabe lo rigurosa que es la vigilancia de las costas, y mas de la mitad de los que intentan fugar caen en manos de la autoridad.

Con ese hecho y la menor delacion de Gaetan, puede tener por seguro que lo fusilarian sobre tablas.

No andan los tiempos para hacerse sospechoso, querido amigo. El gobierno está justamente alarmado, y sera exageradamente severo con los que crea sus enemigos.

—Usted puede contar seguramente conmigo, en esta emergencia que es puramente personal.

Pero perseguido por la autoridad, mi proteccion no servirá para otra cosa que para perderme á mi mismo.

—Yo tengo mucha amistad con el cónsul francés, replico Cabello.

Puedo guarecerme en su consulado, mientras él halla la oportunidad de embarcarme en uno de los buques de su bandera.

—Entonces nada digo, replicó Casal, y mañana mismo yo lo acompañaré al consulado, para evitar que Gaetan ande rondando por aquí y comete alguna iniquidad, precisamente en el último momento.

Al otro dia, poco despues de amanecer, el señor Casal acompañaba á su amigo hasta su casa, donde se despedia éste de su jóven esposa.

En seguida se trasladaba al consulado francés, desde donde salió á embarcarse entre un grupo de marineros, vistiendo su mismo traje, pues el cónsul, para evitar todo contratiempo, le habia proporcionado un uniforme.

De esta manera fué burlada la venganza de Gaetan, que para tapar una mentira sobre asesinato, necesitaba cometer otro.

## ¡ Sangre !

A la conjuracion descubierta se habian seguido numerosas prisiones.

Martinez Fontes no se habia contentado con entregar la cabeza de Maza.

Avelino Balcarce, Jacinto Peña y su hermano, Barros Pazos, Perez y otros muchos complicados, habian sido vendidos por el traidor Martinez Fontes y presos por la terrible policia de Rosas.

El único que habia salvado, de una manera mi-

lagrosa, fué el eminente patriota Miguel Esteves Sagui.

Complicado en la revolucion, Esteves Sagui asistia á las reuniones de amigos, ya en casa de Avelino Balcarce, ya en la de Jacinto Peña, ya en la de Barros Pazos.

Dos noches antes de la traicion de Martinez Fontes, el doctor Esteves Sagui se dirijia á la casa de Peña, donde iban á reunirse media de-

cena de amigos para comunicarse las últimas disposiciones de la conjuración.

La pieza donde se reunieron, no tenía mas que una sola puerta, y esta era de una hoja.

Esteves Sagui abrió aquella puerta y fué á entrar, pero vió entonces que en el círculo de amigos habia personas desconocidas y se echó atrás.

Martinez Fontes, que formaba parte de la reunion, llevado por Balcarce, vino á quedar detrás de la hoja de la puerta cuando esta fué abierta, de manera que no pudo ver al que así habia retrocedido.

Al verlo salir é irse, Balcarce y Peña salieron de la pieza, para preguntarle el motivo de aquel acto.

—No comprendo la imprudencia de ustedes! exclamó el jóven, manifestando todo su asombro.

En momentos tan solemnes y tan próximos al algun movimiento, traen ustedes gente desconocida, que al salir de aquí puede venderlos!

—No temas, todos son amigos y comprometidos al movimiento: entra sin cuidado; te los presentaremos.

—No temo, pero tomo mis precauciones.

Nosotros todos, en este momento, estamos jugando la cabeza—es necesario ver entonces cómo se juega.

Perderla en el movimiento ó por una fatalidad, será la gloria suprema.

Perderla por falta de precaucion y por confiarse al primer venido, no tendria disculpa ni perdon.

Luego cuando ustedes queden solos, vendré y hablaremos, ó nos veremos en otra parte.

Entre tanto, les aconsejo reserva y que no se entreguen tan inocentemente al primer espía ó al primer traidor que venga.

El doctor Esteves Sagui no participaba de la ligereza de sus amigos.

Hombre inteligente y observador profundo, sabia detener muchas veces los impulsos de su corazon noble y patriota, para no pisar un terreno que consideraba falso, no por temor personal, porque ningún hombre de su altura moral puede abrigarlo, sino por miedo de que la santa causa á que habia dedicado todo el vigor de un esfuerzo viril, pudiera peligrar un minuto.

—Nuestra cabeza poco importa, puesto que á jugarla hemos venido, concluyó saliendo.

Es que una traicion, en estos momentos, puede cortar una cabeza mas preciosa y causar la muerte de la revolucion.

Los amigos no pudieron menos que convenir en la razon que asistía al jóven, pero ya era tarde para volver atrás.

Si entre los nuevos afiliados habia un traidor, la revolucion estaba muerta, por lo menos en la ciudad.

La reunion terminó, pero los amigos no pudieron volverse á ver.

Lo primero que hizo el traidor Fontes, al salir de allí, fué dirigirse á casa del Coronel Corvalan, y entregarle una lista de todos los que en ella habian tomado parte.

Y no tardaron en ser presos todos ellos, menos Messon, Lynch y Salvadores, que pudieron ocultarse, y el doctor Miguel Esteves Sagui, que no habia sido visto por Martinez Fontes.

A Albarracin, Ladines y Carlos Tejedor, se les remitió á la cárcel, clasificados de reos parricidas de lesa América, con una barra de grillos.

Para mortificarlos en vida todo lo posible, el gobernador dispuso se le pusiera á cada uno otra barra de grillos bien pesada, y con las dos á los tobillos se les obligara á pasear por el patio de la cárcel.

Y como á todos ellos sus familias les enviaban comida buena y abundante, dispuso que no se recibiera en adelante esta, y fueran los presos obligados á comer la tumba miserable del presidio.

Para todos ellos era un hecho positivo que serian fusilados.

La clasificacion que se les habia hecho no era para menos.

Rosas se habia enfurecido de una manera tremenda.

Al saber que sus leales del Sur se le habian dado vuelta, al estremo de patear su retrato en Dolores, lo habia puesto de un humor verdaderamente feroz, porque para un hombre tan sagaz como él, aquello era una prueba latente de que toda la provincia estaba en su contra.

Los revolucionarios del Sur se agitaban con un ardor creciente.

El descubrimiento de la revolucion en la ciudad y la pérdida de Maza y sus amigos, les habia dado nuevos bríos en vez de hacerles perder los que ya tenian.

El insigne patriota don Marcelino Martinez Castro no reposaba un momento.

Aquel hombre infatigable acudia á todos los puntos, buscando nuevos aliados y comunicando valor á los que empezaban á descorazonarse.

Don Gervasio Rosas, que en resumidas cuentas era un desgraciado, en comparacion á sus hermanos, fué tambien tocado por los revolucionarios.

Pero don Gervasio se escusó, manifestando que al fin y al cabo el Gobernador era su hermano y que no podia tomar parte en el movimiento.

—Lo que yo haré será callarme y no serles hostiles, pero no puedo dar la cara, aunque la campaña me es simpática.

Escamados con la traicion de Martinez Fontes, los revolucionarios del Sur fueron mas prudentes é hicieron su prisionero á don Gervasio, obligándolo á permanecer entre ellos y no permitiendo se comunicara con la ciudad.

Así hacían creer que don Gervasio estaba en la revolución y los elementos de aquel se plegaban á ella, viendo que su jefe formaba parte.

Todo esto hacía que la gran revolución fuera enteramente espontánea en el Sur.

Al saber Rosas que su hermano estaba en la revolución, se enfureció al extremo de parecer una fiera.

—Ese miserable no puede negar que no es mi hermano, decía, y pateaba á cuanto empleado y tinterillo se le ponía al alcance de la mano.

Don Gervasio era perfectamente hermano de don Juan Manuel, pero este desparramó aquella voz, no solo para vengarse, como para que no extrañasen verlo en las filas de sus enemigos.

El escárnio llegó al punto de que dió orden á la mazorca y demás gente federal, de que en sus manifestaciones públicas, al grito de ¡muera los salvajes unitarios! añadieran el de ¡muera el traidor Gervasio Cardo! lo que equivalía á asegurar que no era su hermano, sino un advenedizo introducido á la familia.

Doña Agustina, tan altiva y soberbia, mandó llamar á su hijo, al lecho donde se hallaba postrada, y cuando acudió lo apostrofó de una manera terrible.

—Es usted un infame! le había dicho la enérgica señora.

A los crímenes de que es Vd. autor diariamente, solo le faltaba añadir un escarnio á la memoria de su padre, y un puñado de lodo sobre mis canas.

—Madre y señora, repuso el tirano, que temía á su señora madre cuando estaba bajo un grado de ira tremendo.

Aseguro á su merced que yo no me he metido en ello.

El pueblo ha visto que Gervasio se mete en una revolución que quiere mi cabeza, y como esta no es acción de un hermano, lo ha supuesto así, y grita lo que le parece.

—Si usted tuviera vergüenza, concluyó la señora, habría castigado á los miserables que tal gritan, pero es usted un monstruo igual á ellos.

Rosas salió del aposento de su señora madre, dado á todos los infiernos.

Ese día los locos se chuparon palizas brutales, y sus escribientes y empleados fueron tratados á punta-piés y gorrazos, como acostumbraba, sin que se escaparan sus edecanes mismos.

Sus órdenes al general don Prudencio Rosas, que se hallaba en el Sur al mando de fuerzas, fueron violentísimas.

Le ordenaba la persecución y esterminio de los grupos revolucionarios que alcanzase, y la remisión de la cabeza de los mismos.

Su desesperación era tremenda, porque conculionado el Sur, tendría que distraer numerosas tropas para batir la revolución.

El bloqueo de los franceses lo obligaba á distraer grandes elementos para contrarrestar un

desembarco probable, y además, el general Lavalle de un momento á otro podía penetrar en Buenos Aires, y tal vez entonces tendría que perecer, por no poder luchar contra aquellos elementos juntos.

Su poder vacilaba.

A un hombre de su astucia no podía ocultársele que la ciudad era una mina bien cargada, y que á la aproximación de cualquier tropa unitaria, los salvajes de la ciudad trabarían un combate rudo en las mismas calles.

Así es que las órdenes expedidas á don Prudencio eran tremendas y apremiantes.

—Con toda la fuerza á tus órdenes y la que puedas reunir, le decía, deshace la revolución á todo trance.

El coronel Granada te ayudará con su tropa veterana.

Don Prudencio Rosas, general hecho á dedo por don Juan Manuel, era un hombre malo y déspota como su hermano.

Y á esta recomendación famosa, unía las de ser un ignorante calificado de bruto, y aún bastante lijero de piernas en los momentos de peligro, como lijero de manos también, cuando el peligro desaparecía.

Contra el único enemigo que el general don Prudencio se batía denodamente, según todos sus contemporáneos, era contra las vacas y majadas de los salvajes unitarios, suprimidos por el asesino de su hermano, ó por su propia cuenta.

El enemigo que se echaba encima era pues poco temible para los revolucionarios, aunque mucho para sus haciendas y propiedades.

Así, mientras don Prudencio se aprestaba á cumplir las órdenes de su ilustre hermano, Castelli, Rico y demás jefes de la revolución, preparaban sus elementos para el primer encuentro.

Las tropas con que aquellos jefes denodados contaban, eran paisanos patriotas, con mucho valor, pero con muy poca organización militar.

Se había tratado de tocar al coronel Granada, que al frente de tropas de línea, se hallaba en Tapalqué.

Pero el encargado de cumplir esta comisión no pudo llevarla á efecto, pues ya Granada había recibido pliegos de Rosas y se preparaba á cumplir lo que en ellas se le ordenaba.

Las fuerzas revolucionarias se encontraron por fin, con las que mandaba el general don Prudencio.

El triunfo hubiera sido brillante, pero á la primer carga firme de los bravos del Sur, vacilaron y ante el sable de los milicianos de Rico y Castelli, las hordas de don Prudencio se permitieron dar vuelta, y con este á la cabeza no sujetaron los mancarrones hasta Barracas.

La revolución hizo muchos prisioneros y tomó una buena cantidad de armas.

Pudo concluir con toda aquella tropa pero

fue tan rápida la huida, que al fin les fué preciso renunciar á toda persecucion.

La revolucion no podia haberse estrenado con mejores auspicios.

No solo eran dueños del primer triunfo, sino que aquella derrota iba á ser de un efecto moral de primera fuerza.

La llegada de don Prudencio á Barracas, cayó en la ciudad como una bomba.

Porque era tal el cerote que traia aquel gran general, que apenas mandó á su hermano el parte de su llegada, trató de meterse en la ciudad.

Aún parecia oír sonar á su espalda, el sable vengador de los patriotas.

Los unitarios estaban de supremo regocijo.

No se atrevian á manifestarlo ni en una sola mirada, pero el que en aquellos momentos hubiera penetrado á sus hogares, habria visto á las damas orar fervorosamente en accion de gracias, mientras los hombres se abrazaban en silencio, dispuestos al gran momento.

Porque para ellos era seguro que, despues de aquel ruidoso triunfo, los revolucionarios se vendrian sobre la ciudad.

Bien diverso fué el efecto que entre los federales produjo la inesperada aparicion de don Prudencio.

Todos los elementos de que Rosas disponia, fueron inmediatamente puestos sobre las armas y preparados para un próximo combate.

Entre tanto, el Gobernador, con el mismo ayudante que le habia traído el parte, mandaba ordenar á su hermano que, lejos de entrar á la ciudad á sembrar el espanto, retrocediera inmediatamente y contramarchara en direccion á Dolores.

El general don Prudencio, mas prudente que general, contestó que si se alejaba de allí, se esponia á caer con sus tropas, en poder de la revolucion.

—Que salga de la ciudad, repitió don Juan Manuel, que estába indignado contra su hermano, ó serán ellos el primer blanco de mi ejército.

La revolucion no podia haber seguido adelante, porque batido Granada, ya se tendrian noticias por los dispersos.

Entonces los temores de don Prudencio no podian obedecer mas que al miedo.

Conociendo de lo que Juan Manuel era capaz, don Prudencio se retiró de Barracas y emprendió su marcha hácia Chascomús, con asombrosa cautela.

Parecia que marchase por el centro de un enemigo numerosisimo.

Llevaba dos compañías de caballeria desplegadas en guerrilla, como una legua á vanguardia, y un escuadron de flanqueadores.

La ciudad, entre tanto, tenia el aspecto de un sepulcro.

Los unitarios no se atrevian á salir á la calle,

por temor de ser muertos por la mazorca — y los federales no tenian aliento para nada.

Ya se les figuraba ver fusilar por las calles al ejército del Sur, fusilándolos en monton, donde los tomaran.

La ansiedad era terrible.

Se esperaban por momentos chasques de la campaña con noticias de Granada.

Pero estos chasques no parecian á calmar la ansiedad del ilustre Restaurador.

Por fin, la noticia esperada por federales y unitarios en tan suprema angustia, llegó, traída por un chasque de Granada.

Las fuerzas de este gefe se hallaron con las de la revolucion, en la laguna de Betel, y la batalla de Chascomús tuvo lugar, sangrienta y roñida.

Granada llevaba tropas veteranas y numerosas de las que eran vanguardia las indiadas de Catriel, en número de mas de trescientos.

La revolucion traia menos fuerza, bizoña y mal armada.

No era difícil asegurar de quien seria el triunfo.

Sin embargo, la revolucion, con un denuedo á toda prueba y reforzada con algunos milicianos, que se le presentaron en Chascomús, aceptó la batalla.

Cuánto entusiasmo y cuanto brio, se desplegó en aquella accion!

A los gritos de ¡viva la Lavalle! ¡vivan los patriotas! los paisanos cargaban no ya á sable, sino cuchillo en mano.

Y los choques se producian cada vez mas sangrientos.

Varias veces los regimientos de Granada dieron vuelta, arrollados por los patriotas, á pesar de su inferioridad en armas y tropas.

Pero tropas regulares, se rehacian en cuanto encontraban alguna proteccion, y volvian á la lucha, para tener que dar nuevamente la espalda.

Los indios de Catriel se batian como fieras, impidiendo muchas veces á las tropas de Rico llegar hasta las de Granada.

El triunfo de la revolucion se hacia cada vez mas difícil.

Mientras mas se prolongara la batalla, mas estaban las probabilidades á favor de la tropa de línea, habituada á las fatigas del combate, que al de los paisanos armados, que habian luchado sin descanso, por mas de dos horas, con aquellos malditos indios empecinados en el combate.

Pero los revolucionarios se batian cada vez con mas denuedo, causando numerosas bajas al enemigo, principalmente entre los indios que eran los que mas se entusiasman en las cargas.

Por fin los revolucionarios, convencidos de que disputar por mas tiempo el triunfo, era des- trozarse sin provecho alguno, emprendieron la

retirada, temiendo que abandonar algunos heridos que no pudieron salvar.

Fué entre aquellos heridos que las tropas de Granada empezaron á cometer todo género de horrores.

A los mismos cadáveres que habian quedado sobre el campo de la sangrienta batalla, se les amputaban algunos miembros, como brazos, orejas y cabezas mismas, para mandarlas de regalo como muestra de lo que sucederia á todo aquel que se levantara contra el poder del muy ilustre Restaurador de las leyes.

No hay colores suficientemente fuertes para pintar las escenas tremendas y las monstruosidades que allí tuvieron lugar.

Los soldados y algunos oficiales, sinó todos, para mejor espresar su santo amor federal, llegaban hasta cuerear los cadáveres—y viendo que no podian, se contentaban con sacarles lonjas de cuero para hacer trenzados.

Los cadáveres fueron saqueados, por supuesto que de amigos y enemigos.

Don Prudencio, al saber la feliz noticia, se dirigió á Chascomús, donde arrasó, no solo las estancias, sino tambien los negocios de los complicados en la revolucion, desorganizada y en retirada completa.

Podia entregarse cómodamente al aparte de lo ageno, sin temor de que el enemigo viniera á molestarlo en tan piadosa tarea.

Granada, con un servilismo y una aduloneria esencialmente federal, daba cuenta de su triunfo al supremo gobernador, en una nota llena de frases aduladoras y nada mas.

“Era imposible, concluia aquella nota, contener el ardor de la indiada de Catriel, en la carga que llevaron á las columnas de los insurrectos salvajes unitarios.

El regimiento número 3, de mi mando, cargando por estalones, era una avalancha incapaz de ser detenida.

Al grito de ¡viva Rosas! repetido por toda la division, la carga se hizo general y vigorosa, dando un triunfo espléndido y decisivo.

Puedo decir, señor, que el solo nombre de V. E. sirvió para alcanzar la victoria“.

Nada mas servil y mas descalabrado en su construccion.

Pero ambas cosas le valieron el grado de general.

Y decimos que el grado fué debido á la nota, porque al referirse Rosas mas tarde á aquel combate, decia:

—Aquellas tropas de primer orden, triunfaron en Chascomús.

El pobre Granada habia mirado y nada mas. El parte aquel, publicado en *La Gaceta Mercantil*, vino á cambiar por completo el aspecto de la ciudad.

Tocó ahora á los patriotas llevar luto en el

corazon, ya que no podian manifestar su pesar desesperante.

Las campanas de los templos fueron echadas á vuelo en celebracion del triunfo, no escuchándose otro ruido que el de los cohetes, quemados con profusion.

Las músicas recorrian las calles, metiéndose al zaguan de las familias clasificadas de unitarias, donde armaban toda clase de escándalos.

La mazorca habia salido de madre, paseando las calles con el puñal en la mano y cometiendo toda clase de excesos y crímenes.

Al que encontraban por la calle con la barba entera y sin bigote, lo detenian, porque aquella barba significaba una U, y la U queria decir unitario.

El detenido era sujetado por el grupo, y afeitado de una manera feróz, que la mazorca llamaba afeitar en seco.

Y afeitar en seco queria decir afeitar sin jabon y con el cuchillo, aunque la barba saliera con los pedazos de la cara.

Y para los que duden de estas monstruosidades, reproduciremos el siguiente extracto que hallamos en el índice de Policia del año 1839 bajo el número 12.

“Ordena el gobierno la libertad del preso Zacarias Puyol, que fué aprehendido por sospechas de ser enemigo de la santa causa de la Federacion, por habersele visto parado varias noches en un poste inmediato al cuartel del comisario Cuitiño, y usar la patilla de U, la misma que le fué afeitada en seco por el sargento que estaba de guardia en dicho cuartel cuando se verificó su captura“.

Nuestros lectores podrán imaginarse la clase de tormentos que encerraba una afeitada en seco.

No habia una sentencia de muerte mas segura, que salir á la calle con una barba como la que usa hoy don Ladislao Martinez.

Porque á muchos de los afeitadores en seco se les iba la mano y solian afeitar el pescuezo tambien.

El “camino“ en la cabeza, era considerado tambien como signo unitario, y desgraciado del que se atreviera á llevarlo!

Le cortaban el pelo en seco, al principio, pero al año siguiente, por creerlo sin duda mas fácil, le cortaban la cabeza, y todo quedaba así arreglado.

Para hacerse de recursos y poder sostener un ejército, empezaron los embargos y las ventas en público remate.

Tan pronto se remataba el teatro de la Victoria y la casa de enfrente, propiedad de la señora de Montes, como los bienes de don Lucas Gonzalez, reservándose solo las estancias para premiar con el ganado á los leales partidarios de la federacion.

Aquellos remates eran curiosos!

A ellos asistían los grandes bandidos como Parra y Cuitiño, ascendidos á coroneles y comisarios de policía, Moreno, Troncoso, Badia y toda la hez de aquella canalla degolladora.

Por una casa que valía doscientos mil pesos, suma enorme en aquellos tiempos, ofrecía Troncoso cinco mil pesos, por ejemplo.

Y mientras el rematador, que lo era por entonces Arriola, pedía mejora de la oferta, Troncoso paseaba una mirada terrible por toda la concurrencia.

¿Quién se atrevía á disputarle la finca?

¿Quién provocaba la cólera del bandido, mejorando la oferta?

Ninguno, seguramente.

Los únicos que se hubieran atrevido á hacerlo, eran los bandidos iguales al postor, como Parra, Badia, etc.

Pero estos no lo hacían porque tenían sus convenios particulares.

Hoy compraba Troncoso, Parra ó Cuitiño, sin que los demás mejoraran la oferta, para que mañana estos pudieran comprar á su vez sin oposición de aquellos.

El rematador repetidos ó tres veces la frase sacramental de ¿no hay quien dé mas?

El grupo repetía "adjudiqueselo que es buen federal", y la venta quedaba hecha.

Así aquellos bandidos habían establecido una sociedad para comprar barato, sin que hubiese quien se atreviera á hacerles la indicación mas insignificante.

Así se repartía aquella turba de facinerosos, la fortuna de los titulados salvajes unitarios, ó de los que realmente lo eran.

Las consecuencias de este imperio de los asesinos, tenían que ser funestas.

Para ser clasificado de salvaje unitario no era preciso serlo, usar la barba de U, andar sin divisa ó pretender fugar.

El que poseía alguna propiedad codiciada por algun jefe de la mazorca, ó el que uno de estos debiera dinero, eran también causas suficientes para ser degollado por salvaje unitario.

El que deseaba apoderarse de la finca lo delataba como tal, y obtenía uná orden de degüello cuando no lo hacía simplemente por cuenta propia.

Sus bienes se remataban, y el delator y degollador acudía á hacer oferta, en la seguridad de no tener competencia.

Si esto sucedía en el corazón de la ciudad, podrá calcularse fácilmente lo que hacían los federales en la parte de la campaña que no había dominado la revolución!

Allí los crímenes eran positivamente bestiales y se cometían con un verdadero lujo de ferocidad.

Los jefes rosistas parecían empeñados en sobresalir como crueles y asesinos.

Uno de los episodios que puede servir como

muestra de lo que pasaba en la campaña en aquellas épocas, es el asesinato terrible del teniente coronel Zelarrayan.

La traición de Martínez Fontes había sido fecunda en víctimas.

Poco á poco habían ido descubriéndose los complicados en la conspiración de Maza, y degollados después de someterlos á tormentos espantosos.

El teniente coronel Juan Zelarrayan, al mando de fuerzas federales, se había lanzado ardientemente á preparar un movimiento revolucionario que pudiera servir de poderoso punto de apoyo á la conjuración Maza.

Valiente y prestigioso, el comandante Zelarrayan no omitía sacrificio para hacer triunfar su idea patriótica.

El personalmente, hacia los trabajos de tocar á este ó aquel amigo, como de llegar á los ranchos y proclamar á los paisanos con lenguaje sencillo y entusiasta.

Y había concluido por convencerse de la gran facilidad con que podía llevarse á cabo un movimiento revolucionario en el Sur de Buenos Aires.

Rosas no solo había perdido su prestigio allí donde antes fuera un ídolo, sino que había levantado sobre sí una tormenta de ódios y rencores.

El paisano, perseguido y martirizado de todos modos por la autoridad militar y la misma justicia de paz, estaba dispuesto á tomar parte en cualquier movimiento que tuviera por objeto la caída de aquel poder omnívoto y feroz.

Los estancieros acaudalados estaban en las mismas disposiciones, aunque éstos se recataban algo, pues á la menor sospecha concebida por el gobierno, sabían que perdían la cabeza.

No querían tomar parte abiertamente, sino en un movimiento serio y bien preparado, como el que echó por tierra la infame traición de Martínez Fontes.

Zelarrayan veía todas estas disposiciones, desde el mas rico hacendado hasta el peon mas humilde, y se lanzó de lleno en la prosecución de la gran obra.

Zelarrayan, cuando empezó sus trabajos, no contaba con mas contingente leal y seguro que sus amigos el sargento mayor Manuel German Céspedes y el capitán José Ríos.

Estos dos hombres, tan bravos y resueltos como Zelarrayan, se habían comprometido á ayudarlo hasta el fin de la noble jornada, fuera feliz ó adversa.

Entre los tres partían como buenos hermanos la peligrosa tarea de buscar prosélitos para el movimiento.

Se separaban muchas veces por la mañana y no volvían á verse hasta el otro día, para comunicarse la larga lista de nuevos afiliados.

Zelarrayan era un carácter noble y franco, pero serio y hombre de pocas palabras.

Era muy competente para dirigir el movimiento que tramaba, pero poco á propósito para seducir aliados, por su palabra breve é imperativa.

El capitán Rios, por el contrario, persona jovial é inmensamente comunicativa, apenas hablaba cinco minutos con un paisano, ya lo tenia conquistado.

Rios recorría todos los bailes, jugadas y pulperías donde habia reunion de paisanos.

Se apoderaba de una guitarra, que manejaba como el mejor, y al poco tiempo habia armado un jaleo de todos los diablos.

Cuando se retiraba de la reunion, habia cautivado á los paisanos que lo miraban como cosa suya y de "la familia".

Era entonces que el capitán Rios les hacia una *tanteada*, y segun respondian á ella, les proponia la revuelta, mostrándoles en un lenguaje sencillo, la necesidad que habia de voltear un gobierno como aquel, al que el paisanaje no debia mas que martirios y privaciones.

Su lenguaje sencillo y elocuente llegaba al corazón de los paisanos, decidiéndolos por la revolucion, sobre todo cuando la propuesta venia de tan *lindo mozo*.

Así trabajaron estos tres hombres infatigables sembrando una semilla que vinieron á cosechar en gran parte Martínez, Ramos Mejía y demás héroes de la revolucion del Sur.

La traicion al ató sus alas sobre aquellas tres nobles cabezas y Zelarrayan fué sentido cuando tenia preparados todos sus elementos para pegar el grito de libertad en la primer oportunidad propicia.

Zelarrayan y sus dos amigos empezaron á ser espíados de cerca, hasta que se apoderaron de su trama con los principales hilos.

Completamente ignorantes de lo que pasaba y del terrible peligro que corrian, no tomaban la mas mínima precaucion, prosiguiendo en su noble tarea como si tuvieran la mayor seguridad en el éxito.

Una noche, cuando menos se lo esperaban, los tres amigos, fueron sorprendidos por fuerzas del coronel Vicente Gonzalez.

No tenian cerca de ellos mas que una compañía que mandaba el capitán Rios.

El combate fué rudo y prolongado.

Los tres amigos sabian que defendian la cabeza, y hacian prodigios de valor.

La compañía de Rios se batió de una manera memorable, pero tuvo que ceder el campo al número y rendirse, no habiendo ya nada que hacer.

Zelarrayan y sus dos compañeros, aprovechando la oscuridad y la última escena de la sangrienta pelea, lograron retirarse sin ser vistos y tomaron rumbo á Bahía Blanca.

Allí contaban con numerosas relaciones y quedaban mas inmediatos á un punto de embarco.

Porque descubiertos por Rosas, no les quedaba mas salvacion que la pronta huida al extranjero.

Cuatro ó cinco partidas de Gonzalez, salieron en varias direcciones, al notar la ausencia de las personas que con tanta avidéz buscaron al dia siguiente.

Rosas les habia dado órden terminante de tomarlos vivos, y un pliego de instrucciones que no debia ser abierto hasta que aquellos no hubieran sido tomados.

Una de aquellas partidas tomó el camino de Bahía Blanca, mas ó menos sobre la huella que marcaba el paso de Zelarrayan, Céspedes y el capitán Rios.

Estos no habian podido mudar caballo durante la noche, lo que daba á sus perseguidores una gran ventaja, pues antes de partir aquellos pequeños destacamentos, habian tomado los mejores caballos, como que habia un gran interés en alcanzar á los fugitivos.

Los tres amigos trotaron todo el resto de la noche, pues galopar solo habria servido para que sus caballos hubieran concluido de postarse.

Pero por la mañana tuvieron que hacer un alto, para conservar sus caballos, siquiera hasta la primera poblacion, poco distante de allí.

En todo el resto de la noche apenas habian podido andar seis leguas, seis leguas que el enemigo andaria montado como iba, en un par de horas.

Los tres jóvenes se daban al diablo, sin poder atinar como podian haber sido descubiertos.

—Es natural, aseguraba Rios, hemos obrado con demasiado desembozo, para no ser pillados.

Nuestra gran chambonada ha sido esperar, en vez de haber dado el golpe cuando todo estuvo dispuesto, y convulsionar todo el Sur, desde Barracas á la frontera.

—No es tiempo ahora de pensar en lo que debimos hacer, repuso tristemente Zelarrayan, sino en lo que debemos hacer para salvar la cabeza.

Es indudable que ahora nos andan persiguiendo y que tal vez vengan sobre nuestra pista.

La cuestion es entonces ganar tiempo, todo el tiempo que se pueda.

Una vez en Bahía Blanca estamos salvos—yo lo garanto.

—Puedo decir delante de ustedes que me copenocen, agregó el capitán Rios, que no tengo el menor temor á la muerte, ni el mas insignificante cariño á la vida.

Una y otra me eran indiferentes, desde que me metí á hombre de espada.

Pero debo confesar con la misma franqueza que una muerte tan sin provecho me escusee la conciencia, y que la idea que una día me

llada me ha de cortar el cogote como a un animal de carneada, no me es nada simpática.

Prefiero la muerte como yo la he deseado para mi.

Al frente de mi compañía y postrando el mayor número de enemigos que me sea posible.

—Comprendo tu descontento porque a mi me pasa otro tanto, añadió Céspedes.

La muerte que nos puede dar el gran Rosas, francamente no estaba en mis libros—y francamente yo protesto ante la profanación de mi honesto pescuezo.

—Mal regalo te espera—terminó Rios.

Sigamos el consejo del comandante y tratemos de llegar ilesos a Bahía Blanca, que es nuestra salvacion.

Siento mas nuestra situacion por él, que es hombre de familia y de obligaciones.

En cuanto a mi, vuelvo a declarar que no es la muerte lo que me preocupa, sino la forma en que esta nos puede ser ofrecida.

Si el desgraciado Rios hubiera conocido el fin tremendo que le esperaba, no se hubiera espresado de otra manera, pues es su muerte, fuera de duda, la mas tremenda de todas las ordenadas por Rosas.

Despues de estrecharse la mano el comandante y el capitán, con espresivo cariño, montaron a caballo y siguieron los tres el camino interrumpido.

Rios tenia por Zelarrayan un cariño íntimo é invariable.

Zelarrayan lo habia hecho soldado enseñándole el camino de la gloria, y lo habia tratado siempre, no como a un subalterno, sino como á un hermano a quien se quiere y se distingue.

Cuando concibió la idea de la revolucion, quiso apartarlo de ella, pero Rios le alzó el gallo por primera vez, y le declaró terminantemente que queria correr con él aquella aventura.

—Hay gran peligro de pagar la tentativa con la cabeza, y basta con la mia.

—Si hay peligro, razon demas para comparirlo, contestó Rios, y no se hable mas.

Yo no soy oficial del ejército para andar huyendo al peligro—y jamas ninguno tan bien venido como el que se corre al lado de un hombre leal y de un patriota.

Vengan, pues, esos cinco.

Zelarrayan tuvo que ceder y Rios corrió la tormenta cuyo fin sintió tan próximo.

A las dos leguas de camino tuvieron como mudar caballo, aunque no ganaron en el cambio.

Sin embargo, miraron como una salvacion a aquellos pobres mancarrones, a los que "bajaron la mano" para marchar con toda la rapidez que les fuera posible.

A las tres leguas de marcha hicieron otro alto para dar un resuello a los caballos, cuando Zelarrayan mostró a sus compañeros un polvo que se veia detras.

—Que me desuellen vivo, dijo, si aquellos no me vienen buscando!

—Pues a no perder tiempo, respondió Rios.

Todavía no nos han echado el guante y espero en Dios que no llegará el caso.

Y los tres montaron a caballo poniéndose a media rienda.

A los cinco minutos mas ó menos, dió vuelta Rios y vió que los polvos se habian convertido en un numeroso grupo de ginetes.

—Por todos los diablos! dijo, no solo han apurado la marcha, sino que á pesar de nuestra prisa, parece que nos aventajan.

Y estos flacuchos que no pueden con su alma!

—A este paso, observó Céspedes, sospecho que dentro de muy poco tiempo vamos a ser alcanzados.

Opino entonces que, si el resultado ha de ser el mismo, que nos alcancen, no nos fatiguemos mas.

Bajémonos y esperemos, que tres hombres resueltos pueden mucho y siempre nos quedará el consuelo de haberles hecho todo el mal posible.

—La idea no es mala, contestó Zelarrayan, pero aun hay tiempo de ponerla en práctica.

Apuremos los matungos á ver cómo se portan.

Los mancarrones fueron apurados en toda regla, pero no se logró hacerlos adelantar lo mas mínimo.

Y la partida avanzaba visiblemente, pudiendo contar ya los veinte y seis soldados que la componian.

Apenas los separaba una legua de distancia. Los tres amigos revisaron sus pistolas y siguieron castigando sus matungos.

A la media hora de camino, no habia ya esperanza que abrigar.

Estaban muy lejos del punto de salvacion y la partida habia adelantado mucho.

No podia haber duda de que en media hora mas, serian alcanzados sin remedio.

—Ahora si me parece inútil fatigarnos mas, dijo Zelarrayan, pues pronto vamos á tenerlos encima.

Si ustedes quieren nos detendremos aquí.

Por toda respuesta los dos compañeros pararon el caballo y echaron pié á tierra.

Los tres se sentaron en el pasto, con las pistolas al lado y la espada en la mano.

En aquella actitud, parecian mas bien hombres que esperaban la incorporacion de aquella partida.

Y tan era así, que la misma partida detuvo la marcha, creyendo haberse equivocado, porque los perseguidos no podian esperarlos en aquella es-

titud tranquila, aunque se veían sus armas en la mano.

Un sargento mayor que la mandaba, se adelantó pues sin dudárselos conocía.

Y cerciorado de que eran ellos, hizo una seña á los soldados que siguieran avanzando.

Pocos minutos despues los tres amigos se ponían de pié, rodeados por la partida, que también habia desmontado.

—No hay que hacer resistencia, gritó el mayor, pues sólo tenemos órden de prenderlos y llevarlos al Azul.

De órden del señor gobernador entreguen las armas.

—Despues de habérselas roto en la cabeza, repuso Zelarrayan.

No pierda su tiempo inútilmente y proceda como le parezca.

—Señor mayor . . . de edad! gritó entonces Rios, que no habia perdido su buen humor, no se séque la lengua y véngase el primero.

A que nó se vienén?

—Peor para ustedes, salvajones, si no se entregan, porque los ataré a la fuerza.

Y dió órden á los soldados de reducirlos á prision.

Sin duda estos habian recibido órden terminante de no matarlos, pues no cargaron como para herir.

En cambio los tres amigos hicieron uso de las pistolas, el mejor uso posible; y sable en mano se prepararon á la defensa.

No hubo lucha posible.

La partida era numerosa, ellos estaban á pié y por fuerza tenían que ser tomados.

El primero que cayó fué Zelarrayán, en vuelto en un hábil tiro de lazo, y á este siguió Céspedes, envuelto en las patas de su caballo.

Quedaba Rios solamente, que con una agilidad prodigiosa habia evitado tiros de lazo, bolas y pechadas.

Pero qué podia hacer sólo, saltando entre aquel estrecho círculo de soldados.

—Vamos por partes! gritó entonces, convencido de que la prision no tenia remedio.

Yo voy á entregarme, pero no hay que atropellar.

A una seña del mayor los soldados se detuvieron y el capitán Rios se entregó despues de haber roto su espada.

El hubiera podido matarse, como fué su intención, para no caer vivo en semejantes manos.

Pero pensó en el desgraciado Zelarrayán y quiso partir su suerte.

Los tres amigos fueron bien amarrados, como si se tratara de criminales feroces, y echados por delante.

Entonces recien, cuando estuvieron inermes, empezaron los insultos y los golpes.

—Miren qué basuras para habernos hecho cor-

rer un dia entero! gritó el mayor, atropellándolos con el caballo.

Si no valen siquiera la pena de la degollada!

—Amigo mio, observó Zelarrayan, el vernos prisioneros no le da el derecho de faltarnos al respeto debido.

Si hemos cometido algun delito, ya se nos juzgará.

—No es mala la juzgada que vas á tener, salvaje revolucionario.

El tal mayor era un paisano de larga melena y elevada talla.

Su fisonomia innoble inspiraba muy poca confianza.

Sin embargo él debia tener órdenes de no hacerles mal, cuando ya no los habia degollado.

—Calle el compadron, gritó Rios, y no olvide que está hablando con un superior.

El mayor se puso furioso ante aquella salida que hizo reir á la tropa, y dió al capitán un tale-razo.

—Esta es la primera reprimenda—le dijo—á la segunda te meto el cuchillo hasta el remache. los tres amigos se miraron y guardaron silencio, comprendiendo que por aquel camino solo iban á conseguir hacerse estropear inútilmente.

Aquel viaje de regreso fué espantoso.

Los prisioneros fueron privados del alimento y del descanso, pues durante la noche se les obligaba á estar de pié.

Cuando llegaron á donde estaba el coronel Gonzalez, á pesar del triste estado de miseria y hambre en que venian, aquel les hizo poner una barra de grillos y pasar al cuartel, mientras leía las órdenes que tenia y que habia llegado el momento de abrir.

Aquella órden era de tal especie, que el mismo que la leía se estremció, sintiendo profundamente que aquellos hombres hubieran caido en su poder.

A Zelarrayan se le condenaba á muerte.

A Céspedes y Rios se les perdonaba la vida, pero con condiciones terribles.

A Zelarrayan se le mandaba fusilar y cortar la cabeza, para ser remitida á Palermo despues de dejar cumplida la sentencia en sus otras partes.

El mayor Céspedes y el capitán Rios debian presenciar el fusilamiento y degüello.

Esa cabeza debia ser clavada en un parage público por espacio de cinco dias.

Durante aquellos cinco dias, dos horas cada dia, Céspedes y Rios debian ser colocados á una vara de la cabeza á la que debian mirar fijamente, sin hacer el menor gesto de disgusto ó pesar, bajo la pena de doscientos azotes.

Cuando se les comunicó semejante brutalidad monstruosa, tanto Rios como Céspedes declararon que preferian morir.

—Imposible! repuso Gonzalez, enseñando el último párrafo de la órden.

No había remedio—aquella orden maldecida debía cumplirse al pié de la letra.

Rios era el mas apesadumbrado de los tres.

Ya hemos dicho que amaba con pasion a Zelarrayan, que era indudablemente el mas favorecido, pues al fin iba á morir y verse libre de todo sufrimiento.

Minutos despues de leida la sentencia, sin proporcionarle el auxilio que pidió, de un sacerdote, el comandante Zelarrayan fué fusilado en presencia de la poca tropa reunida y de sus dos compañeros.

Zelarrayan murió como un bravo.

En aquel momento supremo, cuando avanzaban los soldados, dió un ¡muera el tirano! escupió á la cara al oficial que mandaba á la ejecucion, y recibió la descarga, sin apagar de sus lábios la glacial sonrisa de desprecio.

Acto continuo avanzó sobre el cadáver, daga en mano, el mismo mayor que les habia hecho prisioneros, y que habia pedido el *barato* d aquella *bolada*.

Tomó del cabello la cabeza del noble jóven, y la separó del tronco con una facilidad que acusaba su larga práctica en aquella operacion.

—No les dije que nos ibamos á divertir? preguntó á Céspedes y á Rios.

Lástima que no pueda hacerles lo mismo.

—Harto lo siento! respondió el último, concibiendo la esperanza de enfurecer al mayor y hacerse degollar tambien, para librarse de la parte de la órden á ellos referente.

Harto lo siento, pero eres demasiado cobarde para degollarme á mi!

Lo que es por su voluntad el mayor habria hecho el gusto al prisionero, pero no habia autorizacion.

Era preciso que se cumpliera tambien la segunda parte de la órden.

Esta empezó á ejecutarse el mismo dia.

La cabeza del comandante Zelarrayan fue clavada como se habia mandado, y los dos presos colocados á una vara de distancia, desde donde se les hizo contemplar por las dos horas mandadas.

Si la órden de no dejar de mirar la cabeza, sin hacer el menor gesto de disgusto, hubiera sido bajo pena de ser tambien sacrificado, el capitán Rios hubiera hecho lo posible por merecerla.

Pero se trataba de una pena terrible é infamante como la de azotes, y no queria aumentar la desesperacion del dolor, con la vergüenza pública.

Ambos fijaron su vista en la sangrienta cabeza del amigo, y permanecieron inmóviles el tiempo ordenado.

Al otro dia el espectáculo era mas repulsivo y lúgubre.

La cabeza, puesta al sol durante el dia, habia

empezado á descomponerse desfigurando las nobles facciones.

Estas se habían hinchado y aparecian manchadas por la gangrena.

Rios necesitó emplear toda la fuerza de su terrible voluntad, para no apartar de ella la vista y no hacer, no ya un gesto de disgusto sino de terrible indignacion.

Los federales durante la noche, habian escarnecido la noble cabeza, adornándola de cintas y moños celestes en cada faccion saliente.

Al rededor de ella habian celebrado una orgia terrible, rogando á Dios les proporcionara igual espectáculo todos los dias.

Los pobres presos eran tratados en sus calabozos con todo el rigor posible.

Se les daba de comer alimentos de la peor condicion que podian hallar.

Y como no satisfechos con estos, les daban de beber solamente por la mañana, para hacer les aparecer los tormentos de la sed:

Rios se habia enfermado, no por los malos tratos materiales, sino por la muerte desgraciada que cupo á su amigo.

La cabeza de Zelarrayan no se apartaba un momento de su vista, pues cuando se cumplia el tiempo de mirarla, la veia en el calabozo, sobre los hombros de sus centinelas, en cualquier parte en fin donde fijara la vista.

Y estaba tan impregnado del fuerte olor que despedia la cabeza, que lo tomaba hasta en los alimentos, de que se privó, voluntariamente, pues no podia ya tragar un solo bocado.

Le parecia que comia de la cabeza de su amigo.

Al tercer dia cuando lo sacaron del calabozo para conducirlo ante la cabeza, el capitán Rios no podia dar un paso.

Se sentia débil, febril y atacado de un raro delirio.

Se le figuraba que lo obligaban á besar aquella cabeza fétida y desfigurada.

Su estado no lo salvó del espectáculo diario, pues fué sentado en un banquito, á una vara del terrible despojo.

Ya el olor no se podia tolerar á seis varas de distancia.

Rios fijó en la cabeza su vista débil y enfermiza que acusaba toda la amargura que espermentaba.

Asi permaneció mas de media hora, sin hacer el mas pequeño movimiento.

Al cabo de este tiempo, los centinelas que observaban en los presos el cumplimiento de la órden, se estremecian ante el nuevo cuadro que se les ofrecia.

El capitán Rios habia caido del banquito donde se hallaba sentado, prorumpiendo en una carcajada estruendosa.

Cuando se acercaron á levantarlo, los rechazó con un ademán enérgico diciéndoles:

—He dicho que no quiero besarla!

Aunque me maten, no quiero besarla, y reía como si le hicieran cosquillas.

Ríos no había podido resistir á la prueba y se había enloquecido.

Era demasiado el cariño que profesaba á su amigo para resistir semejante espectáculo.

Céspedes, aunque conservaba su juicio, parecía que empezaba á idiotizarse.

Parecía un ser indiferente al que nada lo movía, ni la cabeza de Zelarrayan ni la locura de Ríos.

Al principio creyeron que está era fingida y para evitar el cumplimiento de la orden.

Y trataron de sacarlo al cuarto día.

Pero tuvieron entonces que convencerse de la verdad de la locura: tales cosas dijo y tales cosas hizo.

El delirio había aumentado de una manera terrible, y la locura, bajo la forma del delirio de as persecuciones, había tomado un aspecto terrible é imponente.

Ríos agredía á los centinelas tratando de morderlos, y no pudiendo llegar á ellos, se mordía él mismo, haciéndose en los brazos y manos heridas terribles.

Fué preciso enlazarlo, porque ninguno quería acercársele y atarle los brazos á la espalda.

Al quinto día por la mañana, el capitán Ríos fué presa de un ataque mas violento que todos los demás.

No pudiendo morder otra cosa, clavó los dientes en la hoja de la puerta, y se tiró al suelo dando alaridos terribles.

Una hora despues el capitán José Ríos moría de una manera desesperante.

Lloraba de una manera conmovedora, y rogaba por todos los santos que le sacaran de sobre los labios aquella cabeza podrida.

Los soldados que pocos momentos antes reían de la desesperacion de aquel desventurado, no pudieron contener un movimiento de piedad ante aquel cadáver.

Céspedes pareció que aquel nuevo golpe completara su idiotismo.

Miró á su compañero y amigo tirado en el suelo sin vida, y ni siquiera se inmutó ni cambió la espresion glacial de su semblante.

—Feliz de él! exclamó, y se fué á contemplar la cabeza con la mayor indiferencia.

Era que Céspedes estaba tambien loco, sin que

lo supieran, pues la suya era una locura suave y apacible, llena de cariñosa melancolía.

Las únicas palabras que se le oían, eran para lamentar la muerte de Zelarrayan.

De su compañero parecia no acordarse, y cuando le hablaban de él se encojía de hombros como si no supiera de qué le hablaban.

El capitán Ríos fué arrojado á campo, en una zanja, porque á los salvajes unitarios que habían atentado á la vida y seguridad del supremo gobierno, no se les daba sepultura.

A los seis días de la ejecucion del comandante Zelarrayan, su cabeza fué retobada en un cuero.

Cada dos ó tres puntadas, los milicos que en ello se ocupaban tenían que disparar á respirar mas lejos, pues la cabeza había empezado ya su segundo período de descomposicion, adelantado por aquellos cinco días de sol.

Y así fué remitida á Palermo junto con el mayor Céspedes, acompañado de una nota en que se narraba lo sucedido á Ríos.

Y aquella cabeza se exhibió en Palermo durante tres días mas, para escarmiento de salvajes unitarios.

Los federales se acercaban á ella, dominando el horror y la repugnancia que les inspiraba!

Quién se atrevía á decir que tenía asco de un espectáculo que el mismo Rosas había preparado?

Si este hubiera mandado que besaran aquella boca llena de gusanos, lo habrían hecho tambien demostrando el placer mas íntimo.

Y Rosas, que conocía la repulsion que aquella cabeza inspiraba á los mas tímidos, se complacía en mandarlos á cada momento á que la miraran y que le avisaran cuándo hubieran desaparecido las partes blandas.

El mayor Céspedes fué obligado todavia á contemplar la fatal cabeza durante aquellos tres días lo que poca impresion le hizo, pues estaba ya completamente idiota.

La miraba como lo hubiera hecho con cualquier otro objeto indiferente.

En uno de aquellos días se fué del lugar donde lo ponían á su horrible contemplacion, y nadie lo detuvo.

Rosas había dicho lo dejaran en completa libertad de accion.

No volvió á saberse mas lo que había sido del sargento mayor Céspedes.

El partido unitario, lejos de amedrantarse con estos hechos verdaderamente terribles, estrechó sus filas, por el contrario, y se preparó á la lucha para arrancar al tirano, de cualquier manera, su libertad arrebatada. ...

## Una tragedia de doce años

La conjuración de Ramon Maza y la revolución del Sur, habían puesto al tirano de un humor tremendo.

Sus agentes le habían avisado desde el Estado Oriental que el general Lavalle se había movido protegido por los franceses, con buenos elementos, para unirse á la revolución del Sur.

Su dictadura peligraba entonces amenazando el derrumbe, y era necesario contenerlo, haciendo esfuerzos de ferocidad.

Y su sistema de dominar por medio del terror, volvió á ser implantado con mas firmeza que nunca.

Ya no se fusilaba en los cuarteles á altas horas de la noche, ni se degollaba en el interior de las casas unitarias, para hacerlo con mas cautela.

Se cantaba la *refalosa* en plena calle y se degollaba á sierra mellada á las doce del dia en la misma plaza de la Victoria como al doctor Zorrilla.

Era necesario aterrar al pueblo, y para lograrlo nada mejor que hacerlo presenciar la manera cómo se aplicaba el sistema federal.

Los degolladores hacian público alarde de sus crímenes.

Lo mas natural y frecuente era ver una partida de estos, deteniendo un hombre, por el delito de llevar barba unitaria.

Y sin mas trámite ni motivo sacaban sus facones y lo afeitaban en seco, como castigo señalado de antemano.

Era infalible que junto con la barba fueran tambien algunas rebanadas de carne.

Pero esto era hecho intencionalmente y no habia que parar en ello la atención.

Era simplemente un nuevo motivo de fiesta y algazara.

Y cuidado que el que así salia podia contarse por bienaventurado.

Pues el que de cualquier modo protestaba de aquel hecho brutal, le afeitaban el cuello dejando á la policia el trabajo de recoger el cadáver.

Por esta causa era frecuente encontrar á un afeitado en seco reir á la par de los verdugos y festejar la federal ocurrencia.

Los que llevaban chaqueta unitaria, eran despojados de ella en la calle, previa aplicación de una paliza.

Y la persecución á las prendas de vestir, hecha por la mazorca, llegó al punto de que los mismos empleados federales eran perseguidos y

amonestados porque impensadamente, sin duda, habían hecho uso de ellas.

Tenemos delante una nota en que el gobernador apercibe agriamente al comisario Lopez, diciéndole:

—Hago saber á usted que el celador que está á su servicio usa calzones celeste y que usted usa capote verde.

El gobierno previene que si no tienen cómo vestirse uno y otro, con exclusion de tales colores unitarios, es menos malo que cesen en su empleo que causar semejante escándalo un funcionario público de su clase, por lo que el gobierno dispone se le dé de baja en el Departamento.

Así es que nadie se atrevia á presentarse en público con ninguno de estos colores en el traje.

Las familias unitarias mas exaltadas los usaban en la porcelana ó en el entapizado, pero muchas de ellas pagaron con la vida temeridad tan grande.

Los unitarios se convencieron entonces que en Buenos Aires no habia cómo conservar la vida y la fortuna, y aquellos que podian flear un barco cualquiera, emigraban á Montevideo, abandonando sus intereses.

Al principio Rosas se contentaba con apoderarse de los bienes dejados por otros.

Pero poco después pensó que era mejor apoderarse tambien de la cabeza de sus dueños, y los comisarios Cuitiño y Parra fueron los encargados de vigilar la ribera, en toda su extensión, y pasar á cuchillo á todo el que fuera tomado embarcándose ó por embarcarse.

Muchos patriotas perecieron á manos de estas partidas emboscadas en todos los puntos, pero no por esto abandonaron este medio de salvación.

Lo que hacian era juntarse por grupos, bien armados, y correr el azar de una lucha.

Si eran sorprendidos, peleaban con todo el ardor del que disputa su cabeza.

Unas veces sucumbian, pero otras lograban poner en fuga á los degolladores y embarcarse en la lancha ó ballenera que los esperaba en parage fijo.

Muchos de estos unitarios fueron vendidos por el mismo barquero que debia salvarlos, pero esto no era bastante á hacerlos desistir.

Continuamente se sabia que tales ó cuales personas habían sido degolladas al embarcarse á Montevideo, y nuevas partidas se hacian noche á noche.

Una de estas escursiones desgraciadas dió ortjen á una verdadera tragedia de familia, que duró tanto como la tiranía misma.

El señor don José Maria Salvadores, unitario intransigente y con un valor personal á prueba del mayor peligro, habia decidido irse á Montevideo, pues señalado como [salvage pertinaz, su cabeza estaba marcada por los degolladores, quienes esperaban solamente una ocasion propicia.

En los primeros grupos que se formaron para huir los peligros de aquella dictadura feroz, figuraba el señor Salvadores, que habia arreglado de antemano todos sus negocios y bienestar de su familia.

Pero aquella caravana fué sorprendida y atacada en momentos de embarcarse por soldados de Cuitiño.

Habian sido delatados por el mismo barquero que debia conducirlos á Montevideo, y á quien habian pagado anticipadamente el precio del viage.

A los barqueros que tal conducta federal observaban, el gobierno les permitia guardar el importe del viage, dándoles ademas una recompensa en dinero.

Como los que emigraban no habian contado con la sorpresa, ni siquiera se habian armado y tomado otras precauciones del caso.

Como al llegar al punto donde los esperaba la ballenera no vieran nada que les llamara la atencion, siguieron adelante, considerándose ya salvos.

Pero apenas se habian quitado los botines y arremangado los pantalones para entrar al rio y caminar hasta el barco, los soldados de Cuitiño, guiados por este mismo, cayeron sobre ellos sable en mano.

Aquellos hombres, en tan duro trance, no se amedrentaron.

Comprendieron que estaban perdidos y decidieron morir causando á los asesinos todo el mal posible.

Quien con el baston que llevaba, quien con sus propios botines, y quien en fin, a puño limpio, cada cual trató de hacer una defensa mas ó menos desesperada.

Pero aquel era caso irremediabilmente perdido.

Los asesinos eran muchos, estaban armados de sable, y a caballo.

Cuando cayeron sobre los fujitivos, Salvadores estaba sentado aún sobre el verde, sacándose los botines.

Completamente dueño de sí, esperó el jiro que tomara la aventura, tratando de pasar desapercibido.

No queria abandonar a sus compañeros en tan amargo trance, si su ayuda podia darles la menor posibilidad de escapar.

Pero si todo estaba perdido, no queria tampoco sacrificarse estérilmente.

Y no era solo la conservacion de la vida lo que así lo hacia pensar.

Era su familia, que necesitaba su ayuda y el sosten que podia proporcionarle su trabajo honrado y activo.

Salvadores logró pasar desapercibido.

Los asesinos se echaron sobre aquel grupo de hombres de pié, que dominaba el cuadro, y no se fijaron en el pequeño grupo del suelo que se encojió cuanto le fué posible.

No tuvo mucho que esperar, para apreciar el resultado sangriento que aquello podia tener.

Salvadores se escurrió hasta un pozo oscuro, donde se metió, reduciéndose al menor volumen posible.

Y fué desde allí que sintió la matanza de sus compañeros.

Todos fueron muertos y degollados en seguida para llevar sus cabezas como constancia del hecho.

Rosas habia exigido aquella formalidad, para evitar que le fueran con falsas narraciones.

Cuando hubieron terminado el degüello, empezó el registro de los cadáveres, que los asesinos limpiaron de cuanto llevaban encima.

Como el que tenia, generalmente llevaba sobre sí todo el dinero y alhajas, el botin de estas matanzas daba á las partidas una ganancia pingüe, así es que la vigilancia de la costa se hacia con suma prolijidad.

—Pero aquí falta uno! dijo de pronto el que parecia sargento de aquella partida.

El gringo dijo que eran seis y yo no cuento mas que cinco aquí.

Ya le enseñaré yo á equivocarse!

—Tal vez el que falta ande por aquí cerca, dijo otro.

Vamos á buscarlo y si está, completemos la media docena.

Salvadores, que habia oido el dialogo anterior, se, acurrucó mas en su pozo, á riesgo de asfixiarse y esperó lleno de angustia el resultado de aquella propuesta.

Estaban tan cerca de allí, que si lo buscaban, no podian tardar en hallarlo.

Pero pronto pudo tranquilizarse y recobrar su habitual serenidad.

—Eso es al boton, habia contestado Cuitiño.

Si se nos ha escapado alguno, ya estará bien lejos de aquí.

El buscarlo, solo servirá para mostrar que hemos andado con torpeza y hacernos echar una peluca en vez de recibir una gratificacion.

Vamos, pues, que de todos modos es tarde.

—Y, no los echamos al agua? preguntó el sargento.

—No faltará quien lo haga—ahora, vamos! concluyó Cuitiño echando a andar.

Los bandidos lo siguieron sin hacer la menor observacion.

Cuando Salvadores los sintió a alguna distancia, sacó poco a poco la cabeza del pozo, y miró rápidamente en todas direcciones.

Aunque no habia oido decirlo, temia que alguno se hubiese quedado allí de centinela. Pero qué tenian que hacer despues del saqueo y degüello?

A qué habian de quedarse?

Cuando se cercioró que no habia por allí ninguna persona, salió de su pozo, y echó a andar siempre con recato, y ocultándose entre los árboles del bajo.

En cuanto llegó a la esquina de Temple subió rápidamente la barranca.

Allí se detuvo y se puso los botines, colgándose las divisas que, por un exceso de prudencia, no habia tirado como sus compañeros.

Y enfiló a trote gatuno, camino de su casa.

El señor Salvadores vivia en la calle de Temple entre Maipú y Esmeralda.

Cuando llegó fué grande la sorpresa de su gentil esposa, que lo hacia ya en camino para Montevideo.

La operacion del degüello y registro habia sido larga y, habiendo salido de su casa a las 9 de la noche, eran las 3 de la madrugada cuando regresó.

Recien cuando cerró la puerta de su casa se consideró salvo por el momento, pues si los asesinos sabian el nombre del que faltaba, no tardarian en venirlo a buscar a su misma casa, como habian hecho con otros muchos.

El resto de aquella noche y el dia siguiente, fué de suprema angustia para Salvadores y su esposa, á quien este no se cansaba de narrar la manera providencial con que habia escapado á muerte tan segura.

Al dia siguiente mandó á un amigo para que se impusiera de lo que se decia sobre la manzanza de la noche anterior.

Este no tardó mucho en volver con consoladoras noticias.

Se decia que la Policia habia sorprendido cinco salvajes unitarios que se escapaban para el ejército de Lavalle y se les habia limpiado.

Pero no se agregaba una sola palabra referente a un sexto que se hubiese escapado, ni mucho menos que este sexto fuera el señor Salvadores.

Podia estar tranquilo á este respecto.

Cutiño habia callado y hecho callar á los suyos para no ser tratado de imbécil ó inepto, que era peor aún.

Quería conservar su fama, su terrible fama del mas astuto y mas federal de todos los servidores de aquel bandido erigido en Restaurador de las leyes.

Cuando el coronel Cutiño fué á Palermo á dar cuenta de lo sucedido, recibió una gratifi-

cacion de mil pesos para sí, y quinientos para cada uno de los soldados que lo habian acompañado.

Era el precio de aquellas cinco cabezas sangrientas, que fueron entregadas al edecan de servicio.

Ya se sabe que Rosas queria siempre hacer recaer sobre otros la responsabilidad de aquellos horrores, mucho mas entónces que el general Lavalle se habia puesto en campaña y no era posible llegar á vencerlo.

Asi es que cuando Cutiño le pregunté si estaba satisfecho del cumplimiento de sus órdenes, Rosas respondió:

—Ya sabe coronel, que yo soy enemigo de proceder con tanto rigor, y que solo he ordenado la prision de los que se van á engrosar las filas del asesino Juan Lavalle.

No está demás que se moderen un poco; mi- ren que Lavalle puede triunfar, y tomarles cuenta de todas estas cosas.

—De la santa federacion no hay enemigo capaz de triunfar, replicó el asesino poniéndose de pié.

Es mucho el ardor de los buenos federales, y muchos ellos mismos para que puedan ser vencidos por el gran salvaje unitario y asesino Juan Lavalle.

Y despues de ésta perorata, pidió algunas órdenes.

—Nada tengo que decirle, sino volver á recomendar la vigilancia en la costa.

Es necesario evitar que las filas de los inmundos salvajes, puedan engrosar con gente de Buenos Aires.

—Pierda cuidado V. E., contestó el bandido, y se retiró embolsando el importe de los asesinatos, ansiando cometer otros nuevos para que no le faltara aquella suma extraordinaria.

Salvadores, por su parte, viendo que nada se decia de él, y que nada contra él se intentaba, empezó á salir á la calle ocupándose de sus asuntos, como si nada hubiera pasado por él.

Solo tres ó cuatro amigos íntimos estaban en el secreto de la trájica aventura, y de estos no podia abrigar la menor desconfianza.

El patron del barco que los habia vendido, no podia saber su nombre, y por consiguiente nada habia que temer por ese lado.

El apenas sabia como se llamaba el que lo habia tratado y ningun mal podia hacerle.

Lejos de escarmentar con lo que habia sucedido, Salvadores empezó al poco tiempo á tramar una nueva tentativa de fuga, prometiéndose ser mas precavido en adelante.

El poder de Rosas se hacia sentir mas feróz de dia en dia, y permanecer en Buenos Aires era renunciar al derecho de vida.

Los disgustos terribles que le causaban los crímenes del hijo, habian concluido por postrar en cama al padre.

El bueno [de don Leon le habia aconsejado cuanto habia podido y habia concluido por renunciar á toda esperanza de enmienda.

La muerte del doctor Maza habia sido el golpe final á aquella sérfe de disgustos terribles.

D. Leon estaba unido á Maza por una vieja amistad y porque creia inocentemente que los consejos de este eran un freno que contenia á su hijo en aquella vertiginosa pendiente de sangre.

Para el buen viejo don Leon, no hubo la menor duda de que el asesinato de su amigo habia sido ordenado y preparado por Juan Manuel.

Aquel doble disgusto, la muerte de Maza y el crimen de su hijo, envenenaron su delicada existencia.

No volvió á levantarse mas del lecho!

Pocos meses despues moria consumido por los pesares aglomerados en su corazon noble y bueno.

Aquel hombre moria con otra amargura nueva en el espíritu.

Qué raza maldita habia engendrado?

Porqué lo habia condenado Dios á tamaña desesperacion?

Las iniquidades del general don Prudencio no eran un misterio, como las muchas maldades del general don Gervasio.

Solo sus hijas no le habian dado ningun disgusto, pero esto no impediria, por santas que fuesen, á que su apellido se perdiera en una cadena de maldiciones.

Por fin aquel hombre noble rindió su espíritu al Creador Supremo, sin haber gozado un momento de dicha, desde que Juan Manuel Rosas subió al poder.

Este tuvo la audacia infinita de asistir á sus últimos momentos, fingiendo el dolor mas intenso.

Con este motivo la mazorca se lanzó á todo género de manifestaciones de público pesar.

Los frailes mazorqueros convocaban en *La Gaceta Mercantil* al pueblq de la Provincia, á las pompas fúnebres que cada uno de ellos celebraba.

Y como no habia quien quisiera cargar con una sentencia de muerte, federales y unitarios se apresuraban á asistir á aquellos funerales parroquiales, de riguroso luto, y fingiendo un pesar que en parte sentian realmente, pues don Leon era un corazon honrado que habia dedicado todo el esfuerzo de sus últimos años, en mostrar á su hijo el camino del bien y del honor, camino que este desconocia de todo punto.

Don Juan Manuel no suspendió por esto su sempiterna orgia de sangre.

Por el contrario, redobló su zaña contra las víctimas de su crueldad, hasta donde parece im-  
- posible.

Los salvajes unitarios degollados por la mazorca, eran enterrados como perros.

No habia quien, por ninguna suma, quisiera vender á sus dedos un miserable ataud, ni cura que se atreviese á rezar una misa por su descanso eterno!

El que á tales cosas se hubiera prestado, hubiera corrido igualmente, el clasificado de salvaje unitario.

Doña Agustina tambien cayó á la cama, postada por la muerte de su compañero para no le vantarse mas.

Pero nada de esto ablandó aquellas entrañas de tigre.

Siguió cada vez mas implacable en su sistema de terror y de sangre.

No habia en la ciudad un solo unitario que se atreviese á contar con el día de mañana.

Así es que á pesar de los consejos y reflexiones de su noble y abnegada esposa, Salvadores preparó su segunda expedicion de huida hácia Montevideo.

Debían embarcarse juntos él, don Pedro Echenagusia y don Clemente Zañudo.

La primera aventura lo habia hecho sumamente precavido y desconfiado, sobre todo del botero que habia de llevarlos hasta un buque francés donde debían embarcarse.

Llegó por fin la noche de la huida, en medio de la mayor zozobra.

La esposa de Salvadores estaba agitadisima, pues tenia el presentimiento que, como la vez primera iban á ser sorprendidos.

—No tengas el menor cuidado, respondia Salvadores para tranquilizarla.

El hombre que nos vá á llevar hasta el buque es de entera confianza.

Es el mismo que ha llevado hasta Montevideo otros amigos.

Además, agregaba chanceándose—no en vano me llamo Salvadores—ya vés que la primera escapada no ha estado mala.

Pues así me he de salvar esta noche, aunque nos estuvieran esperando.

—Es que no me conformo con que te vaya á suceder una desgracia! respondia la buena señora.

Voy á vivir en una ansiedad mortal hasta el día de mañana, en que, si no has vuelto, podré recien saber si has logrado fugar.

Despues de tranquilizar á la señora y dar un beso á los chiquilines, Salvadores salió de su casa en direccion al bajó, por la calle del Paraguay.

Era mas ó menos la hora á que Zañudo y Echenagusia debían estarlo esperando.

Al llegar á la esquina de San Martin, encontró á estos que creían se hubiera echado atrás.

—Ya le dábamos por desertor! murmuraron

silenciosamente—el tiempo corre y es preciso no desperdiciarlo.

Son las 9, y si á las 9 1/2 no estamos en la orilla, el botero se irá: esto es lo convenido.

Los tres amigos prepararon sus pistolas y caminaron hasta la barraca de Balcarce.

Apenas habian pisado el Paseo Julio, sintieron un gran tropel y grandes voces de muerte.

Era gente de á caballo que, sable en mano, trataban de detener á un pequeño grupo de hombres, que se defendian con sus pistolas tratando de disparar.

Indudablemente aquellos eran unitarios sorprendidos en el momento de embarcarse, como lo fué Salvadores y sus amigos pocos meses antes.

La noche estaba bastante oscura, de modo que puede decirse que los tres amigos habian adivinado aquella escena al resplandor de los fogonazos, pues apenas podian distinguirse los bultos.

Perseguidos y perseguidores vinieron á detenerse frente á donde estaban los tres amigos, á unas cincuenta varas de distancia.

Y detuviéronse los tres, presas del mayor terror, pues cualquier casualidad podia descubrirlos.

—¿Qué hacemos? preguntó Zañudo, que era hombre resuelto y de pocas palabras.

—No hay que pensar en seguir adelante esta noche, contestó Salvadores.

Lo mejor es pegar media vuelta y darnos por bien servidos.

Si nos apresuramos cinco minutos mas, es decir, si yo no tardo tanto, caimos en la volteada.

Entre tanto se habia trabado una lucha desesperada entre degolladores y unitarios.

Solo se oía el choque de los sables contra los cuerpos, mezclado á maldiciones terribles y lastimeros ayes.

—No hay que esperar mas, dijo Salvadores.

Ahora la del humo!

Y los tres dieron vuelta, emprendiendo una rápida retirada.

En aquel mismo momento salió del grupo una voz que heló de espanto á los tres amigos, haciéndoles apurar el paso rápidamente.

—¡Ah! se van otros! allí se van otros! habia gritado aquella voz, á la que siguió el galope de un caballo.

—Es uno no mas, murmuró Salvadores, y apuró la carrera de sus ágiles piernas.

Allugar á la esquina de San Martín, como si hubieran estado convenidos de antemano, cada uno tomó direccion distinta.

Echenagucia siguió San Martín hácia la plaza, Zañudo siguió Paraguay derecho y Salvadores, mas corajudo ó mas travieso, dobló la derecha y se echó de barriga contra la pared, montando sus pistolas.

La noche era oscura y como los que corrian debian llamar la atencion del ginete, era fácil no reparar en él.

Y en último caso, para librarse de aquel hombre tenia un par de buenas pistolas.

El ginete llegó á la esquina, y como Salvadores lo habia pensado, miró primero al que huía por la calle Paraguay y luego al que caminaba por San Martín.

Y detuvo su caballo como si vacilase á cuál habia de dar la preferencia.

Y como ningun rumor se sintiese á la derecha, ni siquiera se le ocurrió mirar por aquel lado.

—Por la gran perra! exclamó, como si hubiese renunciado á todo proyecto de persecucion.

Y como disparan los muy hijos de una unitaria! chico debe ser el jabon que llevan!

Si no fuera por el reparto de lo que estos llevan, que me pueden dejar en blanco si me tardo, yo los alcanzaba, si.

Y volvió á media rienda al bajo, donde las carcajadas y chacota habian sucedido á las maldiciones y golpes de sable.

Cuando las pisadas del caballo se hubieron alejado bastante, recién Salvadores respiró con fuerza.

Habia estado á tres varas de aquel bellaco y habia contenido su respiracion cuanto le fué posible, por no hacerse notar.

En el bajo parecia que todo ya habia concluido.

Los asesinos debian estar registrando los cadáveres y ningun momento mas á propósito para emprender la huida.

Así lo entendió Salvadores, y encomendándose á sus piernas, echó por la calle del Paraguay con bastante rapidez, aunque no tanta que pudiera despertar las sospechas de algun sereno con quien tropezara.

Y dobló la esquina de Maypú en direccion á su casa, que le parecia estar todavía á una legua de distancia.

A pesar de su valor personal á cada momento e parecia sentir detrás un grupo de ginetes que lo seguia pidiéndole la cabeza.

Y se estremecia de espanto al pensar que no volveria á ver mas á sus hijos si era alcanzado.

Al llegar á la esquina de Temple, se encontró con un grupo de mazorqueros que venian por la acera de opuesta, dando grandes gritos de muerte.

El exterior de Salvadores era el de un cumplidísimo federal.

Llevaba chalecopunzó y la chaqueta federal—grandes divisas en los ojales de la chaqueta y sombrero, y una barba intachable.

Al enfrentar al grupo de mazorqueros, estos lo miraron detenidamente y con curiosidad.

A Salvadores se le desprendieron las carnes de los huesos.

Si entre los prójimos de aquel grupo había alguna a quien se le antojara tantearle el pescuezo, era hombre muerto inmediatamente.

—Viva la santa federación! gritaron los mazorqueros, dejando brillar en sus manos los largos facones.

Salvadores se rehizo, dominó todo temor y sacándose el sombrero gritó con la alegría de una carcajada:

—Viva la gran Sociedad Popular Restauradora!

Mueran los inmundos ladrones y asesinos salvajes unitarios! y agitó su sombrero con gran entusiasmo.

Tanta jovialidad había en el timbre de su voz y en la manera con que dió sus gritos, que los mazorqueros se echaron á reír.

—Dios guarde á la buena gente! gritó el que parecía hacer cabeza de ellos, y siguieron en dirección al Retiro.

Para ellos Salvadores era un cumplido federal y hombre de pelo en pecho.

—Malditos bandidos, pensó, mientras seguía rápidamente á su casa.

Siquiera los partiera un rayo antes de llegar á la esquina!

Fué á llamar á la puerta de su casa con cierta precipitación porque por la calle de Esmeralda se sentía otra mazorcada, cuando notó con estremado placer que la puerta se hallaba entornada.

Su esposa, en prevision de cualquier accidente, había dejado la puerta apenas apretada, para que no perdiera tiempo en hacerse abrir.

Salvadores cerró precipitadamente, entró con tanta rapidez, como si lo vinieran persiguiendo, y se dejó caer pesadamente sobre el sofá del comedor.

Allí estaba su leal esposa, que no había tenido el coraje de recojerse, pensando en él y en los peligros que lo rodeaban antes de pisar el buque salvador.

—¿Qué es eso, por Dios? preguntó aterrada, ¿vienes herido acaso? ¿te persiguen?

—Ni un rasguño traigo, se apresuró á decir Salvadores, pero déjame reposar un momento el horror de esta noche maldecida.

Creo que aunque viva cien años bajo igual estado de cosas, no volveré á pasar un momento mas amargo!

Y era verdad, Salvadores necesitaba algun reposo para tranquilizarse, pues recién empezaban á pesar sobre su espíritu fuerte los momentos de suprema angustia por que había pasado en pocas horas.

La señora se puso á llorar, conmovida, pensando en que por otro milagro del buen Dios volvía á ver vivo á su esposo.

—Qué noche! querida mia, dijo al fin de un momento de reposo.

Parece que una estrella fatal me persigue, pero al mismo tiempo la Providencia divina proteje mi cabeza,

No creí que dos veces pudiera hacerse la misma escapada.

—Pero qué les ha sucedido? preguntó la señora ahogada por los sollozos.

Acaso ha vuelto á venderlos el barquero y han muerto á Echenagucia y á Zañudo?

—No, gracias á Dios—toda ha sido obra de la estrella maldita que me persigue, y de una casualidad terrible.

Y conmovido aun por el recuerdo terrible, refirió á su esposa con los detalles mas sombríos la escena de que habían sido testigos y la manera cómo habían escapado ilesos.

—Y Dios nos ha protegido en toda regla, continuó, porque nadie nos ha conocido.

El bandido que nos vió huir y nos siguió hasta la esquina San Martín, ni siquiera podría dar nuestras señas.

—Quiere decir que tus dos amigos han salvado también?

—Como yo, porque supongo que no los habrán muerto en la calle, porque ni siquiera son sospechosos.

La Providencia ha sido magnánima con los tres.

Efectivamente.

Zañudo y Echenagucia habían llegado ilesos á sus casas, aunque para caer presos meses despues bajo el puñal de la mazorca, en su segunda tentativa de huida.

—Supongo que habrás escarmentado ya, y que no incurrirás en otra tentativa de fuga, sollozó la señora.

No te metas en nada, y hazte pasar como hasta ahora por un buen federal, y asegurarás tu vida.

De otra manera te espones á un nuevo chasco, y tres veces no sucede la misma casualidad.

—Tienes razon, repuso Salvadores, para aliviar la angustia de la señora.

Seguiré tu buen consejo.

El sabía que no hay razon capaz de convenir á una mujer contra sus sentimientos, y evitaba una discusion inútil, ahorrándole un pesar.

Cómo hacerle comprender que no podía renegar de sus creencias ni desertar su bandera, aun en la seguridad de perder la cabeza?

—Tienes primero que conservarte para ti y tu familia, que están arriba de todo, le había dicho esta.

Tus hijos valen mas que tus amigos de causa.

—Es que mi honor es el de mis hijos, y es preciso sacrificarse muchas veces para que nadie tenga una sombra que enrostrarles, había contestado.

Para una madre y una esposa amante, estas razones son nulas.

Para ellas no hay nada, nada, en el mundo que esté arriba de la conservación del objeto amado.

—Yo quiero mi esposo vivo y mis hijos quieren vivo a su padre, responde una muger en igual situación.

Lo demás, todo lo demás, que se lo lleve el diablo.

La causa por que se sacrifican los hombres, desde Cristo hasta la fecha, no alimenta los hijos de los que caen.

Pronto su nombre se olvida por todos, y los hijos pueden pedir una limosna si no tienen de qué vivir.

Y por Dios santo que no dejen de tener razon en este punto.

Pero no perdamos la hilación de nuestro capítulo, que llega a su parte mas dramática.

Salvadores no pudo olvidar en toda aquella noche y el dia siguiente, la escena del bajo.

Siempre le parecia estar escuchando el golpe de los sables y el quejido de los que caían.

Y al recordar las carcajadas que siguieron a aquel primer momento, le parecia estar viendo las cabezas de las victimas separadas del cuerpo y fuertemente asidas de los cabellos, de aquellos cabellos unidos por la sangre coagulada.

A la siguiente noche se vió con Zañudo y Echenagucia en la tertulia habitual.

Los tres amigos se estrecharon con un fuerte abrazo, sin cambiar una sola palabra.

En aquel abrazo silencioso habia algo mas elocuente que toda palabra humana.

Eran tres hombres que se abrazaban vivos, despues de haber tenido la muerte a dos dedos del cuello.

Por el momento los tres habian renunciado a probar fortuna.

Con aquella salvada milagrosa tenian para mucho tiempo.

Podia ser que despues de aquel vértigo de sangre viniera alguna reaccion saludable, pues continuando de aquella manera, medio Buenos Aires desapareceria pronto.

Pero la mazorca seguia apretando la mano de manera de no dejar la menor esperanza de escape.

Cada dia se nombraban tres ó cuatro personas de lo mas conocido, asesinadas por la mazorca, sin contar las que eran fusiladas en la Policia y cuarteles sin que el pueblo conociera sus nombres.

Su facultad no llegaba mas que á contar las descargas que sonaban durante la noche, cada una de las cuales anunciaba la muerte de algun salvaje unitario.

Pensar, pues, que en Buenos Aires se podia conservar la cabeza sin pertenecer á la mazorca ó á algun grupo suelto de asesinos, era una ilusión completa.

El espionaje se habia establecido con una habilidad diabólica.

Doña Maria Josefa, la tremenda doña Maria Josefa, tenia organizado el servicio doméstico, por secciones y con su jefe correspondiente, de modo que no se entendia sino con estos jefes, tanto para atender á las delaciones, cuanto para dar sus órdenes.

Y las familias estaban vendidas sin poderlo evitar.

Porque las que despedian el servicio y se quedaban solas para librarse de espías, eran clasificadas de salvajes unitarias, sin mas trámite, y no tardaban en sentir las consecuencias de tan terrible clasificacion.

Diariamente emigraban grupos de salvajes unitarios y diariamente eran sorprendidos otros que intentaban hacer lo mismo.

La noticia de los degollados por quererse ir con Lavalle, se hacia circular en toda la poblacion, para escarmiento de los que iguales intenciones abrigaban.

Pero no por eso dejaban los unitarios de hacer y realizar sus tentativas de fuga.

De todas maneras tenian perdida la cabeza—pues siquiera arriesgarla de firme corriendo algun buen albur.

En las reuniones que tenian secretamente los unitarios, se hallaron una noche José Maria Salvadores, el coronel Francisco Linch, Carlos Maison, Isidro Oviden y otros muchos.

Segun los avisos que se tenían, pues tambien los unitarios, si no espías, tenian algunos amigos leales en el foco de la federacion, los cuatro que hemos nombrado habian sido clasificados de salvajes unitarios, dándose orden a la Policia para que los vigilase.

Esto y una sentencia de muerte era lo mismo.

Se les habia acusado de tener correspondencia con el salvaje Lavalle, y no se necesitaba mayor delito para hacer rodar una y cien cabezas.

—Lo que es yo, dijo el coronel Linch, me mando mudar á Montevideo, antes que den contra nosotros una orden de degüello, si no la han dado ya.

—Yo haré lo mismo dijo Salvadores. aunque debia estar escamado,—y refirió sus dos tentativas con sus menores detalles.

De todos modos, perdidos por perdidos, puede ser que Dios nos ayude, fugando, mientras que quedando aquí es seguro que nos tocan el violin mas grande que un contrabajo.

Me animó pues, y lo acompaño, aunque hemos de tomar las mayores precauciones.

—Acepto y venga esa mano, respondió el coronel Linch.

De todos modos si nos pillan y no podemos salvar el bulto, pelearemos por la vida.

Dos hombres bien armados y resueltos, bien pueden abrirse paso por entre una partida de asesinos, cobardes como todos ellos.

Acostumbrados á la impunidad y á la conformidad con que se dejan matar las victimas, un poco de dura resistencia les ha de causar algun escozor y han de concluir por abandonar el campo.

Qué dice de esto Salvadores?

—Aceptado sin observacion, replicó este, decidido á correr aquella tercera aventura, aunque ya la fuga se hacia mucho mas dificil.

—Pues yo sostengo que tres hombres resueltos y bien armados ofrecen mas resistencia y probabilidades de triunfo que dos hombres en iguales condiciones.

Dijo á su vez Carlos Maison.

Me agrego á la partida sin mas trámite.

—Pues diablo, interrumpió á su vez Isidoro Oliden, si tres son tan famosos, mejores seremos cuatro.

Yo tambien me agrego, y por lo menos algunos han de caer con nosotros en caso de ser descubiertos.

—Bueno, mis amigos, exclamó José Maria Riglos que se hallaba en la reunion y que estaba tambien vigilado por la policia.

No me negarán ustedes que, segun las cuentas que van echando, cinco hombres resueltos y bien armados seremos por lo menos como un ejército.

Si no les parezco un maula inservible, yo tambien me agrego a la caravana, dispuesto á hacer por la vida cuanto esté á mi alcance.

A pesar de la tremenda situacion porque todos pasaban, aquel ejército de cinco unitarios, levantó una lluvia de bromas alegres y joviales.

—Mejor es que se queden, decia uno, y con cinco mas que nos agreguemos, podemos concluir aquí con la federacion.

—El plan no es malo, decia otro.

Hagamos una expedicion de diez, y entonces no hay peligro de que nos detengan.

—Diez seriamos sentidos en el acto por las partidas que recorren el bajo, observó Salvadores.

Y aun cinco mismo somos demasiado, pero se puede correr el albur en honor y provecho de una resistencia ventajosa en caso de ataque.

—Basta de bromas, amigos míos, que el asunto es sério, segun creo, interrumpió el coronel Linch.

No me parece tan descabellado el plan que merezca tanta broma.

No por esto se interrumpió el buen humor.

Los cinco amigos se comprometieron solamente á probar fortuna juntos, y Linch y Oliden se comprometieron á arbitrar los medios pronta-

mente, pues una hora perdida, en aquellos momentos, importaba la pérdida de la cabeza.

—Yo tengo el hombre que necesitamos, dijo Linch.

Un unitario á toda prueba, que nos proporcionara ballenera segura.

Así es que el punto de delacion puede ser destruido de nuestras probabilidades en contra.

—Pues entonces dificilmente nos atrapan andando con cautela, observó Salvadores.

Todos los que perecen en sus tentativas de emigracion es debido á la delacion de los barqueros que los han de salvar.

Hay quien les pague á peso de oro cada delacion y aquella gente no se pára en pelillos.

Así como nos salva por una cantidad dada, nos vende por otra mayor.

Así es que asegurando este punto, no hay nada que temer y si solo esperar el momento mas á propósito.

El barco nos puede esperar de ocho á once, por ejemplo, dijo Maison.

Me parece que en tres horas se puede elegir momento, pues las partidas recorren el bajo sin detenerse en punto dado.

—Bueno, coronel, dijo Oliden: si ~~su~~ hombre falla por algun motivo ajeno á él, yo tengo con quien reemplazarlo.

Es un tipo cuya lealtad garanto con mi pesquezo, y que nos servirá activa ó inteligentemente.

—Mi hombre pasa hábilmente la plaza de federal, dijo Linch—por esto sus servicios pueden ser famosos.

Mañana lo veremos juntos y resolveremos lo que ha de hacerse y el partido que se debe tomar.

Convenidos en esto y en verse á la noche siguientes para resolver de una manera definitiva y fijar la noche de la fuga, los amigos se despidieron y se retiraron á sus casas usando de mil precauciones.

Salvadores comunicó á su esposa el plan de la nueva fuga, para ir la preparando, pues esta debia ejecutarse tal vez dentro de dos dias.

Por supuesto que le pintó la cosa de una manera risueña y con todas las probabilidades de éxito.

Me voy con personas bien relacionadas con algunos federales de respeto, quienes les guardan las espaldas.

Ya ves que no puede existir mejor ocasion.

—No te vayas, por Dios! exclamó la señora, que esta vez te van á matar!

No te vayas, te lo suplico—qué peligro te amenaza tan sério, que te haga arrostrar la muerte y el abandono de los tuyos?

—La muerte misma, hija mia, replicó entonces el patriota.

Esta noche nos han avisado á los cinco que

estamos vigilados por la policia, y que pronto se va á dar órden de degollarnos.

Si tú quieres me quedaré, pero ya ves que quedándome corro un peligro seguro.

Decide tú misma, y haré lo que me digas, te lo juro.

Quieres que me quede?

—Y como he de querer que te maten! santo cielo!

Dios mio! Dios mio! creo que me voy á volver loca!

Puesto que dices que huyendo aseguras la vida, huye, que mis ruegos te acompañarán hasta el buque, si Dios quiere que llegues salvo.

—Y llegaré, no tengas duda.

Ya ves que Dios no me ha abandonado las otras veces.

—No sé por qué tengo un presentimiento fatal de que les va á suceder una desgracia!

Vivir así, te aseguro, es cien veces peor que morir.

—Pero me quedaré, tranquilízate hija mia, me quedaré, y haz cuenta que nada te he dicho.

—Pero cómo has de quedarte, Dios bendito, si la policia te vigila y van á dar contra tí órden de degüello!

Huye con ellos si tantas seguridades tienes, y que el Señor te proteja.

Pero ten presente que si te sucede alguna desgracia y te matan, no tardaré en seguirte.

Con mil delicadas caricias, Salvadores trató de borrar del ánimo de su esposa aquellos tristes presentimientos, y así lo logró aparentemente.

Todo el día siguiente fué de nuevos preparativos de marcha.

La señora de Salvadores finjia la mayor conformidad, pero en su espíritu ardía un mundo de terrores.

Cuando su esposo salió para asistir á la reunion convenida, el dolor la venció y se echó á llorar por todo lo que habia disimulado durante el día.

Salvadores fué exacto á la cita en casa de Olliden, como se habian convenido.

Era el único que faltaba.

Los otros cuatro lo esperaban con buenas noticias, á juzgar por sus semblantes risueños.

Veamos lo que habia hecho el coronel Lynch acompañado de Olliden.

Al día siguiente muy de mañana, se juntaron, y como quien no quiere la cosa, se fueron á ver á un Juan Santos Merlo, que era el hombre leal y de confianza con quien Lynch contaba, y de quien daba las mas serias garantías.

Juan Santos Merlo era un reconocido de carnes, hombre á quien todos conocian como sumamente honrado y de corazon inmejorable.

Juan Santos Merlo era tenido por los unitarios como un partidario acérrimo que les podia ser de suma utilidad, y le sacaban el cuerpo y hasta se espresaban de él con profundo desagrado, para no hacerlo sospechoso á los federa-

les con quienes estaba intimamente relacionado.

Porque Juan Santos Merlo pasaba por un federal formidable, amigo del santo sistema y profundo adorador de la persona del Restaurador.

Juan Santos Merlo no degollaba, pero habia hecho entender á Cuitiño y demás degolladores con quienes se entendia, que no tenia corage para tanto.

Esto era al menos lo que los unitarios se decian entre sí al ocuparse de Juan Santos Merlo, persona utilísima, por la clase de relaciones federales que poseia.

En cuanto á Cuitiño y Paraguetra como pensaban del honrado reconecedor de carne.

Lo tenian por uno de los suyos, á carta cabal—y si no lo invitaban á los degüellos era para no hacerlo sospechoso á los unitarios, entre los que no era mas que un espia.

Y esto era la verdad, fatalmente.

Con toda la apariencia de un hombre honrado y manso, y todo el aspecto de un unitario pacífico, Juan Santos Merlo era un miserable digno de la gente a que servia de todas maneras.

Era el espia de mas confianza que tenia Cuitiño y el autor obligado de terribles delaciones.

Los unitarios se confiaban á él creyéndolo un centinela avanzado en las filas federales y él los vendia miserablemente, poniendo á Cuitiño en posesion de los mas graves secretos de fuga ó noticias de Lavalle.

Era tal el talento que para tinjir tenia este individuo, que á ninguno se le ocurrió jamas sospechar de su proceder.

Lo creian, como hemos dicho, un unitario decidido, que tenia la fortuna de pasar por un cumplido federal.

Este era el hombre de quien el coronel Lynch respondia de todos modos, y a quien habia ido a ver en compañía de Olliden.

—Qué lo trae por aquí, señor coronel? preguntó Merlo con un aire bonachon y honrado.

—Quiere saber con certeza la noticia que ya debe haber llegado á sus oidos?

—Cuál noticia? preguntó a su vez Lynch.

—La de las clasificaciones.

—En efecto, qué hay de cierto en ello?

—Todo, coronel, todo.

Parece que ha habido alguna delacion, pues han dado órden de vigilarlo de cuando en cuando para saber qué hace.

Como lo han visto hablar conmigo otras veces, me han pedido informes sobre usted.

Como pintarlo federalmente hubiera sido descubrir mi juego, he dicho que creo que no es usted amigo del gobierno, pero que juraria tambien que no se mete en nada contra él, porque no quiere perder su tranquilidad.

—Ha hecho bien, amigo mio, repuso Lynch, y de ello le estoy profundamente grato.

Conociendo su buena voluntad hacia mi, he venido hoy a ocuparlo, referente a esto mismo, recordando sus frecuentes ofrecimientos.

Puedo siempre contar con ellos?

—Y cómo no? Usted me conoce demasiado y sabe que pudiendo hacer un servicio soy feliz.

—Bueno, entonces es necesario que hablemos de una manera reservada, porque es muy grave lo que voy a decirlo.

—Superior: voy a concluir mi tarea para no dar nada que maliciar, y a la siesta, que están mas solas las calles, me tiene usted en su casa.

Váyase tranquilo.

Lynch y Oliden se retiraron, muy satisfecho este último del hombre que acababa de conocer.

Entre once y media y doce del día, Juan Santos Merlo entraba a la casa de Lynch, sin golpear la puerta, para no hacerse notar, según dijo, pero con un fin muy diverso.

Cuando los dos amigos se hubieron despedido, Merlo había abandonado su trabajo y trasladándose a la comisaría de Cuitiño, a quien hizo una seña imperceptible.

Este se levantó y se fueron ambos a una pieza reservada.

—Parece que ván a caer algunos pájaros de los mas famosos, dijo apenas se sentaron.

Vamos a estar de fiesta dentro de poco.

—Qué hay? hemos olido algo bueno?

—Ya lo creo que sí.

Parece que tenemos fugada.

—Y quiénes son los que se ván?

—Por ahora solo sé de dos—el coronel Lynch y don Isidoro Oliden.

Y refirió su conversacion de aquella mañana con los dos unitarios.

—Es preciso que si hay alguna vigilancia en casa del coronel, la retiren, porque seria hacerme sospechoso para ellos.

—Hay un vigilante que ronda de tarde en tarde, pero lo voy a hacer retirar.

Es preciso ser vivo, amigo Merlo, pues esos pájaros son de la mayor importancia.

Apunte los nombres de todos para agarrarlos en seguida, si acaso alguno pudiera escapar.

—Si apunto me pierdo.

¿Qué objeto tendria en apuntarlos?

Nada, ya sabe que tengo la memoria larga y que aunque fueran veinte, no se me olvidaria uno solo.

Para ver si puedo pescar algo que no quisieron decirme por un exceso de prudencia, tengo ya mi plan.

Voy a meterme de golpe en la casa, bajo el pretexto de no hacerme ver de la calle.

Así lo que esté a la vista, lo conoceremos.

—Superior—vaya no mas, amigo, que de esta echa nos acreditamos mas que gobierno.

Merlo salió de la comisaría de Cuitiño y se dirigió rápidamente a casa de Lynch.

He aquí explicado el por qué de aquella entrada tan franca, que los dos amigos hallaron muy puesta en razon.

No convenia de ninguna manera que Merlo se hiciera sospechoso.

Este era sagaz y previsor como ninguno, observaba el detalle mas insignificante, y siempre iba preparado á destruir cualquier sospecha.

Era difícil que lo hubiera visto alguien entrar y salir á lo de Cuitiño, pues ambas cosas las hizo prévia inspeccion de calle.

Era, pues, urgente parar anticipadamente la mala impresion que tal noticia hubiera hecho en los dos amigos, la noticia de su visita á Cuitiño.

Así es que cuando se tomaron todas las precauciones para no ser interrumpidos, fué lo primero que espuso aquel miserable.

—Aquí donde ustedes me vén, dijo con la mayor frescura, vengo de la comisaría de Cuitiño.

Para abordar una situacion, no hay mejor cosa que conocerla con toda exactitud: así antes de venir quise informarme de sí algo nuevo habia referente á ustedes.

Pero nada hay mas de lo que ya comben.

Como supongo que era lo que ustedes me iban á pedir, me he anticipado al pensamiento.

Les garanto entonces que no hay nada de nuevo y que si la policia los vigila es muy por encima.

He acertado?

Merlo habia sospechado que se trataba de fuga, pero se habia guardado muy bien de darlo a conocer.

Era mejor dejarlos venir sin el menor esfuerzo.

—Ya sabia que es usted hombre precavido, dijo Lynch haciendo una señal de complacencia a Oliden, como si dijera ¿qué le parece mi hombre?

Pero se trata de algo mas grave, así es que el servicio que le tengo que pedir es importante.

Para un hombre menos sagaz y prudente, podria ser de algun compromiso, pero en usted no hay cuidado.

—Hable no mas sin reserva, que si hay compromiso lo serviré con mayor complacencia.

De otra manera y si la cosa hubiera sido lo que yo pensé, no valdria la pena de tanto.

—Pues bien, mi amigo, se trata de evitar que el dia menos pensado nos den una mazorcada, y hemos resuelto irnos.

Como usted tiene tantos amigos en una y otra parte, he pensado en usted para que me proporcione un barquero de absoluta confianza.

Ya sabe usted que los emigrados que son sorprendidos, es, en su mayor parte por delaciones de los que los deben embarcar.

Por eso hemos resuelto suspender el viaje

hasta no tener una persona de quien usted mismo pueda responderme.

—Eso sí que es grave, exclamó Merlo, fingiendo un gran embarazo,—no por mí sino por ustedes.

La costa está muy vigilada, Cuitiño y Parra no se duermen en las pajas, y embarcarse hoy es tan difícil como volar.

Merlo sabía por experiencia que con aconsejarlos así no se perdía nada, pues ningún consejo podía detener al que se resolvía á fugar, mucho mas con hombres como el Coronel Lynch.

Demasiado sabía todo el pueblo las grandes dificultades con que había que luchar.

—Yo los aconsejo que no hagan locuras, prosiguió Merlo.

Esperen un poco, que tal vez el embarque sea mas fácil y menos peligroso.

Hoy es de un gran peligro.

—Agradezco su interés, dijo Lynch, pero encuentro que mayor peligro se corre quedándose, cuando estamos ya señalados.

—Es que si los toman en el bajo los van á pasar á cuchillo.

—Puede ser que nó, qué diablo!

Somos varios y estamos resueltos á pelear en último caso.

Alguno caerá, pero algunos tambien nos salvaremos.

—Tambien tienen razon, dijo Merlo, fingiendo gran preocupacion.

Tan peligrosa es una cosa como otra.

Al fin y al cabo si todos los que se ván son hombres como usted, peleando se puede hacer mucho.

—Ya lo creo que lo son! dijo Lynch—el que menos es capaz de cambiar su vida con otra.

—Superior, superior, dijo Merlo—pero no se descuiden, miren que la cosa es del mas sério peligro.

No me conformaría jamás con que, habiendo yo mediado en esto, fuera á acontecerles una desgracia!

—No tenga cuidado—de todos modos nunca habria que hacerle el mas leve reproche.

Puedo garantizarle para satisfaccion propia, que tengo tanta confianza en usted como en mí mismo.

Merlo sintió que un resto de vergüenza le salia al semblante.

Por miserable que fuera, aquella ciega confianza en su honradez no dejaba de causarle algun remordimiento.

Qué mal le habian hecho aquellos hombres leales, que así preparaba el abismo de muerte á que los iba á hacer rodar?

Qué interés de venganza ó de pasión podia

llevarlo á cometer aquel crimen vil y repugnante?

Ninguno, absolutamente ninguno.

Su único interés era quedar bien con Cuitiño y partir con este la comision de la buena presa y alguna alhajita de los cadáveres.

Esto era el único móvil que guiaba á aquel cobarde en su obra malévola.

Así es que las últimas palabras del Coronel Lynch, no dejaron de hacerle alguna impresion.

—Conque qué nos dice? concluyó aquel—tiene algun barquero tan seguro como usted mismo y á quien podamos fiarle la cabeza?

—Conozco dos ó tres, dijo Merlo, acostumbrados á este género de expediciones.

Sobre todo hay uno que ha hecho ya tres viajes con unitarios y de quien puedo responder como de mí mismo.

Pero para saber si les conviene, necesitaría hacer una pregunta que desde hoy no quiero hacer, porque parece curiosidad inmotivada.

—Pregunte no mas, Merlo, sin el menor temor; ya le he dicho que tengo en usted tanta confianza como en mí mismo, y una prueba de ello es lo que estamos tratando.

—Como le he oido decir que los que ván son varios, para saber si les conviene esta embarcacion, la mas segura, necesitamos saber cuántos son, porque es chica.

—Y para preguntar eso andaba deteniendo sus recatos?

—Somos cinco, nosotros dos, José Maria Salvadores, Maison y Riglos.

Supongo que ahora se dejará de delicadezas, pues sabe la cosa por completo.

Merlo sintió una emocion que apenas pudo disimular, al conocer aquellos nombres, importantes todos ellos.

—Cristo mio! exclamó, por si acaso se habia traslucido algo de su emocion—jamás me conformaría con que á tales personas fuera á sucederles lo que á tanto otro mártir!

En el barco de mi hombre caben hasta ocho, apretados—seis irán con comodidad.

Les garanto que con el barquero pueden tener una confianza ciega.

Por este lado pueden estar tranquilos.

No les queda otra dificultad que burlar la vigilancia de las partidas del bajo.

—Si nós sorprenden nos hemos de batir bien, repuso Lynch con una fé profunda.

Para que nos degüellen será preciso que la casualidad venga en nuestra contra.

—Dios no lo quiera!

Yo me voy ahora mismo á ver al de la ballenera, para que no se comprometa con otro.

Dónde quieren que lo lleve para que hablen con él?

—Es inútil, repuso Lynch—hable con él usted mismo y trate el preecio.

Pregúntele si podemos disponer del barco hoy ó mañana, y usted nos contesta.

De este modo evitamos el ser vistos hablando con un barquero.

No le parece, compañero?

Oliden, que á él iba dirigida la pregunta, aprobó por completo lo que Lynch habia dicho.

—Ya que el señor nos sirve de tan buen corazon, dijo, es mejor que complete así el servicio.

—Entónces no hay mas que hablar—fijo precio?

—El que pida, y adelantado.

—No hay necesidad, basta que yo lo vea, para que sepa que se trata de caballeros cumplidos.

Entonces ahora mismo me voy á hablar con él.

La contestacion la traeré yo mismo antes de la noche, para poder fijar dia y punto—hasta luego.

—Hasta luego, contestaron los dos amigos, y miraron salir á aquel hombre con una especie de respeto.

—Qué opina? preguntó Lynch á Oliden—le parece hombre en quien uno pueda fiarse?

—Basta oirlo hablar y mirarle la cara para comprender que es un hombre honrado y leal.

Aunque usted no hubiera garantido su fidelidad, no trepidaría yo en confiarme á él.

Apruebo, pues, en un todo su proceder, y declaro que tengo fé en el resultado de nuestra empresa.

Estoy comento, y algo me dice en el corazon que llegaremos sanos y salvos á Monte video.

La única dificultad que se presenta es que el barquero esté comprometido, y esto solo importaría una demora.

—Es que una demora en nuestra situacion vale la vida.

Soy de opinion entonces que se busque otro.

No ha de encerrarse en esto toda bienaventuranza.

—Y en último caso, observó Oliden, yo tengo de quien valerme, aunque mi hombre vale menos que Merlo, porque no conoce como este á la gente federal, ni anda entre ella.

De todos modos, esperemos su vuelta, tal vez traiga buena noticia.

Los dos amigos se resolvieron esperar, pues á

la hora de reunirse los cinco, era preciso que todo estuviera arreglado

Entre tanto Merlo se habia dirigido rápidamente á su casa, desde donde habia mandado llamar á Cuitiño.

Volver á la comisaria no era prudente, pues ya no tenia una disculpa seria.

Mientras que Cuitiño podía ir á su casa, aunque fuese visto, pues no estaba en su mano evitarlo.

Cuitiño concurrió con tanta premura como á un llamado del mismo Rosas.

Era indudable que Merlo lo mandaba llamar porque tenia todo el ovillo.

—Qué tal? dijo en cuanto entró—tenemos ya la lista.

—Y qué lista! cinco unitarios de las mas importantes.

Esta va á ser la mas famosa pescada de todas, —conque prepárese á tender el aparejo en la seguridad de que todo es pescado fino—no hay ni un solo sáballo.

—Vaya echando pues, no me haga lamer de curiosidad.

—Pues me parece que de la expedicion hacen cabeza el coronel Lynch y Oliden, don Isidoro.

—Buenas cabezas porque son pesadas! y quiénes son los otros?

—Tres mas, Salvadores, Maison y Riglos.

—Al fin caen tambien esos! exclamó Cuitiño—Unitarios flor y nata.

Qué dia va á pasar el Restaurador!

Y cuándo es el viaje?

—No lo sé todavia porque debo ir á ver un barquero que les he ofrecido, para arreglarlo.

Pero me parece inútil desde que los van á atajar.

—No está de mas, véalo y haga el trato.

Bueno es estar prevenido a cualquier desconfianza que pudiera ocurrir a última hora.

Y, tiene la seguridad que son los que me dice?

Mire que seria lástima faltase alguno!

—El mismo Lynch me los ha nombrado: tienen en mi una confianza ilimitada.

—Pues no hay que perder tiempo.

Trate el barquero—cuál es? don Carlos?

—El mismo.

—Bien; trátelo, y me avisa lo que resulte.

—Ah! bueno es saber que el fandango vá a ofrecer alguna dificultad.

Segun me han dicho, si los descubren, van dispuestos a pelear de firme y causar todo el mal posible.

Cuidado, porque tengo entendido que es gente brava y de fentrañas de buen temple.

—Llevaré la flor de mi gente, para llevar poca, dijo Cuitiño como hablando consigo mismo.

Podría avisar á Parra para que me auxiliara en caso de apuro, pero es una lástima partir con alguien la gloria de esta batida.

Por resueltos que sean, ya llevaré yo con qué amansarlos. No hay que dejarse maliciar el juego, mire que de esta echa nos vamos á lucir de lo lindo.

Merlo, así que se fué Cuitiño, montó á caballo y se largó á lo del nombrado don Carlos. Este era un genovés franco y noble, que se habia puesto al servicio de la gran causa, sin el menor interés.

Si le pagaban, recibía, pero no negaba sus barcos al que le manifestaba no tener con qué pagarle por el momento.

Don Carlos estaba en el bajo, en su punto de parada habitual.

Conocía á Merlo por un unitario decidido, como todos ellos, hasta romper lanzas con el que le hubiera dicho que era un traidor.

Así es que en cuanto aquel le hizo una seña, lo siguió disimuladamente.

Merlo se dirigió con él á un paraje solitario entre los árboles, y allí le dijo sencillamente:

—Le tengo cinco viajeros que le pagarán lo que se pida.

Le conviene la bolada?

—Ya lo creo que sí, por Cristo! para trabajar estamos, per Dio sacramento, y para servir de paso, si se puede, á la buena gente.

—Está desocupado por ahora, es decir, libre de compromiso con algun otro?

—Sí, pueden disponer de mí cuando quieran —qué hay que hacer?

—Llevarlos á Montevideo ó á la Colonia.

Se pagará adelantado, si quiere.

—No hay necesidad.

Cuando usted los recomienda, será porque valen.

Alantunze, me diga cuándo teñimo que ir.

—Esta noche á las 8, vaya por casa, allí le contestaré.

Hasta luego, pues, y de todos modos, esté preparado para el viaje.

—Bueno, hasta luego—no faltaré ni por un sacramento.

Merlo se retiró en direccion á casa de Lynch, mientras que el bravo Carlos iba á comprar algunas provisiones de boca.

El tiempo no estaba muy firme y un temporal no hubiera tomado de sorpresa á ningun patron de buque.

—Todo está listo—dijo Merlo al entrar.

He demorado mas de lo que creia, porque Carlos, que es el barquero, no estaba donde crei encontrarlo.

No solo no tiene compromiso sino que está dispuesto al primer aviso.

—Gracias, amigo mio, respondió Lynch, estrechando aquella mano cobarde y traidora.

—No esperaba menos de Val.

Y acercándose á un mueble agregó:

—Ahora diga en cuánto lo ha tratado, para que lo pague al fijarle el momento.

—No hay necesidad, lo harán ustedes una vez que estén á bordo.

—Gracias, otra vez.

—Ahora díganme cuándo quieren salir.

—Esta noche me parece imposible, pues los compañeros no están preparados.

Le parece bien así, Oliden?

—Creo lo mismo.

Mañana será mucho mejor.

—Bueno, dijo Lynch á Merlo.

Que nos espere mañana desde las ocho, hasta las once de la noche.

—En qué paraje?

—Cuál es el menos vijilado? eso usted lo debe saber.

—Me parece mejor el bajo, á la altura de Temple.

De la Recoleta adelante, como son parajes mas solitarios, son los que vijilan.

No se supone que nadie venga á embarcarse en un punto tan visible.

—Pues mañana entre ocho y once, frente á la calle del Temple, concluyó Lynch.

Que no falte, haga el tiempo que haga, quo si es malo es mejor para nosotros.

—Cuenten con que allí estará todo el tiempo convenido.

Felicidad y buena fortuna, que si se oca algun inconveniente yo lo avisaré con tiempo.

Y estrechó la mano que le tendieron Oliden y Lynch.

—Un momento, exclamó este.

Felices ó afortunados, quiero que nos recuerde siempre y á cada momento, en la seguridad de que siempre estamos dispuestos á retribuir este noble servicio.

Y sacando del bolsillo uno de aquellos enormes relojes de oro y de repeticion que se usaban entonces, lo alargó á Merlo con cadena y adornos.

—Guarde ese reloj en recuerdo nuestro y de su noble ayuda.

Merlo rechazó el presente.

Palideció intensamente y bajó la mirada.

—Este es un recuerdo de amistad, continuó Lynch, y espero que no lo habrá interpretado de otro modo.

Siento en el alma si esto puede haberlo herido, pero no ha sido esa la intencion.

Quiero que guarde un recuerdo de este dia.

Merlo estaba avergonzado.

Aquel presente era un reproche terrible á su accion villana.

Y algo parecido al remordimiento asaltó á su espiritu.

Lynch le obligó á aceptar el reloj poniéndose-lo en el bolsillo, y Merlo salió de allí como si

la presencia de aquellos hombres le hiciera daño.

Era la vez primera que sentía el mal que había causado.

Pero esto no tenía ya remedio.

Para un espíritu envilecido y cobarde como el suyo, no había medio de eludir el compromiso con Cuitiño, que tan entusiasmado estaba.

Podía este descubrir su mal juego, y hacérselo pagar caro.

—A lo hecho pecho! exclamó por fin, borrando de su espíritu aquella parodia de remordimiento. Siento mucho, pero ya no hay remedio.

Cuando don Carlos vino á obtener la respuesta, Merlo le dió la hora y sitio convenido, recomendándole la mayor exactitud, cualquiera que fuese el tiempo.

—Porco dun Papa! exclamó el genovés, vamos á tener un tiempo de todo lo diablos!

—No importa—esto es lo convenido.

—Alantunze no abremo mas.

Saró allí, de la ochos á la onces.

—Adios.

—Addio.

Y se fué á lo de Cuitiño.

Este estaba haciendo una lista, muy apurado, pues no sabía si el fandango sería aquella misma noche.

—Estoy arreglando la partida con la mejor gente, dijo.

—Es esta noche?

—No, mañana.

—Entonces hay tiempo, y se echó la lista al bolsillo.

Los dos bandidos, despues de conocer Cuitiño la hora y el punto de embarque, estuvieron bebiendo hasta ahora avanzanda, pensando en el efecto que iba á causar tamaña presa.

Cuando se despidieron, quedaron en verse la noche siguiente á las doce, en que Cuitiño narraría á Merlo el resultado del negocio.

Pues aquello, para ellos, no era mas que un buen negocio, bajo todo punto de vista.

Los cinco amigos, inocentes de la inicua traicion que se preparaba sobre sus cabezas, se hallaban reunidos en casa de Lynch, quien daba minuciosa noticia de los felices trabajos que se habían hecho.

—Qué les parece? preguntaba alegremente.

Tienen fé en el resultado?

—Completa, respondieron todos, aprobando lo que se había hecho.

—Seguros de no ser vendidos, no hay que tener recelo, dijo Salvadores.

Es á lo único que yo tengo miedo.

No se puede dudar de la honradez de Merlo, a quien yo tambien conozco, y desde que él responde plenamente del referido don Carlos, no hay porqué abrigar el menor recelo.

El punto de embarque es superior, porque es el menos vigilado: de consiguiente, los resultados tienen que ser buenos, salvo una casualidad fatal.

—Bueno, dijo Lynch, es preciso que ahora nos pongamos de acuerdo sobre lo que se ha de hacer.

Voy á dar una idea general que ustedes aprobarán ó modificarán, segun les parezca.

Como no podemos andar juntos por la calle, porque sería delatarnos, es necesario que vayamos de á uno y por distintos rumbos al punto convenido, ó á la esquina de Temple y Reconquista, para estar juntos si un apuro sobreviniera.

Como la Policía nos vigila, segun dicen, cada cual, al salir de su casa, debe observar si es seguido.

En caso que lo fuera y no pueda burlar al espía, debe regresar á su casa y renunciar á la fuga.

Todos debemos ir llegando al punto de cita, desde las 8, como sea posible á cada uno.

A las diez se embarcarán los que estén á esa hora, pues el que falte será porque no ha podido burlar la vigilancia.

Las armas que deben llevarse son un par de pistolas y una arma blanca—puñal sería mejor.

Qué les parece?

—Bien todo, menos un punto que se puede enmendar ventajosamente.

Como todos estamos ó debemos estar vijilados, es natural que la vigilancia se ejerza sobre nuestras casas, para saber á que hora entramos y salimos.

Propongo, pues, que mañana salgamos temprano todos.

En el momento que cada uno vea que no es observado, ganará la casa de un amigo, en donde permanecerá hasta la noche.

De esta manera burlamos toda vigilancia y mientras cuidan nuestras casas, nosotros quedamos libres de contratiempos.

Esta reforma fué calorosamente apoyada por los otros cuatro, que la hallaron intachable.

En lo demás se adoptó lo que había dicho Lynch.

—Entonces, en el caso de ser sorprendidos, concluyó éste, cada cual hará lo que pueda.

A todos nos interesa defender la vida lo mejor posible.

Así arregladas las cosas, y de acuerdo en todo, los cinco amigos se fueron retirando de á uno, para no llamar la atencion.

Al dia siguiente, como lo había indicado Salvadores, cada uno fué saliendo de su casa ya algo avanzada la mañana.

A esa hora los agentes de la federacion repobaban de las fatigas de la noche, y suponiendo que todos dormian, nadie se ocupaba en hacer vigilancia.

Así es que conforme iban adquiriendo la seguridad de que no eran seguidos, se iban metiendo en casa de los amigos menos sospechados, donde permanecerían hasta la noche.

No podía darse nada más sagáz y bien combinado.

Así, cuando los espías vijilaran las casas á la noche, si lo hacían, ellos irían en camino de salvación.

Cada uno llevaba sobre sí todo lo que constituía su equipage, á saber, dinero, pistolas y un puñal de buen temple.

Era el 3 de Mayo de 1840.

Este día, como el anterior, había amanecido lluvioso y amenazando tempestad.

Era el tiempo que convenía á nuestros fujitivos, porque era el peor enemigo que podían tener las partidas que recorrieran el bajo.

A la caída de la tarde empezó á soplar un buen pampero, que arreció poco á poco hasta convertirse en un verdadero temporal.

El embarque iba á ser difícil porque el río estaría bajo y la marejada fuerte, pero en cambio el bajo se hallaría limpio de espías.

Los fujitivos miraron aquel tiempo como una ayuda del cielo y no dudaron ya del éxito de la empresa.

Quién había de suponer que con semejante noche se había nadie de atrever á embarcarse?

Ah! solo el que necesitaba salvar la cabeza podía intentarlo!

Y efectivamente, bajo una lluvia torrencial, las partidas fueron ganando las pulperías del tránsito.

Solamente esperando un golpe seguro, se podía permanecer en el bajo.

Y allí estaba Cuitiño desde las siete de la noche.

No pudiendo calcular el plan de Salvadores, él mismo dió los pasos necesarios para hacer cesar cualquier vigilancia que hubiera en casa de los fujitivos, para facilitarles más el camino.

Y á las siete de la noche se emboscó con quince hombres elegidos entre sus soldados más bravos, entre los árboles del bajo.

Allí esperó con una paciencia de gato, á que apareciese el grupo de amigos para caer sobre ellos.

El viento y la lluvia eran insoportables.

El dudaba que se resolvieran á embarcarse con semejante noche, pero esperaba porque Merlo le había dicho:

—Se embarcarán con cualquier tiempo.

Es gente resuelta á todo y no es el viento ni el agua lo que ha de detenerlos.

Los que provocan y desafían una tormenta de sangre, no se han de detener ante un aguacero y un ventarrón.

Y así era efectivamente.

A las ocho de la noche, los cinco amigos que

habían puesto iguales sus relojes, salían cada cual de la casa donde se había albergado durante el día.

Y sigilosamente y sin preocuparse del agua que á torrentes les caía encima, se dirigían por distinto camino al punto de reunión.

Y un cuarto de hora después los cinco se hallaban en la esquina de Temple y Reconquista, sin que les hubiera sucedido el menor contratiempo.

La lluvia había disminuido notablemente, siendo de esperar que en cinco minutos más el aguacero habría pasado.

La noche era serenísima y el viento silbaba causando un ruido típico é imponente, entre los corpulentos saucos del bajo, que han desaparecido ya de aquel parage.

Allá, á lo lejos y frente mismo á la calle del Temple, se veía un farol encendido, que no podía ser otro que el de la ballenera que los esperaba.

La partida de Cuitiño había salido un poco de su emboscada para estar prevenida, pues la oscuridad era completa.

No se veían los objetos sino teniéndolos muy cerca.

El frío era intenso y desconsolador.

Los cinco amigos escuchaban atentamente, pero no podían darse cuenta de los ruidos que llegaban confusos á sus oídos, alterados por el fragor del viento entre los árboles.

De cuando en cuando un relámpago vivo venía á iluminar la escena, dejándola sumida en seguida, en más densas tinieblas.

—Parece que debemos aprovechar los momentos, dijo el coronel Lynch.

No me parece que haya partida capaz de llevar su afición al degüello, hasta afrontar esta noche terrible.

Por otra parte, no se siente nada que pueda hacernos sospechar la proximidad de una partida.

Allí está el barco salvador—un esfuerzo más y habremos llegado.

—Vamos, pues, contestó Maison.

Se pueden llevar las pistolas montadas, para mayor precaución.

Los relámpagos irán poco á poco mostrándonos el camino.

Los cinco amigos, formando una especie de ala de batalla, avanzaron silenciosamente, las pistolas en la mano y el oído atento al rumor más leve.

De cuando en cuando, algún relámpago más vivo que los anteriores, iluminaba el camino, permitiéndoles ver á cierta distancia.

Estos mismos relámpagos sirvieron para que los asesinos los vieran llegar.

Cuitiño, que sabía el punto preciso por donde habían de venir, no había quitado de allí su vista de lince.

De modo que cuando los cinco unitarios desembocaban al bajo, este hacia montar su gente preparándola al momento que no podia tardar ya.

Los cinco amigos se detuvieron despues de andar unos treinta pasos, esperando un nuevo relámpago que les enseñara el camino.

Y esperándolo tambien, los asesinos se habian movido para caer sobre las victimas asi que irradiara su luz.

Mas de tres minutos estuvieron asi aquellos dos grupos, que esperaban la luz de un relámpago con tan diverso objeto.

Por fin el relámpago se produjo y los verdugos y victimas pudieron contemplarse frente a frente.

Una quintuple maldicion partió del grupo de los que huian y el relámpago de muerte de sus pistolas volvió a iluminar el terreno.

Dos ginetes rodaron al suelo, produciendo cierta desorganizacion entre los asesinos.

—A los salvages! que no puedan escapar! gritó Cuitiño.

Si se van, luego los he de fusilar a todos ustedes.

—Firme y ánimo! dijo a su vez el coronel Lynch.

Este canalla está ya vencido por nuestra agresion inesperada.

Otra descarga y huyen como perros.

Los cinco amigos se agruparon y volvieron a hacer fuego, guándose para ello por el sonido de las voces y el ruido que producian los caballos.

Otros dos ginetes cayeron al suelo, desmoronizando por completo a los asesinos.

No habian aun causado el menor mal y ya habian perdido cuatro hombres.

Pero ya los cinco amigos no tenian mas que sus puñales.

Maison tuvo una idea salvadora, que puso en práctica inmediatamente.

Aprovechemos las otras pistolas! gritó, pero para hacer fuego, aprovechemos un buen momento.

—Avanzemos! avancemos! gritó el coronel Lynch, haciendo fuego cuando sea necesario.

Ante semejante amenaza y sin sospechar que los amigos mentian para aterrorarlos, los asesinos se abrieron y diseminaron al rededor, para esquivar las balas de las pistolas y hacer imposible el fuego al monton.

Los cinco amigos empezaron á avanzar, tratando de ganar tiempo y entrarse al agua, antes que el enemigo se repusiera y se apercebiera de que no tenian con qué hacer fuego.

Cuitiño atropelló á los suyos con el caballo, obligándolos á cortar la retirada de los fugitivos.

Estos cargaron á sable y empezó entonces una lucha terrible.

Los cinco amigos se batian con sus puñales

entre la oscuridad de la noche, con una bravura imponderable.

Sabian además que este era el único medio de salir de allí con vida.

Se prendian de las piernas de los asesinos, y á las bridas de los caballos y trataban de huir y herian con una desesperacion creciente.

Oliden y Maison habian sido heridos tambien, y Salvadores, al evitar un hachazo que le habia partido la cabeza, recibia una profunda herida en la mano derecha.

Sin embargo, los asesinos, que ignoraban estas heridas, perdian terreno visiblemente acobardados.

Estaban acostumbrados á degollar impunemente y aquella heroica resistencia los habia desconcertado desde un principio.

Fuera de duda los amigos estaban salvos.

El coronel Lynch habia logrado arrebatarse el sable y con él dirigia golpes terribles.

En vano eran los esfuerzos desesperados de Cuitiño, que veia que á pesar de todas sus precauciones, las victimas se escapaban.

Varias veces intentó agredir él mismo, pero otras tantas retrocedió ante el sable de Lynch.

El gran degollador tenia tanto miedo como sus mismos soldados.

Ya llegaban los amigos á la playa, perseguidos muy débilmente, cuando se cambió por completo la escena y la situacion de los combatientes.

Con un estrépito infernal, acababa de presentarse en la playa un nuevo y numeroso grupo de combatientes.

Eran el coronel Parra y su gente que estaban en una esquina y habian sentido las detonaciones.

—Esos no pueden ser sino unitarios que, sorprendidos, se han visto obligados á pelear, dijo Parra.

Es preciso acudir, porque cuando se atreven á tanto, es porque han dé ser muchos: el fuego así lo atestigua.

La gente montó á caballo y acudieron presurosos á donde se estaba combatiendo.

—Qué gente es esta? qué sucede aqui? preguntó Parra deteniendo su caballo.

—No podia llegar mas á tiempo! soy el coronel Cuitiño! gritó éste.

Acudid pronto, coronel Parra, que se nos van —han conseguido acobardar á estos trompetas!

Parra se adelantó impetuoso sobre los que huian, cargándolos con sus soldados.

La suerte de los cinco amigos acababa de decidirse.

Qué podrian hacer, heridos ya tres, contra mas de doce soldados de refresco, unidos á los que aun conservaba Cuitiño?

Desde el primer momento lo entendieron así y se dispusieron no ya a luchar por la vida, sino a morir haciendo el mayor daño que les fuera posible.

Fué Maison el primero que cayó, con una segunda herida terrible.

Varios soldados habian echado pié a tierra, y uno de ellos le habia sepultado su daga en el costado derecho.

—Adios, compañeros! gritó al caer—ya soy uno menos!

—A mi bandidos! a mi asesinos! gritó el coronel Lynch saltando adelante.

Y cayó tambien con el cráneo partido de un sablazo y herido el corazon de una puñalada.

Tan cerca estaban unos de otros, que los tres que quedaban de pié, lo vieron caer.

Salvadores, herido en la mano, ni siquiera podia defenderse; no ya agredir.

La muerte era inevitable.

Y tentó otra vez la buena fortuna que lo habia salvado anteriormente.

Aprovechando la oscuridad, se deslizó á la derecha todo lo que pudo y empezó á retroceder rápidamente hácia la ciudad.

En aquel mismo momento tambien caia Oliden rendido por las muchas heridas recibidas, pero postroando al caer a otro asesino.

Solo quedaba en pié Riglos.

Los asesinos, engolfados en el triunfo, que tocaba ya á su fin, no vieron á Salvadores que habia retrocedido con pasmosa rapidéz.

Como no podian ver los caidos, cuando cayó Riglos, no encontrando ya resistencia, creyeron haber concluido con los cinco.

Fué entonces que prendieron fuego y revisaron el terreno del combate.

—Ni uno ha escapado! vociferó el feróz Cuitiño—ni uno solo para que cuente el cuento!

—Cuántos eran? preguntó Parra.

—Cinco, cinco de los mas importantes, pues entre ellos figura el coronel Lynch.

—Pero, algo les ha costado, eh?

Veo aquí algunos cuerpos que son de nuestra gente.

Dos, cuatro, seis, siete, siguió contando á la luz de una linterna los soldados tendidos en el suelo.

No se puede negar que han hecho lo posible por sacarla bien.

Me parece que si no caigo yo se hacen el gusto.

—Efectivamente, repuso Cuitiño algo corrido—estos sinvergüenzas se habian dejado arrollar con la parada.

—Con la parada no, mi coronel, repuso un sargento que alguna tranca debia tener cuando se permitia hacer observaciones.

Habiamos perdido ya cinco hombres.

—Por maulas! y yo que los elejé como una gran cosa! . . . .

—Será, mi coronel, pero la gente era dura como la mejor.

—Bueno, a registrarlos ahora, a ver si llevan comunicaciones.

La órden era inútil, pues ya los asesinos, no solo registraban, sino que desnudaban ya los cadáveres, calientes todavia.

—Mi coronel, dijo el sargento que habia hablado antes, yo no encuentro aquí mas que cuatro.

A no ser que el otro haya ido a caer mas lejos! . . . .

—Poder del diablo! aulló Cuitiño—se habrá escapado alguno—pronto, a ver si está por ahí.

Se buscó, pero inútilmente.

No habia allí mas que cuatro cadáveres.

—Y está seguro que eran cinco? preguntó Parra.

—Y cómo nó! los conté en medio del gran relámpago.

Y aunque no fuera asi, conozco hasta sus nombres.

—Iremos a dar una batida.

—Es inútil, terminó Cuitiño.

Si se ha salvado volviendo a la ciudad, ya sé quién es y pronto le pediré el vuelto.

Si se ha embarcado durante el combate, ya no hay remedio.

Cuitiño miró hácia el rio, y vió el farolito de la ballenera que apenas se distinguia ya.

O va allí, ó mañana será conmigo.

Y tomó la linterna de manos del sargento, y se fué él mismo a revisar los cadáveres.

Con qué satisfaccion íntima los nombró uno por uno, así que fué viéndoles la cara!

—Salvadores! exclamó de pronto,—José Maria Salvadores! chilló; ese es el que falta.

De poco te vá a servir la gauchada, siguió vociferando, si es que te has quedado!

Los bandidos se entregaron con un entusiasmo febril al saqueo y mutilacion de los cadáveres.

Cuando hubieron concluido, el sargento entregó á su vez a Cuitiño las alhajas y dinero que los soldados le entregaron, de lo que indudablemente faltaba una buena parte.

Y allí mismo, a la luz de los cigarros y de la linterna, se hizo el reparto del botin entre los diez y ocho soldados, que se habian ido entreteniéndose en desnudar tambien a sus compañeros.

A pesar de la fuga de Salvadores y de las bajas tenidas, Cuitiño estaba alegre.

Lynch y Maison, y deyapa Oliden, decia,—esto, si que es portarse en toda regla.

Me quemo por hablar con el señor gobernador.

Concluido el reparto, Cuitiño se acercó á Parra y le dijo:

—Me parece que podemos hacer retirar los muchachos, porque ya no hemos de necesitarlos. Yo me voy á Palermo á dar cuenta; si quiere iremos juntos.

—Ya es tarde y el gobernador estará recojido. No porque me espera, pues él sabía lo bolada y me había dado órdenes.

—Entonces estoy demás—yo me voy con la gente y mañana nos veremos.

Los dos asesinos se despidieron cordialmente, Parra á la ciudad, despues de mandar retirar la soldadesca, y Cuitiño hácia Palermo.

El tirano esperaba al bandido, pero apenas lo vió el edecan de servicio, le dijo:

—Entre coronel, entre; aunque es tarde, tengo orden de S. E. de hacerlo entrar en cuanto llegase.

Cuitiño se metió á una pieza, donde estaba el tirano con su gorro de pastel sumido hasta las orejas y haciéndose el distraido, señal infalible de mal humor.

Omitimos aquí una descripción detallada de aquella pieza y de los locos que se veían en los rincones acurrucados y durmiendo, porque ella entrará en nuestros capítulos describiendo minuciosamente lo que era Palermo de San Benito.

Cuitiño se detuvo en la puerta, esperando que Rosas lo hablara, pero este pareció no haberlo sentido llegar.

—Buenas noches, S. E., dijo por fin, puedo entrar?

—Ah! coronel, repuso el tirano como si recién lo viera—entre, no se esté ahí parado.

—Es que como donde me siento dejo el charco de agua, no sé si debo. . . .

—Entre no mas, y no tenga recelo.

Cuitiño venía efectivamente aterido de frio y chorreando agua.

Despues de los degüellos del bajo y cuando venía a Palermo, le había caído encima el segundo aguacero de aquella terrible noche.

—La noche no está muy mansa, agregó Rosas, y como usted habrá estado de servicio esta noche, ya me imagino que ha de estar calado hasta los huesos.

Cómo le ha ido de campaña?

Supongo que habrá escarmentado á esos insolentes.

Cuitiño había impuesto á Rosas aquella mañana de lo que se trataba.

Por eso es que el tirano estaba esperando á Cuitiño y le hacia aquellas preguntas.

La empresa ha sido un poco dura, pues ya sabe V. E. de la clase de gente que se trataba.

Dura para morir como no he visto otra.

—Y los cinco?

—Hubieran caído, contestó Cuitiño algo confuso—pero ya vé V. E. la noche, no se veían ni las manos.

—Hubieran caído! quiere decir que se han salvado! exclamó enfurecido el tirano.

Bien digo yo que no tengo un solo agente que valga cuatro reales, en las empresas difíciles.

Si viene Lavalle, no sé qué vamos á hacer con

semejante chusma! nos vá á llevar por delante! Cuitiño temblaba como un niño ante aquella mirada de tigre y no se atrevía á replicar una palabra.

—Hable de una vez! con mil diablos! supongo que ni siquiera me traerán la cabeza de Lynch!

—Algo mas, V. E., se atrevió entonces á decir el degollador.

Solo ha escapado uno, y el que menos vale.

Con escepcion del salvaje José Maria Salvadores, todos han caído bajo el puñal justiciero de la federación.

Al oír esto la cara del tirano tomó una expresión mas humana, sonrió á Cuitiño y le dijo:

Entonces Lynch, Maison, el . . .

—Todos, V. E., todos han caído pagando su infame delito.

Solo la gran oscuridad de la noche ha podido hacer que se nos escape aquel salvaje sabbandija.

Pero no importa, otros me proporcionarán el desquite!

Rosas había concluido por ponerse alegre y charlador.

—Y sabe que se ha mojado de lo lindo, dijo.

Yo lo voy a secar por dentro, mientras usted se seca por fuera.

Y dió un gran alarido.

Los locos estuvieron de pié tan rápidamente, que parecia hubieran finjido dormir.

La gorra voló por la cabeza de uno, el tintero por la de otro, y un gran puntapié alcanzó al que le quedaba mas cerca.

—Qué ordena mi padre? preguntó don Eusebio, que no era tal loco, sino un vividor que pasaba la plaza de tal.

—Pronto, bellacos—un vaso de cualquier bebida fina para el coronel Cuitiño, que tiene frio.

Los locos se desparrramaron prontamente merced á otros mil objetos que les llovieron por la cabeza, regresando poco despues cada uno con un vaso ó una botella de bebida.

—Dispense V. E. que muestre mis manos súcias, dijo Cuitiño, tomando un vaso con la mano roja aun por la sangre derramada esa noche.

—Haga no mas, haga no mas, coronel!

—Cuando uno está de servicio, no siempre puede andar tan limpio como quisiera.

Haga no mas y cuente cómo fué aquello.

Cuitiño se echó al colete, de un trago, el contenido del vaso, é inventó una historia en que él y sus soldados hicieron un papel heróico.

—Al último, concluyó, el amigo Parra que había sentido la jarana acudió en mi ayuda y me echó una manito.

—Ah! Parra! siempre activo en el servicio!

—Y cómo no, V. E.?

Demasiado compensado está uno con merecer la confianza del supremo gobierno!

—Bueno, retírese á descansar no mas, pero tenga presente que el que se ha salvado, será un enemigo mas con quien tienen que contar.

—Tal vez esté en la ciudad, señor, repuso Cuitiño.

Entonces no le va á valer la mayor oscuridad de esta vida.

—No crea que se ha ido en el bote que los esperaba.

Yo lo creo así, pero nada se pierde con registrar la casa dentro de uno ó dos dias.

Esto sí que será inútil, pero nada se pierde.

—No hay necesidad—ya sabremos si está aquí, y entonces se procederá.

—Entonces V. E. con su permiso, dijo Cuitiño poniéndose de pié para retirarse.

Yo no voy á ir hasta mañana, que vendré á traer á V. E., si me lo permite, las cabezas de aquellos malhechores.

No me bastan las orejas, dijo Rosas, para hacerlas clavar por otro, á la vista.

Espere un momento.

Cuantos hombres han tomado parte en la fiesta?

No sé fijamente V. E., pero creo que unos veinte ó veinte y cinco, si contamos los del amigo Parra.

Rosas se levantó y volvió al pronto con quince mil pesos.

Tome coronel, dijo entregándoselos.

Démele quinientos pesos á cada soldado.

Lo que sobre, haga de ello una buena obra, si es que no quiere guardarlo para usted.

El asesino tomó el dinero y se despidió hasta el dia siguiente.

Rosas, cuando quedó solo, dió un gran gorgorazo sobre el escritorio y exclamó.

—Todos, todos van cayendo poco á poco!

No ha de quedar uno solo!

Cuitiño salió de Palermo y regresó á su Comisaría.

Al dia siguiente entregaba mil pesos á Parra, diciéndole que se los remitía el Gobierno.

El resto del dinero lo guardó para sí.

Los soldados tenian demasiado con lo que les habia tocado del reparto, y lo que habian sacado de sobre los cadáveres.

Volvamos nosotros á Salvadores, salvado por la tercera vez.

Salvadores no se atrevió á permanecer un solo minuto en lo que llamaremos el campo de batalla.

A penas notó que no habia sido visto y que no lo seguian, empezó á caminar con gran rapidez hácia la calle de Córdoba, cuya barranca gredosa y como jabonada por la lluvia, trepó con dificultad terrible.

Una vez arriba, procedió al vendaje de su herida, para estancar en lo posible la pérdida de la sangre.

En seguida tomó el camino de su casa, donde llegó jadeante de fatiga y desfallecido por la pérdida de sangre.

Cuando su esposa lo vió llegar en tan desesperante estado, se entregó á la manifestacion de todo su dolor.

—Pronto, hija mia, pronto, dijo Salvadores.

La pérdida de un minuto importa la pérdida de mi cabeza!

—Pero qué hay que hacer, Dios mio!

Vienes herido? te persiguen acaso?

—Es casi seguro.

Estoy perdido irremediamente porque me han conocido—y me vendrán á buscar.

Pronto, cierra la puerta de la calle, y que nadie, absolutamente nadie conozca mi venida.

Felizmente para Salvadores, todos dormian en la casa, con excepcion de su esposa.

La puerta de calle habia sido dejada entreabierta, de modo que nadie pudo ver entrar á Salvadores.

La señora aseguró por sus manos todas las puertas y regresó al lado de su esposo para saber lo que habia sucedido.

Pocas palabras necesitó este para referirlo.

—Nos esperaban, dijo, y cayeron sobre nosotros como una tormenta.

Hemos defendido la cabeza cuanto nos ha sido posible, pero al fin sucumbimos.

Soy el único que ha escapado con vida, aunque sin esperanza de conservarla mucho tiempo.

—Y los demás han muerto?

—Todos! todos!

Dios me ha protejido por tercera vez y he podido huir.

Pero ellos sabian quiénes éramos y al faltar el mio entre los cadáveres, vendrán á buscarme.

Una sola cosa puede protejerme, pero ello depende absolutamente del sigilo que se guarde sobre mi vuelta.

Cuitiño y Parra, que eran los jefes de los asesinos, no pueden saber si yo he logrado embarcarme ó he huido á la ciudad.

Es preciso que crean lo primero á toda costa y es en esto que reposa todo mi plan de salvacion.

Yo ahora me voy a meter en el sótano, de donde no saldré hasta que no haya caido este feroz tirano.

—Nadie mas que tú debe conocer el secreto de mi presencia aquí, pues si llega a traslucirse, mi muerte es inevitable.

Mis hijos mismos deben ignorarlo.

Es preciso entonces que salgas, que visites a los parientes y que te muestres alegre, como corresponde a la muger cuyo marido está a salvo de todo peligro.

Es la única manera que crean que estoy en Montevideo.

Cuando haya pasado toda sospecha y mi fuga haya sido primeramente creída, podrás entonces venir al sótano, sin que nadie te vea, y allí hablaremos entonces mas largo.

La casa de Salvadores, mas que una casa, una quinta, estaba situada como hemos dicho, en la calle del Temple entre Esmeralda y Sulpacha.

Las piezas eran espaciosas, como todas las casas de aquella época, con sus tradicionales pisos de ladrillo.

En una de estas piezas, del segundo patio, habia un sótano, estrecho, pero que por el momento era cuanto Salvadores necesitaba.

En el piso de ladrillo habia una puerta de madera, pequeña, que era la que daba entrada al sótano, y era muy fácil disimular con ladrillos que el mismo Salvadores trajo del fondo, explicando cómo habiade colocarlos asi que él entrara.

Armado de una azada para proceder al ensanche del sótano, bajó á él despues de despedirse tiernamente de su aflijida esposa.

Su propósito inquebrantable era no salir de allí en veinte años, si veinte años mas duraba aquella bárbara tirania.

La señora colocó los ladrillos, conforme Salvadores le habia indicado, y se retiró á su aposento.

Harto amargo fué para ella el resto de aquella noche maldecida!

A cada momento le parecia sentir á la mazorca golpear la puerta de la casa pidiéndole la cabeza de su marido.

El terror mas íntimo se habia apoderado de ella, dominándola por completo.

La mazorca vendria á su casa á buscar á su esposo, y no hallándolo tal vez se desquitara con sus hijos.

Y aquel pensamiento enloquecedor, la madre se revelaba, y saltaba como una leona al lado de las camas donde reposaban sus hijos.

Y si ponian la vida de sus hijos por condicion de decir dónde estaba su marido?

Confesémos que la situacion de aquella señora, era de lo mas dramático y desesperante porque puede pasar el corazon de una mujer.

Y ella veia con terror que entre los hijos y el marido no habia lucha posible.

Amaba á este último de una manera entrañable, pero los hijos tenian que triunfar en su corazon de madre.

Los hijos sobre todas las cosas de la tierra, y aun sobre las del cielo mismo.

Asi la sorprendió el dia en su encarnizada lucha con sus propios pensamientos.

La familia de Salvadores era entonces pequeña con relacion á lo que fué mas tarde.

Componianla su hija Porfiria, la mayor, hoy esposa del coronel Bedoya, el correntino mas alegre y jovial que conozcamos, y tres varones.

José María, que tenia siete años, Tomás, que tenia cinco, y Nicéforo, que apenas contaba

Dos sirvientes y una cuñada de Salvadores que vivia con él, completaban el personal, diremos así, de aquella familia tan feliz hasta entonces.

La señora salió de sus habitaciones en cuanto hubo amanecido y despertó á los sirvientes.

Su hermana, que se habia recojido tarde, dormia aún.

La casa fué abierta completamente, procediéndose a las faenas familiares como en los demas dias.

Era la mejor manera de desimular lo que acontecia.

Y no tardó la señora en ver pasar por delante de la puerta grupos sospechosos que indudablemente le espiaban.

Cuando su hermana se levantó, la señora de Salvadores estaba contenta y sonriente, por lo menos en la apariencia.

—Dios es bueno contigo, Pepa, le dijo—José María se ha salvado, pues si no fuera asi ya habria vuelto.

—Se ha salvado si, a Dios gracias, repuso aquella.

El corazon me lo anuncia así, pues si le hubieran agarrado, ya sabriamos la noticia.

Las malas noticias se saben bien pronto.

Despues de almorzar, la señora de Salvadores se vistió tranquilamente, y acompañada de su hija, salió a visitar a sus parientes mas próximos.

Era asombrosa la valentia con que aquella señora disimulaba la tormenta que estallaba en su corazon.

Nadie habia sospechado, por su aspecto, la verdad angustiosa de lo que sucedia.

A todos ellos fué contando la feliz noticia de que su marido habia logrado fugar la noche anterior.

Toda la ciudad conecia ya el drama de la noche pasada.

La muerte de Lynch y sus compañeros habia sido un golpe harto doloroso para las familias unitarias que preveian ya la tormenta de sangre en que iba a ser, envuelta la ciudad.

Todos felicitaban a misia Pepa, como se decia entonces, pues con la muerte de los cuatro amigos, circulaba la noticia de que Salvadores habia logrado fugar.

Sin embargo, Cuitiño queria tener la certeza, y para ello solo le faltaba un registro en la casa del salvage tan milagrosamente escapado.

Desde que regresó de Palermo, habia establecido un espionaje en la calle y por las azoteas, pero los espías no tuvieron nada que contar.

Los de las azoteas, sobre todo, se habian impuesto de cuanto habia pasado en la casa, adquiriendo la conviccion de que allí no podia haber ningun hombre escondido.

Todas las puertas estaban francamente abiertas, y mientras la familia pequeña jugaba en e

fondo alegremente, el servicio se hallaba tranquilamente entregado a sus quehaceres.

Si Salvadores hubiera estado adentro, otro hubiera sido el aspecto de la casa.

A pesar de esto, Cuitiño había resuelto presentarse el mismo, al oscurecer, aunque solo fuera por fórmula.

La señora había regresado de sus visitas, tan alegre en la apariencia como había salido.

—Ha sido un milagro de Dios, dijo á su hermana, en cuanto entró al patio, tan fuerte como le fué posible, pues calculaba que estarían espionando la casa.

A todos los han muerto menos á José María. Por fin estará libre, a estas horas, de todo peligro!

Gracias, Dios mio!

La niña Porfiria era la única que podía darse cuenta de aquella situación terrible.

Los demás niños apenas tenían tiempo para preocuparse en sus juegos infantiles.

La familia se sentó á la mesa á la hora de costumbre, cuando empezaba á anochecer.

Apenas se habían puesto en la boca una cucharada de sopa, cuando se sintió en el zaguán ruido de pasos y de sables.

Todos, con escepcion de doña Pepa, que esperaba aquella visita desde la noche anterior, se aterraron.

Las pisadas siguieron avanzando, como si fueran producidas por gente de la casa, hasta el comedor, donde penetraron con la mayor franqueza.

Era Cuitiño seguido de cuatro mazorqueros de puñal y sable.

—Dónde está Salvadores? preguntó apenas hubo entrado.

—A Dios gracias, replicó la señora, lo supongo en Montevideo.

—Mentira, Salvadores está aquí, dijo Cuitiño. Anoche ha vuelto herido á altas horas de la noche.

—Qué, está herido Salvadores? Dios mio! Dios mio! exclamó la señora, y aprovechando aquel pretexto para desahogarse, rompió á llorar amargamente.

Esta era la prueba más concluyente para Cuitiño de que Salvadores ni estaba allí ni sabía nada de él su señora.

—He dicho que está aquí! gritó Cuitiño.

—Dios lo quisiera! así podía curarlo y atenderlo.

Y la señora seguía llorando con una amargura suprema.

Desde por la mañana, recién encontraba un pretexto que no pudiera despertar sospechas, para desahogar su amargo llanto, la desesperación que le roía el espíritu.

—Usted puede convencerse fácilmente, continuó, revisando la casa.

Voy á mostrar á usted hasta el último rincón.

Por dónde quiere usted empezar, por la sala ó por el fondo?

—Por las dos partes á un tiempo.

A ver, dijo, dirigiéndose á los suyos—ustedes dos me revisan desde el fondo hasta aquí.

Vos conmigo á la sala.

Vamos, señora.

Cuitiño y la señora se fueron á la sala, desde donde empezó aquel un prolijo registro.

Los encargados de revisar desde el fondo al comedor, eran los mismos que habían vijilado la casa desde la azotea y estaban plenamente convencidos de la ausencia de Salvadores.

Así es que apenas miraban á los rincones, por fórmula, criticando la inocencia de Cuitiño en creer que el pájaro estaba allí.

Llegaron, pues, al comedor, sin haber notado el sótano, y se sirvieron un buen vaso de vino para matar el tiempo, ya que no tenían otra cosa que matar.

Cuitiño revisó con gran proligidad hasta los muebles de las piezas, que la señora le abría con gran apresuramiento.

—Cuando se convenció de que allí nada había, volvió al comedor donde lo esperaban sus dos satélites.

—Qué tal, preguntó: no han hallado algo de rastro?

—Ni olor á unitario, mi coronel.

Ya le decía yo que á estar aquí ese salvajón no se me había de haber escapado.

—Dígame, señor, preguntó entonces doña Pepa, fingiendo una consternación terrible:

¿No puede hacerme la caridad de decirme si la herida de Salvadores es muy grave?

—No debe ser tanto cuando se nos ha hecho humo, desgraciadamente.

Ah! si llego á echarle la vista encima!

—Pobre José María! Dios me lo ha de ayudar!

—Dios está con los buenos federales! concluyó el bandido, y si yo llego á saber que usted se mete con unitarios, vengo aquí nuevamente y no me queda uno vivo.

Y dando un cogotazo á la señora como para mostrar la autoridad de que estaba investido, salió de la casa arrastrando la charrasca.

Los asesinos que le acompañaban no quisieron ser menos, y dieron un buen punta-pié á cada uno de aquellos inocentes, que se acurrucaban en el regazo de la madre, llenos de miedo y dolor.

Aquellos bandidos se retiraron, rompiendo los vidrios, por costumbre, y algunos cristales de los que había sobre la mesa.

La casa quedó sumida en el mayor espanto.

La señora, para disimular delante de los sirvientes y de su propia familia, lamentaba la herida de Salvadores, y daba gracias al cielo por haberlo salvado tan milagrosamente del puñal de la mazorca.

De esta manera se aseguraba aquel secreto, que pesaba sobre su corazón como una montaña.

A la noche, cuando todo estuvo perfectamente cerrado y después de quedar durmiendo todos los niños y demás gente de la casa, la señora bajó al sótano, llevando algo que comer para su esposo, que no probaba un bocado desde aquella noche terrible.

Cuánta precaución no usó aquella pobre señora para no producir el más ligero ruido!

Cada rumor lejano que llegaba á sus oídos, le parecían los pasos producidos por alguna partida federal, y aterrada suspendía la tarea para ir á escuchar por las endijas de la puerta.

Era preciso poseer un corazón verdaderamente valiente para resistir todas aquellas emociones.

Por fin estuvo al lado de su marido, entre cuyos brazos buscó un consuelo que tanto necesitaba.

Salvadores había escuchado el rumor de los sables y las voces de Cuitiño y su gente.

Así es que cuando supo la visita de Cuitiño y su resultado, respiró con más libertad, diciendo:

—Ahora pasó ya el gran peligro de un registro, que era lo que yo más temía.

Ya podemos estar tranquilos, pues no tienen más remedio que creermé en Montevideo.

Para asegurar esta creencia, se convino en que á la noche siguiente la señora le llevaría lo necesario y él escribiría una carta fechada en Montevideo, dándole cuenta de cómo se habla salvado, carta que la señora se dejaría sorprender.

La señora de Salvadores permaneció unas tres horas al lado de éste, instruyéndose sobre lo que debía hacerse.

Cuando salió, acomodó los ladrillos en la misma forma que estaban y se retiró á su aposento.

Así pasó una semana.

De día, salía siempre a casa de sus parientes y relaciones, demostrando una gran alegría.

Y por la noche, cuando todos se hallaban entregados al reposo, bajaba al lado de su marido á llevarle de comer, endulzando cuanto le era posible aquel horrible cautiverio de donde no podía calcular cuándo llegaría a salir.

La situación empezó á hacerse crítica por otro lado.

Los pocos bienes de Salvadores fueron embargados y los recursos de vida empezaban á faltar.

Cómo proporcionarse lo necesario para el sustento de la familia?

Esta era la gran cuestión á resolver.

Salvadores no podía pensar en trabajo alguno porque hubiera sido una locura.

La menor sospecha hubiera traído un registro más prolijo y entonces todo se habría perdido.

Las cartas fueron escritas en el sótano y la señora salió á llevarlas á los parientes y relaciones.

Aún vigilada la casa, con cierto descuido, los agentes de Cuitiño la vieron salir muy apurada, leyendo unos papeles, y sin más preámbulos y á pesar de una resistencia heroica, para fingir mejor, se los arrebataron.

Lo principal estaba hecho, pues ya la autoridad quedaria persuadida de estar él en Montevideo.

Salvadores había tenido el buen tino, para salvaguardar de cierto modo á su familia, de decir en aquellas cartas:

“Ya sabes que yo no me he venido por ser salvaje unitario, pues nunca lo fui, pero me tenían por tal, y si no me vengo el día menos pensado me iban á matar”.

Y tal vez á estos párrafos se debía que la familia Salvadores no fuera tratada ni mazorqueada como la de otros muchos salvajes emigrados.

Persuadidos de que Salvadores no estaba aquí, dejaron la familia tranquila y por el momento no volvieron á ocuparse más de ella.

La señora pudo ocuparse así con más libertad del cuidado de su casa que atendía mejor, pues ya no tenía que salir diariamente á fingir alegrías que estaba tan distante de experimentar.

Lo primero que se necesitaba arreglar era el presupuesto de la casa, pues no se contaba con la menor entrada fija, y se tenían que cubrir aquellas imperiosas necesidades de la familia menuda, sobre todo.

Tanto los parientes de Salvadores como los de la señora misma, y algunas leales relaciones, la socorrian con dinero y aquellos artículos más necesarios en una familia, pero esto no era bastante y podía concluirse pronto, pues todas las familias unitarias estaban más ó menos alcanzadas.

Por lo pronto, llamó un día á las dos sirvientas que había conservado hasta entonces para que, en caso de ser interrogadas pudieran asegurar que allí no había hombre alguno y les dijo:

—Con todo el dolor de mi alma tengo que despedirlas, porque no puedo tenerlas más.

Desde que se fué Salvadores yo no tengo más dinero que aquel con que me socorre la familia, y este apenas me alcanza para comer.

Para que no me falten las necesidades más apremiantes, voy a tomar trabajo ya de costura ó de planchado y ustedes serian entonces una carga insostenible para mí.

—Señora, repuso una de ellas, yo me quedaré a servirla sin sueldo, hasta que su posición mejore.

—En ese caso yo las haré buscar, pues ahora,

para darles de comer solamente, tendria que hacer sacrificios terribles.

Lo siento en el alma, pero no me queda otro recurso.

Las dos muchachas, llorando y pesarosas, dejaron aquella casa donde habian servido tantos años y donde tan bien las habian tratado.

La señora, aunque quedaba sola y obligada á hacer ella el servicio interior de la casa, se encontró mas desahogada.

En primer lugar, hacia una buena economia con aquellos dos sueldos, y luego se libraba de dos testigos estraños que, en cualquier momento, podian sorprender el secreto que tanto queria ocultar.

La fatiga iba a ser grande, pues tendria que atender á sus tres hijos, sin mas ayuda que la que podia prestarle Porfiria,—cocinar y lavar la ropa de todos.

Aquello era para Salvadores un martirio mayor aun que un encierro obligatorio, pero qué podia hacer para remediar situacion tan crítica?

Intentarlo hubiera sido delatarse y agravar el mal que queria conjurar.

Devoró en silencio tamaña desventura, y esperó resignado dias mejores.

El partido unitario estaba en campaña, y el dia menos pensado podria dar en tierra con la tirania.

Era preciso pues tener paciencia y sobre todo resignacion.

No era cosa muy fácil entonces encontrar trabajo una señora unitaria, y esposa de un emigrado.

Pero en último caso ahí estaba don Simon Pereyra, que era el paño de lágrimas de muchas familias azotadas por la desgracia.

Don Simon Pereyra tenia una gran roperia, de donde se proveia el gobierno para vestir las tropas y Policía.

Allí acudian las mas distinguidas familias unitarias á pedir costuras, para llenar con su producto sus mas apremiantes necesidades.

Y era don Simon Pereyra quien nunca dejaba faltarles el trabajo, recompensándozelo, con cierta largueza noble y desinteresada.

A muchos ancianos hoy, les hemos oido hablar de don Simon Pereyra, con lágrimas de reconocimiento.

Allí acudió tambien la señora de Salvadores y de allí salió con el corazon rebozando felicidad y los brazos cargados de costuras.

Estas eran penosas, porque entonces todo se hacia á mano y se trataba de chaquetas y ponchos de paño grueso.

Pero esto poco importaba.

Trabajando bien una señora hacia una chaqueta por dia, y el producto de esta chaqueta daba para acudir á las necesidades mas imperiosas.

Entre la señora y la jóven Porfiria, podian hacer mas de una chaqueta por dia, pero entonces no podian acudir á los demás servicios.

Se tomó una resolucíon heroica, porque al fin y al cabo no habia otro remedio.

Jose Maria, que era el mayor de los hijos, aunque su edad era tierna, fué nombrado cocinero de la familia y Tomás el mucamo.

Mientras el primero salia por la mañana á hacer las compras, el segundo barria los patios, encendia fuego, y daba mate á las dos costureras, que se levantaban con el dia á entregarse al trabajo.

Muchas veces la señora se levantaba tarde, porque su estadia en el sótano habia sido larga la noche anterior.

Pero esto no obstaba para que cada cual hubiera cumplido su obligacion, con escepcion de Nicéforo, que como ya lo hemos dicho, solo tenia tres años y no podia ayudar en nada.

Las hermanas y tias de la señora quisieron venir á su casa para aliviarla en lo posible, pero ella rechazó primero las ofertas y cuando insistieron mucho se opuso terminantemente.

Tenia terror á que sorprendieran su secreto y á no poder atender á su marido con entera libertad.

Al cabo de dos meses, este habia empezado á habituarse á aquella vida de presidiario.

Para matar las horas del dia, se entretenia en cavar el sótano para darle mayor ensanche, siendo la señora la que durante la noche y con un recato asombroso, llevaba la tierra al fondo.

De éste modo Salvadores habia logrado ganar algunas varas de espacio, que le permitieran tener una mesa de la cocina, una silla y un catre que él mismo se habia confeccionado, porque no lo habia en la casa y traerlo de afuera habria sido peligroso pues podia despertar algunas sospechas.

La señora pasaba á su lado todo el tiempo de la noche que le dejaban libre sus hijos, pues nunca entraba al sótano hasta no tener la seguridad que estos dormian profundamente.

Entonces acomodaba la comida en un canastito y la iba á llevar á su marido.

Este aprovechaba tambien su tiempo en beneficio de su familia.

La señora le daba de noche lecciones de costura, y él durante el dia estudiaba con tanta pasion y desvelo, que en un par de meses se hizo un costurero de primer órden.

Entonces ya podria ayudar al sustento de la familia sin que nadie la sospechara.

La señora le llevaba al sótano las costuras mas pesadas como los ponchos y ciertos remates de las chaquetas, que este concluía rápidamente y de una manera primorosa.

Planchaba sus costuras sobre la mesa de cocina, y se consideraba en esto verdaderamente feliz.

Su esposa tendria un buen alivio en adelante y podria cubrir ciertas necesidades urgentes, con aquel trabajo en que nunca habria pensado.

Don Simon Pereyra estaba contentísimo con aquella famosa oficiala.

Ah! señora! solía decirle.

Parece imposible que con esas manos tan pequeñas y delicadas, pueda usted domar estos pañazos y asentar tan prolijamente estas costuras.

Qué quiere usted, don Simon, respondía la pobre señora pensando en Salvadores, la necesidad suele hacer prodigios.

Este habia adelantado tanto en su nuevo oficio de sastrero y trabajaba con tal pasión, que la ropa que salía de sus manos, era siempre admirablemente concluida.

Don Simon Pereyra empezó entonces á dar á doña Pepa ropa de oficiales y alguna otra que exigía mas cuidado.

Salvadores ademas, se habia convertido en un famoso planchador de fino.

Era él, quien planchaba la ropa de toda la familia, é invitaba á su esposa para que se buscara tambien un buen planchado de alguna familia.

Pero la señora le observaba con mucha razon que trabajar mas, en aquel sótano tan sombrío y húmedo, era peligroso de contraer alguna afeccion pulmonar.

Este solo pensamiento aterraba á la señora de una manera indecible.

Si Salvadores se enfermaba, tendria que descubrir su secreto al médico que lo asistiera, y si no, renunciar á toda resistencia y socorro.

Una enfermedad hubiera sido un verdadero conflicto.

Los parientes estaban asombrados, y con sobrada razon, de la virtud ejemplar de aquella jóven tan hermosa y tan digna de llevar una vida mas cómoda.

Todos ellos la ayudaban en cuanto les era posible, tratando siempre de llevársela con ellos.

• Pero á la primer tentativa tuvieron que renunciar, tal fué la firmeza con que ella se escusó.

Es inútil, les dijo, quiero vivir de esta manera hasta donde me sea posible, para que cuando venga Salvadores vea que aun soy digna de todo su cariño.

No insistan mas, que demasiado carga soy para ustedes con lo que me ayudan.

Este pretexto le valió el tildé de rara y aun el de maniática, pero no insistieron mas.

Así vivieron los dos primeros años, en medio de una situacion tanto amarga y desesperante.

José Maria habia concluido por hacerse un cocinero de profesion, mientras Tomás se habia convertido en lo que las señoras llaman un excelente mucamo.

Nicoforo habia crecido tambien un par de años y ya servía para cebar mate y hacer uno que otro mandado á la esquina.

Se puede decir que la señora vivía sin pasar necesidades, porque los parientes la socorrian mucho.

• Pero tenia que pasar sin embargo por el grave peligro que este encarnaba, mucho mas en aquella época, en que la feroz doña Maria Josefa sovalia del servicio doméstico de la manera que ya lo hemos narrado, de modo que un sirviente no era otra cosa que un espía de puertas adentro.

Y cuidado con despedirlo!

Hubiera sido provocar una terrible desgracia.

Todos los sábados y domingos, la señora los dedicaba á lavar, en el fondo de la casa, toda la ropa de la familia, que Salvadores planchaba en el sótano, en dos días tambien.

Para esto habia hecho en el sótano dos respiraderos, teniendo cuidado de que le bajaran el fuego muy bien prendido.

La cambiada del brasero era una de las operaciones mas difíciles, pues para hacerla, tenia que encerrar los hijos en la última pieza, con el pretexto de esconderlos de una partida que iba á venir.

Y como los niños se acordaban de los puntapiés recibidos el dia del registro, se dejaban encerrar sin hacer la menor observacion.

Entonces ella venia al cuarto del sótano, y llevaba nuevo fuego para el brasero.

Y quién te plancha la ropa? solía preguntarle Porfiria al ver la cantidad de ropa planchada.

—Yo, mientras ustedes duermen, respondía la señora sonriendo.

Y esta misma esplicacion hacía á los parientes que venian á visitarla.

Cada dia se hacia Salvadores mas hábil en su oficio de sastrero, al extremo de que solía reformar los cortes de las chaquetas, dándoles una forma mas elegante, con profunda alegria de don Simon Pereyra, que no encontraba ya palabras bastante espresivas para ponderar la habilidad de la señora de Salvadores, para quien reservaba siempre las costuras que exigian mayor cuidado.

Este entusiasmo llegó hasta confiarle la confeccion de la ropa que él debia de usar, como la de otros amigos paquetes.

Y esta ropa, por supuesto, era pagada á un precio mejor que el que se pagaba por lo que llamaban ropa de tropa.

Durante este tiempo, es decir estos dos años, la señora de Salvadores, á pesar de todos sus trabajos, se consideró feliz, rogando á Dios poder seguir viviendo de aquella manera hasta que á Salvadores le fuera dado salir de su encierro.

• Pero no hay felicidad completa en la tierra, aunque sea aquella que se consigue de la manera mas penosa, y que se cifre en el mendrugo de pan con que uno alimenta diariamente la vida de sus hijos.

A la señora de Salvadores la esperaba una desgracia mas terrible todavia que cuantas habia pasado, porque era una de aquellas desgracias para las que no tiene resistencia el corazon de una mujer virtuosa hasta ese extremo.

Aquel miserable hogar no habia sido abatido aún mas que por el odio de sus enemigos y las desgracias que este habia engendrado.

Faltaba ahora que se uniera á esto, el odio de sus amigos, de los parientes, el desprecio y la vergüenza de propios y extraños.

Véamos en que circunstancias habia venido aquella fatalidad tanto mas terrible, cuanto que en ella no habian pensado ni remotamente los dos esposos.

Para impedir que los niños se criaran como salvajes y favorecerlos lo mas que se pudiera, la señora los habia puesto en la escuela de Garcia, próxima á la casa, quien le hacia la caridad de enseñárselos gratuitamente.

Los niños asistian á la escuela todo el tiempo que les dejaba libre el servicio de la casa, lo que fué un motivo de elogio para la pobre señora, cuya abnegacion por la familia habia llegado á hacerse proverbial.

José Maria, que era el mayor, era quien la acompañaba á la roperia de don Simon Pereyra, para llevar el alto de ropa concluida y traer las nuevas costuras.

En estos dos años, Salvadores se habia desfigurado tanto, que hubiera podido salir á la calle sin que lo hubiese conocido su mas íntimo amigo.

La humedad y falta absoluta de sol en el sótano, le habia hecho adquirir un color pálido amarillento, que á la luz artificial con que lo contemplaba su esposa, parecia un cadáver.

Su barba y su cabellera habian crecido enormemente, matizados con algunas hebras de plata, arrancadas por el dolor y la desesperacion.

Como habia concluido con el calzado que tenia, y su esposa no se atrevia á comprarlo para su medida, él mismo se remendaba los botines con los recortes de paño que sobraban.

Este calzado mortificante y lleno de costurones, unido á aquella inmovilidad forzada, le habian hinchado los pies de una manera monstruosa.

Era tal el esfuerzo que necesitaba hacer para caminar, que parecia un anciano achacoso.

La señora, por su parte, habia enflaquecido de una manera que inspiraba lástima.

Además de la fatiga del dia y de la noche, cuando hacia dormir á Nicéforo que era el menor, era para emprender otro trabajo que, aunque agradable para ella, no por esto dejaba de serle harto pesado, pues lo hacia en las horas que el cuerpo necesitaba reposo imperiosamente.

La señora á aquella hora se ponía á hacer algun platito, para llevar á Salvadores, y evitar de este modo que toda la comida fuese recalentada.

Salvadores la habia prohibido muchas veces hasta que le calentara la comida.

Pero en esto ella no le hacia caso, desarmando su enojo con una dulzura irresistible.

Una de estas noches en que los esposos se entregaban á las expansiones del corazon, mientras Salvadores tomaba su miserable comida, ella le dió una noticia que al principio le fué agradable, por que no se dió cuenta de los inconvenientes que ella traía aparejados.

La señora estaba en cintay en estado bastante avanzadísimo.

—Esto es terrible, decia la señora, porque una criatura chica me va á quitar el tiempo que tanto necesito, y me va á privar de atenderte como es debido el tiempo que esté en la cama.

—Esto es lo menos, decia sonriendo Salvadores.

Me dejas costura para ocho dias, un poco de galleta y charque, que lo puedo ir haciendo yo mismo, y esperaré asi, tan distraido como pueda, tu vuelta á mi prision.

—Pero piensa que, sin servicio, voy á tener que dedicarme á la criatura por completo, y entonces adios costura, y adios tanto que hacer menudo que hay en la casa!

—Eso no es nada, decia Salvadores, la cuestion es que tú estés buena.

Lo que es por mi, ya me arreglaré como pueda.

Era el año 42 y el furor de los crímenes y mazorcadas habian recrudecido de una manera terrible, asi es que habia que guardar mas reserva que nunca.

La mazorca podia venir cualquier noche á asustar á la familia, y descubrir cuando menos lo esperaba, un secreto que habia estado tan bien guardado durante dos años.

Estos fueron los únicos contratiempos que vieron los esposos en aquel trance apurado, festejando alegremente, la noticia que ella venia de darle.

Y la pobre señora, con esa abnegacion que que solo poseen las madres, no vió mas inconveniente que los que para el trabajo de costura podia traerle aquel nuevo hijo.

Fué desde aquel dia que empezo á preparar la ropa necesaria para el ser que venia al mundo en situacion tan terrible, y los alimentos que debia dejar á su esposo en el sótano, para los dias que ella faltase, pues por bien que pasara el trance, no podria moverse ante de ocho dias.

El tiempo pasó en medio de la situacion mas terrible, aunque tranquila con respecto á Salvadores.

El estado de la señora fué avanzando poco á poco, hasta que llegó el trance fatal.

Era preciso buscar alguna persona que la ayudara, y esta fué la primera amargura que esperimentó.

No estaba la dificultad en que faltara la persona á propósito, pues su familia era numerosa,

El inconveniente estaba en el testigo que co-  
harraria sus pasos en la casa.

En fin, era preciso resolverse, por que de un  
momento á otro podia llegar el trance fatal.

El dia que le pareció que no podia tardar,  
bajó al sótano, llevando á Salvadores todo cuanto  
pudiera necesitar en ocho dias, sin olvidar  
las costuras que era lo principal.

—Bueno, le dijo, ahora hasta dentro de ocho  
dias no podremos vernos.

Puede ser que antes venga, pero ya sabes que  
no es seguro; dependerá de la mayor ó menor  
felicidad del lance.

—Paciencia, hija mia, respondió el pobre hom-  
bre, pensando en la reclusion terrible á que iba  
á ser condenado durante ocho dias.

—Dios, que tanto nos ha protegido, concluyó  
la señora, no ha de abandonarnos en este amar-  
go trance.

Entonces hasta muy pronto y piensa en mi.

—Y en qué mas he de pensar, cielo santo!

Que Dios nos ayude.

Para Salvadores empezaron á contarse desde  
el siguiente, ocho dias de prueba durísima.

Una preocupacion terrible lo mortificaba.

La esposa podia pasar bien aquella enferme-  
dad natural.

Pero podia presentarse de una manera grave,  
que pusiera en peligro su vida.

Y no habia medio alguno para salir de esta  
ansiedad desesperante.

Se necesitaba una conformidad á toda prueba,  
para no hacer saltar de un golpe la puerta del  
sótano y correr hasta el aposento de la esposa.

A esta la esperaban otros tormentos terribles  
que en su honesta inocencia no habia podida  
calcular.

Cómo podia ella afrontar aquella situacion de  
madre, á los dos años de ausente su esposo?

Cómo apreciarian aquel hecho la familia y la  
sociedad?

Este era el lado verdaderamente terrible del  
trance, que ella no pudo calcular hasta que el  
primer reproche no llegó á herir su oido.

Como todo el que obra bien, no pensó que al-  
guien pudiera haberle tomado cuenta de su si-  
tuacion, ni que su conducta fuese sospechada de  
una manera vergonzosa.

Inocente de la maldad ajena y de que todo la  
condenaba de una manera fatal, mandó llamar á  
su hermana mayor para que la asistiera.

Esta acudió presurosa y alarmada, sin saber  
de qué enfermedad se trataba.

Pero cuando supo que Mercedes estaba por  
salir de cuidado, no pudo reprimir un asombro  
y un sentimiento de indignacion, que no pasó de-  
sapercibido para Mercedes.

—Pero de qué te asombra? preguntó son-  
riente.

Otras veces me has asistido sin estrañeza: te  
parezco acaso muy grave?

—No es eso, respondió la hermana brusca-  
mente y palideciendo.

Es que las otras veces Salvadores estaba aqui  
y ahora hace dos años que falta.

—Y eso qué importa? volvió á replicar la se-  
ñora sin comprender todavía.

Esta vez nos faltará su ayuda cariñosa, pero  
no por eso nos ha de ir mal.

Y mientras hablaba así, con gran entereza de  
ánimo arreglaba la cama y las ropitas que habia  
de necesitar.

La hermana la miraba cada vez mas asombra-  
da, atribuyendo aquella ingenuidad á una gran  
dosis de desvergüenza.

Así es que sin pensar lo poco á propósito del  
momento, ni el terrible alcance de sus palabras,  
dió paso á su tremenda sospecha en la forma  
siguiente:

—Y dime, Pepa, cómo puedes explicar tu estado,  
haciendo mas de dos años que tu esposo falta del  
país?

Ni un rayo caidó á los piés de la señora hu-  
biera producido un efecto mas espantoso que  
aquellas malignas palabras.

Toda la sangre se agolpó á su rostro juvenil,  
tembló de una manera poderosa, palideció en  
seguida como un cadáver, y exclamó:

—Es verdad! no habiamos pensado en ello!

—Sin embargo, era preciso pensar lo que vas á  
responder ahora á la familia, á la misma familia  
de Salvadores y á la sociedad?

—Es preciso dar una explicacion clara y termi-  
nante, y una explicacion que levante la sospe-  
cha de una afrenta que cae sobre todos noso-  
tros, sobre tu mismo marido y sobre tus inocen-  
tes hijos.

La señora de Salvadores estaba tan confusa  
y tan conternada, como si realmente estuviese  
bajo el peso de la falta que se le imputaba.

Y era esta confusion lo que mas hacia creer  
a su hermana en su culpabilidad.

La justificacion estaba en su mano, clara y  
terminante.

Pero para ello era necesario descubrir un  
secreto que podia costar la vida a su esposo, y  
antes que descubrirlo preferia pasar por toda  
vergüenza y por toda humillacion.

Aterrada y sin saber qué responder á la im-  
prudente hermana, rompió á llorar con toda la  
desesperacion natural á semejante momento.

La sospecha de su hermana seria la sospecha  
de todos, indudablemente, y el desprecio mas  
profundo vendria á ser el colmo de todas sus  
desventuras.

—No importa, pensó aquel espíritu fuerte y  
noble.

Caigan sobre mí todas las desgracias posibles,  
pero viva él, que es lo que mas me importa en  
este mundo.

Y afrontó aquella situacion terrible, con todo  
el valor de la heroicidad.

Para librarse de toda recriminacion en aquellos momentos, y dar alguna explicacion mas ó menos aceptable, dijo á su hermana.

--Salvadores ha venido de Montevideo varias veces y se ha vuelto á ir.

El me habia encargado que guardase secreto para poder seguir haciendo lo mismo, pero no hablamos contado con el caso actual.

Todo el mundo sabia que aquello no podia ser cierto.

El emigrado que habia logrado burlar una vez la vijilancia de la costa, no se hubiera prestado, por nada de este mundo, á correr igual suerte desafiando de nuevo el mismo peligro.

Esto era por demás evidente, mucho mas tratándose de un hombre como Salvadores, que habia logrado emigrar por un milagro de la Providencia, despues de dos tentativas en que habia salvado la vida casualmente.

Asi es que si las palabras de la señora eran una explicacion momentánea, nó eran una explicacion aceptable.

Salvadores, como cualquier otro emigrado, no podia haber estado en Buenos Aires, con la tranquilidad y el descanso que daba á entender la señora.

En aquellos tiempos no habia parteras.

Hacian el oficio de tales unas mulatas viejas prácticas, que se desempeñaban como la casualidad queria.

José María fué á buscar á la mujer que la habia asistido otras veces, la que vino sin atinar á qué, porque el niño no habia sabido darle la menor explicacion.

Cuando vió de lo que se trataba, no pudo dominar la misma estrañeza que dejó ver la hermana, estrañeza demostrada, como es natural, con mas groseria y de una manera mas hiriente.

La señora de Salvadores, embargada con el sufrimiento del espíritu, apenas sentia los dolores del parto.

Cuando este se hubo producido, por suerte con toda felicidad, las dos mujeres dejaron reposar á la enferma y se fueron á otra pieza á charlar sobre el lance y hacer conjeturas á cual mas ofensiva y perversa.

--Pero esta señora nó ha sabido ocultarse, decia la comadre.

Qué van á hablar ahora las gentes, que tan poco necesitan para armar un enredo!

--Lo mismo digo yo!

Y Salvadores! qué va á hacer cuando vuelva y se encuentre con esta novedad?

--Pobre señora! mire en qué trance se encuentra!

--Y qué vergüenza para todos nosotros!

Ah! para faltar asi no debe haber perdon posible.

La maledicencia y la calumnia empezaban ya á cebarse en la pobre señora.

La comadre llevó el cuento á la vecindad y la hermana al seno de las dos familias.

Los miembros de estas, indignados, tal vez mas de lo que correspondia, empezaron á llegar á hacer su visita á la enferma.

Y cada uno de ellos se fué repitiendo la terrible escena de la noche anterior, cada vez mas hiriente y mas incisiva.

Todos querian tomarle estrecha cuenta de lo sucedido, y la señora tenia que salir del paso con la misma disculpa.

--Esa es la verdad, decia, dejen que vuelva Salvadores, y entonces me condenarán junto con él, ó me pedirán perdon de la ofensa que me hacen en estos momentos.

El estado de la señora, a los dos dias, llegó á ser tan delicado, con la repeticion de estas escenas, que fué necesario llamar médico, el que ordenó ante todo absoluta tranquilidad, y que no se molestara á la señora.

Gracias á esta prescripcion, pudo entregarse al reposo del cuerpo, bajo la tormenta de su espíritu.

La familia se limitaba entonces á enviar un simple recado, que era contestado por la hermana que habia quedado como enfermera.

Deseando verse libre de ella tambien, sin estar buena, Pepa dejó la cama á los seis dias.

Ansiaba ardientemente poder hablar con su marido para referirle lo que pasaba y encontrar consuelo en sus amorosos brazos.

--Puedes irte, le dijo entonces, que ya mi asistencia de convalesciento pueden hacérmela los niños.

Tú tambien necesitas descanso y demasiado has hecho ya por mí.

La hermana, que no queria otra cosa, se quedó por cumplimiento hasta el dia siguiente, en que se retiró para volver diariamente.

Pepa sintió que una montaña se levantaba en su corazon al quedarse sola!

Por fin, despues de siete dias de suprema angustia iba á poder ver á Salvadores y desahogarse en su pecho.

A pesar de estar muy débil aún, se quedó levantada, hasta que su último hijo estuvo durmiendo.

Recien entonces se decidió á venir al sótano.

Al primer ruido producido por los ladrillos que la señora removia, Salvadores sintió agitarse su corazon á impulsos de una alegria inmensa.

Su esposa estaba buena é iba á poder estrecharla sobre su pecho!

Pero bien pronto aquella alegria se trocó en un presentimiento terrible.

Al rumor de los ladrillos se unia un llanto lastimero, que se percibia de una manera clara.

¿Habria muerto el pequeño hijo?

No podia ser otra cosa.

A no ser que quien abria el sótano fuera Por-

ña, poseedora del secreto por la muerte de su esposa.

Amargos, terriblemente amargos fueron para él aquellos pocos minutos que lo separaron de la persona que llegaba.

Así es que cuando vió asomar el rostro descompuesto y lloroso de su esposa, se avalanzó á ella preguntando:

—¿Qué sucede por Dios? dime que desgracia ha sucedido, pronto, porque la ansiedad me está matando.

—Ninguna de las que puedes temer, respondió ella concluyendo de bajar, tranquilízate.

—¿Pero por qué lloras? ¿se ha muerto acaso el niño?

—No, no ha sucedido nada, es otra cosa.

Y titubeando y sin saber cómo empezar, exclamó:

—Es que dicen que tú no eres su padre!

Y rompió entonces á llorar de una manera lánguida y sentida.

Salvadores quedó tan aterrado, como lo había quedado ella misma ante la sospecha de su hermana.

—Pero esto es infame! rugió.

Y sin embargo lógico.

Hace dos años que para todos, yo falto de Buenos Aires!

—Es preciso destruir esa infamia! exclamó obedeciendo á los impulsos de su corazón generoso.

Es preciso revelar nuestro secreto, porque no puedo consentir en sospecha tan tremenda para tí.

Y abrió los brazos á su esposa que se precipitó en ellos ávida de consuelo.

—Por Dios vivo que no había contado yo con la maldad de los demás!

—Yo no quiero descubrir el secreto que importa tu vida, por nada de este mundo! replicó la esposa con suprema energía.

Teniendo tu estimación y tu cariño, poco me importa el de los demás.

Además, que el sacrificio sería inútil.

Imponiendo á tu familia y á la mía de tu permanencia en casa, ellos quedarían satisfechos.

Pero y la sociedad? y las relaciones? y la vecindad misma que me condena?

Habría que publicar tu secreto y entregar tu cabeza.

Y á ese precio nó, mil veces nó: deja no mas que me acusen, que mi pureza ha de ser reconocida mas tarde ó mas temprano.

—Si, mi cautiverio no ha de ser eterno, porque Rosas ha de caer.

Y entonces, oh! entonces los mismos que dudaron de tí, han de venir á implorar un perdón que yo no les daré porque una mujer como tú, debía estar á cubierto de toda sospecha.

Y sobre todo, por qué condenar á mi esposa?

¿No has dado tú una explicación que está entre los límites de lo posible?

Ay! alma mía! cuánto vés á tener que sufrir!

Déjame salir de aquí! por lo menos nuestros hijos sabrán que tienen un padre, y que su madre es la mas pura de las mujeres!

—No quiero! no quiero! renuncio hasta el consuelo de mostrar la verdad á nuestros hijos.

Son muy jóvenes y tal secreto en la boca de un niño sería la muerte.

La señora lloró y suplicó hasta que obtuvo de Salvadores la promesa de que se había de conformar á aquella situación.

Y aquí empezó una verdadera vida de martirio para la señora.

La vecindad y la familia la espiaban constantemente para conocer al amante.

Pero por mas que aguzaban sus sentidos, no podían llegar á descubrir lo que no había.

Y esto mismo los intrigaba profundamente. Á casa de Salvadores no se veía entrar ningun hombre, ni había entrado nunca, segun se creía.

Era entonces en otra parte que tenían lugar las entrevistas criminales.

Y cuando la señora salía á la calle, cada ocho ó diez dias, era seguida por muchas personas ávidas de descubrir su secreto.

Pero Pepa no salía sino á entregar sus costuras y traer nuevas, por lo que empezaron á atribuirle amores con don Simón Pereyra, único hombre con quien se le había visto hablar.

La señora estaba completamente perdida.

Todos murmuraban: los parientes á penas la veían y los conocidos sonreían de una manera infame cuando la veían pasar, siguiendo á su pobre hijo, cargado con el atado de costuras.

Y ella no se atrevía á referir esto á Salvadores, por no amargar el único momento alegre de su vida: cuando ella bajaba al sótano noche á noche, á llevarle la comida.

Los recursos pecuniarios se habían reducido enormemente, desde aquella calumnia.

Las familias suya y de su marido habían dejado de socorrerla con dinero y comestibles, como antes, pues decían:

—Ahora tiene quien le dé—sería ridiculo estarla socorriendo cuando no lo necesita.

Como su amante no ha de atender á sus necesidades!

Ya no tenían para vivir mas que el producto de las costuras.

La crianza de su pobre hijito, nacido de aquella manera desventurada, le absorbía gran parte de su tiempo, atando así sus brazos para el trabajo.

No había, pues, mas que lo que cosía en su sótano Salvadores, y lo muy poco que podía coser la tierna Porfiria.

Las necesidades eran grandes, pues el producto de estas costuras apenas alcanzaba para dar de comer á los hijos y alimentar á la madre.

Los niños tenían ahora una nueva lúdia, pesada y engorrosa para ellos.

Tenían que atender las ropas del pequeñuelo, porque los momentos libres que tenía la señora, eran para coser, y aumentar en lo posible las entradas.

Nicéforo era el encargado de lavar los pañales del hermano menor.

Una vez lavados y secos, los entregaba á José María, que era el encargado de plancharlos.

Tomás que, como hemos dicho, hacía de mucamo, era el encargado de hacer los mandados de la casa, y de vigilarla, así es que poca atención podía exigirsele en las cosas caseras.

Cómo reía Salvadores cuando su esposa le refería los oficios adoptados por sus hijos!

Ya les recompensaré yo tanto sacrificio, decía. Por ahora es preciso que sufran los pobrecitos lo que nosotros mismos sufrimos.

Ya vendrán tiempos mejores!

Así transcurrieron otros dos años, en que nuevas desventuras vinieron á concluir de asolar á la pobre familia.

El trabajo había disminuido mucho, porque ya el ejército estaba equipado.

Y las costuras no podían ser dadas en la cantidad que anteriormente, á pesar de toda la buena voluntad de don Simon Pereyra.

Y la miseria empezó á batir sus alas sobre la desgraciada familia.

¿Pero cómo pedir dinero á gente que la despreciaba y que tenían creencias tan infames respecto á ella!

En tan terribles momentos la señora volvió á tener un hijo nuevo, lo que alborotó el cotarro sancionando su terrible deshonra.

¿Pero quién era este amante misterioso?

Hé aquí lo que mas alborotados traía á los curiosos, que habían llegado hasta interrogar á los niños.

La señora soportó con mas valor que nunca el desprecio de todos, la ruptura completa con su familia y la miseria terrible que la agobiaba.

Y siguió ocultando á su esposo todos sus sinsabores.

En estos cuatro años, solo dos veces Salvadores se había atrevido á salir del sótano, un par de minutos, para ver á sus hijos, dormidos, sin atreverse á hacerles una caricia por no despertarlos.

Y era tal el aspecto de miseria de que los había visto rodeados, que había sentido conmovirse hasta las lágrimas.

Desde que las costuras disminuyeron, la familia fué puesta á racion, para poder comer todos los días.

Por la mañana, los niños tomaban un poco de harina, una galleta y un vaso de agua.

Después de esto llegaba al momento de ir á la

escuela un par de horas y volvían á entregarse cada cual á su servicio.

Como era necesario que uno quedara en la casa para lo que pudiera ofrecerse, se turnaban por semana, para que todos pudieran aprovechar la escuela, que la señora pagaba con pequeños regalos de fruta ó dulce.

A la tarde José María hacía un puchero bueno y abundante, infaltable cada veinte y cuatro horas.

En los fondos de la casa había muchos árboles frutales.

Pero entiendo de fruta, y para que esta les durase mas, los niños eran tambien sometidos á racion, como en los demás alimentos.

El traje de los niños era lo mas miserable.

Solo habia uno bueno, y este se lo ponía el que debía á salir á la calle con la madre.

Por la noche ó á la madrugada, Nicéforo y Tomás salían armados de varios pedazos de hilo, al próximo hueco de la basura.

Cada hilo de esos representaba la medida del pié de cada uno de ellos y de los otros hermanos.

Y con aquellos hilos, elegían entre la basura las sueltas de botín y botines despedazados, arrojados por completamente inservibles.

Con aquellas sueltas y los recortes del paño de las costuras, el señor Salvadores les fabricaba botines bastante aceptables.

Esos botines les servían para salir, pues entre la casa no usaban otro calzado que el pié limpio.

La señora de Salvadores estaba completamente perdida ante cuantos la conocían.

Cuando llegó á tener tres hijos, quedó en el concepto de una mujer de la última especie.

Y con una valentía magnífica aceptó todo aquello, con tal de salvar la vida á su marido.

Esto era para ella la cuestión capital.

Se reconocía pura, y bastaba esta íntima satisfacción para su alma.

Una mañana, José María vino de la escuela malamente estropeado.

La amable señora, preguntó á su hijo la causa de aquellos golpes que ensangrataban su cara juvenil.

—No es nada madre, respondió el niño, es que he peleado con otros muchachos.

—Y por que te has peleado en ese extremo? preguntó la afligida señora.

Y el niño, con toda la inocencia de sus años, refirió así la causa de su pelea.

—Tú no tienes padre? le había preguntado un condiscípulo.

—Si lo tengo, pero está en Montevideo.

—¿Y cómo se llama?

—Como yo, José María Salvadores.

—Mientes, tu padre es el lechero!

—Ese será el tuyo.

—Y el padre de Tomás es el cura y el de Nicéforo el...

--Mientes, trompeta!

--Cállate, guacho! y quién es el padre de los menores?

Aquí el niño no había podido contenerse y se había lanzado sobre el compañero.

Otros acudieron en su ayuda y José María fué estropeado de una manera terrible.

Aquello fué una puñalada para la pobre señora que se puso á llorar.

--Es verdad, hijo de mi alma, dijo, tu padre está en Montevideo, pero pronto volverá, no tengas cuidado.

Y devoró en silencio aquella nueva afrenta, mas dolorosa que todas, sin decir una palabra á Salvadores.

¿Por que amargar su existencia?

¿Por qué hacerle odioso aquel único momento que en su compañía llevaba un triste bocado á los lábios?

Y las escenas del colegio se repitieron en la calle y los hijos de Salvadores fueron señalados como hijos del público.

Y sin embargo aquel amante misterioso no pudo nunca ser descubierto.

Durante diez años de esta vida terrible, ni la familia de Salvadores ni la suya propia se acordaron de ella para nada.

Habia sido olvidada como si hubiera muerto.

En este tiempo, las necesidades de la vida se llenaban con el producto de las costuras de los esposos y la niña Porfiria, cuyo trabajo ya podía tomarse en cuenta.

En aquellos diez años, la señora tuvo cinco hijos mas, que ninguno de ellos podia aliviar en su trabajo á los veteranos José María, Tomás y Nicéforo.

Por el contrario, la ropa á lavar había aumentado y era siempre Nicéforo el que lavaba, Tomás el que enjuagaba y secaba y José María el que planchaba.

Porfiria dematiado hacia con pasar el dia doblada sobre la costura.

Y la virtuosa señora sufrió hasta los reproches de su protector, el señor Pereyra, sin decir una sola palabra en su justificación.

Todo para ella era preferible, antes que vender el secreto de su esposo, tan fielmente guardado durante diez años como diez siglos.

El mismo José María era un jóven de diez y siete años, que por mas que callara, alguna estrañeza debía de causarle aquel misterioso aumento de familia.

Cuántas veces la madre se vió obligada á bajar los suyos ante los ojos del hijo!

Cuántas veces sintió en el corazon el deseo de justificarse á sus ojos.

Pero esto no podia ser sin descubrir que allí estaba Salvadores y era preciso entonces hasta afrontar las sospechas de los mismos hijos.

Ellos se habían criado y crecido en el servicio doméstico, como personas del pueblo.

Y como puede decirse que no habían conocido otro género de vida, estaban tan habituados, que no se les ocurría otro porvenir.

Además de todo, llevaban sobre la frente un sello maldito: ser hijos del salvaje unitario Salvadores.

Esto era causa suficiente para que el vigilante que los hablara al paso los azotara sin compasion ó para que el sereno vecino los atropellara con el caballo.

¿Y á qué autoridad podían haber ocurrido en demanda de justicia los hijos de un salvaje unitario emigrado?

La infancia no había existido para ellos, que, la edad de los juguetes y diversiones, la habían empleado en trabajos de todo género.

Á la noche podían haber gozado de alguna distraccion, pero caian rendidos por la fatiga, y así mismo tenían que ayudar á la buena madre en el cuidado nocturno de sus hermanos menores.

Como al lado de la casa vivia un sereno, varias noches, por asustar á la familia, este, acompañado de otros colegas, se había dejado caer por los fondos para asustarlos y robar algo de paso.

Pero qué iban á robar en aquel refugio de la miseria!

Al principio, la señora se había aterrado ante tales visitas.

Creyó que su secreto había sido descubierto y que venian á buscar á Salvadores.

Pero pronto concluyó por habituarse y comprender que aquello no eran mas que sustos.

Una noche los serenos invadieron la casa, en momentos que ella se hallaba en el patio con su hijo Nicéforo.

La señora no tuvo tiempo de encerrarse en las habitaciones como lo había hecho otras veces, y fué cruelmente maltratada.

Quiso Nicéforo acudir en defensa de la madre pero un lomazo de sable sobre la espalda le hizo comprender que debía renunciar á toda tentativa de defensa.

Los serenos entraron al comedor y se llevaron la comida destinada á Salvadores, no teniendo mas que llevar.

Porque todo lo que representaba el valor mas insignificante, había sido vendido para comer.

Esa noche no pudo bajar al sótano hasta muy tarde, porque los golpes la habían postrado.

Y como además de esto no tenia comida para llevar á su esposo, fué preciso referir lo que había pasado.

--Este es un entretenimiento de malvados que no tienen nada mejor que hacer, decia Salvadores.

Si me buscaran á mi ó tuvieran alguna sospecha, otra seria su conducta.

Y se convino en que antes de oscurecer, la señora cerraría todas las puertas y no saldrían mas á los patios.

Entonces la operacion de llevar y traer costu-

ras fué hecha por la mañana, despues que José Maria regresaba de hacer sus compras y provisionés.

Dejamos sin narrar mil episodios curiosos de barrio y aventuras de los niños, porque para esta sola leyenda, necesitaríamos un libro.

El lector puede bien calcular lo que aquella familia, numerosa ya, sufriría entre el desprecio de propios y estraños, la miseria mas espantosa y las persecuciones de la autoridad.

Cuando se mandó pintar de colorado las puertas de las casas, por ejemplo, en lo de Salvadores, habia apenas el dinero necesario para comer.

La señora tuvo que vender media docena de sillas, para comprar la pintura necesaria, que habia subido á un precio fabuloso.

Y ella misma, ayudada de sus tres hijos, pintó el frente de su casa como mejor pudo.

Si no, hubiera sido azotada como lo fueron otras familias que no quisieron, ó no pudieron dar cumplimiento al decreto, porque veinte y cuatro horas despues de ser publicado este, no habia en Buenos Aires una sola libra de pintura colorada.

—Pero esta dictadura será eterna? pensaba el desgraciado Salvadores.

Tendremos que esperar á que este bandido muera de viejo ó tendré que resignarme yo á morir primero en esta tumba?

---

Por fin llegó el memorable 3 de Febrero de 1852!

Y Buenos Aires pudo al fin respirar libremente, despues de veinte años de esclavitud y de muerte.

El tigre de Montiel, como se llamó mas tarde al General Urquiza, habia vencido al tigre de Palermo.

Omitimos aquí la descripción de este gran dia, porque no es el sitio que le corresponde en esta obra.

La ciudad presentaba un aspecto de alegría indescriptible.

A los primeros tiros y vivas de las fuerzas libertadoras que entraron á la ciudad, la señora de Salvadores salió á la puerta á imponerse de la verdad de lo que sucedia.

A ella le pasaba lo que á todas las familias unitarias.

No se atrevian á creer en la caída de la tiranía.

Pero no habia cómo dudar.

De todas partes se arrojaban á la calle las divisas, los retratos, y todo lo que constituía una prenda de la federación.

Se gritaba en plena calle ¡muera el tirano Rosas! y los trapos azules y celestes, de todas formas y calidades, flameaban en todas las azoteas y ventanas.

Era preciso creer en la caída de la tiranía, en la muerte de Rosas, pues solo así la población

de Buenos Aires podia entregarse á semejantes manifestaciones.

La señora de Salvadores, media loca y sin saber lo que le pasaba, mandó á sus hijos al centro á averiguar la verdad de lo sucedido.

Y ellos, como los demás, rebosando en entusiasmo, volvieron gritando ¡muera el tirano Rosas! muera la federación! viva el ejército libertador!

Ya no habia que dudar.

Salvadores estaba libre; ya podia respirar el aire puro de los patios y abrazar y conocer á sus hijos.

—Hijos míos! hijos de mi alma! gritaba en los patios y en el fondo aquella santa madre.

Dentro de poco ván á poder abrazar á su padre! el viene ahí, entre los que han aplastado la tiranía.

Y los niños se figuraban ver entrar á la casa alguno de aquellos militares que habian visto en la calle, armados de luciente lanza y montando soberbios caballos.

—Por fin ya no nos llamarán mas los hijos del lechero y del vigilante, decian los jóvenes.

Tenemos un padre, que nos hará respetar á nosotros y á tí misma, madre mia, de los charlatanes y calumniadores.

Trémula de emocion y temblando como si fuera a cometer un delito, empezó á levantar, ayudada por sus hijos, los ladrillos que cerraban aquel sótano cuya existencia ninguno de ellos conociera.

La señora estaba doblemente conmovida, pues la caída de Rosas importaba para ella la vida de su esposo y la justificación pública de todas las infamias que de ella se habian dicho.

Salvadores sabia, porque lo sabia su señora como todo el pueblo, que en aquellos dias debia tener lugar una batalla decisiva.

Y esperaba por momentos que le trajeran noticias del resultado.

Así es que cuando sintió que abrian el sótano, de dia, y percibió la voz temblorosa de su mujer, acompañada de otras mas, no dudó que la suerte de las armas habia sido favorable para la causa de la libertad.

La señora, apenas abierto el sótano, no pudo contenerse y bajó de un brinco prescindiendo de la pequeña escalera fabricada por Salvadores con duelas de berrica.

—Libre! libre! gritó colgándose á su cuello.

Ya puedes salir ahora porque Rosas ha caído!

El ejército libertador ocupa ya la ciudad.

—Libre! exclamó Salvadores, de una manera hambrienta, retrocediendo hasta la pared del sótano.

Conque al fin puedo ver la luz del dia, respirar aire puro y mirar á mis hijos!

Y la emocion que experimentaba ahogó su palabra, necesitando apoyarse en su esposa para no caer, pues lo habia acometido un vahido.

Cuando volvió en sí, hasta el sótano llegaba el rumor de la algazara popular y los gritos contra el tirano Rosas.

—Si, muera Rosas! gritó tambien, y se avalanzó á la escalera, que salvó valiéndose de los piés y de las manos.

Apenas estuvo en el cuarto, cuya puerta al pátio estaba completamente abierta, Salvadores se detuvo y llevó la mangá á los ojos lanzando un grito de dolor.

El ojo, habituado durante doce años á vivir á la luz de la vela de sebo, no habia podido resistir la luz del dia.

Mucho tiempo estuvo así, sin poder abrir los ojos.

Fué necesario cerrar las puertas, é ir gradualmente haciendo la luz, hasta que el ojo pudo recibirla sin mayor mortificacion.

La señora abrazaba á Salvadores prodigándole mil caricias.

—Este es vuestro padre, hijos míos, decia á los niños, que llenaban el cuarto, dominados por un franco espanto.

Este es vuestro padre, vengan á abrazarlo y á pedirle la bendicion, que hartó ha sufrido.

Pero cuando Salvadores tendia los brazos hácia ellos, todos retrocedían, poniéndose en actitud de disparar.

—Será nuestro padre, desde que tú lo acaricias así, decia José Maria, pero nosotros no lo conocemos.

Déjanos por lo menos acostumbrarnos á mirarlo.

Y se comprendia claramente la resistencia que habia en los niños, á creer lo que la madre les decia.

Es que Salvadores tenia una catadura patibularia, que á los niños les parecia mas bien la de un ladron que la de su padre.

Como la señora habia ido viendo diariamente aquella transformacion tan completa, se habia habituado inensiblemente y no le llamaba la atencion.

Pero no sucedia lo mismo con los niños, que veian por primera vez aquella estampa siniestra.

Y mientras los mas grandes retrocedian huyendo de su contacto, los mas pequeños echaban á llorar de miedo.

Salvadores tenia entonces una barba espesa y algo canosa, que llegaba mas abajo de su cintura.

Barba descuidada absolutamente y poco peinada, tenia un aspecto sucio y descolorido, que hablaba muy poco en favor de su dueño.

Sus bigotes habían crecido en relacion a la barba.

Eran dos larguísimos bigotes, enroscados al rededor de las orejas, donde se los acomodaba para que no le estorbaran.

Su pelo caia tambien hasta la cintura, cubriendo su espalda como con un manto gris sucio,

pues el cabello acusaba tanto descuido como la barba.

En aquella fisonomia encerrada en tan espeso marco de pelo, aparecian dos ojos hundidos entre las órbitas, dos ojos sin brillo y puede decirse sin vida.

Los ojos enfermizos que inspiraban mas desconfianza que otra cosa.

Unase a esto dos pómulos agudos y fuertemente salientes, un color cadavérico y unos labios lívidos y estenuados, y tendremos el conjunto de aquella fisonomia de presidiario.

Los pies de Salvadores estaban monstruosamente hinchados por la humedad y la falta de movimiento.

El mismo no se esplicaba cómo habia podido llegar hasta allí.

El complemento de aquella individualidad tan poco atrayente, era un traje que, aunque se veia cuidadosamente cosido y remendado, por todos lados dejaba ver la carne amarillenta de su dueño.

Cómo iban á acercarse los niños a semejante tipo?

En vano la señora lo colmaba de caricias para inspirarles confianza y les rogaba que se acercasen, asegurándoles que era su padre.

Ellos retrocedian siempre y siempre se negaban a obedecer.

—Ese no es nuestro padre, decia Nicéforo que era el mas travieso como que apenas tenia quince años.

—Ese no puede ser nuestro padre porque es demasiado roto y mala cara.

Y se aproximaba á la puerta para asegurar su retirada, creyendo que aquello pudiera costarle un puntapié.

Y el desgraciado Salvadores sonreia bondadosamente, comprendiendo que aquello era lo natural y que bien pronto habria vencido toda repugnancia.

Apoyado en su señora y en su hija, porque no podia caminar, Salvadores fue a la sala, para participar por las ventanas del regocijo de la ciudad.

Y allí fueron llamados los niños para escuchar de boca del mismo padre, la historia de aquellos doce años terribles.

La ninguna educacion que habian recibido los niños, les hacia escuchar aquella terrible narracion, con aires de la mas completa chacota.

El corazon nada les decia, y no se hallaban dispuestos a creer ni aquella fábula, ni que aquel era su padre,

—Míre, amigo, le dijo Tomás, apenas concluyó.

Usted podrá decir lo que quiera, pero usted no es mi tata.

Mi tata está en Montevideo y no hay que

querer ocupar su lugar. aunque mamá lo acaricie para que creamos cuanto se ha dicho.

Conque abur, que nos vamos a divertir.

Y todos tres se fueron a la calle, dejando a los esposos entregados a diversos pensamientos.

Para la señora, aquella resistencia de los niños era terrible.

Los creía capaces hasta de abandonar el hogar, si insistía en hacerlo reconocer en su carácter de padre.

—Pero si es natural, pobrecitos! le decía Salvadores.

Si mi fama debe ser la de un criminal!

Cómo quieres que así de golpe y zumbido me acepten como padre?

Ellos saben cómo se llama su padre; cuando yo me dé a conocer, lo que algun trabajo ha de costar, y vean que todos me dan mi nombre, verás cómo crearán nuestra triste historia y me cobrarán el cariño que hoy no pueden tenerme.

Aquel día la casa fué un desorden.

La gente que pasaba por las ventanas miraba a aquel desconocido de tan siniestro aspecto, sin darse cuenta de quién podía ser.

Tal vez fuera alguno de los oficiales ó soldados del ejército que conocía ó no conocía a la familia, pues a la señora de Salvadores la creían capaz de todo, tal era la fama que había adquirido.

Aquel día no se hizo de comer.

Entregada la señora al completo gozo de tener su marido al lado, ni se había siquiera acordado de ofrecerle alguna cosa.

Por otra parte, ni el cocinero, ni el mucamo, ni el lavandero habían vuelto de su paseo, y no había quien hiciera de comer.

Pero como ya las circunstancias habían cambiado, doña Pepa envió á buscar una morena de la vecindad, que otras veces se le había ofrecido, y á quien no había ocupado, siempre por mejor guardar su secreto.

Y la mandó llamar con aquel primer hijo que motivó la primer calumnia, diciéndole que era el señor Salvadores quien la llamaba.

La morena vino en el acto, contenta porque con la venida del marido cesarian las miserias de la señora.

Era una de aquellas antiguas y leales morenas, cuyo cariño está siempre arriba de toda hablaría.

Cuando la morena entró á la sala y vió á aquel hombre, retrocedió como habían retrocedido los niños.

—Es Salvadores, Mauricia, dijo la señora,—qué! no lo conoces?

—No, señora, pero cuando su merced lo dice debe ser así.

Mauricia fué llevada al cuarto del sótano, donde la señora la hizo bajar.

—Aquí, le dijo, ha pasado desde el año cua-

renta, en que creyeron se había ido á Montevideo.

Solo yo conocía el secreto y nunca lo hubiera revelado.

Y el estado del sótano corroboraba perfectamente lo que había dicho la señora.

—Dios bendito! exclamó la buena morena, qué dirán ahora los que tanto han hablado de su merced!

Por eso es que en vano espíaban: no podían dar con el hombre que decían vivía aquí.

Y cómo habían de dar si estaba tan bien guardado?

Animas benditas!

Qué vá á decir ahora su familia, que tan mal ha tratado á su merced?

Y la morena volvió á la sala, ya convencida de que realmente aquel era Salvadores.

Poco á poco lo fué reconociendo, hasta que exclamó:

—Pero cómo no ha de estar desconocido con semejante encierro!

Dios lo conserve, al amo!

Pepa había entrado en todos esos detalles porque sabia que la morena, apenas saliera de allí, había de referir la historia á cuantos se la quisieran oír.

Y así llegaría á oídos de su familia, que quedaría confundida y sin saber qué hacer.

La morena Mauricia hizo la comida, y todos se sentaron á comer cuidadosos con la tardanza de los tres niños.

Quién sabe si en el barullo de la soldadesca no les había sucedido una desgracia?

Por fin entraron los tres, agitados y cansados.

Venían de Palermo, ocupado ya por las tropas de Urquiza, donde todo lo habían curioseado y averiguado.

Aunque miraron á Salvadores con menos miedo, no por eso lo miraron con menos aversión.

Venían de Palermo de ver caras patibularias y ya la de su padre no les llamaba la atención.

Después que refirieron largamente, mientras comían, todo cuanto habían visto, la señora insistió en hacerles reconocer á su padre, pero se hallaban tan poco dispuestos á ello como antes de salir.

Basta de jaranas, señora, dijo José María, por ahora yo no reconozco á ese hombre como mi padre.

Mas adelante, cuando me convenza de ello, seré el primero en acatarlo.

La morena Mauricia, conocida de todos los niños, vino en apoyo de la señora, corroborando lo que ella decía, pero fué inútil.

—Que vá á ser tata! decía Nicéforo—tiene la

misma cara de todos esos hombres que hemos visto en Palermo.

Y Salvadores no podia dejar de reir ante aquella actitud de sus hijos, al mismo tiempo que sentia una intima amargura al ver que el corazon nada les decia.

Despues de comer, Salvadores y su esposa volvieron á lasala.

La ciudad ofrecia un aspecto tan alegre y entusiasta, que no se podia prescindir de tomar parte en el regocijo de todos.

Los tres mocitos, José Maria, Tomás y Nicéforo, quedaron en el comedor, deliberando lo que debian de hacer con aquel padre que les habia llovido del cielo cuando menos lo esperaban.

—Ese no es lata, volvia á decir Nicéforo.

Aunque manita le hace cariños para que tengamos mas confianza, yo creo que ese no es lata.

—Y como si ha estado siempre en el sótano no lo habiamos de haber sospechado nosotros!

Es imposible que no hubiera salido cualquier dia y sobre todo, á tí que eres el mayor, no te habian de haber ocultado el secreto.

—Eso es claro, agregaba José Maria: lo que es nuestro padre no es, yo lo puedo jurar, porque no soy tan tonto que se me hubiera escapado su estado aquí, durante doce años.

Ahora si nos prueban que es él, nuestros tíos, por ejemplo, yo no diré que nó, pero antes, ni a palos.

—Claro, concluyeron los demás.

—Y digo yo preguntó Tomás, no pensaré irse esta noche?

Parece que tiene todo el aire de instalarse en la casa, y eso no se le puede permitir.

—No, lo que es eso no, respondió José Maria,

Si á las once no se ha ido, es preciso preguntarle qué piensa hacer.

—Yo creo que lo que debemos hacer, concluyó Nicéforo, es sacarlo á palos si no quiere irse por las buenas.

Y tal vez mam se enoje, pero qué le hemos de hacer!

Nosotros no podemos consentir que semejante tipo pase aquí la noche.

—Por supuesto!

—Por supuesto!

Aquí los tres decidieron intimar á Salvadores que se mandara mudar, á eso de las diez de la noche, sacado á palos.

—Es bueno que sepa que, aunque muchachos, habia dicho José Maria, somos capaces de hacer respetar la casa.

Agene á lo que sus hijos tramaban contra él, Salvadores charlaba alegremente con su señora, haciendo mil proyectos para hacer cesar aquella miseria espantosa.

—Ahora los unitarios estamos triunfantes, le decia, y nos vá á sobrar el trabajo.

La señora por su parte lo escuchaba estasiada y arrobada por la felicidad suprema de ver terminadas todas sus desdichas.

—Ya no tenemos nada que temer, gracias al cielo, respondia.

Ahora podrás ocuparte de la educacion de nuestros pobres hijos, que tanto la necesitan, entregándote al descanso que te hará recuperar la salud perdida.

—Mi primer descanso está en el espíritu, y para lograrlo necesito hacer cesar esta miseria que me hiela el alma y que tú me habias ocultado.

Estaban entregados á esta conversacion, interrumpida por las muchas músicas que pasaban, cuando los tres jóvenes aparecieron en la sala de una manera graciosísima para el padre, y alarmante para la señora.

José Maria venia armado de un gran garrote de durazno, recién cortado de los árboles del fondo, Tomás traia una pata de un sillón de caoba, y Nicéforo, que como el mas joven era el mas entonado, se habia venido con el cuchillo mocho de la cocina.

Los tres se pararon delante de Salvadores, á unos seis ú ocho pasos de distancia.

Este soltó una carcajada llena de cariño, comprendiendo lo que aquello significaba, y empezó á mirarlos mansamente, mientras acariciaba su larga barba.

Al revés de lo que Salvadores pensaba, fué Nicéforo el que, con una gracia infinita, tomó la palabra.

—Oiga, amigo barbudo, dijo el chiquilin con gracia infinita: es preciso que usted se largue con los pelos á otra parte, porque ya es hora de cerrar la puerta y usted no puede quedarse á dormir aquí, porque esto no es fonda.

—Hijo de mi alma! es tu padre y el dueño de la casa! exclamó aterrada la señora.

—Déjalos, dijo Salvadores; me están dando un placer inmenso.

—Usted se dará un placer inmenso, dijo Tomás blandiendo su macanita de palo de silla, pero lo que es nosotros, si no se larga de aquí, le vamos á dar una paliza mas inmensa todavia.

A volar, pues, so roñoso, que vamos á cerrar la puerta.

Salvadores reia placentemente y seguia acariciando su barba.

—Mire, amigo, dijo entonces José Maria blandiendo su garrote de durazno.

No crea que porque somos muchachos nos va á asustar.

Mándese mudar de una vez porque le vamos á reventar la crisma de una paliza.

Los muchachos estaban dispuestos á hacer lo que decian, á juzgar por su ademán resuelto.

Era, pues, preciso conjurar aquel cataclismo.

La señora, apesar de Salvadores, se lanzó sobre sus hijos, dando un pescozon á Nicéforo y ordenando á los demás que se fueran á acostar mientras Salvadores seguia riendo como si le hicieran cosquillas.

Pero José Maria se rebeló por primera vez contra el poder de la madre y dijo:

—Usted no puede obligarnos á consentir en que un hombre extraño duerma en nuestra casa.

Basta con todo lo que se habla, madre mia!

—Pero hijos míos, si es su padre, gritaba la señora afligidísima, temiendo que sus hijos realizaran la amenaza.

—No señor! fuera el peludo!

—Fuera el peludo! dijeron los otros dos.

—Conque, á ver amigo, ó á la calle, ó le rompemos el alma!

Y luchando con la madre, arremetieron á garrotazo limpio sobre Salvadores.

Este, riendo siempre de la gracia de los muchachos, tuvo que ponerse de pié y retroceder.

Y como sus hijos avanzaban empezó á obstruirles el paso tomando las sillas y arrojándoselas por delante.

Por fin, para verse libre del peligro de recibir algun garrotazo, arrojó por delante una mesa, y pidió la palabra.

—Un momento, chiquilines, dijo sin dejar de reir.

He dicho que soy el padre de ustedes, y se lo voy á probar en un momento.

Mercedes, dame dinero.

La señora entregó á Salvadores unos noventa pesos, que era todo el dinero que poseian.

—Mañana, yo les probaré lo que les digo, con el testimonio de sus mismos tíos, porque ahora es tarde para andar en estas bromas.

Por el momento, tienen para que festejen mi libertad.

Tú, Nicéforo, toma estos veinte pesos, por ser el mas zafao.

Ustedes, repártanse estos cincuenta, por ser mas mozos.

Mañana bien temprano yo les probaré lo que les digo.

Qué les parece?

—Caramba, dijo Nicéforo á sus hermanos, mirando los veinte granaderos que le habian tocado.

Cuando así de golpe y zumbido nos dá tanta plata, debe ser nuestro tata, caramba!

Esperémonos hasta mañana.

—Si, agregó Tomás, si no fuera tata no nos daría tanto, porque solo los padres dan plata.

—Bueno amigo, concluyó José Maria, esperamos hasta mañana.

Pero si mañana no queda probado que es usted nuestro padre, le rompemos el alma, téngalo por seguro.

Y se metió debajo del brazo su gran garrote de durazno.

Así quedó conjurada por el momento aquella tormenta.

A la edad de 19 años, entonces, habia mas inocencia y menos malicia que hoy á los diez.

No es extraño pues, que aquel reparto de dinero fuera una prueba fehaciente, para aquellos niños desventurados, que jamás habian recibido un centavo en propiedad.

Pero las voces y el ruido de las sillas que habia rodar Salvadores, habian atraído muchos vecinos y gente que pasaba, entre la que habian muchos amigos de la familia.

(Creyendo que se trataba de alguna lucha, segun lo daban á entender las voces de la señora, muchos habian entrado á ofrecer auxilio.

Y al ver á Salvadores, con aquella estampa de facineroso, no solo se habian confirmado en la creencia, sino que habian avanzado hácia él de una manera resuelta.

Pensaron que seria algun soldado de los de Urquiza, que al ver aquella familia desamparada, habia entrado á robar.

—Qué hace usted aquí, bribon? le habia preguntado un señor Garcia, antiguo amigo de Salvadores, y que se habia retirado de la casa, con su familia, cuando se produjo la calumnia que hemos narrado.

—Como que hago aquí? contestó Salvadores sonriendo.

Lo que hace en su casa cualquier individuo de este mundo.

Estaba jugando con mis hijos.

—Es un borracho, señora, dijo otro de los que habian entrado, tambien amigo de la casa.

No tenga cuidado que ya lo vamos á hacer salir.

A ver amigo, añadió tomando de un brazo á Salvadores.

Retírese en paz y gracia de Dios, aino quiere salir de una manera violenta.

Salvadores se puso á reir alegremente, é hizo á su esposa una señal imperceptible para que guardara silencio.

—Pobre, añadió Garcia, tal vez sea algun loco. Mire, amigo, retírese porque usted no puede quedar aquí.

Está incomodando á la señora.

Los niños apenas habian recibido el dinero, se habian ido, de modo que no estaban allí mas que los esposos y los que habian entrado.

—He dicho á usted, amigo Garcia, que estoy en mi casa, añadió Salvadores, siempre sonriente.

No comprendo pues el derecho con que ustedes me mandan salir á la calle.

Garcia quedó atónito al verse llamar tan familiarmente por aquel tipo, y tanto él como los demás estaban asombrados del silencio con que la señora aceptaba aquella audaz afirmacion.

Estaria acaso embargada por el espanto, ó aquel hombre estaria allí con su consentimiento?

Para salir pronto de aquella situación, Garcia se dirigió á la señora diciéndole:

—Es cierto lo que dice este hombre, doña Pepa? quiere usted que lo hagamos salir de aquí? Indudablemente cuando nosotros hemos entrado habia aquí una lucha entre ustedes y este hombre.

—Lo que él ha dicho es la mas pura verdad replicó sonriente la señora, mirando á Garcia y demás personas presentes.

Está en su casa y no habia tal lucha, sino que se entretenia en jugar con sus hijos.

--Perdon, entonces, mi señora, exclamó Garcia desconcertado completamente.

Y deseando desahogar la rábía que le habia causado el chasco, agregó de una manera hiriente, como si deseara vengarse.

--Tenia entendido que el dueño de esta casa, y el padre de estos niños era José Maria Salvadores, pero veo que me he equivocado.

Y se puso el sombrero que se habia quitado al entrar, en señal de un profundo desprecio.

—¿Y quién le dice que usted se ha equivocado? preguntó Salvadores sonriendo siempre.

El padre de estos niños, de todos ellos, y marcó estas palabras, como el dueño de la casa es efectivamente José Maria Salvadores.

--Entendámonos de una vez, replicó Garcia amostazado, y no llevemos al último extremo esta cínica farsa.

Si usted se proclama dueño de la casa, no lo es Salvadores, y si lo es Salvadores, usted no es mas que un intruso y esta señora una farsante, por no decir otra cosa.

Es verdad que su conducta durante estos últimos años no dejaba esperar otra cosa, pero por lo menos debia respetar el recuerdo y el nombre de su esposo.

Buenas noches, señores.

Las personas que estaban con Garcia y otros que habian entrado despues, pues la escena pasaba á ventanas abiertas, no sabian que hacer ni que partido tomar.

Aquello era verdaderamente una comedia, pero una comedia que tenia olor á risueño desenlace.

—Un momento, un momento, habia dicho Salvadores deteniendo á Garcia.

Comprendo que en doce años de encierro en un sótano, cambie el físico hasta el punto de ser totalmente desconocido.

Pero la voz, el acento y la mirada misma, no cambian hasta ese extremo!

Amigo Garcia! está usted hablando con José Maria Salvadores, para cuyo nombre acaba de pedir respecto, y ofendiendo á la mas pura y virtuosa de todas las mujeres.

Basta por Dios de infamias y calumnias; mi esposa no ha dejado de ser nunca la mujer honesta que todos han conocido, antes de la

muerte de mis amigos y de mi salvacion milagrosa.

Garcia habia abierto desmesuradamente los ojos sin atreverse á creer lo que oía.

Como era posible que aquel hombre fuera Salvadores?

Allí estaba su esposa radiante de alegría, colmándolo de caricias.

Pero aquello podia ser tambien una farsa admirablemente combinada.

Sin embargo, el lenguaje y las maneras distinguidas de aquel hombre, estaban reñidas con su catadura funesta.

Como penetrar la verdad de aquello?

--De una manera muy fácil, dijo Salvadores, como si les hubiera adivinado el pensamiento.

Tomen ustedes asiento y yo les voy á poner en conocimiento de lo sucedido.

Es una historia larga y triste, pero yo omitiré todo aquello que carezca de interés para ustedes y no tienda á identificar mi persona.

Cada vez mas asombrados, Garcia y los que pudieron, tomaron asiento.

Los demás se prepararon de la manera mas cómoda á escuchar aquella historia que prometia ser interesantísima.

Con un lenguaje sencillo y conmovedor, Salvadores refirió la matanza del 3 de Mayo y la manera como habia escapado herido.

Narró tristemente la historia de su terrible encierro en el sótano, durante doce años, con todas las amarguras y sinsabores que habia tenido que apurar, la infamia lanzada sobre su familia y la abnegacion suprema de su esposa.

Y concluyó por referir el oríjen y causa de la lucha que lo habia atraído allí.

A medida que Salvadores hablaba, Garcia lo habia ido reconociendo poco á poco.

Su modo, el timbre de su voz, su gesticulacion, todo en fin, le habia puesto por delante, al través de aquella gran barba y de aquella fisonomía demacrada, á su antiguo amigo y compañero que creían muerto.

Así es que cuando este concluyó de hablar, se levantó y lo abrazó estrechamente.

—Sí, te conozco, te conozco, amigo desventurado, le dijo.

El dolor y el encierro te han desfigurado terriblemente, pero tu espíritu hidalgo te hace reconocer á pesar de la mudanza del físico.

—Ahora, continuó Salvadores, despues de devolver todas las felicitaciones que le dirigian, solo me resta probar lo dicho.

Voy á llevarlos á ver el sótano que he habitado durante doce años, desde aquella fatal noche del 3 de Mayo hasta hace unas pocas horas.

—Como prueba, lo rechazo, se apresuró á decir Garcia.

Lo admito solamente como una visita curiosa, para ver de qué manera esta santa señora ha

podido ocultar su secreto hasta de sus mismos hijos.

Todos fueron á visitar el sótano.

Allí habia todavía una buena cantidad de costuras, pues la señora sacaba costuras de muchas casas, y el resto de la comida que le llevara su esposa la noche anterior.

Era tal la pesantez de la atmósfera que allí habia, á pesar de que el sótano estaba abierto desde que salió Salvadores, que todos se asombraron de que un ser humano hubiera podido vivir allí doce años!

Los pulmones se fatigaban á los cinco minutos de estar allí, haciendo temer una asfixia inmediata.

Es que Salvadores se habia habituado poco á poco á respirar aquel aire, como los que se habitúan á tomar una fuerte dosis de veneno, habiendo empezado por tomar un centígramo.

La permanencia de Salvadores allí quedaba constatada y destruida por completo la infamia que las apariencias habian hecho caer sobre la desventurada señora.

No se sabia qué admirar mas, si la resistencia de Salvadores á tanta desventura y tan largo encierro, ó la abnegacion sublime de aquella señora, que todo lo habia arrojado y sufrido, hasta lo mas infamante, antes que revelar el secreto que comprometia la vida de su marido.

Aquella noche fué una especie de fiesta para la familia al extremo de que los niños se levantaron de sus camas y vinieron á tomar parte en la alegría de todos, conviniéndose por fin, que aquel era realmente su padre.

Muchos se habian retirado á repetir la historia que escucharan, pero la mayor parte habian quedado con Garcia, á oír los detalles íntimos que seguia dando Salvadores.

—Perdónenme, mis amigos, habia dicho éste, pero nada hay aqui con que invitarlos.

Esta es toda nuestra riqueza, añadia mostrando los veinte pesos que le habian quedado.

—Poco importa, habia repondido Garcia, pues nosotros pagamos gustosos el festejo de tal acontecimiento.

Y él y muchos otros habian salido, volviendo al poco rato cargados de masas y de algunas botellas de buen vino.

La pobre señora estaba radiante de felicidad. Parecia haber rejuvenecido aquellos doce años maldecidos.

Por fin podia levantar su frente pura ante los mismos que la habian escarnecido y despreciado.

Por fin podia salir del brazo de su marido, á tomar cuenta de aquel desprecio inmotivado.

—Y nosotros hubiéramos sido felices, decia, todo lo felices que se puede ser en tal situacion, si nuestras familias me hubieran creído y no nos hubieran retirado su apoyo.

Pero sin mas recursos que el de nuestras costuras, cuando estas escasearon por la quie-

bra de don Simon Pereira, muchas veces tuvimos que dejar de comer nosotros, para que comieran nuestros hijos!

Felizmente Dios ha oído mis súplicas y Salvadores no ha enfermado en tan largo tiempo.

Cómo me habria yo decidido á llamar un médico, poniéndolo en el secreto, que tanto importaba guardar!

Puedo asegurar que este temor ha sido el que me ha hecho derramar mas lágrimas.

La concurrencia á lo de Salvadores se habia ido renovando toda la noche.

La negra Mauricia por una parte, y los que habian escuchado la tocante historia por otra, la habian referido en el seno de otras familias y á los grupos de amigos que encontraban en la calle.

Y todos habian querido ver á Salvadores en su terrible aspecto y oír de sus labios algunos detalles de aquella verdadera leyenda.

Asi es que la concurrencia habia ido aumentando progresivamente al extremo de que á la mañana siguiente estaba la casa materialmente llena de amigos y desconocidos que iban á felicitarlo y á cumplimentar á la señora por su noble conducta.

Al dia siguiente muy de madrugada, la familia de Salvadores despertó con aquella novedad que corria ya de boca en boca.

Salvadores habia estado doce años escondido en un sótano de su casa.

Inmediatamente se vistieron todos y se fueron á buscar á la familia de Pepa, que ya sabia la noticia y se preparaba á salir.

—Pero qué le parece, pobre Pepa! decian todos.

Con qué le compensamos todos el abandono en que la hemos tenido, privándola de los recursos mas necesarios, porque creiamos que tenia quien la atendiera?

Y las mujeres lloraban amargamente, mientras el mas cruel remordimiento roia el corazon de los hombres.

Todos habian creído que Pepa no tenia servicio, no porque no pudiera pagarlo, sino por entregarse mas libremente á su vida licenciosa, y ahora comprendian las miserias que habria sufrido aquella familia.

Todos fueron juntos á la casa que no pisaban desde hacia diez años, y entraron llenos del mas agudo remordimiento.

Ninguno de ellos pudo mirar sin conmoverse hasta las lágrimas el cambio miserable de Salvadores.

Ni él ni su esposa les hicieron la menor reprimenda.

Los recibieron con los brazos abiertos, respondiendo á sus disculpas estas sencillas palabras:

—Es natural, todas, todas las apariencias estaban en mi contra y me condenaban.

Yo no podia justificarme y ustedes tenian razon en dudar.

Pero todo queda olvidado, pues que en adelante, gracias al buen Dios, nada tenemos que temer, y el daño recibido en mi reputacion queda remediado.

La familia se habia entregado á la inmensa felicidad de ver vivo á Salvadores, á quien creyeron muerto, y en saber que Pepa era mas digna que nunca del aprecio que le habian retirado.

Ellos tomaron á su cargo el preparar una comida opipara para festejar el acontecimiento y pasar el dia entregados al íntimo goce de la familia.

Los esposos Salvadores no habian dormido la noche anterior y era preciso que descansaran.

No solo el desvelo, sino las emociones sufridas los habian rendido completamente.

Y como nadie reparara en esto, distraidos con el bullicio y la conversacion, fué necesario que Salvadores lo hiciera presente.

—Perdonen, dijo; pero necesitamos un poco de reposo, porque aun no hemos dormido y las emociones recibidas, una en pos de otra, nos han vencido, como no nos habian vencido la fatiga y los pesares.

Vamos, pues, á descansar un poco, sin que esto sea despedir á nadie.

Nuestra familia queda haciendo los honores de la casa.

Todos reprobaron á Salvadores su falta de franqueza, instándole para que se fueran pronto á dormir.

—Ya los despertaremos á la hora de comer! dijeron.

Antes de recojerse, Salvadores reunió á sus hijos en el fondo.

La quinta estaba hermosa—los árboles cargados de fruta y las parras cubiertas de tentadores racimos.

Hacia doce años que los niños deseaban fruta, pues por muy abundante que hubiera sido, siempre habian estado á racion, por órden del mismo Salvadores, para que les durara.

—Hijos míos, les dijo, la miseria en que hemos vivido llegó ya á su término, gracias á Dios.

Ya no tenemos que hacer economias sobre el miserable pedazo de pan y el puñado de frutas.

Toda esta fruta, como todo lo que hay en la casa, es de ustedes y pueden hacer de ello lo que mejor les parezca.

Suban á los árboles y coman cuanta fruta quieran, rompan y destrozen, si se les ocurre, hasta echar abajo todos los árboles, que demasiadas privaciones han sufrido.

No tengan reparo hijos míos, su padre que tanto los ama, les asegura que todo es de ustedes y para ustedes.

Hasta luego mis queridos.

Y despues de prodigarles sus mas sentidas caricias se retiró á dormir.

Los niños no sabian lo que les pasaba!

Les parecia mentira que ellos fueran dueños de toda aquella fruta que habian deseado hasta el dia anterior y que no se habian atrevido á tocar, porque profesaban á la madre un respeto sin límites y ella se los habia prohibido.

Así es que no bien Salvadores habia andado diez pasos, cuando todos se habian trepado á los árboles, con una agilidad insospechable, y empezado á comer vertiginosamente.

—Ahora si que yo juro que es tata! gritaba Nicéforo desde un damasco, con la boca llena.

Ahora si que no se puede dudar que es tata, aunque nadie nos hubiera dicho nada.

Y casi le hemos roto el alma á palos! qué barbaros.

—Qué bárbaros, repitieron Tomás y José Maria que se habian trepado al zarzo de la parra.

Pero qué culpa teníamos nosotros? porque no nos dijeron que estaba en el sótano.

Los jóvenes no abandonaron los árboles y las parras, hasta que materialmente no les cupo en el estómago una sola uva mas.

Entonces se bajaron y empezaron á jugar á la rayuela con los damascos y pelones, y á tirarse unos á otros con los racimos de uva.

Era el primer dia en su vida que aquellos niños desventurados se entregaban á un recreo franco, sin límites y sin tener que pensar en el rudo trabajo de la casa.

Aquel atracón de fruta les produjo una descomposicion de todos los diablos.

Al recordarla Nicéforo Salvadores, cuando nos daba estos datos hace dias, nos decia:

—Caramba! dolores de barriga como aquellos, creo que nadie los habrá tenido!

A mi me hacian dar diente con diente.

Así el que crea que hemos exagerado en la narracion de esta historia, puede preguntarlo á él, que nos ha proporcionado los datos mas interesantes, desde la época que él recuerda.

La familia siguió recibiendo las numerosas visitas que llenaron la casa durante aquel dia.

Ya estaban fatigados de referir la misma historia y mostrar el sótano salvador.

Los esposos durmieron hasta la tarde, en que fueron recordados para comer.

La familia, deseando remediar en lo posible el mal que habia causado, dejándose llevar de apariencias engañosas, cuidó de que al despertar tuviera Salvadores cuanto necesitaba.

Le habian preparado un baño á un temple agradable y la ropa necesaria para que se mudara completamente.

Cuánto lo agradeció el pobre!

Limpio, fresco y recién mudado, apesar de su cabello, de su barba y de su demacracion cadavérica, habia cambiado de aspecto, perdiendo todo el aspecto del presidario.

Con qué placer se sentó á la mesa, despues de doce años, rodeado de su familia y sus hijos!

—Caramba! decía á cada momento—yo voy á tomar una indigestion espantosa.

Esta comida es demasiado para nosotros ¿no es verdad, Pepa?

Acostumbrados no ya al puchero, que hubiera sido un lujo, sino á un simple hervido, confieso que como estos manjares con gran miedo de que me hagan mal.

Y todos reian echando aquello á gracejo, para distraer la pena que tales bromas les causaba.

Aquella comida fué memorable por su cordialidad y alegría.

Habiéndose sentado á la mesa á las seis de la tarde, no se levantaron hasta las cuatro de la mañana.

Es que las visitas que no cesaban de llegar habian sido recibidas en el comedor, donde habian permanecido todas hasta que se retiró la última.

Salvadores permaneció como una semana sin salir á la calle.

Habia necesitado hacerse cortar el cabello y la barba y esperar á que se le deshincharan los pies.

En solo ocho dias de felicidad y descanso del espíritu, Salvadores habia recobrado su antiguo aspecto.

Parecia mas jóven y habia empezado á engrosar.

No podia dedicarse aún al trabajo, pero no le faltaron ya recursos de vida.

Se habian vuelto á recibir de sus bienes y quedaba en las mismas condiciones que antes de entrar al sótano, mas, su completa libertad de accion.

Todo en su casa era alegría, bullicio y felicidad.

Empezaban á olvidar algo las amargas pasadas.

Poco tiempo duró esta felicidad apacible, aunque ella fué interrumpida por contra-tiempos mas pasables, y por una corta época.

El memorable sitio del 52 habia venido á dar el grito de guerra, y la Guardia Nacional de Buenos Aires, siempre entusiasta, siempre brava, siempre abnegada, acudió á los cuarteles y cantones, con un entusiasmo análogo al que le vimos desplegar el año 80 en el Puente Alsina y la meseta de Lagos.

Y Salvadores padre y Salvadores hijos, corrieron á formar en sus filas, ofreciendo el contingente de su sangre á la provincia madre.

Y la Guardia Nacional de Buenos Aires, con el brazo de Hércules, al movimiento regenerador que habia de cimentar los principios y derechos perdidos hoy nuevamente.

No es este el sitio para describir aquel movimiento sublime, y que será descrito en su lugar correspondiente.

Este capítulo pertenece solo á la historia de Salvadores.

Todos los dias se tomaban al enemigo diferentes prisioneros, que se entregaban á la justicia ordinaria, si ellos habian formado entre los mazorqueros y degolladoras de la federacion.

Un dia, en la cuadra de la casa de Salvadores tenia lugar una escena tocante por mas de un motivo.

Entre algunos prisioneros que se habian tomado á los de "afuera", venia el terrible bandido Troncoso, á quien no habia conocido ninguno de los que lo conducian.

Salvadores, que en ese momento salia de su casa para su canton, conoció al asesino y quedo clavado en medio de la vereda, trémulo por la indignacion y la ira que habia despertado en su alma la presencia de aquel hombre.

Hemos omitido referir que Troncoso formaba parte de la gente de Cuitiño, la terrible noche del 3 de Mayo.

Fué él quien dió muerte á Oliden y fué el mismo quien hirió á Salvadores.

El grupo que conducia á Troncoso y demas prisioneros, se detuvo á ver la actitud de Salvadores?

—Qué es eso? qué le pasa? preguntó uno de los guardias nacionales.

—Viene entre estos algun pariente que desea salvar?

La guardia nacional de Buenos Aires siempre se ha distinguido por su generosidad.

Así es que no solo no hacia mal á los prisioneros que tomaba, sino que ni siquiera se preocupaba de desarmarlos.

—No es eso, respondió Salvadores, una vez que hubo pasado su primer sorpresa.

Es que entre esos hombres viene uno de los asesinos mas infames y crueles que ha tenido la mazorca.

—Cuitiño? preguntó uno.

—Por qué ese, contestó Salvadores señalando al bandido.

Ese hombre es el feróz Troncoso, el asesino de Oliden, del noble Oliden, el que me hirió á mí mismo aquella noche de muerte!

Troncoso! repitieron todos, mirando al bandido de una manera amenazadora.

El degollador Troncoso!

—El mismo, continuó Salvadores, preparando su fusil.

Ese hombre no puede figurar entre los prisioneros, porque es un asesino.

Es preciso fusilarlo aquí mismo por la espalda. Aterrado Troncoso y presintiendo un mal fin, habia desnudado el sable de que venia armado y retrocedió hasta el mismo umbral de la casa de Salvadores.

En las personas que rodeaban al bandido se veia claramente la resolucion de secundar lo que habia propuesto la antigua víctima.

Fusilarlo!

En aquel momento, llegó milagrosamente al teatro del suceso, el patriota doctor don Miguel Esteves Sagui, espíritu incansable en aquellos días inolvidables.

—Qué es esto? qué van á hacer? preguntó aquel corazón noble y sereno, colocándose entre Troncoso y Salvadores que se había echado ya el fusil á la cara.

—Ese es el degollador Troncoso! el asesino de Oliden y de tanto otro ilustre patriota! Es necesario fusilarlo.

—Salvadores! Salvadores! gritó aquel espíritu bizarro—este hombre es hoy un prisionero de guerra y hay quien lo juzgue.

No nos manchemos por Dios con actos semejantes.

—Ese hombre es un asesino! gritó Salvadores, y el mas feróz de todos!

—Pues lo juzgarán y condenarán los tribunales, nunca nosotros!

Salvadores! continuó el doctor Esteves Sagui, bajando el fusil que aquel tenía aún levantado.

Este hombre será todo lo que sea, pero de este umbral para adentro, es sagrado á usted y á todos.

Su cabeza perecerá á la ley.

Y con un movimiento vigoroso empujó á Troncoso dentro de la casa de Salvadores.

—Ahora, repitió, este hombre le es sagrado— se atrevería á matarlo?

Salvadores estaba dominado por la noble palabra de Esteves Sagui, que dirigiéndose á Troncoso, le pidió sus armas, que eran el sable y un trabuco de bronce.

—No porque me ván á asesinar, dijo temblando el bandido.

—Nadie tocará á usted al pelo de la ropa, le empeño mi palabra de honor!

—Y quien es usted para pedirme mis armas?

—El que le salva la vida! contestó el doctor.

—El Gefe de Policia! respondió un guardia nacional.

Troncoso entregó sus armas y fué acompañado hasta la cárcel, teatro antes de sus mismos crímenes, por el mismo doctor Esteves Sagui.

—Gracias doctor, le dijo Salvadores al despedirse, mas calmado ya.

Me ha evitado usted cometer una mala accion.

—Lo sabia, contestó el patriota, y siguió su camino escoltado por los mismos Guardias Nacionales que conducian los demás prisioneros.

Este es el drama de los doce años, con el que cerramos el cuarto libro de los *Dramas del terror*.

En el siguiente trataremos la vida de Palermo y los asesinatos incomprensibles y sangrientos del 40 y 42.

## FIN DEL LIBRO CUARTO

